

LA ÚLTIMA BATALLA

(Colección: "Old World of Darkness")
(Serie: "La Hora del Juicio", Volumen:
"Hombre-Lobo")

BILL BRIDGES

"The Last Battle" © 2004

Traducción: Raquel Rodríguez Cortes

PRÓLOGO

«La Estrella de Sangre»

[*«En los últimos días aparecerá en el cielo una estrella de sangre, que girará mientras cae hacia el seno de Gaia»*
~LA PROFECÍA de Habla-en-Silencio]

El Trueno del Wyrn se retorció de dolor bajo la tierra. Su lenta agonía sacudía el suelo del desierto.

Zhyzhak gritó de frustración. Arrojó unas piedras por el desierto arenoso, haciéndolas chocar contra antiguos afloramientos de piedra y convirtiéndolas en polvo. Los yacimientos de mica chispearon a la luz de la luna llena como fuego antiaéreo y brillaron brevemente antes de desvanecerse sobre el suelo del cañón.

Pizarrarañada-ikthya se mordió el labio con frustración y se guardó para sí mismo un comentario áspero. Que Zhyzhak gritase no era algo extraño; después de todo, era una klazomaníaca, que había recibido durante su primera revelación del Wyrn el don de gritar de

pena. Cuando estaba enfadada o frustrada, tenía que chillar con todas sus fuerzas siempre que quisiera decir algo. Durante estas ceremonias, se necesitaba una enorme fuerza de voluntad para hablar en tono normal o incluso en susurros. No era un juramento consciente o una promesa de piedad; era la única manera que tenía de hacer frente al imponente trauma que el Wyrm había causado en su mente. Todos ellos tenían tales estigmas gloriosos, tales psicosis que llevaban como insignias de guerra. La tribu elegida por el Wyrm, los que bailaban en el Laberinto de la Espiral Negra, soportaba el dolor, el daño y la pena con tanto orgullo como las marcas de guerra.

El mismo Pizarrarañada tenía sus propios problemas divinos: las llagas ulcerantes que supuraban y le causaban un picor infernal en los cuartos traseros, además de la insufrible nariz, que le moqueaba constantemente y el sudor. Se rascó violentamente el culo mientras vigilaba la rabieta nocturna de Zhyzhak. Ella llevaba su habitual traje de *dominatrix* de cuero negro, que era al menos dos tallas más pequeño de lo necesario, mientras que él llevaba su chaqueta y pantalones hechos de una lana que parecía alambre. La miró de soslayo a través de sus gafas empañadas por unos ojos lagrimosos.

Un humano desinformado podría tomarle por un profesor, tal vez uno de los muchos científicos nucleares que se sabía que trabajaban en la región. En el pasado esto no habría sido una suposición completamente errónea; había sido científico (un biólogo, no un físico) en su vida anterior, cuando se contaba entre la tribu de los Caminantes del Cristal. Sin embargo, eso había sido hacía mucho tiempo, antes de que Grammaw lo devorase y lo excretase dentro de un huevo. Había salido de su viscoso útero convertido en un cuerpo deformado pero bendecido con la corrupción.

Grammaw. El Trueno del Wyrm.

–Si eres tan condenadamente inteligente –le gritó Zhyzhak a Pizarrarañada, al tiempo que levantaba una piedra enorme por encima de su cabeza–, ¿por qué no puedes curarla?

Arrojó la piedra por encima del hombro de Pizarrarañada. Se estrelló contra la pared del cañón y el polvo cubrió la espalda de su chaqueta. Él ni se inmutó.

–Ya te lo he dicho antes, zorra –dijo Pizarrarañada, seguro de

que ella interpretaría el vulgar apelativo como una señal de respeto—. Su enfermedad es espiritual, no biológica. Nadie sabe más que yo sobre la anatomía del Trueno del Wyrn y no hay ninguna afección física. Se consume a causa de algún ataque Umbral sobre su alma.

Zhyzhak saltó sobre un montón de piedras destrozadas y se quedó a unos pocos centímetros del rostro de Pizarrarañada. Exhaló su aliento rancio justo sobre su nariz.

—¡Joder! ¡Eres un chamán! ¡Cúrala!

—Por milésima vez, te digo que no puedo. Esto lo ha hecho Ojo-Blanco-ikthya. Ha lanzado algún tipo de maldición y yo ni siquiera puedo detectarlo.

—¡Traidor! —gritó Zhyzhak, no a Pizarrarañada, sino al desierto, a dondequiera que Ojo-Blanco pudiera estar escondido. El anciano hombre-lobo era famoso entre la tribu de los Danzantes de la Espiral Negra por la clarividencia que le había sido otorgada en la explosión nuclear de Trinidad; la explosión le había arrebatado la vista, pero le había bendecido con una gran intuición sobre los misterios del Wyrn y le había hecho ganar el honorífico sufijo "*ikthya*". Pero Ojo-Blanco había desaparecido recientemente. Poco después, Grammaw había enfermado. Muchos de los que estaban en el túmulo susurraban que en realidad Ojo-Blanco seguía siendo aliado de su antigua tribu Garou, los Uktena y tomaban su desaparición como una deserción de vuelta a su primera tribu. Pizarrarañada lo dudaba. Sospechaba que la fuerza que se había llevado a Ojo-Blanco también había herido a Grammaw.

—Lo importante no es quién lo hizo —dijo Pizarrarañada, arrugando la nariz ante el abrasador ataque del aliento de Zhyzhak— sino cuándo vas a dejar de quejarte por ello y vas a ir a Malfeas.

Zhyzhak se quedó completamente inmóvil, sin respirar. Pizarrarañada sabía que ella estaba librando una batalla interna, que dudaba sobre si liberar su ira y matarlo o realizar el acto que llevaba proyectando tanto tiempo: viajar al corazón espiritual del Wyrn y buscar el alivio para el sufrimiento del Trueno del Wyrn. Por suerte para él, escogió esto último.

Zhyzhak giró rápidamente y regresó con paso decidido a la cueva situada en la torrentera del cañón, hacia el túmulo que estaba dentro. Pizarrarañada sonrió, orgulloso de sí mismo y de alguna

manera sorprendido de que tuviera las pelotas de llevar el plan a cabo. Del sitio al que se iba no regresaría. Pronto, el túmulo sería suyo. La siguió, agachándose para entrar en la cueva.

Zhyzhak cambió a su forma de lobo, una mestiza de piel negra. Como la caverna se ensanchaba por todas partes, conservó esa forma mientras seguía el sinuoso camino que conducía hacia abajo. Al final, llegó a un punto donde la caverna se estrechaba, con hileras de estalactitas y estalagmitas simétricas. Unos gases calientes llegaban desde el fondo y hasta allí no llegaba nada de la tenue luz que había a la entrada de la cueva. Zhyzhak se movió utilizando solo los sentidos del olfato y el oído, pero los ojos reforzados de Wyrm de Pizarrarañada podían ver formas débiles a través de una neblina de un color verde nauseabundo. Más allá de las rocas que sobresalían hacia arriba y colgaban hacia abajo, el suelo era liso y húmedo.

El lobo grande se detuvo y dio la impresión de estar orientándose. Luego se abalanzó hacia delante a gatas, pasó las hileras de rocas y desapareció en la negrura. Pizarrarañada esperaba que no consiguiera saltar al Otro Lado a tiempo, pero sabía que era improbable. Ese había sido el destino de Ghavaaldt, el anterior jefe del túmulo, aunque muchos conocían el papel de Zhyzhak en aquel asunto. Que ella fuera ahora la líder no era ninguna casualidad.

Pizarrarañada se detuvo y aguzó los sentidos, buscando el efímero tejido del mundo de los espíritus. Lo agarró y se metió entre sus pliegues, luchó por atravesar el velo caliente entre los dos mundos y salió a una caverna aún más oscura y llena de vapor, el reflejo espiritual del mundo material.

Sonrió. Siempre le había gustado esta parte. Se sentía como si entrase en el útero de nuevo. Pasó las estalactitas y estalagmitas y con la mano las recorrió a medida que pasaba, estremeciéndose al tocar su textura huesuda y calcificada. Se movió rápidamente para mantener el equilibrio cuando llegó al punto donde el camino se hacía resbaladizo y ondulado, camino que le condujo más adentro, un viaje en la alfombra mágica desde la lengua de Grammaw hasta su esófago. Caminar vigorosamente por su boca, directamente hasta su intestino, probar todos los venenos que se retorcían dentro, recorrer sus tripas desde el estómago hasta la molleja, atravesar el laberinto

intestinal y luego el plexo estomodeal, el cerebro de Grammaw, el centro del Túmulo de la Colmena Trinitaria... todo ello era una experiencia religiosa.

Conocía mejor que nadie la anatomía de Grammaw, mejor incluso que Zhyzhak. Estaba seguro de que podría encontrar atajos que atravesaran los intestinos y llegar al centro del túmulo antes que ella; así, podría preparar a sus aliados para que se apoderaran del túmulo tan pronto como Zhyzhak se marchase.

* * *

Zhyzhak conocía ya las maquinaciones de Pizarrarañada y no le importaban. Como mucho, estaba contenta de que alguien tan maquiavélico como él asumiera el liderazgo de su amado túmulo. Se necesitaba a alguien que mantuviera las larvas a raya. Ya había avisado a sus leales soldados de que Pizarrarañada intentaría hacerse con el poder en el momento en que ella se marchase de viaje. ¿Qué interés tenía el poder si no había que luchar para conseguirlo? No podía permitir que un líder de verdad asumiera el mando sin llevarse unas cuantas cicatrices.

Pero todos esos asuntos eran insignificantes en comparación con la urgente necesidad de curar a Grammaw. Zhyzhak se había dado cuenta de ello hacía semanas. Fingía aplazar la decisión, retrasar su necesario viaje, de manera que pudiera fabricar armas en secreto, porque en el sitio adonde iba necesitaría algo más que su inteligencia y su espíritu. Le había llevado semanas y costado el sacrificio de su soldado más leal (los demás pensaban que había sido asesinado por guerreros Wendigo), pero ahora ella tenía su fetiche, lo único que le permitiría triunfar donde todos los demás habían fracasado.

Bajó por el intestino del Trueno del Wyrms y esquivó por los pelos la sangre líquida de las venas mientras cruzaba entre las vísceras a una velocidad increíble. Dio unos ligeros golpes con la lengua dentro de su boca lobuna, para asegurarse de que el pequeño fetiche seguía allí, atado a sus dientes anteriores. Allí estaba. Le rozaba la garganta y casi lo ahogaba de vez en cuando, pero era el pequeño precio que

tenía que pagar por la discreción que necesitaba. Si alguno de los secuaces del Wyrm sospechaba lo que llevaba, intentaría arrebatárselo. Ladró con fuerza al imaginarse las caras de los señores Maeljin cuando se dieran cuenta de que tendrían que doblegarse ante ella, la reina y novia del mismísimo Wyrm.

Cuando sintió una dolorosa presión en el estómago, cambió a la forma de batalla Crinos. Su mayor tamaño la haría ir más despacio, pero necesitaba el poder extra para resistir las piedras afiladas que intentarían triturarla y convertirla en polvo por haber entrado en los intestinos. Si hubiese estado viajando por Grammaw en el mundo material, en lugar de en su reflejo espiritual ya la habrían matado diez veces. Como al pobre Ghavaaldt.

Dirigió sus pensamientos cautelosamente hacia otros asuntos, pensando intencionadamente en cómo despellejaría vivo a Ojo-Blanco-ikthya. Había ciertos espíritus y secuaces que podían leer la mente y no quería arriesgarse a que captaran sus pensamientos acerca de su fetiche secreto. Pensó en los aullidos de dolor que soltaría el viejo mientras masticaba lentamente su tendón aún unido a la carne, como si fuera un regaliz.

Mientras entraba en los intestinos, se estiró resueltamente y cogió un puñado de carne gorda y manchada de excrementos y luego bajó por un túnel lateral. Oyó a Pizarrarañada deslizarse a su espalda, apresurándose para llegar al centro del túmulo antes que ella. Se lo permitió. Una vez que Pizarrarañada pasó, dejó que la peristalsis de Grammaw la llevase a donde quisiera. Tras una eternidad de olores nauseabundos y la caricia de unas pesadillas humeantes, se dejó caer pesadamente en la enorme caverna de carne neural que componía el centro del túmulo.

Los soldados que la esperaban, los guardias de élite del túmulo, corrieron inmediatamente a ayudarla a ponerse en pie y la rodearon, al tiempo que gruñían a los otros Garou congregados allí. Zhyzhak les apartó a patadas y se levantó por sí misma mientras se limpiaba los excrementos. Caminó resueltamente hasta el centro y gritó a sus compañeros.

—¡Escuchad, escoria! ¡Me voy a Malfeas! ¡Bailaré la Espiral y ninguna puñetera pesadilla o excusa de mierda me detendrá! ¿Lo

habéis oído? ¿Alguien tiene algo que decir?

Miró a su alrededor. Pizarrarañada, que había llegado mientras ella todavía daba volteretas por los laberínticos intestinos de Grammaw, estaba de pie en la periferia, intentando mostrarse lo más inofensivo posible. Podía ver a otros Garou, también en el borde de la congregación, intercambiando miradas cómplices. Los conspiradores de Pizarrarañada. Le dio un golpe en la espalda a Aliento-Sarnoso, el jefe de sus guardias; fue un golpe tan fuerte que casi le hizo perder el equilibrio.

—¡Aliento-Sarnoso se queda al mando mientras yo esté fuera! ¿Me habéis entendido? Si hay alguien que tenga algún problema al respecto, que me lo diga ahora.

Pizarrarañada se quedó callado, igual que sus compañeros. Esperaría a que ella se marchase para dar el paso. Bien. Aliento-Sarnoso era un guerrero fuerte, pero estúpido. Pizarrarañada, si era listo, que lo era, utilizaría a sus compañeros para reducirlo y luego declarar su liderazgo. Sus dones de Wyrms garantizarían que nadie más lo venciera, pero tendría unas cicatrices que se lo recordarían. De todas maneras, su reinado sería breve; cuando ella volviera, los mataría a todos.

Zhyzhak se dio la vuelta y dio unas patadas a un bulto blancuzco que rodaba por el suelo. Al patearlo, se abrieron dos ojos, que la miraron con miedo. Una boca se abrió y cerró y se escaparon unos gimoteos. La cosa se levantó lentamente sobre lo que pasaban por ser unas piernas: globos blancos y pastosos que apenas eran capaces de soportar su obesidad.

—¡Pez-Pálido! ¡Abre la puerta! ¡Ahora!

El metis albino gruñó una respuesta y comenzó a abrir un puente de luna. Él ya sabía a donde iba, así que no necesitó preguntar. Unos minutos después, apareció el portal, con su luz plateada demasiado brillante para la mayoría de los ojos de los Garou. Normalmente, solo el débil fuego diabólico de las venas de Grammaw y las ocasionales chispas eléctricas de las neuronas del Trueno del Wyrms iluminaban la caverna.

Zhyzhak no miró atrás cuando cruzó el portal como un huracán, preparada para luchar contra los desafíos que la esperaban en su

destino; nadie entraba en el reino del Dragón Verde sin vencer un desafío. Antes incluso de que el portal se cerrara tras ella, pudo oír los gritos de guerra y el sonido húmedo y desgarrador de las garras cortando la carne. Como debía ser...

* * *

El siseo infernal de un billón de serpientes hacía difícil concentrarse. Zhyzhak se abrió paso por el foso, estrecho y cubierto de suciedad incrustada, utilizando los sentidos del tacto y el olfato. El calor era casi insoportable incluso para ella, pero su recocado cerebro le quitó importancia y empujó su cuerpo hacia delante. Podía sentir los colmillos clavándose en su carne a cada paso, el veneno entrando a chorro en su torrente sanguíneo, pero su constitución Garou anulaba el veneno. De cuando en cuando se detenía para vomitar las toxinas inactivas y luego seguía adelante dando traspiés y sufriendo todavía más mordeduras de serpiente.

Al final, sintió una brisa y olió el aroma caliente y tibio de una ciénaga salobre. Aceleró el paso y escapó del estrecho túnel saliendo al acogedor abrazo de un charco estancado. Al instante, los insectos empezaron a pulular sobre ella y casi cubrieron cada centímetro de su piel. En comparación con las serpientes, aquello era un masaje. Se movió lentamente por el agua, apartando a un lado parras marchitas y troncos podridos y quebrados.

Los gases de la ciénaga la tragaron y mataron a los insectos. En el segundo que tardaron en hacerlo, prestó atención al aviso y contuvo la respiración hasta que los nocivos humos desaparecieron.

Zhyzhak sintió algo que se frotaba contra sus piernas, algo viscoso y con escamas y sonrió. Abrió los ojos, sintiendo todavía el escozor de las picaduras de los insectos y miró hacia abajo. A través de la oscuridad, pudo ver la mayor parte de una enorme cola de dinosaurio que desaparecía a su izquierda. La siguió, chapoteando por el barro sin importarle a qué criaturas molestaba.

La cola la condujo a un claro, un montículo cubierto de hierba y de bruma, sobre el que estaba sentado un bulto enorme y enrollado, de escamas verdes. Cerca de la parte superior de la pequeña

montaña de su cuerpo, vio un solo ojo abierto, de reptil, que la vigilaba.

Zhyzhak se arrodilló en el agua y el barro se tragó sus piernas. Cerró los ojos y mostró su garganta a la criatura. La cabeza del animal se levantó lentamente y dejó al descubierto un hocico enorme, con cien colmillos, adornado con plumas negras. Su cabeza flotó por el agua hacia Zhyzhak, se detuvo junto a su cara y la olfateó. Abrió la boca y dos monstruosos colmillos salieron de sus fundas y empezaron a rezumar un veneno ácido. La negra ponzoña le salpicó la piel y se la chamuscó; fue el peor dolor que había experimentado en la vida.

Las quemaduras formaron unas figuras, unos pictogramas que representaban algún secreto blasfemo que no podía leer, pero en ese momento supo que había sido marcada. Había pasado la prueba. El Dragón Verde la apoyaba.

El animal volvió a deslizarse y a enroscarse y enterró la cabeza una vez más, dando la impresión de que dormía. Tras él, el tenue parpadeo de luz señalaba el portal que había abierto para ella. Zhyzhak cambió a su forma de lobo terrible y prehistórico, saltó por encima del dragón y cruzó el portal antes de que pudiese cambiar de idea.

* * *

Aterrizó dando un patinazo sobre unas losas polvorientas. Las piedras crujieron bajo su repentino peso y enviaron sonoros ecos por el cielo abierto y gris. Se detuvo y escuchó. A lo lejos y procedentes de todas direcciones, oyó sonidos variados: gemidos de terror y dolor, gritos de horror y placer, además del chasquido de látigos y el sonido metálico de unos engranajes. Pero no respondían a su llegada.

Paseó la mirada por el patio en ruinas. Parecía una fortaleza medieval antigua y abandonada. Los muros tenían casi seis metros de altura y Zhyzhak no podía ver por encima de las almenas. Sabía que detrás de cada uno de los muros del patio octogonal, cada uno de los cuales tenía una puerta grande de hierro, se podía encontrar un único ducado malfeano. Ninguno de ellos era su destino.

Cambió a su forma de batalla (cabeza de lobo y cuerpo

antropoide, enorme, pesado y peludo), clavó las zarpas en las grietas de la mampostería y escaló uno de los muros. Cuando pudo asomarse por encima, miró en todas direcciones, buscando un lugar en concreto. La bruma llena de humo procedente de las numerosas hogueras que había, junto con las nubes negras que tapaban el sol (o lo que pasaba por ser el sol en este reino infernal), ocultaba gran parte de la vista. Pero podía distinguir su destino: una torre enorme y esbelta de mármol verde con vetas negras, que sobresalía hacia el cielo como si fuera una flecha armada de espinas, clavada en la Tierra. El Templo Oscuro, hogar del Laberinto de la Espiral Negra.

Zhyzhak se movió lentamente a lo largo del muro, asomándose por encima de las almenas para examinar el laberinto pedregoso desde todos los ángulos. Avistó el pasadizo que quería y el camino que necesitaba para llegar hasta él y luego se dejó caer desde el muro y se dirigió hacia la puerta oeste.

Había cambiado desde la última vez que estuviera allí. Cada vez era distinto. Una vez, el sitio le había parecido nuevo, como si todavía estuviera bien cuidado. Otra, le había parecido de alguna manera asiático, como si estuviera en una tierra distinta. Ahora, sospechaba que veía un poco de su cara verdadera.

Estiró la mano hacia el picaporte de la puerta y tiró de la anilla de metal, arrastrándola con todas sus fuerzas. La puerta crujió y se resistió, pero se deslizó con un chasquido, un rechinar que retumbó por todas partes. Ahora sabrían que estaba allí; los curiosos se acercarían a investigar. Se puso a cuatro patas, todavía en su forma de batalla y, recordando el camino gracias a su reconocimiento, corrió por el laberinto.

Cuando llegó al corredor que conducía al templo, se encontró un cuervo parasitario que la esperaba. Graznó cuando ella se aproximaba y cambió a una forma humana. Esto la sorprendió; no se había esperado encontrar a uno de la raza cambiante Corax allí en Malfeas. Eran sirvientes de Helios, el Sol, y no pertenecían a estas tierras grises. Este debía de ser un renegado, corrupto y comprometido con uno de los temidos Duques de Malfeas.

–¿Qué quieres, chico cuervo? –gritó Zhyzhak, sin detenerse al pasar a toda prisa a su lado.

El ave corrió tras ella.

–Eh, señora, no hace falta ser hostil. Solo tengo curiosidad por esa cosa brillante que veo que lleva en la boca.

Zhyzhak giró sobre sus talones sin perder el paso y clavó sus colmillos en la garganta del Corax. Era rápido, pero no lo suficiente. Zhyzhak le arrancó la yugular y le golpeó las rodillas con sus pezuñas traseras. El Corax gorgoteó un graznido de sorpresa, pero se le fue la luz de los ojos y se derrumbó.

Zhyzhak se dio media vuelta y siguió andando. No sabía cómo había visto aquel pequeño bastardo el fetiche que llevaba en la boca; aquellos cuervos tenían buenos ojos y maña para ver objetos brillantes, pero no quería arriesgarse a que algo amenazador de verdad le esperase en su camino, así que ahora lo fundamental era la velocidad. Corrió como un tiro por el pasillo, al final del cual el templo era una lejana mancha.

Unas pinzas gigantes casaron sobre las losas justo delante de ella y la obligaron a pegar la espalda a la pared para esquivar el ataque repentino. Levantó la mirada y vio a una gigantesca criatura parecida a una mantis, vestida con un hábito negro y dorado y que llevaba una mitra en su cabeza de insecto. Pertenecía a algún tipo de realeza, tal vez fuera un conde o un marqués de alguno de los ducados cercanos. La cháchara de su tórax no tenía ningún sentido para ella, porque nunca había aprendido este idioma espiritual, pero dio por sentado que él también quería su fetiche. La pesadilla que había vinculado a la fuerza al objeto debía de estar dando voces, revelando su presencia. Aceleró otra vez e intentó estar preparada para el siguiente ataque.

Cuando cayó la otra pinza, Zhyzhak la esquivó con facilidad y a continuación cruzó la longitud de su brazo de una sola zancada mientras corría y llegó a su codo antes de que pudiera reaccionar. Mientras la criatura bajaba la boca para comérsela (sus pinzas estruendosas eran lo suficientemente grandes para cortarle el torso de un solo mordisco), Zhyzhak volvió a saltar, aterrizó en su cabeza y le quitó de un golpe la mitra, el símbolo de su rango. Cuando el animal empezó a agitarse para quitársela de encima, golpeó una mano con forma de garra contra el ojo multifacético y le rompió el globo, que era

como de cristal. La criatura chilló a un volumen y tono tan altos que hasta Zhyzhak, bien acostumbrada a los sonidos agudos, tuvo que taparse los oídos.

Las convulsiones eran demasiado frenéticas; Zhyzhak perdió el equilibrio, cayó y por muy poco consiguió agarrarse a tiempo a la parte superior de las almenas para evitar acabar en otro ducado y perder el camino. Mientras se ponía derecha, la pinza del señor mantis volvió a dirigirse hacia ella. Apenas pudo esquivarla y gruñó cuando le arañó el muslo; luego Zhyzhak rodeó con sus brazos al animal, con un abrazo de oso y lo retorció con todo su peso y fuerza. El señor no pudo ajustar su paso a tiempo y la pinza chasqueó, el caparazón crujió y soltó una sustancia viscosa y nauseabunda.

La mantis cayó hacia atrás, tropezó con las almenas que tenía a la espalda y cayó en el ducado vecino. Un fragor saludó su llegada y un estruendo metálico indicó que al otro lado del muro había un revoltijo de espadas y cuchillos. Cada ducado tenía innumerables legiones, la mayoría de las cuales vagaban sin rumbo, desesperadas por encontrar cualquier excusa para hacer la guerra. Esta mantis no pertenecía a ese ducado y por tanto era una partida abierta. Solo las marcas que le había infringido el Dragón Verde permitieron a Zhyzhak llegar hasta allí sin provocar un solo grito de los ducados vecinos.

Zhyzhak saltó rápidamente por la parte superior de la almena y luego volvió a saltar al corredor. Corrió a toda velocidad. Ahora que los ejércitos estaban avisados, sería atacada en pocos minutos, a menos que consiguiese llegar a la seguridad del templo, que pertenecía a su tribu. Las puertas del templo estaban cerca, abiertas de par en par. Entró rodando en el vestíbulo y se deslizó velozmente por el suelo de mármol liso justo cuando estalló un sonoro estruendo a sus espaldas.

Se giró para ver cómo los sulfurados ejércitos de espíritus-pesadilla se detenían justo al otro lado de la puerta, incapaces de pasar a los guardas que solo franqueaban el paso a los Garou y a sus aliados. Zhyzhak les hizo un gesto de burla y se giró hacia el vestíbulo.

Ningún guardia corrió a interceptarla. Un solo Garou estaba sentado en el suelo al lado de las escaleras que conducían hacia abajo. Tenía el aspecto de un hombre deforme, el de una etapa

anterior de la evolución humana, que le daba unas cejas arqueadas y los músculos magros de un cavernícola. Levantó la vista mientras ella se acercaba y le sonrió de modo conspirador, al tiempo que se levantaba para saludarla.

–Así que aquí viene alguien más a jugarse el alma en la fragua del miedo –dijo.

–¡Cállate! ¡He bailado la Espiral cinco veces, mierdecilla!

–Zhyzhak levantó la mano y amenazó con golpearle.

La sonrisa del hombre desapareció y agachó la cabeza, como un niño al que acaban de decirle que su viaje a Disneylandia se ha cancelado. Suspiró y volvió a sentarse.

–Está abajo –dijo–. Ya conoce el camino.

Zhyzhak le agarró la oreja carnosa y le dio un doloroso tirón. Él se levantó y se puso de puntillas para evitar que se la arrancara del todo.

–¿Quién cojones eres tú? –gritó Zhyzhak.

–G-G-Galvarg –chilló, al tiempo que se zafaba de su agarrón y se acariciaba la dolorida oreja con ambas manos–. Mi deber es conducir a cualquier guerrero gaiano hasta el Laberinto.

–¿Gaianos?! ¿Y qué diablos iban a estar *ellos* haciendo *aquí*? Galvarg suspiró.

–Solían venir llenos de orgullo y gloria, esperando derrotar al Wyrms o liberar a nuestra tribu de su lealtad. –Soltó una risotada al recordar las victorias del pasado–. Siempre fracasaban y se unían a nosotros. Verlos salir a trompicones del Laberinto, con una renacida locura en los ojos... oh, por la gloria del ayer.

Zhyzhak frunció el ceño.

–¿Ya no vienen más?

–No. La noticia se ha propagado; nadie sobrevive entero e inmaculado al Laberinto. Ya ni siquiera lo intentan.

–¿Y entonces por qué no encuentras algo útil que hacer, gilipollas? –Zhyzhak le dio una patada y el Garou se dobló sobre sí mismo y se apretó las costillas.

–¡Ay! –gritó, escabulléndose de su atacante–. No puedo. Estoy atado. El deber...

Jadeó de manera horrible e hizo una mueca de dolor, mientras

rodaba por el suelo. Sin embargo, en cuestión de segundos se le curó la costilla destrozada. Se volvió a sentar y la miró con cautela, listo para salir como un rayo si se acercaba a él.

Zhyzhak le escupió. Aquel tonto había sido atrapado en algún tipo de lealtad hacia Malfeas y ahora perdía el tiempo esperando por unos Garou que nunca llegarían. Idiota. Lo ignoró y se dirigió a las escaleras. En las paredes se podían ver reflejadas unas vacilantes luces verdes que procedían de alguna fuente de abajo. Descendió los escalones mientras buscaba con la lengua el fetiche que se había atado en la boca.

Al llegar al último escalón se detuvo y miró los extraños dibujos trazados en el suelo, venas verdes que latían, grabadas en mármol negro. No había paredes por ninguna parte, solo neblinas que se adentraban en la oscuridad. El Laberinto iba en todas direcciones. Solo un camino era el correcto, el que la conduciría al Segundo Círculo y desde allí al Tercero y a todos los círculos que venían después, hasta el legendario Noveno.

Se sacó el fetiche de la boca y lo examinó, todavía cubierto de saliva y de un resto del veneno que había vomitado en el reino del Dragón Verde. Quitó la humedad de la superficie y lo estudió. Aparentemente, el fetiche no era más que una brújula de *boy scout*, una de esas baratas para principiantes. Sin embargo, en la parte de atrás llevaba tallados unos pictogramas que vinculaban a unas pesadillas poderosas. Levantó la tapa, una lupa y miró a través del cristal hacia la niebla. Allí, a su izquierda, había una luz roja brillante en el horizonte. Dio una vuelta, mientras veía la bruma subir y bajar para desorientarla, pero el brillo rojo seguía allí, un punto fijo en el paisaje cambiante.

Echó la cabeza hacia atrás y rugió de placer. El Ojo del Wyrn la guiaría. En un sitio desprovisto de cualquier lógica o espacio estable, el Ojo del Wyrn (Anthelios, la Estrella Roja), permanecía impasible. Se guiaría por él y así seguiría su camino a través del caos hasta el centro, sin miedo a perderse.

Zhyzhak se enrolló la correa del compás al cuello y entró en el Laberinto cuidadosamente, en dirección a la Estrella Roja. Las nieblas la tragaron de inmediato y luego se desvanecieron, dejando una

oscuridad total. Oía voces, gritos y chillidos lejanos y se dio cuenta de inmediato de que eran los suyos. Ladró un gruñido de desprecio, porque ya había experimentado esto antes: el Primer Círculo de Revelación. Zhyzhak siguió andando, mirando a través de su lente, mientras ignoraba las apariciones y las voces a su alrededor, concentrada en el Ojo. Ya había bailado este círculo, junto con los otros cuatro que venían después; cada uno era un requisito para subir de posición dentro de su tribu. Ya no podía aprender nada más en este nivel. Buscaba los Misterios Secretos, el Sexto Círculo y lo que había más allá. Sería un baile largo hasta llegar allí, pero podía avanzar más rápido utilizando el fetiche para encontrar el camino oculto, los atajos del Laberinto.

Zhyzhak cogió su látigo de espinas y lo hizo restallar. Su chasquido retumbó por la oscuridad, pero a diferencia de sus anteriores ecos, en el patio, lo hizo casi con tanta fuerza como para destrozarle los tímpanos. Lo ignoró y volvió a restallar el látigo contra la niebla, haciéndole un agujero como quien corta un seto. Los zarcillos de la niebla gritaron mientras se separaban, apartados por los poderes demoníacos del espíritu del látigo y supo que estaba en el camino correcto; el dolor revela todos los secretos.

Zhyzhak avanzó, restallando el látigo y apartando más niebla que le bloqueaba el camino, mientras reía a carcajadas a cada paso. Estaba recorriendo el camino que ningún Garou había explorado antes que ella, siguiendo el señuelo del Ojo, invisible a todas las miradas excepto a la suya gracias al fetiche. Era irónico que el secreto de su fabricación viniese de Ojo-Blanco-ikthya, viejo y ciego, pero que a pesar de todo podía ver la Estrella Roja. Él no había pretendido revelar el secreto de su fabricación. Después de que ella se lo arrebatara se había marchado. El miedo que le tenía a aquello en lo que podía convertirse con el fetiche le hizo buscar a su antigua tribu con la esperanza de que su poder consiguiera deshacer lo que él había hecho. Demasiado tarde. Gracias a su saber, lograron de alguna manera herir a Grammaw con sus conjuros, pero no pudieron detener a Zhyzhak.

Estaba tan exultante en su marcha victoriosa, riendo para sí misma mientras restallaba el látigo, que no se dio cuenta del rastro

que estaba dejando tras ella: un camino, pisoteado y desgarrado, de huellas y jirones de niebla que luego se desenmarañaba a medida que pasaba el tiempo.

En las profundidades de la Umbral, en sitios lejanos a Malfeas pero aún conectados por lazos de contaminación y corrupción, los antiguos nudos empezaron a deshacerse. Las barreras y caminos unidos por la retorcida lógica del Laberinto de la Espiral Negra empezaron a separarse. Las criaturas atadas a la esencia del Laberinto lloraron y gimieron mientras se desintegraban. Otras, liberadas de cualquier pequeña lealtad al orden que representaba el Laberinto, saltaron de sus jaulas y corrieron por todas partes, propagando el caos y la destrucción.

El viejo orden comenzó a derrumbarse e incluso la Tejedora se tambaleó, enviando sacudidas por las redes que unían todos los mundos...

PRIMERA PARTE:
«FUEGOS SACRÍLEGOS»

[*«Fuegos Sacrílegos cayeron al suelo, quemándonos o todos, retorciéndonos y haciéndonos vomitar sangre.»*
~LA PROFECÍA del fénix, "La séptima señal"]

_____ 1 _____
Los pasos de los ancestros

Un aullido solitario retumbó a través del pinar cubierto de nieve, hasta que los picos de las montañas cercanas se lo tragaron.

Descendió un silencio total. No se oía el canto de un pájaro, ni el chasquido de una rama cargada de nieve.

El rey Albrecht ladeó la cabeza e intentó oír algún aullido de respuesta a lo lejos, pero no captó nada. Estaba completamente inmóvil; su cuerpo alto y musculoso parecía una estatua vestida de pieles gruesas y agarraba con la mano la empuñadura de una espada que le sobresalía por encima del hombro, con la hoja enfundada a la espalda. El pelo blanco se derramaba sobre sus hombros desde debajo de una correa de plata. Miró de soslayo a Lord Byeli con su único ojo; el otro, que era solo una masa de tejido cicatrizado, lo llevaba tapado detrás de un parche con unas runas grabadas. El hombre alto y de barba blanca, ataviado con pieles blancas, estaba de pie delante de él, observando las montañas.

–Está hablando de nosotros, ¿verdad? –dijo Albrecht; su aliento helado empañaba el aire delante de él–. Vienen. ¿A quién está avisando?

Byeli se giró para mirar a Albrecht a los ojos.

–Sí, habla de nosotros. Creo que está en aquel pico de allí.

–Señaló la cima de una montaña que se podía ver por encima de la línea de árboles–. Es una de las celadoras situadas al borde de la fortaleza.

–¿Estamos en la fortaleza? –preguntó Albrecht, sonriendo. Dejó escapar un suspiro de triunfo mientras golpeaba con un puño la palma de la otra mano enguantada–. ¡Por fin! Ya me estaba hartando de tanta nieve y hielo.

Byeli agitó la cabeza.

–Estamos en la fortaleza, sí. Al borde de la misma. Lo que tiene delante son los Montes Urales. Pero todavía nos queda un largo camino para llegar al túmulo.

Albrecht bajó los párpados y su sonrisa se convirtió en una mueca.

–Esta fortaleza es monstruosamente grande. ¿Cómo defendéis algo tan enorme?

–Aquí no hay nadie –dijo Byeli, ajustándose la capucha contra la brisa gélida–. Unos pocos aldeanos al sur y algún cazador o trampero, pero nadie más. Nos hicimos con los proyectos militares secretos de

Stalin hace mucho tiempo. Los Urales son nuestros.

Albrecht miró las montañas lejanas, blancas y marrones a la luz del sol de mediodía.

–Realmente es algo salido del pasado, ¿verdad? Virgen, abandonado e ilimitado.

–No todas las montañas lo son. No podemos defenderlo todo. Pero aquí, este lugar, es puro. El túmulo Garou más antiguo desde antes de que los humanos construyeran su primera ciudad.

Albrecht oyó gruñidos y respiraciones melancólicas entre los guerreros que estaban a su espalda, en el camino. Eran sus guardias de élite Colmillo Plateado, lo mejor de lo mejor. Algunos de ellos eran "de su propia cosecha", hermanos del clan que tenía en Vermont, pero otros habían llegado desde clanes de su tribu de todo el mundo, para quedarse a su lado. Ahora, le seguían por la tundra de Rusia para ver el túmulo ancestral de su tribu, el Túmulo de la Monarquía santificado por el mismísimo Halcón.

Ellos, como él, llevaban pieles gruesas para el clima frío, con capuchas, máscaras de punto y gafas oscuras para atenuar el brillo severo de la nieve. Dos atendían un trineo cargado de provisiones, tirado por un par de caballos. A Albrecht no le gustaba aquella parte. Los caballos se asustarían si los de su equipo se vieran obligados a adoptar la forma de batalla. Al parecer, no se podían llevar vehículos modernos. No era que los jeeps no pudiesen llegar a donde necesitaban, sino que sus anfitriones del túmulo no permitían máquinas así en ningún lugar cercano a su hogar sagrado. Además, había algún tipo de ritual de mierda, un ritual antiguo sobre los "Pasos de los Ancestros", un viaje ceremonial a pie y trineo, idéntico al que sus predecesores reales habían hecho cuando regresaban al Túmulo Madre. Por lo que a Albrecht se refería, todo aquello era una chorrada legalista, pero siempre que lo sacaba a relucir, parecía escandalizar al clan de Byeli (sobre todo porque quien lo decía era un rey). Así que acabó por cerrar el pico acerca del tema y se dejó llevar.

Albrecht se giró para mirar a sus guardias mientras examinaban el horizonte, el cielo y los bosques a su alrededor. Eran tropas veteranas, siempre alerta buscando cualquier señal de figuras que se aproximasen ya fueran humanas, de lobo u otras. Desperdigados

entre su propia banda de doce Garou había cinco exploradores del clan Pájaro de Fuego de Lord Byeli, una manada llamada la Caída de la Flecha. Por delante de su séquito, bien lejos del alcance de la vista y del oído en el mundo espiritual, Melenanocturna corría sola, explorando el camino en busca de señales de enemigos y asegurándose de que los celadores del espíritu del túmulo fueran apaciguados adecuadamente. Ella también era del clan de Byeli y había vuelto a establecer su base en Zagorsk cuando Albrecht llegó por primera vez a Rusia utilizando un puente de luna.

–Pongámonos en marcha –dijo Albrecht–. Ya es hora de que lleguemos allí.

Se volvió otra vez hacia el camino y avanzó, haciendo un gesto con la cabeza a Byeli cuando pasó a su lado. El senescal Colmillo Plateado le siguió y se puso lo suficientemente cerca para poder contestar cualquier pregunta que el rey le hiciera. Era el consejero del rey en aquella zona durante todo el tiempo que Albrecht planease pasar en la madre Patria.

Ya había quedado patente que la estancia de Albrecht sería más larga de lo que había pensado en un principio. Había organizado esta audiencia con la reina Tamara Tvarivich hacía meses, pero nunca se hacía una reunión entre dos dirigentes Colmillos Plateados sin semanas de preparativos previos y logística, de intercambio de peticiones y concesiones rituales. Ya había hecho la primera concesión al aceptar ir hasta ella, en su propio territorio. Ella había aceptado de buena gana, pero había sido bien arrogante con sus concesiones y había renunciado a muy poco. La reina necesitaba a Albrecht; él lo sabía. Su país estaba arruinado y solo ahora estaba empezando a recuperarse de una pesadilla oculta que había cortado todos los viajes hacia y fuera de la región durante años. La legendaria bruja Baba Yaga había gobernado Rusia con mano de hierro, comandando legiones de no-muertos y la arpía había conseguido incluso ganarse la fidelidad de los temidos dragones Zmei. Pero ahora todo aquello pertenecía al pasado; la Bruja estaba muerta, la mayor parte de su legión había sido destruida o se había dispersado y uno de los Zmei había sido asesinado por la propia Tvarivich (con la ayuda de sus impresionantes ejércitos, por supuesto).

Al final las nubes se habían abierto, dejando entrar la luz del sol y con ello se había incrementado la libertad de los Garou. Sin embargo, esto implicaba libertad también para las bestias del Wyrn que no se habían aliado con la Bruja, y eran muchas. La Bruja tenía sus propios planes y había encadenado a todos sus seguidores a su voluntad, que normalmente difería de los intereses de los corruptores. Ya se estaban deslizando cosas nuevas por la madre Patria y los Garou de aquí habían perdido guerreros valiosos en sus duras batallas. Necesitaban gente de fuera, no solo compañeros Colmillos Plateados, sino también de otras tribus. Para Tvarivich, aquello significaba una alianza con alguien influyente, alguien que pudiera defenderla en el Nuevo Mundo. Ese alguien tenía que ser el rey Albrecht.

Albrecht no pudo evitar sonreír mientras avanzaba, con la nieve crujiendo ruidosamente bajo sus pies. Casi esperaba que algo estuviese al acecho delante de ellos, algún monstruo contra el que luchar, para tener la oportunidad de demostrar sus credenciales de primera del Nuevo Mundo a todos aquellos tradicionalistas engreídos. No había nada como la sangre en un klaive para convencer a los escépticos de que hablabas en serio.

Miró a Byeli y a sus guardias más cercanos, pero no mostraban signos de detectar nada anormal. Se encogió de hombros, los estiró y aceptó que el resto del camino podría transcurrir sin incidentes. Al menos tenía una vista impresionante del paisaje puro y majestuoso.

Al hacer los preparativos para la reunión, Lord Byeli y Melenanocturna habían ido a los Estados Unidos para instruir a Albrecht acerca de las tradiciones de los Colmillos Plateados de la madre Patria. También habían ido en una misión propia, que habían mantenido en secreto. Habían soltado el tótem de su clan, el Pájaro de Fuego, sobre Albrecht y este había querido conocer su papel en el destierro y difamación de Lord Arkady.

Eso sacaba de quicio a Albrecht. Había dejado todo el asunto de Arkady en el pasado. Una vez que había reclamado la Corona de Plata para sí mismo, no le importaba lo que le ocurriera a aquel bastardo traidor. Le había perdonado la vida a Arkady solo porque el Halcón se lo habían aconsejado (aconsejado, no pedido). Luego el

tramposo canalla había vuelto a aparecer en Europa, al parecer después de haberse creado un nombre nuevo en Rusia y había mostrado unos documentos falsos para cambiarse el nombre. Pero esta vez se había condenado a sí mismo por sus propios actos delante de todo el mundo. La nación Garou lo había rechazado y había desaparecido. Para sorpresa de todo el mundo y no menos para la de Albrecht, se había redimido al herir a la criatura del Wyrn Jo'cllath'matric, permitiendo que el grupo de guerra de Albrecht rematase a la bestia.

Así, redimido pero muerto, Arkady volvía a atormentar la vida de Albrecht, pero esta vez haciendo que un tótem Incarna dudase de su palabra. Sin embargo Albrecht había arreglado el asunto y Pájaro de Fuego había hecho algo más que aceptarlo: le consiguió a Albrecht una audiencia con la mismísima Corona de Plata, uno de los poderes secretos que tenía el fetiche. Albrecht había sido examinado por la Corona y había aprobado y así llegó a enterarse de ciertas verdades sobre el liderazgo y el poder (y cuándo abandonarlo en el curso natural del tiempo).

El resultado de aquel suceso fue que Albrecht empezó a sentirse más cómodo en su papel. Siempre había tenido persistentes dudas sobre su destino, temeroso de que pudiera volverse loco, como ya le había pasado antes a su abuelo, como les había pasado a tantos dirigentes Colmillos Plateados. Melenanocturna le había enseñado lo que ella llamaba "El secreto de la soberanía", un alegato feroz que defendía que la tendencia a la locura de la tribu Colmillo Plateado era una maldición de Luna en su personalidad desdoblada de la Luna Traicionada. Al parecer, algún antiguo rey Colmillo Plateado le había tocado las narices de verdad a la vieja arpía al comprometer a su tribu con el siervo de Helios, el tótem del Halcón.

Si este presunto secreto era cierto y los dirigentes Colmillos Plateados solo disponían de siete años antes de empezar a perder la cordura, entonces la propia mente de Albrecht ya debía de estar en peligro. Lo extraño era que se sentía más cuerdo y controlado que nunca. Inseguro, se preguntó brevemente si acaso aquello no sería una señal de locura en sí misma, pero su experiencia con la Corona de Plata le había mostrado lo contrario: había aprobado el examen de

poder y había demostrado que podría renunciar si era necesario. Era un instrumento, no una parte fundamental de su identidad.

–¿Ve aquellas huellas, señor? –dijo Byeli, interrumpiendo la reflexión de Albrecht. Señaló un par de huellas de animal que cruzaban su camino.

–Sí, una liebre. Y bien grande –dijo Albrecht, echando un vistazo al brillo de la nieve–. ¿Y?

–No es una simple liebre. Sus huellas marcan el límite entre la fortaleza y el mundo exterior. Es el espíritu al que llamamos Amigo Tenaz. Ayuda a los celadores a mantener el territorio.

–¿Sí? Entonces, cuando crucemos por encima de las huellas, ¿este espíritu sabrá que estamos aquí?

–Exacto. Por supuesto, los defensores Garou ya lo saben, gracias al aullido de vigilancia que escuchamos antes. Esto es simplemente otra línea de defensa.

Albrecht asintió y pasó por encima de las huellas. Se detuvo y escuchó y miró a su alrededor con un brillo extraño y desenfocado en los ojos. Invocó una estratagema que le habían enseñado los espíritus y miró dentro de la Umbra, el reflejo espiritual del mundo material que queda justo detrás de la barrera llamada la Celosía. La Celosía era delgada y débil en esta tierra prístina y permitía un fácil acceso a su visión.

Sorprendentemente, el bosque parecía el mismo que el del mundo material. Eso era una buena señal; significaba que había una buena armonía entre los dos, que los espíritus y sus homólogos materiales (árboles, animales e incluso las piedras) estaban prosperando. Albrecht frunció el ceño cuando miró más de cerca. Las cosas estaban realmente vivas, pero había signos de ceniza en varios lugares, como si en el pasado reciente hubiera habido incendios en algún momento y el bosque no hubiera regenerado todavía el suelo quemado.

Sus ojos siguieron las huellas pero no vio ninguna señal de movimiento ni tuvo ninguna sensación de que un espíritu les vigilase, aparte del tembleque que uno tiene cuando mira en la Umbra. Las cosas siempre te vigilaban, pero no siempre eran animadas o sensibles siquiera.

Parpadeó y volvió a mirar a Byeli, que esperaba pacientemente en el camino, detrás de él.

–Es extraño; veo signos de incendios en la Umbra, pero no aquí en el mundo físico.

Byeli asintió.

–Fuego Zmei. Los dragones lucharon al borde de la fortaleza y destruyeron gran parte del paisaje espiritual. Aquí hay unos pocos árboles muertos y bosquecillos como prueba, pero están apartados del camino que recorreremos.

Albrecht asintió y silbó. Uno de los guerreros Garou de la comitiva se acercó trotando. Era alto pero bastante delgado y llevaba un cuchillo grande de plata en una vistosa funda al costado.

–Señor –dijo, al tiempo que inclinaba la cabeza.

–Llamadorada –dijo Albrecht poniendo la mano en el hombro del guerrero– quiero que tú y Cortezabedul exploréis el camino que tenemos delante. Avanzad unos cincuenta pasos. No os salgáis del alcance de un grito. El de un garganta humana, no el de los lobos, aunque vosotros dos mejor vais a cuatro patas.

–¡Sí, señor! –dijo Llamadorada, cambiando ya de forma; pasó de humano a un lobo de piel blanca y amarilla, su ropa desapareció, pero el cuchillo siguió en su funda, ahora atado a su espalda. Ladró una orden en la lengua de los lobos al grupo que tenía detrás y una guerrera de pelo blanco y gris cambió a la forma lobuna. Avanzó trotando, evidentemente feliz por volver a su forma de nacimiento y Llamadorada y ella pasaron corriendo al lado de Albrecht, levantando la nieve mientras bajaban a toda prisa por el camino.

Albrecht comenzó a andar de nuevo. La fila de guerreros le siguió, con los caballos y el trineo en el centro, custodiados por delante y por detrás.

–Eh, Byeli –dijo Albrecht.

–¿Sí, señor?

–Esa ciudad en la que está tu clan, Zagorsk. ¿Todos los monasterios de Rusia se parecen a ese? ¿Con esas cúpulas en forma de cebolla que recuerdan a Disney?

–No entiendo...

–Sí, hombre, con esos materiales de colores tan brillantes. Azul

cielo con estrellas doradas, hojas doradas, diseños rojos y blancos y todo eso.

–Ah, creo que ya entiendo lo que quiere decir. La mayor parte de la gente piensa que los rusos son tristes y aburridos. Todo el que mire al monasterio de la Trinidad dirá lo contrario. Sí, es colorido. Pero no, no todos los monasterios son como este. De hecho muchos son desoladores y grises.

–Solo era curiosidad. Tengo que admitir que en cuanto lo vi, me imaginé que era el tipo de lugar que le gustaría al Pájaro de Fuego. Muchos colores. Un monacato apasionado.

–Visitamos el monasterio de vez en cuando, como hacen muchos turistas. Nuestra propia morada, estoy seguro de que usted estará de acuerdo, es mucho más humilde y pasa inadvertida.

–Si puedes llamar humildes a unas catacumbas. Me encantó cuando retirasteis el techo de noche para ver la luna y las estrellas.

–Solo se hace durante los rituales. La mayor parte del tiempo permanece cerrado. Hacemos nuestras tareas a la luz de las velas.

–Tienes que admitir que eso es bien extraño en un clan Pájaro de Fuego. Después de todo es una de las familias de Helios.

–No, es una tradición. Dése cuenta que aquí arriba, pasamos muchos meses sin ver el sol. Las velas indican que cuidamos la llama de la que nuestro tótem se puede levantar.

–Pero el túmulo de la Luna Creciente, al que nos dirigimos, es todo exterior, ¿no?

–No del todo. El área ritual está a cielo abierto, pero el verdadero centro espiritual está... bueno ya lo verá usted mismo. No quiero estropearle la sorpresa.

Albrecht soltó una risita.

–De acuerdo. Puedo esperar. He esperado una semana entera y toda a pie. Puedo esperar un día o dos más.

Albrecht había llegado con una guarnición seleccionada cuidadosamente al clan Pájaro de Fuego, el hogar de Lord Byeli, o al menos a su hogar de adopción, porque era natural de las islas británicas. Se había quedado atrapado en Rusia por la Cortina de Oscuridad de Baba Yaga, e hizo del clan Pájaro de Fuego su nuevo hogar.

Lo extraño era que también había sido el clan de Arkady. De hecho, había sido su jefe una vez que regresó a Rusia, desterrado por Albrecht de los Estados Unidos. El problema era que no le había hablado a nadie de su exilio y les había hecho creer que era un héroe. Había seguido con ello todo el tiempo que pudo porque, el maldito, era un héroe. Cuando llegó la hora de la verdad, salió airoso. No era estúpido ni cobarde, solo estaba obsesionado consigo mismo hasta el punto de la arrogancia y no se dio cuenta de que aliarse con el Wyrn no significaba que pudiera controlarlo.

Albrecht se había entrevistado con el nuevo jefe del clan, Rustarivich, que estaba desesperado porque le vieran como un aliado del poderoso rey Colmillo Plateado. Tvarivich estaba consolidando Rusia bajo su gobierno y cada líder de los clanes cedía a sus peticiones. Pero Rustarivich quería cierto grado de autonomía y la única manera de conseguirlo era contar con aliados fuertes que pudieran equilibrar el poder de Tvarivich. Rustarivich no era en modo alguno desleal hacia Tvarivich ni se mostraba poco dispuesto a trabajar con ella; simplemente quería hacerlo a su manera, lo que irónicamente significaba ceder a la de Albrecht.

Aquello implicaba permitir que su equipo abriese puentes de luna para el clan Pájaro de Fuego siempre que quisieran y entrenamiento en los secretos espirituales para sus videntes durante la larga noche de la Cortina de Oscuridad. Y lo que es más, sus manadas Colmillo Plateado podían comprometerse con el Pájaro de Fuego si así lo deseaban y eso les aportaba poderes extraños en una parte del mundo en la que aquel tótem era prácticamente desconocido.

Luego, con el regalo de provisiones, los caballos y el trineo y los consejos de Byeli y Melenanocturna, Albrecht se dirigía al túmulo de la Luna Creciente, para entrevistarse con Tvarivich y crear pactos entre sus respectivos clanes. En un principio había dado por sentado que simplemente utilizarían un puente de luna para llegar desde Zagorsk hasta el corazón de los Urales, pero la Luna Creciente denegaba cualquier puente de luna que no se originase en clanes ya alineados con Tvarivich. En caso de emergencia, podría forzar el tema, pero todo esto trataba de diplomacia, no de conveniencia. Una vez que llegase a un acuerdo con Tvarivich, podría tener su puente de luna y no antes.

Al principio, se había puesto furioso y había descargado su ira contra unos cuantos árboles de las afueras de Zagorsk, que había derribado a golpes con su gran klaive. Aquel esfuerzo le agotó lo suficiente para hacer que al final se sentase, pensase en la situación y la aceptase. Todavía tenía ventaja y Tvarivich lo sabía. Sus tácticas eran medidas para mantener su dignidad y la ilusión del poder supremo, pero Albrecht no era quien defendía al túmulo más antiguo de las bestias Wyrms que acababan de salir del huevo. Ella le necesitaba y ese conocimiento era suficiente para hacer que se riese de las peticiones insultantes y las rudas bienvenidas.

El séquito de Albrecht caminó el resto del día y de la noche y solo paró para dejar que los caballos descansasen y comiesen. Hacia la medianoche, acamparon en un claro e hicieron turnos, unos durmiendo mientras otros montaban guardia. Albrecht se quedó despierto un rato, pensando en algunas de sus tácticas diplomáticas. No se le daba demasiado bien el tema de la sutileza, pero con su seriedad y reputación normalmente conseguía lo que quería... a la larga. Sabía que tenía que mostrarse firme y aguantar un montón de ofertas falsas y probablemente alejarse muchas veces (o amenazar con hacerlo) antes de que Tvarivich se diera cuenta por fin de que aquello de tirarse faroles no era su estilo. Al final, llegarían seguramente a algún tipo de acuerdo. Esperaba que, tras su legendaria máscara gélida de amarga ira, ella fuese tan razonable como le habían dicho Byeli y Melenanocturna. Realmente le había parecido que lo era cuando se habían encontrado el año anterior en el túmulo del margrave para abordar el asunto de Jo'cllath'matric.

Escuchó unas órdenes bruscas procedentes de uno de sus guardias. Parecía Martillo Negro, el hombretón de Montana que se había unido a su clan unos veranos atrás. Después se oyó un suave ladrido de respuesta. Melenanocturna entró en el claro; su pelaje negro era una sombra en la nieve. Albrecht levantó el brazo y Martillo Negro bajó su martillo, el fetiche que llevaba y que le había hecho ganarse su nombre. Melenanocturna se dirigió hacia Albrecht y se sentó. Él se acercó al fuego y a la carne que aún colgaba de un palo por encima de la hoguera. Ella asintió agradecida, se levantó y empezó a comer directamente del palo.

–¿Qué es lo que están diciendo los espíritus? Apuesto a que no han visto nada como nosotros durante un tiempo.

Melenanocturna cambió a su forma humana. Su pelaje grueso se transformó en un viejo abrigo de piel de oso cosido a mano y con capucha.

–Sienten curiosidad –dijo, mientras se sentaba otra vez al lado de Albrecht–. Pueden ver la corona sobre su frente, señor, así que saben que es importante. El propio Halcón se sienta a menudo en las montañas que rodean al túmulo, así que se apresuran a inclinarse ante sus aliados. Reconocen la corona como algo que conlleva su poder, aunque también lleva a otros poderes incluso más grandes que el del Halcón.

–Sí. Luna y Helios. Lo sé. Bueno, mientras sepan que somos cordiales y no intentamos nada raro, todo irá bien.

–No interferirán. Sin embargo, se reunirán en número cada vez mayor para vigilar lo que ocurre aquí. Cualquier pacto entre clanes Garou es un asunto importante para los espíritus, especialmente para aquellos a los que podrían llamar algún día para enseñar secretos o para entrar en pactos de fetiches.

Albrecht asintió. Estaba contento de que Melenanocturna estuviese allí; era una buena Theurge, un espíritu vidente y parecía serle bastante leal aunque solo se conocían desde hacía unas pocas semanas. Pero echaba de menos a Mari, su compañera de manada. Estaba acostumbrado a acudir a ella a por consejos de chamán. Ella nunca le decía chorradas ni intentaba endulzar las cosas para hacerlas parecer mejores. Echaba de menos ese tipo de franqueza; estaban demasiado acostumbrados a la etiqueta, del tipo que aplicaban la mayoría de los reyes Colmillo Plateado. Albrecht no se parecía en nada a la mayoría de los reyes.

También echaba de menos a Evan. El chico era un buen diplomático. Un poco confiado a veces, dispuesto a darle a todo el mundo el beneficio de la duda incluso cuando sabía que lo desperdiciarían, pero esa complacencia le había hecho ganar muchos aliados y le proporcionaba gran respeto incluso entre la Camada de Fenris, allá en su tierra, y aquellos cazadores de las montañas Adirondacks no eran memos. Aquí hubiera podido utilizar el consejo

del chico. Evan ya no era un chico, pero seguía siendo más joven que él o que Mari.

Albrecht quería que fueran, pero también sabía lo duro que sería para ellos. Este era un asunto de los Colmillos Plateados; estarían de más, tendrían poco que hacer y apenas ganarían nada. Además, Evan tenía un asunto importante del que encargarse con su tribu. Por fin se había ganado la confianza de los grandes jefes, como Aurak Danzante de la Luna y había sido invitado al norte para merodear con ellos. Esta sería una gran oportunidad para ganar algo de honor y conducir a algunos compañeros hacia su manera de pensar. Si conseguía que los Wendigo dejaran a un lado algo de su odio por las tribus "Contendientes del Wyrn", como solían llamar normalmente a los inmigrantes Garou europeos, tendrían un gran éxito al unirse contra un enemigo.

Mari no había querido ir en un principio. Quería apoyarle, pero sabía que pasar uno o dos meses entre los Colmillos Plateados pondría a prueba su paciencia. Había decidido quedarse en Nueva York, pero estaba solo a un puente de luna de distancia, en Finger Lakes, si había problemas.

La forma de Melenanocturna se transformó en la de lobo. Se hizo un ovillo, enterró la cabeza en la piel y se durmió en unos minutos. Se lo había ganado después de haber caminado por delante del grupo durante días enteros, sin dormir.

Albrecht se levantó y se estiró y fue a relevar a los guardias. Se sentía completamente despierto; no tenía ningún sentido tener a un guerrero que necesitaba dormir perdiendo el tiempo en una guardia cuando Albrecht podía encargarse de ella. Se pasó la noche caminando adelante y atrás por el límite del claro sin que ocurriera nada.

Al rayar el día, levantaron el campamento y regresaron al camino. Era una senda de cazadores, despejada generaciones atrás y conservada todavía por algún trampero o Garou ocasional. Llegaron rápido a las montañas, donde Byeli les condujo a un pequeño camino, rodeado por muros altos a cada lado; era suficientemente ancho para dos Garou, pero estrecho para los caballos y el trineo. Los engancharon en fila india y empezaron a enderezar sus pasos a través

del desfiladero. Hacia mediodía, el camino se hizo demasiado peligroso para los caballos; tendrían que dejarlos atrás.

–No me gusta tener que dejarlos aquí para que se los coman –dijo Albrecht–. Nos han servido muy bien y se merecen algo mejor.

–Estoy de acuerdo –dijo Byeli–. Ahora es cuando pedimos ayuda. Con su permiso...

–¿Qué? ¿Vas a llamar a los vecinos? –Albrecht miró a su alrededor, buscando alguna señal de que hubiera Garou escondidos.

–Exacto. Los están esperando. Custodiarán nuestro trineo mientras nosotros seguimos a pie.

Albrecht asintió y Byeli echó hacia atrás la cabeza y dejó salir un sonoro aullido. Un aullido lejano sonó en alguna parte del camino unos momentos después. Byeli respondió con otro grito y poco después apareció una manada de lobos en la otra punta del camino, doblando un recodo. Era una mezcla de ejemplares grises y blancos, magníficos. Mientras se aproximaban, el lobo jefe cambió a la forma humana y se convirtió en un hombre imponente, de pelo rapado y cuello de toro, vestido de uniforme militar de nieve.

–Saludos, rey Albrecht –dijo en un inglés con fuerte acento ruso, mientras hacía una reverencia. Los lobos que tenía detrás se arrodillaron y agacharon la cabeza–. Bienvenido al clan de la Luna Creciente. Estamos encantados de que hayan llegado hasta aquí siguiendo los pasos de sus ancestros.

–Gracias –dijo Albrecht, asintiendo, pero sin inclinarse. Allí era el rey–. Ha sido un buen viaje. No suelo pasar mucho tiempo seguido en la naturaleza. No puedo esperar a ver el túmulo que tenéis; es legendario en todo el mundo.

El hombre respondió con una débil sonrisa. Parecía sincera, pero daba la impresión de que no estaba demasiado acostumbrado a sonreír y parecía no saber muy bien cómo hacerlo. Volvió a inclinarse e indicó el camino con la mano.

–Me llamo Garra Rota. Me sentiría honrado de poder guiarte, su majestad.

Albrecht asintió.

–Indícame el camino. ¿Hay alguien que pueda vigilar a los caballos?

–Por supuesto. –Garra Rota se dirigió a dos de los lobos. Ambos cambiaron de forma y adoptaron la de dos jóvenes rusos, vestidos de calle. Avanzaron y tomaron las riendas de los caballos –. Por favor, sígame –dijo Garra Rota al tiempo que se daba media vuelta para volver a subir por el camino.

Albrecht le siguió, con Byeli y sus guerreros detrás de él. El camino se hizo más peligroso en ciertos lugares y tuvieron que escalar por riscos escarpados cubiertos de grava, pero pudieron recorrerlos fácilmente cambiando a la forma de cuatro patas. Mientras se aproximaba el crepúsculo (en las montañas anocheceía antes, porque el sol desaparecía detrás de los picos occidentales) el camino se inclinó hacia abajo y llegaron a un pequeño campo; los muros se estiraban a cada lado y dejaban a la vista un valle amplio y lleno de árboles. A lo lejos, el estruendo del agua daba a entender que había más de una cascada.

–Señor –dijo Garra Rota–. Mi señora la reina Tvarivich lo espera en el centro del túmulo, más adelante y a nuestra derecha, atravesando el bosque. Sin embargo, me ha ordenado que le lleve primero a una zona única de nuestro túmulo, a nuestra izquierda. –Se movió en esa dirección, esperando el consentimiento de Albrecht.

Albrecht frunció el ceño y miró a Byeli.

–Supongo que he esperado bastante; un pequeño rodeo no importará. –Byeli asintió, pero no dijo nada–. Adelante.

Siguieron a Garra Rota por un bosque antiguo, que había crecido intacto durante milenios. El suelo se elevó a medida que ascendían a una zona más alta del valle. Al final, salieron del bosque y vieron un río ancho y estruendoso que dividía el centro del valle y que bajaba tronando a su derecha por encima de un precipicio escarpado; seguía avanzando y tenía al menos otros dos saltos a lo lejos, aunque apenas podían llegar a verlos a través de la niebla y la penumbra, que se iba oscureciendo.

Un puente cruzaba el río en un recodo donde se estrechaba. Al otro lado, Albrecht pudo ver unos lobos que se movían por el bosque y que los vigilaban. Siguió a Garra Rota por el puente.

–¡Rey Albrecht! –gritó Byeli–. ¡Mire!

Albrecht miró hacia donde apuntaba la mano de Byeli, un risco

del río, enorme y de superficie lisa. La vista lo dejó pasmado. Se detuvo en el puente, mirando hacia allí.

Su superficie estaba tallada con relieves que representaban guerreros Garou, chamanes y líderes, que combatían contra bestias del Wyrn, apaciguaban a los espíritus y se sacrificaban por la tierra.

–El Muro de los Héroes –dijo Albrecht–. Había oído hablar de él, pero no imaginaba que sería tan... grande.

–Es realmente antiguo, señor –dijo Byeli–. Sus primeras tallas datan de la última época glacial de la Tierra. Son... difíciles de leer, pero a pesar de todo son conmovedoras y hablan de una parte de nuestra alma que comprende.

–Mi señora pidió que vierais el muro –dijo Garra Rota– sobre todo las tallas más recientes.

–Sí, veámoslo. Puedo adivinar un poco, pero desde aquí no lo veo claramente.

Albrecht siguió a Garra Rota hasta el otro extremo del valle. Pasaron el bosque y salieron a una pequeña explanada desde la que se podía ver todo el muro. Era impresionante. El pasado más lejano se estiraba hacia la izquierda, en tallas primitivas que se veían a lo lejos. El pasado más reciente quedaba hacia la derecha, con las tallas más modernas. Se acercó a examinarlas y se quedó de piedra al verse a sí mismo representado en el muro.

De pie sobre un campo de batalla de criaturas del Wyrn estaba su imagen, marcada por una brillante corona de plata y su conocido parche en el ojo. Incluso habían representado los detalles de su magnífico klaive.

Debajo de su imagen habían tallado algo, pero estaba arañado por múltiples marcas de garras. Lo miró fijamente, pero no pudo distinguirlo con claridad. Parecía un guerrero Garou de algún tipo, borrado de la superficie.

–Lord Arkady –dijo Garra Rota–. Su honor ha sido abolido. Albrecht frunció el ceño.

–Mira que yo odiaba a ese tipo. No me importaría verle recibir un castigo, pero se sacrificó contra el Wyrn. No me parece justo borrarle totalmente del recuerdo.

–Sus hazañas todavía están, señor –dijo Garra Rota, señalando

a otra imagen de Arkady, a su izquierda, atrás en el tiempo. En esta imagen, conducía a una manada de Garou contra una horda de soldados no-muertos y su aura brillaba como la del Pájaro de Fuego, el tótem de su clan.

–Bueno, supongo que al menos se merece esto. De todas maneras, ¿quién hizo este dibujo mío? Es increíblemente preciso.

–Tenemos chamanes y bardos que esculpen las formas, pero los espíritus los informan, les envían sueños de lo que deben representar. No osan imponer su propia voluntad sobre las imágenes y menos estropear su recuerdo. Si mira atentamente las escenas, lo despertarán y engullirán y mostrarán los hechos como si usted fuera un espectador. ¿Desea ver alguno ahora?

Albrecht examinó el muro, pero también levantó la vista al cielo. Estaba completamente oscuro y se estaba levantando la luna.

–Maldición, sí que quiero. Pero todavía no. He recorrido el camino para ver a Tvarivich. Y es lo que voy a hacer. Pongámonos en marcha y terminemos de una vez.

Garra Rota asintió, pero parecía decepcionado. Les condujo a los bosques cercanos, bordeando el lado más alejado del valle cerrado y bajaron por una serie de caminos descendientes.

Después de pasar lo que sonaba a otra cascada, invisible a través de la espesa arboleda, llegaron a un campo.

Delante de ellos había un árbol, el más grande que Albrecht hubiera visto jamás. Hacía que el roble gigante que él utilizaba como trono en su tierra pareciese pequeño. El abeto se alzaba tanto hacia el cielo que Albrecht no tenía manera de calcular su altura.

–Es más grande todavía en la Umbrá –dijo Garra Rota, al observar el evidente asombro de Albrecht.

Pasaron de largo el abeto hasta un pequeño lago formado por la cascada, que ahora sí podían ver. Desde el lago, el río seguía avanzando hacia la izquierda. Al otro lado de la orilla, unas piedras puestas en vertical rodeaban un claro. Había algunas personas congregadas allí, mirando a Albrecht con curiosidad. Examinó sus rangos rápidamente, pero no vio a nadie que se pareciese a Tvarivich.

En lugar de llevarlos por el vado cercano del río, Garra Rota volvió a conducirlos hasta la orilla del lago, en dirección a la cara del

risco. Allí, una senda estrecha discurría sin apartarse del risco y llevaba por debajo y a través del furioso torrente de la cascada.

–Señor –dijo Garra Rota, deteniéndose ante el camino–. Mi reina lo espera en la gruta de cristal. Ha pedido que vaya solo con dos guerreros, porque la gruta es pequeña.

Normalmente, Albrecht habría sospechado de una petición así, pero no creía que Tvarivich fuese a intentar nada allí. Miró a su grupo e hizo un gesto con la mano hacia uno de sus guerreros, Eric Honnunger, un Colmillo Plateado de su propio clan. Luego dio unos golpecitos en el hombro a Byeli.

–Tú me has traído hasta aquí, así que supongo que puedo seguir confiando en ti.

Byeli asintió, sonriendo por el cumplido y el gesto de respeto. Garra Rota se retiró.

–No puedo acompañarlos. Tengan cuidado cuando pasen el agua; los espíritus deben juzgarlos primero. Si no son de su agrado, no les dejarán pasar y el torrente se los llevará. Por supuesto, esto es improbable. –Hizo una reverencia mientras decía esto.

Albrecht resopló y meneó la cabeza.

–Cada loco con su tema. Vámonos.

Empezó a bajar por el camino, con Eric detrás y Byeli cerrando la fila. Cuando llegó a la cascada, frenó y la miró, intentando ver alguna señal de los espíritus. No pudo ver nada más que agua. La atravesó, diciéndose que si los espíritus querían intentar algo, se lo permitiría; les arrancaría sus efímeras tripas si lo juzgaban mal. Estaba seguro de que un puñado de espíritus del agua no podría competir con él.

Salió a una pequeña cueva y siguió una luz tenue que venía de dentro, algún tipo de fosforescencia. En cuanto llegaron Eric y Byeli, avanzó, al tiempo que observaba los cristales que cubrían las paredes del lugar. La luz, procedente de alguna fuente que aún no podía concretar, los hizo brillar, produciendo un arco iris de colores. No pudo evitar mirar fijamente uno de ellos, que expulsaba un resplandor tenue de luz de múltiples facetas. Parpadeó, algo mareado y abrió los ojos en otro mundo.

Se asustó, estiró la mano para coger su klaive y entonces se

calmó. El sitio era más grande, las paredes más anchas y altas. De alguna manera, le habían hecho pasar por la Celosía hasta la Umbrá. Eric y Byeli estaban con él, también parpadeando.

–Bienvenido, rey Albrecht –dijo la reina Tamara Tvarivich, con su inglés de marcado acento ruso. Su melena negra parecía todavía más oscura contra la túnica blanca que llevaba, bordada de runas plateadas. Tenía una sonrisa maliciosa y juguetona en la Cara –. Me preguntaba si llegarías alguna vez.

2

El tercero en discordia

La reina Tvarivich estiró los brazos, abarcando la gruta brillante, cargada de cristales a su alrededor. Era más grande en el mundo espiritual de lo que lo era en el mundo material, pero aún así medía unos tres metros cuadrados y tenía el suelo desigual. Una luz trémula se reflejaba desde un estanque situado en algún punto por detrás de ella y arrojaba sombras vacilantes y luz por las paredes y el techo. Sentados al lado del estanque, dos lobos miraban a Albrecht con curiosidad y su pelaje de un blanco puro brillaba prácticamente a la luz.

Albrecht inclinó la cabeza y los hombros, pero no apartó los ojos de la reina.

–Támara –dijo, dirigiéndose a ella por su nombre de pila. Si a ella no le daba la gana hacer una reverencia, o siquiera ordenar a sus compañeros que inclinaran la cabeza, entonces podía llamarla como quisiera –. Me alegra volver a verte. Esta vez, en mejores circunstancias.

La última vez que se habían encontrado había sido en medio de la guerra del túmulo del margrave Konietzko.

Tvarivich arrugó la nariz en un gesto lobuno que resultaba extraño en su forma humana, pero su sonrisa no vaciló ni una sola vez.

–También me alegra verte sano y entero. *Spasibo, chto priekhala y takuiu dal.* La noticia de tu marcha contra el dragón de los Tisza habla bien de ti. Enhorabuena por tu victoria. –Finalmente, inclinó la cabeza.

–Gracias. Fue duro. Algunos de los miembros de la compañía no salieron vivos, pero sus nombres están santificados y siempre serán alabados. Curiosamente, no podríamos haberlo hecho sin la ayuda de Lord Arkady. Nos facilitó las cosas. Le estoy agradecido por ello. Espero que tu gente lo recuerde.

La sonrisa de Tvarivich se suavizó y pareció más auténtica.

–Sí, eso había oído. Recorrió la Espiral de Plata, el legendario camino que atraviesa la red de la Tejedora hasta el corazón del Wyrm. Muchos de nosotros creíamos que era un mito, pero aun así lo condujo a secretos poderosos. Será recordado por sus hazañas gloriosas. Pero tampoco debemos olvidar sus errores; enseñará a los cachorros el peligro de la arrogancia. De todas maneras, me gusta que lo hayas dicho. Ven. –Hizo un gesto hacia el estanque y caminó hasta el borde; las runas plateadas de su túnica brillaban a la luz –. Quiero enseñarte algo.

Albrecht se unió a ella en el borde del agua. Los dos lobos se levantaron y se apartaron, haciéndoles sitio. Mientras se marchaban, bajaron la cabeza. «*Eso ya me gusta más*», pensó Albrecht.

–Este es el Estanque de las Penas –dijo Tvarivich, hundiendo la mano en el agua. La fuente de luz venía del fondo del estanque, de algún sitio invisible bajo sus aguas lechosas –. Contiene los recuerdos de nuestras pérdidas, nuestras lágrimas por los camaradas caídos y nuestras abrumadoras esperanzas para nuestra patria. Pero también contiene nuestros triunfos, nuestras victorias ganadas a un alto precio. Nadar en él es comulgar con nuestro pasado. Beber de él es derramar lágrimas con nosotros y así unirse a nuestro dolor. ¿Bebes conmigo, Albrecht?

Albrecht miró el agua fijamente. Se parecía más a una sustancia empalagosa que a agua, nada que ver con lágrimas saladas y afligidas. Esto era seguramente algún tipo de cosa relacionada con el Sacerdocio de Marfil y Tvarivich, nacida bajo la luna creciente, era la más alta dirigente de esa exclusiva orden. Estaban obsesionados con

los misterios de la muerte y del Inframundo, lugares que no eran normales para la mayoría de los Garou, que sabían que sus espíritus ancestrales no vivían en las Moradas de la Muerte (lugares reservados principalmente para humanos) sino en las Tierras Estivales del mundo espiritual. No sabía a qué estaba jugando Tvarivich, pero sabía que rechazar su petición sería un insulto grave.

–Claro –dijo–. Quiero saber qué es lo que experimentáis aquí.

Tvarivich hundió la mano en el agua, se la llevó a la boca y bebió con los ojos cerrados. Se estremeció y su boca tembló. Cuando abrió los ojos, le brillaban húmedos y ya no sonreía.

Albrecht alargó la mano hacia el agua. La sintió cálida. Cogió un poco con la mano ahuecada y se la llevó a la boca. Tenía un sabor raro, no se parecía a nada que hubiese probado antes. Si acaso, no sabía a nada, era como un breve entumecimiento de la lengua. En cuanto pasó por su garganta, le atormentó una soledad profunda y terrible, un sentimiento de abandono total. Apenas pudo evitar que se le escapase de los labios un sollozo y cerró su ojo sano para contener las lágrimas. Cuando lo volvió a abrir, la luz de la gruta parecía brillar más y supo con extraña certeza que no estaba solo, que nunca estaba solo, sin importar las probabilidades que hubiese en su contra. Sus ancestros esperaban, junto a quienes habían caído luchando a su lado, en el mundo espiritual, en el verdadero hogar de su tribu. Pero más que esto, sintió la unión entre sus compañeros, los poderosos lazos entre Mari, Evan y él. La distancia no importaba; solo la lealtad, que cruzaba el espacio y el tiempo.

–¿Entiendes? –dijo Tvarivich, con voz suave y rota.

Albrecht la miró y no vio a una rival política a la que tenía que ganar con juegos de diplomacia, sino a una compañera Garou, de la propia Gaia, atrapada como él en un mundo moribundo que ya no los quería. Sabía que su percepción era algún tipo de truco provocado por el agua, pero también sabía que era verdad. Tvarivich, al compartir este agua con él, le enseñó que tampoco a ella le gustaba la política y que quería verle como a un igual, para poder expresarse sin ostentaciones ni estratagemas, de líder Garou a líder Garou.

–Sí, lo pillo –dijo, asintiendo.

Ella se apartó del estanque y se dirigió al pasadizo por el que

Albrecht había entrado. Se detuvo y colocó una mano en el hombro de Lord Byeli, que bajó la cabeza en señal de respeto. Luego volvió a mirar a Albrecht, le indicó la salida con una inclinación de cabeza y abandonó la gruta.

Albrecht la siguió y Lord Byeli y Eric también. Los dos lobos se quedaron, sentados al lado del muro, mirando sin decir nada.

Abandonaron la gruta, pero todavía seguían en el mundo espiritual, así que ahora Albrecht pudo ver los espíritus del agua, que se deslizaban arriba y abajo por la cascada, unas culebras finas y tenues de sonrisas extrañas y ojos brillantes. Bajaron deslizándose por la piel de Albrecht cuando cruzó el agua, hundiéndose en el lago.

Tvarivich se salió del camino y saltó a la hierba y esperó a que Albrecht se uniese a ella. Se dio cuenta de que lo que Garra Rota había dicho del árbol era cierto: se elevaba por encima de la bóveda del cielo y entraba en el reino de las estrellas.

–¿Cuántos años tiene esta cosa? –preguntó Albrecht cuando llegó al lado de Tvarivich.

Ella se encogió de hombros.

–Es más viejo que nuestras abuelas más ancianas, supongo. Siempre ha estado aquí.

Envolvió su brazo alrededor del de Albrecht y comenzó a caminar, siguiendo la orilla del lago que torcía hacia el río. Su gesto era puramente amistoso y real, un acto de comunión, no personal o íntimo.

–Así que –dijo ella– el mundo gira y aquí estamos, dos líderes de los Colmillos Plateados, separados por el tiempo y la distancia y ahora reunidos. La Casa de la Luna Creciente y la Casa Enemigo-del-Wyrm, aliadas otra vez.

–Sí, *all together now*, por citar a los Beatles –dijo Albrecht–. Gracias por invitarme. Ya sabes, eres bienvenida en el Protectorado de Tierra del Norte siempre que quieras.

–Sería interesante conocer América. Entiendo que tu compañero de manada, Evan Curandero-del-Pasado es un Wendigo, ¿no? Me he encontrado con muy pocos de esa tribu. Me fascinan. Como sus primos, los Uktena.

–Bueno, la mayoría de ellos son posiblemente más fascinantes

de lejos que de cerca. No nos tienen mucha simpatía a los "Contendientes del Wyrn". Pero son unos guerreros condenadamente buenos. Evan no es un ejemplar típico de la tribu, pero tampoco es que sea el único exactamente. Está intentando que todos trabajemos juntos, a pesar de lo que ha ocurrido en el pasado.

–Entonces como tú y como yo. Nosotros también necesitamos dejar a un lado cualquier problema del pasado y buscar nuestro futuro juntos. Nuestra tribu será más fuerte unida bajo dos gobernantes poderosos que bajo cien reyezuelos.

–Uh, siento la revolución en el aire. Támara, una cosa es soñar con ello y otra muy distinta conseguirlo. Somos una tribu de alfas y cada uno intenta permanecer arriba. Nunca ha sido fácil conseguir que los reyes Colmillos Plateados se hagan amigos. Normalmente se necesita una época realmente mala para que se consoliden alianzas entre unos pocos de nosotros. Tienes que reunir a los Colmillos Plateados de Rusia (al diablo con las otras tribus, si vamos a ello) bajo una bandera. No va a ser fácil extender esa bandera por Europa o por los Estados Unidos. Diablos yo casi no tengo contacto con los Colmillos Plateados del medio oeste, por no hablar de los de la costa oeste. Simplemente es demasiado territorio que cubrir.

–Liberar a Rusia de la Bruja no fue fácil. Pero era algo que tenía que hacerse. Lo mismo pasa aquí. Si no forjamos una alianza global de los Colmillos Plateados, nunca podremos unir a todas las tribus. ¿Qué pasaría si el momento decisivo nos descubre? Somos débiles y estamos desperdigados. Caeríamos derrotados como hojas a la llegada del invierno.

–No me malinterpretes; tienes razón al decir que necesitamos que todo el mundo actúe unido. Pero si yo ya paso un tiempo suficientemente duro intentando ganarme el corazón y la mente de las tribus del área de Nueva York, imagínate del mundo entero. Se va a necesitar algo más que a ti y a mí, Tamara.

–Lo sé. Por eso es por lo que necesitamos aliarnos con el margrave.

–¿Konietzko? Es bueno, eso seguro. Pero no me gusta su visión; demasiado desoladora. –Albrecht levantó las palmas de las manos al ver que Tamara lo miraba con el ceño fruncido–. Lo sé, lo

sé: si yo hubiese pasado por la mitad de lo que ha pasado él, o incluso por un cuarto de lo que has pasado tú, pensaría de manera distinta. Pero es que pienso de manera distinta y ese es el problema. Sí, necesitamos tener mejores lazos con Konietzko, pero ahí debemos tener cuidado. Es la clase de tipo que está demasiado dispuesto a acaparar toda la atención. No podemos permitir que un Señor de las Sombras mande sobre un Colmillo Plateado.

–Mandar, no. Consultar y tomar decisiones en una asamblea, sí. Si tú y yo estamos unidos, podremos mantener fácilmente las propias ambiciones de Konietzko bajo control y asegurarnos de que las nuestras siguen adelante... con su ayuda.

–No me esperaba esto. Me imaginaba que tú y yo hablaríamos sobre cómo intercambiar privilegios de los puentes de luna, prestamos de ayuda a las manadas y pactos espirituales. Y aquí me hablas de algún tipo de... algo global. ¿Pero qué exactamente? ¿Una asamblea?

–No, un triunvirato de líderes de verdad, que dirijan a las otras tribus contra el Wyrms por todo el mundo. Ahora está ganando porque estamos desperdigados, porque no tenemos ningún gobierno central que establezca la táctica a seguir contra él. Aquí en Rusia le vencimos porque teníamos un gobierno así. Yo tomé el control y pedí lealtad total. Una vez que la conseguí, todas las tribus siguieron mis órdenes y nos movimos contra el Wyrms como una mano, no como cinco dedos desconectados. Eso garantizó nuestra victoria.

–Mira, admito que lo que hiciste fue extraordinario, pero vivías en una época extraordinaria. Cada tribu vio que tenía más que perder si seguía sola, que si te seguía a ti. ¿Cómo consigues que los Garou de todo el mundo crean otra vez en los Colmillos Plateados? Piensan que estamos chiflados y que ya hemos dado lo mejor de nosotros mismos.

–Eso he oído. En otras tierras hablan irrespetuosamente de nosotros. Tú y yo tendremos que enseñarlos a pensar lo contrario.

–¿Y cómo? ¿Amenazándolos? Solo faltaría eso. Créeme, conozco el valor de un desafío oportuno, pero no siempre funciona. Especialmente con los Wendigo y los Uktena, esas tribus que tanto te fascinan. No le enseñan la garganta a nadie más que a ellos mismos.

Llegaron a un vado del río, donde se había apilado una fila de

piedras que permitían que un Garou ágil cruzase al otro lado con unos pocos saltos. Tvarivich pasó primero y Albrecht la siguió. Al otro lado, un gran círculo de piedras puestas en vertical formaba un área ritual. Albrecht pudo ver espíritus (pájaros, liebres y otros animales pequeños) vigilándolo desde el bosque cercano. Se giró para comprobar que Byeli y Eric lo siguieran.

–Aquí es donde acepté la alianza de las tribus rusas en nuestra guerra contra la Bruja –dijo Tvarivich, de pie en el centro del círculo, con los brazos completamente abiertos–. Aquí es donde el poder de nuestra tribu volvió a rehacerse. –Miró a Albrecht con absoluta seriedad–. El margrave está haciendo lo mismo, Albrecht. Consolida el gobierno entre las tribus europeas. Muchas de las tribus implicadas en la guerra de Jo'clath'mattric ya le están siguiendo, incluidos los Jarlsdottir y los Fenris. Si no nos convertimos en un contrapeso, la suya será la voz que gobierne en los años venideros. Solo su aullido comandará las legiones del Apocalipsis, para eterna vergüenza de nuestros ancestros.

Albrecht entró en el círculo con la cabeza gacha y las manos a la espalda. Caminó alrededor en el sentido de las agujas del reloj.

–Te escucho. Comprendo la amenaza, si se la puede llamar así. Si puede unir a todas las tribus, eso es algo bueno, a pesar de lo que significa para nuestra tribu. Sin embargo, sé que los Garou americanos no le seguirán, al menos no todos. Está chapado a la antigua.

–Y esa es la razón por la que te necesito, Albrecht. Tú puedes atraerlos; a ti te seguirán. Cuando se les plantee la alternativa de Konietzko y yo, te preferirán a ti. Si te unieras a nosotros...

Albrecht se detuvo y la miró a los ojos.

–¿Nosotros? ¿Ahora es un nosotros? Ya te has asociado con él, ¿verdad? Él sabe que no puede ganarse a las tribus rusas; solo tú tienes su lealtad. Él no mató a los Zmei; fuiste tú. Lo mejor que puede hacer es compartir el poder contigo. Eso le da credibilidad al viejo estilo Colmillo Plateado, pero sometido a su voluntad.

–No a su voluntad; a la mía. Yo escogí aliarme con Konietzko. Debemos gobernar juntos, decidir unidos el rumbo de la nación Garou.

–Ya lo pilló. Ya está decidido. Vosotros dos estáis reuniendo las

fuerzas del mundo, las atáis con un bonito lazo y las repartís como si fueran un regalo para vosotros mismos.

–Hablas de esto como si fuese algo malo –dijo Tvarivich, en tono frío y con un deje de furia.

–No estoy seguro de lo que es. Ese es el problema. Me habéis mantenido fuera del grupo y me invitáis a la fiesta a última hora. Me necesitáis para libraros de las tribus que actúan solas, las que nunca formarían filas con los asuntos de un país viejo, pero que podrían mostrarse dispuestas a seguirme a mí, porque yo no me ajusto exactamente al estereotipo. Pero se supone que yo solo voy a meter a estas fuerzas en la red y quedarme al lado del trono, rechazado por mis compañeros. Y eso es lo que ocurrirá, por cierto. Tú lo sabes. Mi estilo no encaja con el tuyo o con el de Konietzko, así que seré el tipo raro que está de más, desautorizado y de malas.

Tvarivich estaba furiosa, con los ojos entornados. Cruzó los brazos sobre el pecho.

–Estás siendo un cínico. No somos tiranos. Por supuesto, tendrás la misma voz que nosotros. ¿Crees que somos estúpidos? Si te rechazamos, perdemos el apoyo de las tribus que están bajo tu bandera. No te invité hasta aquí para insultarte, Albrecht, sino para atraerte a una causa grande y noble.

–De acuerdo, admito que quizás estoy siendo cínico y me apresuro a ver el lado malo en lugar del bueno. Estaría bien tener una estructura de gobierno central. Después de todo, estamos en guerra. Pero soltarme esto así, cuando ya está decidido, no es la mejor táctica para convencer a alguien que actúa solo y eso tienes que admitirlo.

Tvarivich sonrió.

–Cierto. Ahora lo veo. Estoy demasiado acostumbrada a que la gente se someta a mi voluntad. Creía que nuestro plan era demasiado bueno para dejarlo pasar y que lo aceptarías con entusiasmo a pesar de los sentimientos heridos. Lo siento. Sí, ya me has oído, pero no lo oirás muchas más veces saliendo de mi boca.

–Bueno, esto es el colmo. No me puedo poner furioso con una rara disculpa de la reina Tamara Tvarivich; es un artículo de coleccionista. Mira, Támara, tengo que pensármelo. Es un paso nuevo e importante, no solo para mí, sino para todos los que formarían filas

conmigo.

–De acuerdo –dijo Tvarivich, acercándose y poniendo una mano en el hombro de Albrecht–. No tengo intención de meterte prisa. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Disfruta del túmulo. Tal vez él te hable y te regale un buen consejo útil para tu decisión. Los ancestros vienen aquí y susurran en el viento, como hace el poderoso Halcón. Tal vez venga y alivie tu carga con un consejo.

–Sí, quizás lo haga. Ya lo ha hecho antes. Gracias, me quedaré un poco. Quiero ver el túmulo. Sin embargo, sobre esa respuesta... No puedo dártela sin ir primero a casa y ver cómo están las cosas por allí. Muchos compañeros confían en mí para obrar honradamente con respecto a ellos y me han dado esa confianza porque saben que no me aprovecho de ella. Tengo que preguntarles lo que quieren hacer.

–Lo que deberían desear es seguir a un líder esforzado a donde quiera que vaya.

–Eso es a la antigua. En América, lo hacemos de una manera nueva: la democracia. No, eso no significa que vayan a decidir en todo lo que digo. Significa que no me aprovecho de mi poder obligándolos a hacer cambios importantes sin consultarlos primero.

–Ah, creo que te entiendo. De nuevo, me disculpo por no haberte tenido en cuenta. Por aquí no estamos demasiado acostumbrados a ese estilo occidental de la democracia. Nosotros seguimos a nuestros líderes y confiamos en ellos.

–Del sitio de donde vengo, la confianza te la tienes que ganar. No se consigue por la suerte o por derecho de nacimiento, por mucho que a nuestra tribu no le guste.

Tvarivich hizo una mueca y apartó la mirada.

–Hablas como si yo no me hubiera ganado la confianza y solo la hubiera cogido como si fuese una chuchería.

–Eh, eso no es lo que quería decir en absoluto –dijo Albrecht, mostrando las palmas de las manos–. Solo digo que el nuevo mundo es mucho más independiente. La gente decide por sí misma si sigue o no a un líder. Mi posición hace que me escuchen, pero no garantiza que las demás tribus sacrifiquen sus vidas por mí.

Tvarivich asintió y volvió a sonreír.

–Entonces quédate y piensa en ello. Ven a mí con cualquier

duda que tengas. Pregunta a mi gente si quieres. Les daré instrucciones para que te respondan con total franqueza. Te quiero a mi lado, Albrecht, no como un peón o como alguien que proporciona ejércitos, sino como un amigo. Necesitaré tu apoyo contra Konietzko más de lo que él buscará el mío contra ti.

Albrecht asintió. Tvarivich abandonó el círculo y regresó andando a la orilla del lago, en dirección a la gruta situada bajo la cascada. Albrecht se quedó inmóvil durante un rato, pensando. Levantó la vista hacia los árboles, las montañas majestuosas y buscó en el cielo. No vio lo que buscaba, así que bajó la vista y comenzó a salir del círculo.

Un lobo negro saltó desde detrás de una piedra y le bloqueó el camino.

–¿Melenanocturna? –dijo–. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

La forma cuadrúpeda de Melenanocturna creció hasta quedarse sobre dos piernas. Se apartó a un lado para no cortar el paso.

–Llegué antes que usted, siguiendo a una comitiva de espíritus que deseaban enseñarme el círculo.

–Entonces, ¿cuál es tu consejo? Ya la oíste. ¿Debo unirme, o quedarme al margen?

Melenanocturna se encogió de hombros.

–Solo usted puede contestar a esa pregunta.

–Vaya, pues sí que me eres de ayuda.

Albrecht frunció el ceño y pasó a su lado; ella lo siguió.

–Soy vidente, no política. Debe preguntarse cuáles serán las consecuencias si acepta y cuáles serán si se niega.

–Sí ya lo sé –dijo Albrecht, golpeando con el puño de la mano derecha la palma de la mano izquierda–. Quedarme fuera de semejante trío de poder podría ser bien duro, pero acompañar con la batería a su guitarra y su voz puede ser igual de frustrante. Además, ni siquiera estoy seguro de que un gobierno central sea lo que necesitamos. A veces lo quiero, pero puede ser la parte de mí que dice que lo quiere todo para poder comportarme siempre como me dé la gana. El mundo no funciona así.

–El mundo está cambiando, señor. Los espíritus lo dicen. Las viejas alianzas se transforman y hay nuevos países en auge. Usted

mismo debe decidir cuál será su papel.

Albrecht se volvió para mirarla.

–Sí, lo sé. Tengo que tomar una decisión importante y no es fácil. Si sabes de algún espíritu por aquí que pueda... bueno, darme su opinión inesperadamente, pídele que lo haga. ¿De acuerdo?

–Correré la voz. –Melenanocturna inclinó la cabeza a modo de reverencia.

Albrecht llegó al sitio donde Lord Byeli y Eric lo esperaban pacientemente. Albrecht caminó lentamente en círculo, observando el paisaje. El río pasaba rápido a su lado, descendía por la ligera pendiente del valle, bajaba retumbando por otra cascada y luego desaparecía en las montañas. Los bosques cubrían la mayor parte del valle. Para Albrecht, parecía realmente primitivo y prístino.

–Bueno, supongo que deberíamos pasar al mundo físico –dijo–. Probablemente el clan nos estará esperando con una fiesta de bienvenida.

–Señor –Byeli ladeó la cabeza–. No pude oír lo que se dijeron usted y la reina, pero parece preocupado. ¿Hay algo en lo que pueda serle de ayuda?

–Bah, de momento dejemos esa mierda a un lado y reunámonos con algunos colegas de tribu. –Byeli frunció el ceño–. Más tarde, Byeli –dijo Albrecht–. Lo explicaré todo más tarde.

Byeli arqueó las cejas, pero asintió, aceptando el ofrecimiento de Albrecht. Este miró fijamente el agua del lago, observando cómo retumbaba en las orillas y se canalizaba hasta el apresurado río, formando espuma blanca en las crestas de las olas. La luz de la luna brillaba en su superficie como polvo plateado. Estiró su espíritu, sintió el mundo físico y se preparó para cruzar la cortina de terciopelo.

El chasquido de un trueno le hizo perder la concentración.

Levantó la vista hacia las ramas superiores del poderoso abeto y vio la cola del rayo y las frenéticas llamas que provocaba.

–¡Santo Dios! –gritó.

–¡No! –chilló Melenanocturna, paralizada por la impresión. Otras exclamaciones estallaron a su alrededor: el chillido de los pájaros, el rugido de los animales y las ráfagas calladas de los propios árboles... los espíritus reaccionaban con furia al ataque contra su centro

sagrado.

–¿Qué diablos ha ocurrido? –dijo Albrecht, mirando alternativamente a Byeli y a Melenanocturna. Byeli estaba boquiabierto, incrédulo ante la enormidad de la explosión. Mientras miraba, una rama gigantesca envuelta en llamas cayó, agitándose por el inmenso cielo para estrellarse contra el suelo.

–¡Apártate de ahí! –gritó Albrecht.

–¡Ha ocurrido algo terrible en el Reino Etéreo! –dijo Melenanocturna–. Algo procedente de los cielos ha atacado el túmulo.

–¿Qué? ¿Una criatura del Wyrm? ¿Dónde está?

–No una simple criatura. Un Incarna.

Albrecht levantó la vista, buscando el cielo estrellado. No pudo ver ni rastro del atacante, ningún espíritu de ningún tipo, pero entonces no sabía realmente qué buscar.

–Se ha ido –dijo Melenanocturna–. No ha sido un ataque. Ha sido un presagio. Una señal de que van a venir días espantosos. Aquí no estamos a salvo. No estamos a salvo en ningún sitio...

Empezaron a aparecer los Garou, que cruzaban la Celosía desde el mundo físico hasta el reino espiritual; gruñían y estaban enfadados y buscaban al enemigo que se había atrevido a golpearlos en su propia casa. Los primeros que cruzaron eran obviamente chamanes, vestidos con hábitos, abrigos gruesos o sus pelajes naturales, todos pintados con pictogramas que representaban alianzas espirituales. Rápidamente los siguieron los guerreros en su forma de batalla, con las garras listas y las mandíbulas apretadas y con los hocicos buscando la presencia del Wyrm.

Melenanocturna les ladró, informándoles de que la amenaza había desaparecido. Solo había sido un aviso, un presagio de los cielos sobre los tiempos difíciles que estaban por llegar. Los

chamanes se reunieron alrededor de ella, gruñendo; llamaban de vez en cuando a varios espíritus cercanos, que respondían en la extraña lengua espiritual, que a los oídos de Albrecht sonaba como una música lejana y casi inaudible.

Albrecht vio a Tvarivich, todavía goteando agua de la cascada, que se les unía, pidiendo respuestas en ruso. Algunos de los chamanes le contestaron y comenzó una pequeña discusión; algunos señalaban a la copa del árbol herido y otros gesticulaban hacia el túmulo entero.

Albrecht se acercó con calma y estaba a punto de preguntar qué diablos estaba ocurriendo, cuando un halcón pasó a toda velocidad por encima de sus cabezas.

Tvarivich levantó la cabeza para mirarlo fijamente y aguzó el oído para captar sus gritos. Oyó algo que Albrecht no captó, algún comunicado importante y luego desapareció de inmediato, saltando por la Celosía hasta el mundo físico.

–Esto no puede ser bueno –gritó Albrecht hacia Byeli y Eric y saltó por la Celosía. Estaba hecho para luchar, porque había nacido en luna llena. Nunca había sido tan bueno saltando mundos como un luna creciente, así que su viaje distó mucho de ser instantáneo. Sentía la Celosía como si fuera de goma y empujó con fuerza contra su resistencia, deformándola lentamente, abriendo un agujero a través del que pudiera pasar. Para cuando apareció en el mundo físico, Tvarivich ya había cruzado el río y estaba de pie en el círculo ritual; un portal brillante y plateado de luz flotaba en el aire por delante de ella.

Al fondo del túnel de luz descubierto por el puente de luna, Albrecht pudo ver a un hombre que corría hacia Tvarivich. Mientras se acercaba, Albrecht pudo distinguir sus rasgos: pelo largo y negro, una capa negra que se agitaba al viento y camisa y pantalones grises. Una insignia pintada con sangre brillaba en su pecho; era la marca de unas garras, en forma de cruz sombreada, de la tribu de los Señores de las Sombras.

Saltó desde el puente de luna abierto y aterrizó de rodillas, inclinándose ante Tvarivich; respiraba pesadamente, era evidente que había corrido a toda velocidad mucho tiempo. La luz brillante se desvaneció detrás de él y dejó solo oscuridad. Albrecht parpadeó para

acostumbrar sus ojos, entró en el círculo y se quedó de pie detrás y a la derecha de Tvarivich.

El hombre había recuperado el aliento y comenzó a hablar en ruso, pero Tvarivich le interrumpió.

–En inglés. O en Garou. Nuestro invitado también debe oír esto.
–Hizo un gesto hacia Albrecht y el hombre arqueó las cejas. Inclino la cabeza ante Albrecht y devolvió la atención a la Reina, hablando en inglés con su fuerte acento balcánico, no ruso.

–Reina Tvarivich, mi señor, el margrave Konietzko, envía sus saludos y se disculpa por las nefastas noticias que le voy a transmitir. Me ordena que le avise de los terribles acontecimientos que están ocurriendo en Europa. El Wyrm se mueve contra nosotros desde distintos frentes. Sus ataques son horribles y al azar. Ha cogido a muchos clanes por sorpresa. Tantas criaturas... vienen de lugares desconocidos.

Tvarivich miró preocupada a Albrecht y luego echó un vistazo a las alturas humeantes del abeto. Puso la mano en el hombro del mensajero.

–Tranquilo, valiente Garou. Dime tu nombre y tendrás agua y comida mientras comunicas las noticias.

El hombre se quedó quieto y asintió.

–Soy Yorgi Danzante-de-Fuego, Ragabash del clan de la Torre Humeante de Budapest. El primer ataque ocurrió hace tres días, en Polonia. Un nido de pesadillas que muchos pensaban que había sido derrotado hace mucho tiempo. A esto le siguió una horda de criaturas que apareció en los Balcanes, fomori que comían cualquier cosa que se moviera. Luego, en Alemania, un gusano de nexo. Murieron muchos derrotándolo.

–¿Quién está detrás de estos ataques? –dijo Tvarivich. Hizo señas hacia una anciana que llevaba una bandeja de comida. Yorgi devoró ávidamente las bayas y las lonchas de carne cruda.

–Llegaron todos a la vez –dijo, mientras le caía el jugo por las mejillas. Bebió un vaso de agua y se lo devolvió a la anciana, inclinándose ante ella brevemente–. Estos enemigos no están relacionados. Simplemente aparecen y atacan, sin ningún plan aparte de destruir. El margrave envió mensajeros a todos los clanes, para

avisarles de nuevos ataques. El primer mensajero que envió aquí no regresó. El margrave también mandó grupos de guerra a la Umbral, buscando respuestas. Regresaron con espíritus a los que habían rescatado, que gritaban acerca de terribles sucesos en los reinos, en lo más profundo de la Umbral. Hablan de monstruos que se han liberado de antiguas cadenas, como si se hubieran soltado todos a la vez. Estas cosas vagan libremente, arrojadas a la Tierra y a la carne de Gaia, intentando profanarla.

Tvarivich miró a Albrecht con gesto afligido. Albrecht dio unos pasos adelante y miró a Yorgi a los ojos.

–¿Hay algún indicio de que un poder central esté detrás de esto? –dijo–. ¿Algún gilipollas que pueda estar liberando a estas pesadillas?

–Sí. Los fomori de los Balcanes no murieron sin divulgar ciertos secretos. Vienen de la Cicatriz, el temido reino de la Umbral Sumido en la corrupción. Los espíritus también hablan de la Cicatriz y dicen que todas las pistas que las criaturas han ido dejando por los aires conducen a ese agujero.

–Santa Gaia –dijo Albrecht, rechinando los dientes–. La Cicatriz está escupiendo monstruos como si no existiera un mañana. Justo lo que necesitamos.

–¿No lo ve? –dijo Yorgi–. Eso es justo lo que dice margrave: «No hay mañana». Ha llegado la hora. Ahora es cuando debemos levantarnos todos juntos, para formar un ejército tan poderoso que incluso el Wyrms temblará. Debemos marchar sobre la Cicatriz y allí derrotar a las fuerzas del Wyrms antes de que puedan corromper a Gaia.

–Bueno, espera –dijo Albrecht, meneando la cabeza–. Eso es salir antes de tiempo. Solo porque un reino Wyrms esté vomitando criaturas en masa, eso no significa que el fin esté cerca.

–No estoy tan segura, Albrecht –dijo Tvarivich–. Los cielos han hablado, golpeando el corazón de mi túmulo. ¿Por qué ahora? ¿Por qué están viniendo todos estos horrores de un solo sitio?

–Eso es solo conjeturar –dijo Albrecht–. Podría no estar relacionado. Podrían venir de todas partes.

–¡Peor aún! Podría ser la primera oleada de un ataque mayor.

No podemos quedarnos sin responder a esta amenaza.

–Señora –dijo Yorgi clavando una rodilla en el suelo y agachando la cabeza–. El margrave solicita que se una a su ejército y que lleve tantas tropas como pueda permitirse. Marchará sobre la Cicatriz y destruirá todo lo que quede del enemigo. Le pregunta: ¿luchará a su lado y lo ayudará a dirigir las tropas?

Tvarivich no dijo nada. Respiró profundamente, con los ojos cerrados, como si estuviera pronunciando una plegaria silenciosa. Cuando abrió los ojos, miró a Albrecht con una resolución inflexible.

–¿Te unirás a nosotros, rey Albrecht? Ha llegado la hora. Me hubiera gustado disponer de años para construir nuestra alianza mundial, pero el Wyrm nos ha husmeado y ha hecho el primer movimiento. Sabe que, si nos unimos, no podrá plantarnos cara. Se mueve para destruirnos mientras estamos desperdigados. Ven con nosotros, Albrecht. Dirige el ejército a la Última Batalla, hombro con hombro con margrave y yo.

–Espera, espera –dijo Albrecht, pellizcándose la frente con la mano–. Esto está yendo demasiado rápido. El Wyrm nunca ha actuado antes tan rápido y con este tipo de organización. Créeme, he luchado contra los siervos del Wyrm Profanador y están bien unidos, pero son sutiles, nada propensos a liberar monstruos desmandados. Eso es más del estilo de la Bestia de la Guerra y no puedo creer que ella haya podido unir a las tropas hasta ese punto.

–Dudar es arriesgarse a ser destruido –dijo Tvarivich, abriendo los brazos, incrédula–. ¿Piensas que el margrave miente?

–¡No! Diablos, no, no he dicho eso. Solo estoy diciendo que esto no es necesariamente eso, el Grande. Suena muy mal y merece la pena luchar con un ejército, pero no creo que debamos retirar a los defensores de todas las posiciones para que le sigan a la Cicatriz, que puede ser lo que quiere. Los túmulos indefensos, desarmados por una retaguardia depravada que se mete a hurtadillas tan pronto como nosotros entremos cargando en la Umbral. Ese sería tu Apocalipsis, Tvarivich.

Tvarivich se calmó y asintió.

–Sí, hay sensatez en lo que dices. No retiraré a todos mis soldados del túmulo. Pero lucharé en esta batalla. Aunque no sea la

última, debemos enseñar nuestra fuerza, demostrar a los demás lo que podemos conseguir cuando nos dirigen unos jefes unidos. Este es el momento que necesitábamos, la llamada fuerte y sonora que nos traiga a las demás tribus.

Albrecht meneó la cabeza.

–Es demasiado fácil. Tiene que ser una trampa de algún tipo. ¿No lo ves? Apartarte a ti y a Konietzko de la tierra. Es perfecto. Y si me añades al pacto, ¿entonces qué? Si fallamos, no queda nadie para unirnos. Incluso si sobrevivimos, eso todavía nos deja lejos de casa. No, Tvarivich, la última batalla no se librará en la Umbrá; será aquí, en el lugar que más ansia el Wyrm... en la verde tierra de Gaia.

Tvarivich asintió lentamente, con tristeza en los ojos.

–Desearía que fuera verdad, Albrecht. –Tvarivich suspiró–. Pero no lo creo. Si hubiese sido tan cauta como tú en la larga noche del gobierno de la Bruja, nunca habríamos liberado a la madre Patria. Debemos ser valientes e introducirnos en el corazón de la guarida de nuestro enemigo. Si matamos el corazón, matamos sus miembros. Marcharé con Konietzko y destruiré a nuestro enemigo allí donde se reproduce. Estaría orgullosa de tenerte conmigo, pero no te censuro si decides lo contrario.

Albrecht miró a Tvarivich a los ojos.

–No puedo, Tamara. Por mucho que me gustase luchar a tu lado, debo volver a casa. Si estas criaturas están vagando por la Umbrá y apareciendo inesperadamente por toda Europa, Gaia sabe lo que está ocurriendo en Estados Unidos. Me necesitan allí. Si las cosas están en calma, que espero que sí, reuniré un ejército y me encontraré contigo en la Cicatriz. No puede ser tan malo tener dos frentes, ¿no?

Tvarivich sonrió.

–Espero verte allí. Es un buen plan. Tus fuerzas, llegadas por sorpresa, pueden servirnos de gran ayuda cuando más las necesitamos.

Albrecht le apretó la mano y ella se estiró y le atrajo hacia sí, dándole un enorme abrazo ruso. Luego lo soltó y se dio media vuelta para dirigirse a los Garou que se habían ido reuniendo al borde del círculo.

–¡Llamad a todo el mundo! ¡Preparaos para la guerra! Me

marcho con treinta soldados antes de la luna de mañana.

Los Garou empezaron a moverse, corriendo hacia sus guaridas para reunir fetiches y provisiones para la larga marcha. Otros se congregaron para discutir quién se quedaría y quién se marcharía.

Tvarivich hizo un gesto al Guardián del Portal, el hombrecillo que había abierto y cerrado el puente de luna por el que había llegado Yorgi. Se volvió hacia Albrecht.

–Cuando tu grupo esté preparado para marcharse, Iván os abrirá un puente. Dile las palabras que necesita para que el tótem de vuestro túmulo abra la puerta y estaréis en casa antes de que nosotros nos hayamos marchado a la guerra.

–Gracias –dijo Albrecht–. No te diré adiós. Nos volveremos a ver y pronto.

Tvarivich sonrió y se marchó, reuniendo un grupo de soldados aguerridos que incluía a Garra Rota, a quien se llevó aparte para discutir los planes de guerra.

Albrecht suspiró y miró a su alrededor buscando a su propio grupo. Se habían reunido en un sencillo círculo y le esperaban al lado del vado del río. Lord Byeli y Melenanocturna estaban cerca, mirándole. Albrecht caminó hacia ellos.

–Bueno, parece que nuestra asamblea se ha interrumpido. Tenemos que marcharnos. Odio hacerlo, pero no puedo renunciar en un momento como este.

–Nadie le pedirá que lo haga –dijo Lord Byeli–. Quien lo intente, tendrá que responder primero antes mis garras.

–Y mis colmillos –dijo Melenanocturna–. No podemos ir con usted, señor. Nuestro sitio está aquí, con nuestra reina.

–Lo entiendo –dijo Albrecht–. Ha sido genial teneros como guías. Y gracias por defenderme.

Lord Byeli puso una mano en el hombro de Albrecht.

–Recuerde las lecciones que le enseñé sobre la historia de nuestra tribu. Recorra a ellas cuando aparezcan problemas.

–Lo haré –dijo Albrecht, apretándole la mano–. No lo olvidaré.

Se volvió y le hizo un gesto con la cabeza a Eric, que condujo al resto del equipo, a los once, hacia el círculo ritual. La manada "La Caída de la Flecha" se sentó cerca y los miró. Habían viajado juntos

casi una semana entera y se habían hecho amigos. La manada lanzó un aullido colectivo, al que respondieron todos los soldados de Albrecht. El Aullido de Partida. Albrecht se unió a él y también Byeli y Melenanocturna.

Albrecht hizo un último gesto con la mano y luego se dio media vuelta para avanzar hasta la parte delantera de su grupo. Derick Dienteduro, uno de los Theurge de Albrecht, habló con Iván y le dio las palabras que necesitaba para abrir un puente de luna desde el túmulo de la Luna Creciente en los Montes Urales de Rusia hasta el túmulo de Albrecht en Tierra del Norte, Vermont. El portal brillante y plateado apareció en el aire y Albrecht saltó a él sin vacilar, seguido inmediatamente por sus soldados.

En cuanto estuvieron todos en el puente, que se arqueaba hacia arriba gradualmente, con el horizonte cubierto de niebla, el portal se cerró tras ellos. La niebla se tragó el suelo del camino, pero las estrellas brillaban en el cielo nocturno, ofreciendo una vista clara del Reino Etéreo.

Albrecht frunció el ceño. Muy arriba, en el cielo, pero aparentemente más grande de lo que recordaba cuando la había visto por última vez, una estrella roja se vislumbraba cerca del horizonte. El Ojo del Wyrn, el presagio funesto que había aparecido en los cielos unos pocos años atrás. Ahora se parecía más a una pequeña luna que a una estrella. Los demás también debieron de verla, porque un aullido muy bajo recorrió todo el grupo. Albrecht gruñó una orden, una llamada a la disciplina y los guerreros se juntaron más en su orden de marcha.

Albrecht caminaba cerca de la parte delantera de la tropa, precedido por Llamadorada y Cortezabedul, que marchaban como exploradores por delante de él, pero sin llegar a perderse de vista. Maldijo su suerte. Condenado Konietzko, pensó, siempre buscando el momento, la singular batalla que le elevaría por encima de todos sus héroes precedentes. Iba a arrastrar a montones de Garou hasta un reino lejano, arriesgando las defensas de los túmulos, y todo por una conjetura. Y lo peor de todo era que hacía que Albrecht pareciese un débil por no unirse a él. Así es como lo verían las otras tribus. Valiente Konietzko, apoderándose del momento, mostrando sus colores de

líder verdadero. Colores, ¡ja! Su pelaje era negro como una noche sin luna. El de Albrecht y el de Tvarivich era de un blanco puro, el signo de la crianza de verdad y de la pureza, el signo de los verdaderos alfas.

La ira que Albrecht sentía hacia el margrave escondía una preocupación mayor: que los ataques procedentes de la Cicatriz fuesen realmente a escala mundial, que acosasen al protectorado de su tierra. Pero el hecho de que no hubiera llegado ningún mensajero de su clan y de que el puente de luna se hubiera abierto correctamente, era una buena señal. Tal vez los problemas estaban limitados a Europa. Si así era, podría cumplir su promesa y llegar a la Cicatriz con un ejército pasmoso, suficiente para borrar al margrave de los libros de historia.

Albrecht meneó la cabeza y se reprendió a sí mismo. Ese no era momento para el ego. Podría darse palmaditas en la espalda cuando hubiera terminado, cuando todo volviera a la calma y no antes. Ya había sido un verdadero bastardo pagado de sí mismo una vez. Su exilio le había dado algo de humildad, aunque el exilio hubiese sido el castigo, inmerecido e injusto de su abuelo, igualmente loco de ego, que había sido el rey anterior. Andar furtivamente por las calles, ayudado por los Roehuesos, había sido suficiente para hacerle madurar realmente rápido. Ahora veía aquellos tiempos como una prueba, una cura que lo había preparado para lo que era actualmente, para merecerse la reliquia que llevaba en la frente.

En el pasado, la Corona de Plata había demostrado muchas veces que no soportaba que la llevaran los tontos. Los reyes anteriores se habían vuelto locos o habían acabado mal, pero la Corona les había sobrevivido y había llegado finalmente a manos de Albrecht. Siempre se esforzaba para ser digno de ella.

Bajo los pies de Albrecht, el suelo se agitó y él se detuvo y estiró la mano hacia su klaive. Los guerreros tomaron posiciones defensivas inmediatamente y miraron a su alrededor, buscando alguna señal de lo que había causado el temblor.

–¡Dienteduro! –dijo Albrecht–. ¿Se supone que eso era normal?

–No, señor –respondió el chamán. Tenía la mirada clavada en la niebla que tenían delante, obviamente perplejo–. Los temblores

Umbrales no llegan a las alturas a las que estamos. Esto es... extraño.

–De acuerdo. Que todo el mundo siga adelante. Seguid andando y manteneos completamente alerta. Quiero ojos en todas partes.

Escuchó gruñidos de aprobación por la compañía y se reanudó la marcha. Unos momentos después, el suelo volvió a agitarse. Esta vez no se detuvieron, sino que siguieron andando. Nadie vio el menor indicio de lo que causaba aquellos temblores.

La exploradora, Cortezabedul, llegó corriendo hasta el grupo, jadeando.

–¡Pesadillas! ¡En el puente, delante de nosotros!

Albrecht gruñó, su forma creció, le brotó el pelaje blanco y su hocico se alargó. Su gruñido ganó profundidad y tono a medida que sus cuerdas vocales cambiaban.

–¿Cómo es posible? ¡Debería repelerlas!

Desenfundó su klaive y aceleró el paso hasta que todos pudieron ver las figuras que tenían delante, a lo lejos, siluetas en la niebla. Llamadora estaba de cuclillas en el camino, vigilando al enemigo, esperando a que llegase el rey.

–No nos han visto –dijo, cuando Albrecht se acercó–. Están intentando cortar el puente con herramientas que no puedo ver con claridad.

–No podemos permitir que eso ocurra –dijo Albrecht–. Este es nuestro único camino para volver a casa. De acuerdo, en formación. A mi señal, cargamos.

Esperó unos segundos a que sus guerreros tomaran posiciones, con las armas desenfundadas o las garras preparadas, esperando la señal de Albrecht. Echó atrás la cabeza y aulló desde el fondo del estómago y los Garou salieron disparados.

Las pesadillas, enanos fuertes y rechonchos que parecían haber sido cubiertos de asfalto caliente, abandonaron su trabajo y salieron corriendo en todas direcciones, sin saber cómo responder. Sus Ojos eran como pequeños fragmentos de grava, negros como el vacío, y sus bocas eran como el agujero de una alcantarilla. Sin embargo, el aullido de Albrecht les había helado hasta sus efímeros huesos. Unas, al intentar huir, echaron a correr en la dirección equivocada y se

encontraron con una horda de Garou cargando contra ellos. Se chocaron unos con otros al intentar dar media vuelta y correr en dirección opuesta.

Unos pocos, sin embargo, no perdieron la compostura y se quedaron donde estaban para enfrentarse a la carga. Sus ojos penetrantes brillaban, dándoles un halo de malicia. Unos Garou menos experimentados podrían haberse detenido, pero los soldados de Albrecht eran los mejores. Observaron que les apuntaba el ojo del diablo, pero lo ignoraron, todavía furiosos.

Albrecht no había visto nunca antes unas pesadillas como aquellas. Aparentemente tenían cierto grado de control sobre su carne negra, porque de sus brazos empezaron a brotar pinchos; eran como cuchillos de ébano, curvos y afilados, que rezumaban una sustancia viscosa y negra.

Albrecht esperaba que no fuese venenosa, pero ya no lo podía evitar. Su grupo tendría que evitar que les golpearan. La primera oleada de sus soldados chocó con la parte delantera de las pesadillas, las confusas, y las desperdigaron como esquisto debajo de una aplanadora. Cuando las garras y los klaives de los Garou las golpeaban, se deshacían en cien pedazos. Un aullido de victoria estalló entre los Garou. Luego los guerreros golpearon la línea de defensa de las pesadillas, las que no se habían acobardado ante su carga. Estas no caerían derrotadas tan fácilmente. Parecían estar pegadas al puente, inamovibles. Los Garou saltaron sobre ellas, intentando derribarlas utilizando la fuerza y su tamaño, pero las criaturas no se movieron. Repartieron golpes entre sus atacantes a diestro y siniestro, utilizando sus pinchos negros y viscosos. Unos pocos guerreros aullaron de dolor y retrocedieron al tiempo que se apretaban las heridas que les crepitaban por el calor de la brea tóxica. Otros, empujados por su ira, pasaron por alto el toque ardiente del asfalto corrupto y se precipitaron contra las pesadillas con todas sus fuerzas. Consiguieron arrancarles los miembros a unas cuantas, de modo que no tenían manera de atacarles, pero las demás respondieron cargando. A cada paso que daban, las pesadillas de alquitrán se pegaban más y más al puente, al que quedaban fuertemente adheridas.

Albrecht llegó a la línea de batalla y con su klaive le asestó un golpe a una de las pesadillas en movimiento. Su cabeza achaparrada se separó del cuerpo, junto con la parte superior de sus brazos. La cosa emitió un grito sofocado, como el que hace el gas al escaparse de un envase sellado. El siguiente golpe de Albrecht despedazó el resto del cuerpo.

–¡Señor! –gritó Dienteduro desde algún sitio por detrás de él–. ¡Es una trampa! ¡Nos están distraiendo de los otros, que están cortando el puente!

Albrecht miró hacia delante, más allá de la línea de defensa de las pesadillas y vio un grupo de ellas, más pequeñas, que estaban cincelandos el puente con sus pinchos, arrancando trozos enteros como si fuesen de linóleo. Conforme seccionaban la materia plateada, empezaron a aparecer unas rajaduras, que se propagaron por todo el puente. Las pesadillas aprovecharon estas grietas para cincelar más rápido.

–¡Oídmelos todos! –gritó Albrecht–. ¡Ignorad a las pesadillas! ¡Cruza el puente antes de que se rompa!

Saltó por encima de los fragmentos de su víctima y corrió a toda velocidad hacia el creciente desgarrón. Las pesadillas se pusieron a trabajar a toda marcha y agarraron fuertemente a los Garou para impedir que se movieran. Albrecht se detuvo para clavarle su klaive a una que luchaba con un guerrero Garou. Esto, junto con los golpes que el guerrero le asestó a la cabeza de la cosa, bastó para derribarla. Albrecht siguió corriendo, mientras golpeaba a las pesadillas más pequeñas que se arrastraban por el camino, intentando que dejaran de destrozarlo.

Se volvió y vio que la mayoría de sus soldados estaban inmovilizados, agarrados por un brazo o un pie mientras forcejeaban para soltarse. Volvió a mirar hacia el final del puente y supo que era demasiado tarde. Las grietas crecieron mientras miraba y se propagaron por todo el puente. Cinco Garou estaban con él, preparados para saltar, pero no podía abandonar a los demás. Se suponía que los puentes de luna eran inviolables, pero estas pesadillas demostraban lo contrario. Las pocas veces que había oído de algún puente que se había roto, el resultado había sido catastrófico

para quienes viajaban por él. Podían caer en cualquier parte de la Umbral, o peor todavía, podían caer para siempre, sin llegar nunca a descansar, como decían algunas leyendas horribles.

Aulló de furia y volvió corriendo hacia sus esforzados guerreros, lanzando tajos a diestro y siniestro, despedazando brazos, piernas y torsos de las pesadillas. Unos minutos después, las pesadillas más grandes habían sido diezmadas y los Garou eran libres. Cuando se dio media vuelta para conducirles al otro lado, un crujido partió el aire y el puente comenzó a deslizarse hacia un lado, separándose de su otra mitad.

–¡Mierda! –dijo Albrecht, arrojando fuera del puente a una de las pesadillas pequeñas de una patada–. ¡Agarraos! ¡Cogeos unos a otros y no os soltéis!

Enfundó su klayve y agarró a Dienteduro, que sujetó a Llamadorada y así sucesivamente, cada guerrero agarrando a otro. Albrecht no tenía ni idea de lo que ocurriría a continuación.

El puente se desprendió de su mitad cortada y el extremo más alejado se desvaneció como la luz de la luna tapada por una nube oscura. Se hundieron en la neblina y sintieron que les cubría una humedad fría. Una sensación de caída, pero a ningún lado. Hacia arriba, hacia abajo, hacia un lado... no podían saber con seguridad hacia dónde. Albrecht sintió que Dienteduro se soltaba y lo agarró con más fuerza.

Sus piernas impactaron contra el suelo duro, seguidas del resto de su cuerpo. El golpe le cortó el aliento. Aspiró tanto aire como pudo y se puso en cuclillas, mirando a su alrededor. Dienteduro estaba tumbado a su lado, con el brazo todavía alrededor del codo de Albrecht, intentando coger aire.

Albrecht oyó que otros soldados gruñían y pudo ver formas en la niebla. Pero ya no era el mismo tipo de neblina; era más como una niebla espesa, más... mundana. Olfateó el aire, que olía a fango y ciénaga. Por un momento tuvo la esperanza de haber caído en algún lugar de la Tierra, pero el repentino ruido a su derecha indicaba un sitio distinto. Sonó como el rugido de un dinosaurio de *Parque Jurásico*.

–Maldición –murmuró–. Estamos en algún tipo de reino –dijo en

voz alta—. Pangea, tal vez.

—No —tosió Dienteduro, al tiempo que se levantaba—. Pangea no. No huele como allí. No conozco este sitio.

Albrecht asintió.

—Tienes razón. Huele... bueno, raro. No puedo concretarlo.

—Volvió a mirar a su alrededor, intentando hacer un recuento—. De acuerdo, reuníos. ¿Hemos perdido a alguien?

Los guerreros rodearon al rey, todavía cogidos los unos a los otros. Dijeron sus nombres, uno a uno, pero faltaba alguien.

—¿Cortezabedul? —dijo Albrecht—. ¿Alguien la ha visto?

Eric bajó la cabeza.

—No pudo alcanzarnos antes del derrumbamiento. Cayó sin nosotros.

—Entonces podría estar en cualquier parte. Bien, primero, daremos por supuesto que está cerca. A la de tres, que todo el mundo me dé un aullido en alto; estad alerta en caso de que algo más, aparte de Cortezabedul, responda.

Contó con los dedos hasta tres y con el último respiró hondo y soltó un profundo aullido, al que se unió el grupo entero. El sonido retumbó por la niebla y luego, todos quedaron en silencio, aguzando el oído para escuchar una respuesta. No llegó ninguna.

—Tal vez no pueda oírnos, o tal vez no esté aquí en absoluto —dijo Albrecht—. Nos moveremos e intentaremos encontrar el camino de salida de este sitio, dondequiera que esté. Mantened abiertos los ojos y los oídos por si damos con alguna señal de ella.

Los demás dejaron caer la cabeza al darse cuenta de que había poco que pudieran hacer. Siguieron a Albrecht cuando se puso en marcha y su olfato le guió hacia los árboles que estaban a lo lejos.

Albrecht no dijo nada, porque sabía que necesitaba dar una imagen resuelta a su tropa, pero sabía tan bien como ellos que estaban perdidos, tal vez sin remedio. Detestaba tener que dejar atrás a un guerrero, pero sabía que no había nada que pudiera hacer. Otros Garou ya habían sido arrojados anteriormente a reinos extraños y algunos de ellos nunca regresaron. Apretó los dientes. No iba a permitir que aquel fuese su destino. Buscaría tierra firme, se orientaría y utilizaría cualquier truco del inventario para hacerse una idea de

cómo salir de aquel reino y volver a la Tierra.

Solo esperaba poder hacerlo mientras todavía quedase un lugar al que volver.

La tierra brillaba incluso en la oscuridad. La nieve lo cubría todo bajo el cielo nocturno y hacía que refulgiese tenuemente como si hubiese absorbido la luz del día y ahora la soltase despacio, una luz sin calor. Nieve hasta el horizonte más lejano.

Una silueta se movía en aquella inmensa blancura, un lobo solitario que andaba a tres patas arrastrando la cuarta y que dejaba un rastro de huellas de patas y de sangre. Se paraba de vez en cuando, se quedaba quieto a pesar del débil temblor de sus patas y miraba a su alrededor, aguzando el oído. Al no ver ni oír nada más que el viento, seguía su marcha cojeando.

Alguna vez se caía, con las patas deshechas enterradas en la nieve. Esperaba unos momentos, se recogía y luego se levantaba y se ponía otra vez en marcha, siempre hacia delante. En el horizonte, vio una figura oscura e inmóvil, grande en la superficie monótona y lisa de la nieve. El lobo siguió cojeando, hacia la forma aquella. A medida que se acercaba, pudo ver los lugares rocosos debajo del risco que sobresalía y que la nieve no cubría y vio la oscura abertura en la roca, la entrada de la cueva.

Cojeó hasta el borde del oscuro agujero y se quedó escuchando. El viento silbaba dentro, por los profundos pasadizos sumergidos en una oscuridad total. Puso un pie dentro del agujero, pero luego vaciló, gimiendo. Volvió la mirada hacia las huellas que había dejado y vio las manchas oscuras aquí y allá, donde sus heridas se habían abierto una y otra vez, derramando más sangre. Una huella que cualquier cazador podría seguir. Agachó la cabeza, se escondió y entonces entró en la cueva.

Entró en calor al instante. El viento se revolvió por el agujero y pasó al lado del lobo, pero no era ni mucho menos tan fuerte como el que soplaba en la planicie exterior. El lobo se arrastró hacia delante con mucha cautela, comprobando cada paso. No podía ver nada en aquella completa oscuridad y olfateó, buscando cualquier rastro de algún olor. Allí. Una antigua señal de piel húmeda, que conducía hacia abajo. El lobo creció un poco más estirando las patas y el cuello y siguió avanzando, siguiendo el olor, ligero, tenue.

Chocaba con las paredes cuando el túnel se retorció a izquierda y derecha, siempre hacia abajo. El olor se hizo más fuerte. Ya no era un mero atisbo. Su fuente descansaba en algún lugar por delante de él.

Un aire caliente recorrió el pelaje del lobo; se detuvo, temblando, y casi se le escapó un gemido. Un sonido débil y sordo, en algún sitio delante de él, precedía a los estallidos de aire caliente. Un aroma abrumador, algo grande, antiguo y cálido.

El lobo caminó cojeando hasta que pudo sentir el bulto peludo delante de él, a escasos centímetros de su hocico. Cautelosamente, el lobo dio un pequeño empujón a la forma y retrocedió un paso, encogido de miedo.

No pasó nada. El aire caliente seguía soplando rítmicamente y el ruido sordo retumbaba por la cámara alrededor del lobo.

El lobo se arrastró hacia delante y empujó más fuerte. Antes de que pudiera dar un paso atrás, apareció una zarpa enorme que le clavó contra el suelo. El lobo chilló de dolor cuando su pata trasera, la izquierda, la herida, se retorció. Pero se quedó quieto, gimiendo, mientras un hocico enorme olisqueaba el aire a escasos centímetros de su cara, respirando ruidosamente. Un aullido profundo y bajo se escapó de la garganta de la cosa y pareció que sacudía las paredes de la caverna.

El lobo volvió a quejarse y se retorció bajo la garra imponente, con el estómago de cara al hocico.

La garra aflojó lentamente la presión y se apartó del lobo.

La forma gigante se movió y un sonido chirriante y fuerte quebró el aire cuando sus garras golpearon el suelo de la caverna. Un gruñido casi articulado salió retumbando de su garganta y la luz entró en la

gruta. Una pequeña esfera brillante, como una luna en miniatura, quedó suspendida en el aire por encima de la bestia, iluminando la caverna con un brillo tenue y plateado.

El lobo volvió a quejarse e inclinó la cabeza ante aquel oso enorme y prehistórico, cuyos ojos misteriosos miraban hacia abajo desde una altura imponente. El enorme bulto, al menos diez veces más grande que el lobo, empezó a transformar su contorno y sus rasgos, haciéndose más pequeño y se convirtió en una mujer humana y anciana, todavía alta para el tamaño humano normal, sus piernas onduladas por los músculos. La frente le sobresalía por encima de los ojos y la nariz achaparrada y el pelo le crecía en zonas inusuales para una mujer. Sobre sus brazos, pecho, estómago y piernas de Neandertal, unos tatuajes descoloridos bailaban bajo la tenue luz a medida que sus músculos se transformaban.

Miró al lobo que tenía en el suelo delante de ella y gruñó. Luego habló, en una lengua que ninguno de los descendientes de sus hablantes originales conocía ya.

–¿Y bien, cachorro? ¿Por qué has venido?

El lobo se volvió del otro lado, se apoyó en sus tres patas sanas, con la cuarta doblada bajo el cuerpo y también cambió de forma; se convirtió en un indio americano de mediana edad, delgado y débil, que llevaba solamente un taparrabos. Habló en la antigua lengua de la mujer-osos.

–Más Anciana de los Osos –dijo, haciendo una reverencia– te suplico: Astilla-de-Corazón está libre.

La mujer-osos gruñó y sacudió su enorme cabeza.

–He tenido sueños malos. No me sorprende. –Cerró los ojos y pareció suspirar, un gruñido profundo–. ¿Ha llegado la hora?

–Asintió–. Utilizaré el último de mis diez mil años y luego dormiré el Invierno Eterno.

Se inclinó hacia delante y cogió la pierna magullada del hombre entre sus grandes manos. Inclinó la cabeza sobre la herida y comenzó a lamerla con su áspera lengua. La imagen habría resultado extraña si ella siguiese en forma de oso; era todavía más rara con la forma humana. Cuando pasó la lengua por las marcas oblicuas de color rojo, heridas causadas por unas garras afiladas, estas comenzaron a

curarse. Las cicatrices seguían siendo prominentes, pero la herida desapareció. Incluso los músculos y los tendones de la pierna se hicieron más fuertes al curarse.

El Garou vio todo esto con una expresión de sorpresa y temor en la cara. Él no le había pedido este favor; ella se lo había dado voluntariamente y sin ninguna molestia, como una madre atendiendo a su hijo.

La Más Anciana de los Osos se levantó, con los músculos en tensión y bajó caminando por el pasadizo por el que había llegado el lobo. El Garou, cojeando todavía con la pata curada, pero dolorida, la siguió. Cuando salieron de la caverna, la mujer no pareció notar el viento penetrante, que cortaba la piel del hombre como unas garras. Él se estremeció y miró cómo la mujer olisqueaba el aire con su gran nariz; su sentido del olfato seguía siendo bueno en su forma humana. El Garou vio que sus dedos se movían, como si estuviera contando y supo que estaba usando sus dones espirituales.

La mujer-oso volvió la cabeza hacia el sur, lejos de la dirección por la que había llegado el lobo.

–Ya se nos ha adelantado. Debes despertar a tu gente. ¿Qué ha ocurrido con tus compañeros de manada?

–Ya no están –dijo el Garou, bajando la cabeza y con un dejo de desesperación en la voz–. Todos los Guardianes de las Pesadillas del norte están muertos.

La mujer-oso asintió y aceptó la noticia con decepción pero sin sorpresa.

–La atraparé y retendré todo el tiempo que pueda. Debes traer a todos los de tu especie, todos los que puedas. Los de mi especie están desperdigados o deshechos. Esta lucha será tuya.

Cayó hacia delante con las manos extendidas y su forma aumentó mientras caía. Dos garras enormes golpearon el suelo y agitó su masa enorme y peluda. Levantó el hocico hacia el cielo nocturno, como si hiciera un gesto con la cabeza a las estrellas. Un gruñido suave retumbó por su garganta, una plegaria a los Poderes, que se convirtió en un poderoso rugido a medida que se alejaba de la caverna y saltaba por la nieve a una velocidad inimaginable para una criatura de su tamaño.

El Garou la miró mientras se alejaba. Cuando ya no pudo verla, cambió a su forma de lobo y volvió a protegerse del viento con su pelaje. Su pierna había mejorado notablemente, pero todavía no podía apoyar todo su peso sobre ella. Caminó lentamente hacia el sur, siguiendo el rastro de la osa, probando sus piernas para recuperar su ritmo. Cuando estuvo seguro de que podría con ello, echó a correr, dirigiéndose hacia el sur para buscar a los de su especie.

Una ramita chasqueó a lo lejos. Evan Curandero-del-Pasado, con el arco medio abierto, clavó los ojos en la dirección del ruido, buscando cualquier señal de movimiento. Los bosques estaban tranquilos. Abrió la boca e hizo un extraño sonido, como un gorjeo. Lejos, a su izquierda, un gorjeo similar le respondió. Evan se agachó y se movió lentamente hacia delante, siguiendo las débiles huellas a través de la maleza. Solo había dado tres pasos, cuando el gamo salió corriendo del espeso arbusto, repentinamente visible, con el cuerpo chocando con las ramas.

Evan se levantó, abrió el arco del todo y apuntó al ciervo que desaparecía. Soltó la flecha y oyó que el animal chocaba contra el suelo del bosque, agitándose violentamente. Ya no podía verlo a través de las hojas otoñales, pero su sonido era inconfundible. Mientras echaba a correr, sus piernas se transformaron de humanas a lobunas, su torso se alargó y sus manos delanteras, que ahora también eran zarpas, golpearon el suelo corriendo. Su arco se desvaneció en una bruma efímera y se convirtió en una materia espiritual intangible, lista para reaparecer en cuanto Evan volviera a cambiar de forma.

Evan, transformado ahora en lobo, llegó hasta el venado moribundo. Ambos cerraron los ojos y la mirada del ciervo comunicaba un mensaje antiguo e inefable. Evan saltó hacia delante y desgarró la

garganta del venado con sus mandíbulas. Luego echó hacia atrás la cabeza y aulló.

Unos aullidos de respuesta salieron de los bosques a derecha e izquierda y se hicieron más fuertes a medida que los compañeros Garou de Evan se iban acercando. Evan lamió la sangre que salía a borbotones de la garganta abierta y murmuró una plegaria de Agradecimiento al espíritu que se marchaba. Dobló todo su cuerpo ante el animal y casi pareció como si estuviera rezando al lado de un altar de carne de sacrificio.

Dos Garou salieron corriendo del follaje, desde direcciones distintas y casi al mismo tiempo, otros dos nativos americanos, hombre y mujer, de pelo negro; ambos llevaban téjanos y cazadoras marrones de piel decoradas con ruedas medicinales. Miraron a Evan, esperando una señal. Este dejó salir un ruido por la nariz y levantó la cabeza, alejándose de la pieza. Los dos Garou se acercaron. El hombre se agachó mientras la mujer levantaba el cadáver y lo ponía sobre los hombros anchos del hombre. Una vez que el peso estuvo bien distribuido, el hombre asintió y comenzó a caminar hacia el este. La mujer frotó juguetonamente el pelaje de la espalda de Evan.

–Buen trabajo –dijo–. Tal vez no seas tan blanco, después de todo.

Evan cambió a la forma humana: un joven caucásico de pelo moreno, que llevaba vaqueros, camiseta y botas de montaña. Sonrió mientras se ponía a andar detrás de su pieza.

–No se trata de la piel, Tormenta Silenciosa. Se trata del espíritu.

Tormenta Silenciosa no dijo nada, pero asintió escéptica, sonriendo. Lo siguió.

Los colores de la hojarasca otoñal brillaban con fuerza bajo la luz naranja del atardecer. Ya se habían caído muchas hojas, que cubrían el suelo del bosque en ciertos lugares y hacían difícil poder caminar sin hacer ruido. Esa había sido parte del desafío. Los humanos modernos tenían poca idea de cómo caminar silenciosamente por las hojas secas esparcidas por el suelo del bosque. Un cazador de verdad (un verdadero Garou Wendigo) podía moverse sin que lo oyeran y cazar sin ser visto en un paraje como aquel. Evan lo había hecho

fácilmente. Había demostrado ante sus nuevos amigos que pertenecía al clan del Lobo Invernal.

Evan no era un Wendigo típico; su sangre nativa americana, adulterada muchas generaciones atrás, era débil. Por lo que él podía decir, era lo que llamarían un treinta y dos por ciento indio. Según las leyes del gobierno estadounidense, tenías que ser un ochenta por ciento para ser considerado puro. Si estabas por debajo de un dieciséis por ciento, hasta la mayor parte de los nativos americanos te considerarían un impostor. Pero no eran sus credenciales nativas lo que realmente importaba; era su sangre Garou y esa se había criado de verdad.

El "gen" Garou se consideraba recesivo, al menos cuando los Garou se molestaban en hablar en términos del ADN moderno y de la genealogía. Podía saltarse muchas generaciones antes de parir un verdadero Garou. La familia de Evan no había sido considerada como parentela durante generaciones; él pertenecía a una de las muchas líneas de sangre Garou perdidas. Era algo común entre las tribus europeas, sobre todo después de la emigración a América, pero no era tan corriente entre los Wendigo, cuyas intransigentes costumbres tribales significaban que la descendencia se mantenía dentro de las conocidas familias de tribus nativas humanas o manadas de lobos.

Quienes descubrían su herencia sin el apoyo de una comunidad Garou no lo tenían fácil. Cuando Evan experimentó su Primer Cambio, los Wendigo no estaban ahí para ayudarlo. En su lugar, se presentaron los Danzantes de la Espiral Negra, impelidos por una profecía referente a él. Por casualidad (o destino) Evan se topó literalmente con el rey Albrecht ("lord", por aquel entonces) y la búsqueda resultante no solo dejó al descubierto una pieza de la identidad de Evan, sino que ayudó a Albrecht a salvarse de la depresión por su exilio. Desde entonces, habían sido compañeros de manada, junto con Mari Cabrah, que también había sido atraída hacia el Rito del Legado de Evan.

—Entonces, Piel de Nieve —dijo Tormenta Silenciosa con una sonrisa satisfecha cuando alcanzó a Evan y se puso a caminar a su lado. El apodo que le había dado no era exactamente acertado, teniendo en cuenta que la complexión de Evan en realidad era

ligeramente más oscura que la del blanco estándar—, ¿cuándo va a venir el rey Albrecht? ¿No le interesan los Wendigo?

—Sabes que sí —dijo Evan—. Pero tiene que ocuparse de unos asuntos de su tribu en Rusia. Volverá hacia finales de mes.

—Aja. O sea, que Rusia tiene preferencia sobre Canadá.

—Vamos —dijo Evan meneando la cabeza, pero sin dejar de sonreír—, sabes tan bien como yo que la invitación de Aurak Danzante de la Luna llegó después de que Albrecht ya hubiera aceptado la de la reina Tvarivich.

—Entonces ¿por qué no está tu otra compañera de manada aquí? Me refiero a Mari.

—¿Es que por aquí la gente no se cuenta las cosas? Ya expliqué todo esto cuando llegué. Pero supongo que estabas fuera en alguna parte mirando fijamente tu reflejo en algún estanque tranquilo. —La sonrisa de Tormenta Silenciosa se ensanchó, pero no miró a Evan; mantuvo la vista fija en el camino que tenían delante—. Está en Nueva York, haciéndole un favor a la manada Río de Plata. Algo que tiene que ver con una fábrica de Jersey, que está vertiendo toxinas.

—¿La manada Río de Plata? ¿No es a la que pertenece John Hijo-del-Viento-Norte? ¡Él también debería estar aquí! No todos los días te encuentras con una asamblea de Wendigo de todos los clanes del Este. Y no todos los días invitamos a miembros de otras tribus, como tus compañeros de manada, a reuniones tribales.

—Vendrán cuando puedan, Tormenta Silenciosa. Y el primer deber de John es para con su manada, como bien sabes.

—Bueno, supongo. Al menos *tú* estás aquí.

—Gracias por esa deferencia tan entusiasta.

Tormenta Silenciosa miró a Evan, examinándolo antes de volver a hablar.

—¿Es verdad lo que dicen de ti?

—No sé —dijo Evan, mirando a Tormenta Silenciosa con las cejas arqueadas—. ¿Qué es lo que dicen de mí?

—Que tienes el favor de los ancestros. Dicen que los ancestros te revelaron el pasado durante tu Ritual de Paso y te marcaron para una búsqueda futura.

Evan meneó la cabeza con exasperación.

–Seguramente dicen montones de cosas. No sé nada de todo eso. Sí, los ancestros me mostraron una visión del pasado durante mi primer rito y me enseñaron a arreglar las desavenencias entre las tribus Garou, la deuda de sangre entre los de nuestra especie. Pero no sé nada de una búsqueda para el futuro.

–¿No te hablan los ancestros y te dicen lo que va a pasar?

–No. No los he visto ni oído desde el ritual. Conozco a montones de Wendigo y medias-lunas que hablan con los espíritus, pero yo no lo hago. No parece que me escuchan. Tal vez sea mi piel blanca.

–Bueno, aunque no hablen a alguien, seguramente hablan sobre ti. Todos los ancianos saben quién eres. Todos piensan que estás destinado a algo. Si no, ¿por qué tú, que eras solo un niño cuando pasaste por el ritual, ibas a convertirte en compañero de manada del rey de los Colmillos Plateados? Pienso que esa es la razón de que tu piel sea blanca: para mostrar a los espíritus tu conexión con los Colmillos de pura raza.

–Esa es toda una teoría. Pero mi pelaje no es blanco. Es gris.

–Ay, no lo tomes al pie de la letra. Los espíritus no piensan de esa manera.

Llegaron a una vega por la que corría una pequeña corriente que serpenteaba en el crepúsculo. El nativo que cargaba con el venado se agachó para beber, recogiendo agua en la palma de su mano y llevándosela a la boca.

Evan se unió a él.

–Gracias por ofrecerte a cargar con mi pieza, Cuchillo de Sílex, pero puedo llevarla yo el resto del camino.

–No –dijo Cuchillo de Sílex–. Mantengo mi palabra. Dijo que si eras capaz de cazar aquí yo llevaría la pieza todo el camino de vuelta en forma humana. Cumpló mi parte del trato.

–No digo lo contrario. Solo quiero que sepas que no te obligo. Ya has cumplido tu palabra.

–La cumpliré cuando entre en el pueblo cargando con el venado.

–Se levantó, gruñendo. Era un camino tremendamente largo para ir andando con el cadáver de un ciervo al hombro. Si fuera con la forma de "cavernícola", que era más fuerte, no sería tan duro, pero la forma humana era un auténtico desafío, incluso para alguien tan musculoso

y aguerrido como Cuchillo de Sílex. Cuando Cuchillo de Sílex estaba cargándose el cadáver para la siguiente etapa del viaje, se quedó helado de sorpresa y echó un vistazo corriente abajo.

–Hay alguien ahí –dijo.

Evan siguió su mirada y vio una silueta tirada en el suelo, con la mitad del cuerpo dentro de la corriente y la otra mitad fuera.

–¡Es un lobo!

Evan salió corriendo hacia el lobo y pudo ver que sus delgadas costillas subían y bajaban lentamente. Tenía los ojos cerrados y el hocico casi sumergido en la corriente. Solo la punta de las fosas nasales quedaba por encima del agua. Los cuartos traseros del lobo llevaban un extraño glifo, marcado a fuego en la piel. No era un simple lobo, sino un Garou.

Tormenta Silenciosa apareció al lado de Evan y se agachó, todavía en su forma humana, para olfatear al extraño lobo.

–No lo conozco –dijo–. Pero lleva sangre seca en el pelaje. Y no toda es suya.

–No veo ninguna herida abierta –dijo Evan–. Unas pocas cicatrices, pero nada que pudiera dejarle sin sentido. Debe de haberse caído por agotamiento.

Ayudó a Tormenta Silenciosa a sacar al lobo del agua y lo arrastraron hasta la orilla. Los ojos del lobo se movieron ligeramente y pestañeó, confuso. Intentó débilmente ponerse de pie, pero se derrumbó, gimiendo.

–Debemos llevarlo al pueblo, a un sanador –dijo Tormenta Silenciosa, mirando al lobo con compasión.

–De acuerdo –dijo Evan–. Yo le llevaré.

Cambió de forma y se hizo más grande y feo. A su forma se le veían los músculos tensos en su cuerpo, ahora ancho y brutal. Levantó al lobo y se lo puso en el hombro, igual que antes había hecho Cuchillo de Sílex con el venado; luego se levantó, mirando al hombre.

–Mira, este tío está herido. No debemos perder tiempo. ¿Por qué no cambias a una forma más fuerte para que nos podamos mover más rápido?

–No –dijo Cuchillo de Sílex, con una máscara de estoicismo

inexpresivo en el rostro—. Si no puedo mantener el ritmo, dejadme atrás. Cumpliré mi promesa.

—Pero quizás este chico ha sido atacado por algo —dijo Tormenta Silenciosa—. Todavía podría andar cerca. No podemos arriesgarnos a separarnos.

—Si le hubieran atacado, lo sabríamos —dijo Cuchillo de Sílex—. Marchaos. Os seguiré.

Evan se encogió de hombros y empezó a trotar. Tormenta Silenciosa corrió por delante de él, indicando el camino de vuelta al pueblo.

* * *

Un aullido de dolor salió de la vieja caravana de aluminio, ajada por las inclemencias del tiempo. Evan, que estaba sentado fuera del remolque en una tumbona plegable, esperando el informe sobre la situación de su paciente, hizo una mueca. Junto a él, Tormenta Silenciosa caminaba adelante y atrás, nerviosa. Levantó la vista hacia los gritos que dio la gente al saludar a alguien que había aparecido en el camino y vio que Cuchillo de Sílex llegaba por fin al destartado pueblo. Iba resoplando. Se tiró de rodillas y dejó caer el venado, levantando un puño en alto en señal de triunfo. Evan sonrió.

Varios Wendigo y parentela se reunieron a su alrededor y le dieron palmaditas en la espalda y puñetazos amistosos en los brazos, felicitándolo. Un pequeño grupo se llevó el venado para destriparlo y prepararlo para la cena. El Wendigo se giró hacia Evan y le hizo un gesto con la cabeza, con una estoica pero sincera expresión de elogio por su captura. Evan no pudo evitar que su sonrisa se ensanchara.

La puerta de la caravana se abrió con un chirrido y Aurak Danzante de la Luna hizo un gesto hacia Evan para que entrase. Se levantó y Tormenta Silenciosa lo siguió rápidamente, a pesar de que no la habían invitado de forma expresa.

En el interior de la habitación, oscura y brumosa a causa del humo del incienso, una anciana estaba inclinada sobre una cama, donde un lobo estaba tumbado de costado, con los ojos abiertos y la cabeza dando vueltas por el delirio. La mujer agitaba una pluma de

águila por encima de él, creando remolinos de incienso, al tiempo que murmuraba en una lengua nativa.

–Es del Norte –dijo Aurak. La anciana se sentó en una silla de madera, mirando al lobo. El pelo blanco de Aurak le llegaba casi hasta la cintura y se desparramaba sobre su camisa de piel de gamo. Solo sus zapatillas eran modernas, de alguna marca que imitaba a Nike –. Un Uktena. Sus heridas están infectadas por el Wyrn. La peor de ellas, en la pierna, se curó por dones espirituales, pero su alma se pudre por un veneno invisible. La criatura que hizo esto me resulta desconocida.

–¿Se pondrá bien? –preguntó Evan, de pie al lado de Aurak. Tormenta Silenciosa pasó a su lado para mirar al lobo más de cerca.

–No puedo decirlo –dijo la anciana–. Está cansado. No sé si tiene fuerzas para vivir. Hago lo que puedo.

El lobo ladró de repente y cambió a la forma humana. Era un nativo, de mediana edad, de pelo negro con mechaz blancas. No llevaba nada más que un taparrabos. Extendió su mano inesperadamente y agarró la muñeca de Tormenta Silenciosa. La miró con intensidad, escupiendo saliva al hablar.

–¡Guardianes de las Pesadillas! –dijo en inglés–. Grita-al-Anochecer, guardián de las pesadillas. –Se señaló a sí mismo–. Soy el último.

Aurak se levantó.

–¿Qué es lo que te ha herido? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

–Se escapó. Nosotros la custodiábamos. Era nuestro deber, desde tiempos inmemoriales. En secreto, vigilar la jaula.

–Grita-al-Anochecer cerró los ojos con fuerza, como si intentase apagar la luz de un recuerdo–. Los mató a todos. La Estrella Roja, baja en el firmamento. La pesadilla rompió sus ataduras. ¡Está libre!

–¿El qué? –dijo Aurak–. ¿Qué es lo que está libre?

Grita-al-Anochecer gimió de angustia, como si la magnitud de los sucesos fuese demasiado para él.

–¡La Garra! ¡La Quinta Garra! –Sus ojos giraron de forma frenética, como si buscasen algo que no estaba allí–. Soy el último. Los mató a todos. Nadie puede volver a atarla.

Aurak frunció el ceño, profundamente alterado. Volvió a sentarse

y dejó escapar un suspiro de cansancio.

–Ella va a luchar contra el enemigo. Nos está dando tiempo, tiempo para reunimos. El Hermano Pequeño no debe luchar solo...

–¿Ella? –preguntó Evan–. ¿Quién es ella?

Grita-al-Anochecer miró fijamente a Evan, perplejo.

–¿Quién...?

–Es Evan Curandero-del-Pasado, un Wendigo –dijo Aurak.

Grita-al-Anochecer abrió los ojos de par en par.

–¡Astilla-de-Corazón! ¡Viene a por ti! Está... –empezó a toser y se revolvió de dolor en la cama. La anciana cantó en voz alta, agitando las manos en el aire. La tos desapareció, pero Grita-al-Anochecer estaba demasiado cansado para seguir hablando y cayó rápidamente en un sueño profundo.

Aurak se levantó y salió de la pequeña caravana, indicando a Evan y Tormenta Silenciosa que lo siguieran. Cogió su bastón del sitio en el que lo había dejado, apoyado contra un lateral de la caravana y comenzó a trazar círculos en el polvo, pensando para sí. Evan y Tormenta Silenciosa se quedaron callados, esperando a que hablase. Finalmente, levantó la cabeza y les miró.

–Es una noticia terrible. Los guardianes de las pesadillas guardan secretos antiguos y saben dónde están cautivas las bestias del Wyrms más antiguas y poderosas, demasiado fuertes para matarlas. Hay una leyenda sobre las Cinco Garras del Wyrms, las zarpas que nuestros ancestros separaron en la batalla. Se convirtieron en monstruos y vagaron por la tierra, sembrando el caos y la destrucción. Una a una, fueron atrapadas y atadas y las escondieron en la Tierra, vigiladas por los Uktena. Sus magias secretas sabían cómo hacer que los monstruos durmieran y cómo mantener bien atados los nudos.

–¿Entonces es verdad? –dijo Tormenta Silenciosa–. ¿Una de las garras anda suelta?

Aurak no respondió. Bajó la vista hacia los garabatos que había trazado en la tierra.

–Debemos convocar una asamblea y prepararnos para luchar contra este monstruo.

Se alejó de la caravana y se dirigió al centro del pueblo.

Tormenta Silenciosa, con cara afligida, corrió en dirección contraria para decírselo a sus compañeros de manada.

Evan se sintió solo por primera vez desde que había llegado al clan. Le habían hecho sentirse bienvenido y aunque le tomaban el pelo a causa de su herencia, parecían respetarlo de verdad. Pero ahora, al enfrentarse a esta crisis, era un extraño. No tenía ningún compañero de manada a quien acudir.

Se sentó en el barro y esperó.

* * *

Le llevaron a Evan trozos de la carne de venado asada en la hoguera y lo llamaron para que fuera con ellos al lado del fuego donde se habían congregado muchos de los miembros de la tribu. Guerreros, chamanes, guardianes del saber y exploradores Wendigo estaban de pie o sentados, en silencio, todos ellos mirando a Aurak Danzante de la Luna con expresión cautelosa. El viejo líder del clan estaba arrojando polvo y cenizas a la hoguera, creando extrañas nubes de bruma que parecían brillar. Evan creyó ver imágenes en las nubes, pero no podía estar seguro.

Congregados detrás del círculo, asomando las cabezas desde las caravanas y las tiendas de campaña, los humanos de la parentela miraban y escuchaban.

Evan se sentó al lado de Tormenta Silenciosa y su manada y ella le sonrió brevemente, como con expresión culpable, antes de volverse para mirar a Aurak.

Finalmente, el viejo Garou se apartó del fuego, suspirando. Se sentó en un tronco, haciendo muecas de dolor provocadas por la artritis. Bajó la vista al suelo y habló, con una voz profunda y sonora.

—Han llegado malos tiempos. Un monstruo anda suelto, ha escapado del Norte. Es viejo, muy viejo. El Hermano Mayor lo ha vigilado durante muchos años y lo ha mantenido cautivo. Ahora está libre. Es una de las Garras del Wym.

Un gruñido recorrió todo el grupo. Un guerrero dio un paso adelante. Evan le reconoció: Zarpa Pintada.

—¿Narlthus? ¡Pero si fue derrotada!

Aurak meneó la cabeza.

–No. Es otra. Hay cinco garras. Narlthus solo era una de ellas.

Evan creyó recordar aquel nombre. Era una criatura del Wyrn que había amenazado Nueva York hacía unos diez años. No conocía la historia entera, pero recordaba una mención anterior de las Garras en referencia a Narlthus.

Zarpa Pintada no dijo nada más y regresó a su sitio. Evan no podía estar seguro, porque muchos de sus compañeros de tribu eran expertos en estoicismo, pero le pareció que el guerrero estaba preocupado.

–Sé muy poco de esta criatura –dijo Aurak–. Las Garras fueron capturadas hace muchísimo tiempo, poco después de que los Tres Hermanos llegaran a esta tierra. Uno de los Uktena encargado de vigilar a la Garra yace moribundo. Intentaré enterarme de algo más a través de él, pero hasta entonces debemos prepararnos para cazar a esta criatura, para destruirla antes de que mate a demasiada gente. Estará débil después de su largo cautiverio, pero todavía supera el poder de cada Garou que está aquí. Quizá no seamos suficientes.

–¡Entonces deja que nos marchemos ahora! –dijo Cuchillo de Sílex–. ¡Debemos encontrar sus huellas y cazarla!

Se oyeron gruñidos de asentimiento por todas partes. Evan se levantó.

–Esperad –dijo, dando un paso adelante–. El guardián de las pesadillas dijo algo importante. –Miró a Aurak, cuyo rostro no revelaba ninguna pista de lo que estaba pensando–. Él dijo: "El Hermano Pequeño no debe luchar solo". Necesitamos aliados.

–Sí –dijo Zarpa Pintada, avanzando de nuevo–. Deberíamos llamar a los Uktena. Tal vez ellos sepan cómo volver a atarla.

–También dijo que nadie podría volver a atarla –añadió Evan–. Los Uktena no van a ser suficientes. Necesitamos a las demás tribus. Seguramente entre todas ellas podemos encontrar el poder necesario para parar a esta cosa.

Zarpa Pintada gruñó de furia.

–¿Las otras tribus? ¡Los Contendientes del Wyrn nos han traído lo peor de todo esto aquí! No podemos confiar en ellos para pararlo.

–Lanzó una mirada feroz a Evan–. Conocemos tu historia,

Curandero-del-Pasado y sabemos que quieres que las tribus trabajen juntas. Es imposible. La sangre derramada no se puede devolver a las venas.

Evan estuvo a punto de hablar, pero se detuvo. Allí era un invitado y no deseaba crear rencor entre él y uno de los guerreros más fuertes del clan. Muchos de los miembros de la tribu no respetaban la misión de Evan de arreglar las desavenencias entre las tribus Garou y Zarpa Pintada era claramente uno de ellos. Miró a Tormenta Silenciosa para ver si ella tomaba la palabra por él. Tormenta Silenciosa miró a Zarpa Pintada y se mordió el labio inferior, pero no dijo nada.

Aurak fue el siguiente en hablar.

–Esta cosa estaba aquí antes de que nosotros llegásemos. Es así de vieja. La atrapamos con ayuda del Hermano Mediano, pero ahora él ya no está. Curandero-del-Pasado tiene razón en lo que dice.

–¡Pero las otras tribus están lejos, en Nueva York! –dijo Zarpa Pintada–. ¡Y aunque pudiéramos esperar ese tiempo, se negarían a recorrer tanta distancia! Esperar por ellos es estúpido.

–Y aún así –dijo Aurak– debemos esperar. Evan se marchará al Sur, reunirá ayuda y volverá en tres días con un ejército. Eso nos enseñará la verdadera bondad de las otras tribus. Seremos una fuerza como no se veía en el Norte desde hacía mucho tiempo.

Zarpa Pintada inclinó la cabeza, aceptando la decisión de Aurak, aunque era evidente que no estaba contento con ella.

–Reuniré un grupo de guerra. Nos vamos en tres días... con o sin la ayuda del Sur. –Miró, a Evan con recelo y escepticismo y luego abandonó el círculo.

Evan bajó la mirada hacia Tormenta Silenciosa, que intentó sonreír, pero no pareció tener fuerzas para hacerlo. Aurak se levantó y le hizo un gesto a Evan para que se acercase, mientras el resto de los Garou se daba media vuelta para marcharse. La asamblea había terminado. Ahora era el momento de prepararse para la cacería.

Evan se unió al anciano mientras salían del círculo y se dirigieron a un bosquecillo cercano, donde Pata Lisiada, el Guardián del Portal, vivía en una vieja tienda de campaña. Esperaron a que Pata Lisiada regresase porque, como los demás, había estado en el

círculo y se había detenido a hablar con sus compañeros de manada. Aurak miró a Evan a los ojos, algo inusual entre los de su tribu. Dio unos golpecitos en la espalda del muchacho.

–Debes demostrar a Zarpa Pintada y su banda que están equivocados. Las otras tribus deben venir. Grita-al-Anochecer no habló a la ligera. Temo que fuese una profecía, no un consejo. Trae a los demás en nuestra ayuda, Curandero-del-Pasado.

–Lo haré –dijo Evan–. No te preocupes. Además no serán tan tozudos como para negarse. Si esta criatura no se para aquí, irá después a por las otras tribus.

Aurak asintió. Pata Lisiada llegó, encogiendo los hombros. Comenzó el ritual para abrir un puente de luna. Conocía el destino, el mismo del que había llegado Evan: Central Park, en la ciudad de Nueva York. El clan Verde.

Cuando el brillo plateado se desplegó en el pequeño claro, Evan atravesó el portal sin decir palabra. A lo largo de los años había aprendido que sus compañeros de tribu, como muchos nativos americanos, eran mucho menos expresivos verbalmente que el común de los americanos. El valor del silencio era bien conocido y las palabras, cuando se decían, era sopesadas cuidadosamente. Incluso las que decían en caliente los guerreros como Zarpa Pintada salían del corazón.

Pero en ese momento no merecía la pena decir nada. Era la hora de la acción.

La fábrica apestaba a muerte y a productos químicos. Mari Cabrah arrugó la nariz e intentó no respirar aquel hedor. Movié los Ojos de un lado a otro tratando de vislumbrar a cualquier enemigo que todavía pudiera estar al acecho en aquel depósito industrial aparentemente abandonado de la costa de Nueva Jersey. Aguzó las

Orejas hacia lo que sonaba a gente hablando en la habitación de al lado. Se puso en cuclillas; su cuerpo musculoso y de piel aceitunada se movía suavemente, sin hacer ruido, con su mono verde y sus zapatillas de artes marciales. Se arrastró lenta y cautelosamente hasta el borde del gran almacén de atraque y asomó la cabeza por la esquina para echar un vistazo.

Tres hombres, claramente trabajadores de la fábrica, a juzgar por sus monos con el logotipo de Productos Químicos Tao, estaban de pie alrededor de un bidón abierto, hundiendo la mano en él y sacando puñados de un lodo verdoso. Devoraban el líquido asqueroso con avidez, gimiendo de placer mientras lo sorbían, como si fueran expertos en un concurso de catado de caviar. Mari se fijó mejor y vio las escabrosas verrugas de sus manos, brazos y cuellos. Cuando abrieron la boca para tragar aquella porquería viscosa, pudo ver las púas en sus lenguas descomunales.

Había acertado: eran fomori. La fábrica había estado una vez llena de ellos. Pero ahora, el día en el que ella había llegado junto con la manada Río de Plata para limpiarla, estaba prácticamente abandonada; solo quedaban estos tres trabajadores. Su creciente ira casi le hizo saltar hacia adelante y eliminarlos, pero sabía que tenían una información que ella necesitaba. Tendría que asegurarse de que no pudieran escapar antes de enfrentarse a ellos.

Mari volvió a arrastrarse silenciosamente a la habitación por la que había venido y desde allí regresó a las oficinas de la parte delantera atravesando el largo vestíbulo. Entró en una habitación llena de ficheros y escritorios. Los jefes de la planta habían desaparecido rápidamente. Tanto, que no se habían preocupado de las pruebas que dejaban atrás.

Julia Spencer, una mujer bien vestida de unos veintitantos años, levantó la vista desde una mesa donde estaba examinando los archivos de datos de un ordenador.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó a Mari con su seco acento británico.

—Sí —dijo Mari—. Tres fomori.

Dos cabezas se asomaron por detrás de las hileras de ficheros. Una pertenecía a una loba, la otra a una muchacha chicana.

–¿Qué has dicho? –preguntó la chicana. Llevaba unos pantalones extremadamente holgados y una camisa ajustada–. ¿Todavía quedan algunos de esos bastardos por aquí?

La loba gruñó y caminó hasta Mari, mirándola; obviamente esperaba algún tipo de orden o llamada a la acción.

–¿Dónde está John Hijo-del-Viento-Norte? –dijo Mari–. Quiero rodear a esos tíos antes de que sepan que estamos aquí. Necesito a alguien sigiloso.

–Yo lo traigo –dijo la chicana; entró corriendo en la habitación de al lado y bajó por el vestíbulo. Unos minutos después regresó con dos hombres: uno era nativo americano y el otro un blanco, tímido, con un gorro de punto encasquetado hasta las orejas–. Bien, vamos –dijo.

–De acuerdo –contestó Mari– esto es lo que quiero hacer: Gran Hermana –señaló a la muchacha chicana– tú vienes conmigo a cubrir la salida principal. John y Ojo-de-Tormenta –miró al nativo americano y a la loba– vosotros dos os arrastráis sigilosamente para cubrir los muelles. Es hacia donde intentarán huir cuando vean que hemos bloqueado la salida. Julia y Grita Caos –miró al joven– a vosotros dos os quiero en la Umbra, en caso de que estos tíos tengan alguna manera de marcharse hacia un lado. ¿Todo el mundo lo ha entendido?

Asintieron todos.

–Bien. Vámonos.

Mari volvió a bajar por el vestíbulo y entró en la sala de embalaje, con Gran Hermana siguiéndola de cerca. John y Ojo-de-Tormenta se fueron en dirección contraria y se dirigieron hacia la salida lateral que les llevaría a los muelles. Julia y Grita Caos se quedaron en la habitación y ambos pasaron de la realidad material a la sustancia espiritual, más allá de la Celosía y lejos del alcance de los sentidos mundanos.

Cuando Mari y Gran Hermana se acercaron a la puerta del muelle, oyeron una discusión entre los fomori.

–¡Eh, tú, joder! –gritó uno de ellos–. ¿Quién dice que puedas coger el último bocado? ¡Aquí soy el supervisor!

–Jódete –contestó otro–. Tú llevas el traje, pero yo soy mayor y tengo más experiencia. Tengo más derecho que tú.

–Y una mierda –dijo el tercero–. Porque seas capaz de

desarrollar una cola de espinas y otros dos brazos no nos impresionas. ¡Esa cola de espinas de mierda no significa nada contra una piel acorazada!

Mari y Gran Hermana asomaron la cabeza por la esquina y vieron que cada hombre se quitaba el mono y mostraba algún rasgo raro, consecuencia de una mutación. El último en hablar tenía realmente una piel acorazada, unos gruesos pliegues de caparazón que le habían aparecido como michelines bajo el mono. Otro estaba ahora completamente desnudo y de las nalgas le sobresalía una cola larga y blanca, con un racimo de espinas afiladas en el extremo, que se agitaba. Tenía cuatro brazos; los dos de más le salían de las costillas.

El tercer fomori se rió, señalando al de la cola.

–Piensa que puede cogernos a los dos, ¿eh? –dijo, compartiendo una sonrisa con el acorazado. Se bajó la cremallera de su traje y dejó al descubierto una capa de gelatina lisa y viscosa que le cubría la piel. Dejó caer un poco sobre su mano, la amasó como si fuera una pelota de nieve y la levantó, listo para lanzarla.

Gran Hermana se movió hacia delante, pero Mari le agarró una mano y la detuvo. Meneó la cabeza, vigilando todavía a los fomori.

El viscoso le arrojó su bola al de la cola, que la esquivó por los pelos. La bola se estrelló con una fuerza increíble contra una pared que tenía detrás y de inmediato se abrió un agujero provocado por la quemadura de la bola; el chisporroteo del ácido crujió y retumbó por la vacía sala del muelle. El de la cola saltó hacia delante y agarró a Viscoso con sus cuatro brazos. Tres de los brazos no pudieron asirse a la superficie resbaladiza, pero uno sujetó la muñeca del tío y la agarró con fuerza; en ese momento levantó la cola por encima de su cabeza y azotó la espalda de Viscoso. Las espinas desgarraron la piel y la víctima gritó de dolor.

–¡De acuerdo! ¡De acuerdo, maldito! ¡Jodido veneno! ¡Duele la hostia! ¡Suéltame!

El de la cola soltó a su presa y el tipo cayó al suelo hecho un ovillo, apretando la mandíbula y cerrando los ojos con fuerza, mientras daba puñetazos al suelo para olvidarse del dolor.

El fomori acorazado miró a su compañero caído y encogió los

hombros, dando a entender claramente al de la cola que no quería entrar en aquel drama.

Mari dio un paso adelante y chasqueó la lengua sonoramente. Los dos fomori que estaban de pie se giraron, sorprendidos. El del suelo escupió a través de sus dientes apretados.

–¿Discordia en las filas? –dijo Mari. Gran Hermana entró tras ella y cambió a su forma de batalla. A pesar de lo impresionante que estaba en su forma gruesa y lobuna, Mari, aún en su forma humana, parecía más amenazadora–. Tal vez podamos daros algo contra lo que os podáis unir. O tal vez podamos daros una paliza tremenda después de que nos digáis a dónde diablos se han ido vuestros jefes.

Los dos fomori se dieron media vuelta y echaron a correr; atravesaron de un salto la puerta abierta del muelle y los tablones que estaban debajo. Unos aullidos de lobo estallaron a izquierda y derecha y Mari y Gran Hermana pudieron oírles gritar de sorpresa y dolor. El tercer fomori, que intentaba levantarse pero todavía sufría dolores atroces por todo el cuerpo, empezó a gritar.

–Por favor –dijo, al tiempo que levantaba las palmas de las manos como si intentase demostrar que no llevaba armas; unos hilillos de baba ácida le goteaban todavía de la piel–. Por favor, no quiero morir. Solo trabajaba aquí, eso es todo. No pedí que me convirtieran en un... un monstruo.

–Pero seguro que lo has disfrutado de todas maneras –dijo Mari, elevándose sobre el arrodillado–. Parece que te has adaptado a comer toxinas del Wyrms, peleándote incluso por las sobras. Te diré algo: lo haré rápido y sin dolor si me dices lo que necesito saber.

El fomor empezó a lloriquear. Gran Hermana se puso detrás de él.

–¡Cárgatelo! –dijo, mirando a Mari–. ¡Arranquémosle las tripas despacito y pintemos las paredes con su sangre!

–¡No! –gritó el fomor–. ¡Os lo diré! Los propietarios, se marcharon. Hicieron lo que habían planeado y luego dijeron que estaban bajo demasiada presión. Ayer no aparecieron. Nosotros somos los únicos que hemos venido hoy, porque esperábamos tener todavía nuestros empleos. Vosotras no lo entendéis: no me gusta comer esa mierda. Tengo que hacerlo, o moriré. Nos han convertido

en adictos.

–Has dicho que tenían un plan –dijo Mari–. ¿Cuál era?

–Ah, eso. Infestaron el sistema de alcantarillado de Nueva York con un puñado de marranadas. Espíritus del lodo, o algo así. Los sacaron ayer, dentro de unos barriles en un remolcador.

–¿Un remolcador? –dijo Gran Hermana–. ¿Cómo el que se hundió ayer?

–Exactamente el que se hundió ayer. Así es como los soltaron, donde nadie pudiera verlos.

–Mierda –dijo Mari–. ¿Cuántos?

El fomor puso cara de confusión.

–¿A cuántos soltaron? –dijo Mari, echando hacia atrás su puño.

–¡Trece! ¡Eso es todo! ¡Lo juro!

Unos horrendos gruñidos animales y gritos estallaron fuera. El fomor viscoso se cubrió la cara, temblando.

–Por favor... hacedlo –dijo.

Mari le hizo un gesto de asentimiento a Gran Hermana, cuyas garras cortaron limpiamente la cabeza del fomor de un solo tajo. El muñón dejó salir a chorro una sustancia pegajosa de color gris blancuzco, que se alzó unos tres metros durante unos segundos; luego perdió presión y se convirtió en un lento rezumar. El cuerpo cayó al suelo con un ruido sordo, inmóvil.

–¡Odio a los fomori! –dijo Gran Hermana–. ¡Asquerosos hijos de puta!

–Una vez fueron hombres normales –dijo Mari, dirigiéndose a la puerta abierta para mirar afuera.

–Sí, tampoco es que eso sea mejor –dijo Gran Hermana, siguiendo a Mari.

John y Ojo-de-Tormenta estaban al lado de los cuerpos de los dos fomori, dándoles patadas para asegurarse de que estaban muertos. El de la cola de espinas tenía tres de las flechas de John clavadas; la flecha mortal le sobresalía de un ojo. El acorazado aparentemente no tenía coraza en las piernas; un ataque a la altura de los ojos para Ojo-de-Tormenta. Mari pudo ver las terribles marcas de dientes en sus pantorrillas.

–Arrastrémosles hasta aquí y quememos los cuerpos –dijo

Mari—. Luego tenemos que volver a Nueva York.

—¿Y hacer qué? —dijo Gran Hermana, con una expresión de asco en la cara—. ¿Arrastrarnos por un puñado de alcantarillas buscando monstruos asquerosos?

—No. Vamos a avisar a la Madre Larissa y dejar que tus compañeros Roehuesos se encarguen de ello. Dejemos el trabajo de las alcantarillas a los hijos del tótem de la Rata.

* * *

El tráfico estaba fatal, pero eso era lo habitual. El todoterreno de Julia se subió finalmente al bordillo junto a una de las entradas a Central Park. Mari abrió la puerta y saltó afuera antes de que el coche se parase del todo.

—¡Mari! —dijo Julia—. Espera un momento. No puedo aparcar aquí. Te dejaré salir, junto con todos los que no quieren ayudarme a encontrar aparcamiento —añadió, mirando fríamente a sus compañeros de manada, que estaban en el asiento de atrás— y me encontraré con vosotros en el túmulo. ¿De acuerdo?

—Tengo que llegar rápido hasta Larissa —dijo Mari—. ¡Os veo enseguida! —Cerró de un portazo y se dio media vuelta para marcharse.

—¡Espera! —dijo Grita Caos, al tiempo que salía por la puerta trasera del lado del pasajero—. Voy contigo.

Mari se detuvo y esperó, claramente impaciente, a que él cerrase la puerta y se le uniera. Había sido una pasajera molesta durante todo el viaje por el puente. Demasiada espera y muy poca acción. En cuanto Grita Caos llegó hasta ella, se desvió hacia el parque a paso rápido, lo que le obligó a trotar para mantenerse a su ritmo.

Julia bajó del bordillo y volvió a meterse en el intenso tráfico. Los demás se quedaron con ella, probablemente hartos de las continuas quejas de Mari sobre la lentitud del tráfico y felices de deshacerse de ella durante un rato.

Mari condujo a Grita Caos al corazón del parque. Se cruzaron con parejas que paseaban, chicos que jugaban al *frisbee*, hombres y

mujeres haciendo footing o paseando a los perros, bandas de chavales negros o blancos que pasaban el rato escuchando un radiocasete con la música altísima e incluso unas pocas personas solitarias que leían tranquilamente sentadas en los bancos del parque. Por supuesto, los vagabundos estaban por todas partes, ignorados por la mayoría de la gente, pero que recibían rápidos gestos de respeto de parte de Mari. Algunos la miraban confusos o enfadados, pero otros le devolvieron el gesto o la saludaron solemnemente con la cabeza.

Al final, llegaron a una zona arbolada, un camping para los vagabundos. Tiendas improvisadas hechas de cartones y mantas colgadas se desparramaban por el césped entre los árboles. Mari saltó a un bordillo y subió por una pequeña colina hacia la caja de cartón grande de un frigorífico. La golpeó con los nudillos.

Una cabeza se asomó por un agujero cuadrado, un viejo alcohólico de rostro curioso. Cuando vio a Mari, una sonrisa cruzó sus rasgos arrugados y maduros.

–¡Eh, Cabrah! ¿Qué estás haciendo aquí? –Se arrastró fuera del agujero y se levantó; la cabeza sólo le llegaba a los hombros de Mari.

–Eh, Fengy –dijo Mari–. Necesito ver a Madre Larissa. Es importante. ¿Está aquí?

–Oh, sí –contestó Fengy–. Tiene que estar aquí, con todos los informes extraños que están llegando.

–¿Qué informes? ¿Qué pasa?

–¿Quién es tu amigo? –preguntó Fengy, levantando la barbilla en dirección a Grita Caos.

–Oh –dijo Mari, ligeramente avergonzada–. Fengy, este es Grita Caos de la manada del Río de Plata.

–¡No bromees! He oído hablar de ellos. Sois esos cachorros que abordaron al Jo'cllath'majjiggy, ¿no?

Grita Caos le miró como si se le hubiera encendido una bombilla. No le gustaba.

–Ah, sí. Jo'cllath'mattric.

–¡Guau, chicos, sois unas celebridades!

–Fengy –dijo Mari–. Larissa. ¿Recuerdas?

–Ah, sí. Vamos, seguidme. Os llevaré directamente hasta ella.

–Se dio media vuelta para conducirlos más allá de la colina y les hizo un gesto con la cabeza para indicarles que le siguieran. Siguió hablando sin mirar atrás –. Entonces, ¿dónde está el resto de tu manada, Caos? ¿Vienen hacia aquí también?

–Sí, están de camino. Tienen que encontrar aparcamiento.

–¿Aparcamiento? Mierda, podían habernos preguntado.

Tenemos muchas tretas para dejar los coches aquí cerca sin que se los lleve la grúa.

–¿Sí? Bueno, quizás para la próxima vez –dijo Grita Caos, al tiempo que le lanzaba una mirada a Mari, como preguntándole "¿no puedes distraerle?". Mari sonrió.

–Fengy, ¿qué ocurre con esos informes que has mencionado? ¿Qué está pasando aquí?

–Un follón enorme, es lo que está pasando –dijo Fengy, agachándose debajo de un arbusto enredado; tenía las ramas tan cerca del suelo que Mari y Grita Caos se vieron obligados a ponerse de rodillas para cruzarlo –. Pero podéis preguntárselo vosotros mismos a Madre.

Al otro lado del arbusto había un círculo de césped prístino, rodeado por todas partes de más arbustos espesos. En el centro, había dos mujeres sentadas al lado de un carrito de supermercado lleno de ropa hasta los topes. Una era una mujer que parecía realmente vieja, vestida con una colección multicolor del Ejército de Salvación; pasaba lentamente una aguja e hilo por un ojal de una chaqueta vieja y andrajosa. La otra mujer parecía tener unos cincuenta y cinco años, pero estaba bastante fuerte y fornida; llevaba un abrigo negro de piel y botas. Su pelo era largo y negro, pero con dos mechones de un blanco puro bajándole a cada lado de la frente.

La anciana miró a los visitantes con ojo escéptico y luego sonrió.

–Ah, Mari Cabrah –dijo Larissa, al tiempo que dejaba a un lado su labor y se ponía de pie sobre sus huesos viejos y débiles.

Abrió los brazos para darle un abrazo. Mari avanzó hacia ella y dejó que la mujer la envolviera en sus brazos.

–Ha pasado demasiado tiempo, niña. No nos visitas lo suficiente.

–Estoy muy ocupada, Madre –dijo Mari –. Ya lo sabes.

Mari miró a la otra mujer, con una expresión inquisitiva en el rostro.

–¿Loba? ¿Qué trae a una Colmillo Plateado por aquí? Albrecht es el único de tu especie que suele venir hasta aquí.

–Oh, no me pintes con esa vieja brocha, Mari –dijo Loba, tendiéndole su mano, que Mari estrechó–. Sabes que mi trabajo consume todo mi tiempo.

–¿Cómo te va? ¿Alguna incursión?

Loba meneó la cabeza y bajó la mirada.

–Nada. Es como si mis enemigos hubiesen desaparecido. La Séptima Generación es más sutil que nunca, si es que todavía existe. No puedo decir nada más. Pero al menos han aflojado las garras con las que sujetan a los niños. He salvado a nueve chicos de las garras del Profanador en los últimos meses.

–Haces un buen trabajo, Loba –dijo Mari, poniéndole una mano en el hombro. Sabía que Loba llevaba mucho tiempo librando una batalla contra una conspiración enigmática, una secta de devotos del Wyrms que se especializaban en agravar el trauma de las víctimas de maltratos psicológicos y físicos. Durante muchos años, muy pocos habían sido los Garou que habían creído que existiera una conspiración así–. Nadie más quiere admitirlo, pero si no fuera por ti, de mayores esos chicos se habrían convertido en auténticos monstruos. Sigue luchando.

–Gracias, Mari. ¿Pero qué me dices de ti? ¿Qué te trae aquí?

–Bueno –dijo Mari, mirando a Madre Larissa– traigo malas noticias.

Larissa encogió los hombros, caminó hacia Grita Caos y le dio unas palmaditas en la espalda.

–¿Y quién no, chica? Llevo oyéndolas todos estos días. Aquí, hijo –le dijo a Grita Caos–. ¿Por qué no te sientas y descansas un rato con la vieja Madre Larissa? Sé quién eres. Reconozco los cuernos bajo ese sombrero que llevas. No, no te sorprendas; dudo que otros compañeros puedan imaginarse lo que son, estando tan escondidos. Pero Madre tiene un buen ojo para eso.

Grita Caos sonrió y se quitó el gorro, dejando al descubierto dos cuernos curvos de carnero que tenía en la frente. Su deformación de

nacimiento lo marcaba como metis, nacido de la unión prohibida entre dos Garou. Solo podía ser él mismo entre otros Garou, pero normalmente era juzgado despiadadamente por sus compañeros.

Madre Larissa no parecía juzgarle. Grita Caos se sentó al lado del carrito y la ayudó a sentarse otra vez en su cojín de sofá.

–Madre –dijo Mari agachándose para mirarla a los ojos– la manada de Grita Caos y yo acabamos de eliminar una fábrica de Pentex. El problema es que ya han cumplido su tarea. Hay trece pesadillas de la polución arrastrándose por vuestras alcantarillas.

–¿Solo trece? –preguntó Madre, agitando una mano como si le quitase importancia–. Es la mejor noticia que he oído en toda la semana. Tendrán que ponerse a la cola, junto con los fomori de Wall Street, los esmirriados del Bowery y los Danzantes de la Espiral Negra del Bronx. Chica, hay una barcada del demonio estallando por toda la ciudad.

Mari frunció el ceño.

–¿Qué está pasando? ¿Por qué tantos ataques al mismo tiempo? ¿Están coordinados?

–Por lo que sé, no. Ninguno de ellos parece conocer a los demás. Los de la Espiral Negra no parecían contentos cuando se enteraron de que también estaban los esmirriados; parece que se interponen en sus propios planes. Pero estamos en ello. Mis chicos y chicas están acabando con todo esto con la ayuda de los Caminantes del Cristal. Esos lobos de los rascacielos me contaron algo todavía más fastidioso que unas pesadillas que pululan por las alcantarillas. Dicen que las Sanguijuelas se han ido. Envolvieron sus cosas y desaparecieron. Ya no cazan. Ya sé que siempre han sido realmente astutos y difíciles de encontrar, pero los Caminantes del Cristal no los pierden de vista, al compartir el mismo territorio y eso. Pero ahora es como si todos ellos se hubieran quemado una mañana y no hubiesen dejado atrás ni las cenizas. Mis propios exploradores dicen que incluso los feos que viven debajo se han ido. –Larissa meneó la cabeza, como si por fin lo hubiera escuchado todo–. Imagínatelo.

–Tiene que haber algún error –dijo Mari–. Tienen que tener algún plan nuevo, alguna forma nueva de esconderse de nosotros. Si pueden tapar su olor corrupto incluso contra los sentidos espirituales,

va a ser difícil encontrarles. Pero no puedo creer que se hayan ido del todo. Los vampiros siempre se han alimentado de las ciudades.

–Justamente le estaba diciendo a Madre –intervino Loba– que estoy oyendo informes de sucesos raros que están ocurriendo en el interior. Me he venido aquí desde los Finger Lakes, en mi viaje de vuelta a Vermont y están hablando de asuntos terribles que están ocurriendo en Europa.

–¿Europa? –Mari parecía preocupada–. ¿Hay algún mensaje de Albrecht?

–Que yo sepa, no. Sabré más cuando llegue mañana al túmulo. Ya deberían haber oído algo de él, suponiendo que todo haya ido bien.

–Podría estar en verdaderos apuros...

–Yo no me preocuparía por Albrecht, Sé que tú eres su compañera de manada, pero creo que el rey puede cuidarse solo. Lleva una comitiva de nuestros mejores hombres con él. Eso es de hecho lo que me preocupa a mí. Como no están en casa para custodiar el túmulo, quién sabe lo que está ocurriendo en Tierra del Norte. Tengo que regresar y averiguarlo. –Loba se levantó.

Fengy, que había regresado al lado de los arbustos y había hecho todo lo posible para que no advirtieran su presencia, tosió. Larissa levantó la vista hacia él, con las cejas arqueadas.

–Madre –dijo Fengy, como disculpándose y señaló a los arbustos que tenía detrás – aquí están diciendo que acaba de llegar alguien a través de un puente de luna, procedente del norte.

Larissa se levantó y arrojó su labor al suelo con aversión.

–¡Maldición! ¡Nadie me da tiempo para digerir las cosas! Cuando él, ella o lo que quiera que sea haya llegado, hazle entrar. ¡Y espero que sea algo bueno!

Fengy asintió y se deslizó bajo los arbustos. Mari miró a Loba, que le devolvió la mirada y asintió. No hizo ningún ademán de marcharse, con la clara intención de quedarse y averiguar quién era el visitante.

Fengy volvió a aparecer por los arbustos, sonriendo y parloteando.

–Por aquí, por aquí –le decía a alguien que tenía detrás. Una silueta que andaba a gatas se arrastró bajo los arbustos y se levantó

rápidamente en cuanto los cruzó. Cuando se puso de pie y empezó a limpiarse la suciedad de las rodillas, mirando a su alrededor en aquel trozo de césped oscuro para ver quién más estaba allí, Mari echó a correr hacia donde estaba y lo rodeó con sus brazos.

–¡Evan! –gritó y prácticamente lo levantó del suelo.

–¡Mari! –contestó él, sorprendido–. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensaba que estabas en Jersey...

Mari le bajó al suelo.

–Y se suponía que tú estabas en una importante asamblea Wendigo. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí?

La sonrisa de Evan se esfumó.

–No es nada bueno, Mari. –Reparó en los otros Garou, e hizo una reverencia a Larissa–. Madre, gracias por recibirme. Loba, me alegra verte. Y Grita Caos, tienes muy buen aspecto. ¿Dónde están los demás?

–Aparcando –dijo Grita Caos–. Deberían estar al llegar.

Madre se acercó y abrazó a Evan.

–¿Cómo no íbamos a aceptar un puente de luna que te trae a ti, chico? No nos has demostrado nada más que respeto desde tu Primer Cambio. Siempre eres bienvenido aquí. Ahora, dime qué ocurre. Espero que no sea peor que lo que está pasando aquí o en cualquier otra parte.

Evan puso cara de preocupación.

–Oh, oh. No me gusta cómo ha sonado eso.

–No te preocupes por nosotros. Solo dínos para qué has venido hasta aquí.

–Una Garra del Wyrn. Está libre.

Larissa gimió y casi se desmayó. Evan y Mari la cogieron y la ayudaron a volver a sentarse. La cara de Loba se convirtió en una mueca y sus ojos tenían un aspecto distraído, como si estuviera absorta, meditando. Grita Caos parecía confundido.

Evan continuó.

–Mató a los guardianes de las pesadillas, a los Uktena, que la vigilaban y ahora anda libre. Se dirige hacia el sur. Los Wendigo están reuniendo un grupo de guerra para cazarla, pero no pueden hacerlo solos. Necesitamos la ayuda de las demás tribus.

Larissa se meció adelante y atrás, sacudiendo la cabeza.

–Oh, Gaia, desearía no haber vivido tanto tiempo para ver este día. Nos está golpeando por todas partes, con todo lo que tiene. Nos deja muy poco margen, nos divide. Ese maldito Wyrm nos atraparà a todos, al final.

–No digas eso, Madre –dijo Loba, con tono gélido–. He luchado contra sus trampas y estrategias toda mi vida. Yo no voy a permitirle que nos engañe ahora. Y vosotros tampoco.

Larissa asintió.

–Eso espero, Carcassone. De verdad. Oh, Evan, haría lo que pudiera por ayudarte, pero no puedo prescindir de nadie. Acabo de decirle aquí a tu compañera de manada la cantidad de fuegos que todos nosotros estamos intentando cortar.

–No lo entiendes –dijo Evan–. El último guardián de las pesadillas. Tenía una profecía: que los Wendigo no podrían luchar solos. Tengo que llevar a las demás tribus para que ayuden.

–Lo sé. Sé que tienes que hacerlo. Y difundiré el mensaje. Tal vez queden todavía algunas manadas ahí fuera, esas que no responden ante nadie, que se reunirán a tu alrededor. Pero llevará algún tiempo. Ve a los Finger Lakes. Ahí es adonde debes ir, para conseguir que los demás te escuchen. Los Furias Negras y los Hijos de Gaia te ayudarán y Alani Astarte pedirá la ayuda de todos los demás. Cuando es ella quien llama, todo el mundo tiene que escuchar. A la mayoría de ellos no le importa lo que una vieja bruja como yo dice, pero a ella la escucharán.

–Eso no es verdad, Madre –dijo Mari–. Tienes mucho más respeto del que crees entre las tribus Garou.

–Y en el mejor de los casos lo dan de mala gana. No, ve a los Finger Lakes y envía la llamada. Aquí haré lo que pueda, pero no puedo asegurar nada. Ve y hazlo ahora. Date prisa. –Lo mandó marchar, señalando hacia el arbusto por el que se había arrastrado para entrar en el claro–. Coge un puente de luna. Y tú ve con él, Mari. Los compañeros de manada necesitan estar juntos en momentos como este.

–Nosotros también iremos –dijo Grita Caos–. Mi manada, quiero decir. En cuanto lleguen aquí. Estoy seguro.

–Gracias por el voto de confianza –dijo Evan–. Pero mejor deberías discutirlo con ellos antes.

–¿Estás de broma? John Hijo-del-Viento-Norte no puede darle la espalda a su tribu y nosotros no podemos darle la espalda a él. Por supuesto que iremos.

–Lo siento, Evan –dijo Loba. Le cogió la mano con urgencia–. Iría, si pudiera. Pero tengo que regresar a Tierra del Norte. Con Albrecht fuera, quién sabe lo que está ocurriendo allí. Yo... yo tengo que marcharme. –Le hizo una rápida reverencia a Larissa, saludó a Mari con un gesto de la cabeza y a continuación se precipitó hacia los arbustos, sin molestarse en agacharse o arrastrarse.

–Ahí va una mujer con una misión –dijo Larissa–. Algo la está obsesionando, más de lo normal. Pero creo que es la hora de que nos enfrentemos cara a cara con nuestros demonios. –Volvió a señalar hacia el arbusto–. ¡Marchaos! ¡Salid de aquí! ¡El tiempo no espera por ninguno de nosotros!

Evan le dedicó una débil sonrisa y luego se agachó para arrastrarse fuera del claro, seguido de Mari y Grita Caos. Fengy ya les esperaba fuera del círculo de arbustos.

–Id al puente de luna –dijo–. Propagaré el mensaje por todo el parque para llevar hasta allí a la manada Río de Plata en cuanto alguien los vea. Y, esto... buena suerte. –Empezó a sacar la mano, pero luego se aturulló y salió corriendo, agarrando a cada vagabundo con el que se cruzaba y susurrándole algo al oído.

Grita Caos suspiró y volvió a ponerse el gorro, cubriéndose los cuernos.

–Espero que Julia haya encontrado una plaza de aparcamiento de larga duración.

La furgoneta Ford *Ranger* de Loba entró chirriando en la plaza de aparcamiento frente a la finca Matanza de la Mañana y dejó las marcas de los neumáticos cuando la metió en un espacio estrecho entre dos BMW. Pudo ver la mueca de dolor en la cara del guardia de seguridad que estaba al lado, seguida de un suspiro de alivio cuando quedó claro que no había rayado ni abollado la perfecta pintura de los BMW.

Loba abrió la puerta de golpe y casi la estrelló contra el coche de al lado; saltó fuera de la cabina y volvió a cerrar de golpe la puerta con un chasquido sonoro y metálico. Se dirigió como un huracán hacia la mansión, la enorme casa construida con mármol procedente de las canteras de Vermont, con el que la familia había hecho fortuna, de la que también participaban los propios parientes de Loba.

Apenas prestó atención a los dos Colmillos Plateados que estaban en el porche, fumando puros caros. Ambos le hicieron un gesto con la cabeza, pero era evidente que esperaban que no hiciera algo tan torpe como saludarles de verdad y obligarles a entablar una conversación. Pasó a toda prisa a su lado y entró en el amplio vestíbulo.

–Mi señora Carcassone –dijo un hombre de mediana edad con una mata de pelo blanco y gris. Bajó por la gran escalera, vestido con un traje blanco immaculado–. Ha vuelto de sus viajes.

El ceño de Loba desapareció un momento cuando asintió hacia el hombre.

–Lord Abbot, me alegra verle. ¿Ha llegado algún mensaje del rey Albrecht?

El rostro tenso de Abbot ya era una respuesta más que suficiente, pero de todas maneras dijo:

–Me temo que no, señora. Nos esperábamos... algo, a estas alturas. Se abrió brevemente un puente de luna entre nuestro túmulo y el de la Luna Creciente de Rusia, pero... se cerró antes de que llegara ningún viajero. Nuestros intentos de reabrirlo fueron infructuosos.

Loba sacudió la cabeza, se puso una mano en la frente y se frotó la sien izquierda.

–Esto no va bien, Abbot. Acabo de ver a Mari Cabrah y Evan Curandero-del-Pasado en Nueva York. Hay malas noticias

procedentes del norte. Una Garra. Una puta Garra del Wyrn anda suelta. Creo que debería preparar al clan para defender el túmulo al más alto nivel de vigilancia.

El rostro de Abbot palideció.

–Pensaba que todas las Garras habían sido... capturadas o destruidas.

–La leyenda dice que lo estaban. Esta lo estaba... hasta hace unos pocos días.

Abbot agarró la barandilla con fuerza.

–Ya hemos llamado a todos los defensores que hemos podido. Nuestros videntes han observado presagios horribles. Al menos ahora tenemos una forma de calcular nuestros miedos. –Se detuvo un momento, como si intentase calcular cómo decir algo, pero luego simplemente levantó las manos y habló con sinceridad–. ¿Qué está pasando, Loba? Estamos escuchando informes sobre ataques a clanes de Colmillos Plateados tan lejanos como el de Chicago. El rey debería estar aquí.

–No lo sé –dijo Loba–. Desearía poder saberlo. Se están tramando numerosos planes horribles, allí y en el interior. Y en Europa. Allí podría ser incluso peor. No sé. –Loba miró a Abbot directamente a los ojos–. Tengo que irme, Thomas. Tengo un deber que cumplir.

–¿Un deber? Su deber está aquí, con su tribu.

–No lo entiende –contestó Loba, sacudiendo la cabeza enérgicamente–. Me he pasado años, qué diablos, décadas, trabajando contra mi enemigo. No pienso permitir que todo ese trabajo se destruya en una sola noche. No, hay alguien que me necesita más. –Se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, hablando todavía–. Lo siento. Volveré en cuanto pueda.

Abbot no dijo nada durante unos momentos. Luego, antes de que ella desapareciese completamente de su vista, habló.

–Ve con Gaia, Carcassone. Rezo para que nos volvamos a encontrar, en esta vida o en las Tierras Estivales.

Loba no le oyó.

Ya era bien pasado el crepúsculo cuando Loba salió de la carretera estatal y se metió en un camino sucio que serpenteaba por el bosque. Apagó los faros del coche y condujo despacio en la oscuridad. Se concentró y sus ojos cambiaron a los de lobo. Ahora podía ver mejor, porque sus pupilas absorbían más luz. Después de recorrer casi un kilómetro, se detuvo, paró el motor y asomó la cabeza por la ventanilla, escuchando. Tras unos minutos de silencio, rotos solo por los sonidos nocturnos de los insectos y de otras criaturas que se abrían paso por los bosques, cambió la transmisión a tracción a las cuatro ruedas, arrancó otra vez la furgoneta y siguió bajando por el camino.

Cuando se terminó el camino sucio, Loba continuó por un prado y cogió un camino más pequeño y menos transitado que había al otro lado del prado. Se podía ver una luz por delante, en el bosque. Detuvo el coche y apagó el motor.

Despacio, intentando hacer el menor ruido posible, salió de la cabina arrastrándose y se deslizó por el bosque. Se movió lentamente hacia la luz y cogió una ruta tortuosa que la hizo seguir moviéndose por un camino difícil, perpendicular a la luz más que directamente hacia ella. De vez en cuando, se detenía y escuchaba, con los brazos lacios colgando a los lados, parada y medio en cuclillas.

Ahora podía ver el contorno de la casa y la lámpara del porche que la iluminaba. Se arrastró hasta el borde del bosque y esperó, buscando cualquier señal de movimiento. El interior de la casa estaba a oscuras, salvo por una luz vacilante de color azulado que se reflejaba a través de las pesadas cortinas en una habitación de la planta baja. Avanzó, lista para salir de un salto de la protección del bosque, cuando oyó el débil chasquido de una ramita a su espalda.

Se dio media vuelta, cambió al instante a su forma de batalla, de lobo de pelaje blanco, con las garras levantadas y listas para golpear. Con una expresión de susto, cayó al suelo cuando un lobo le agarró las piernas. Volvió a saltarle encima en cuanto ella estuvo en el suelo y le pellizó las piernas, un mordisco doloroso que sin embargo no llegó a desgarrarle la piel.

Un aliento cálido y fuerte le dio en la cara y una silueta apareció

sobre su cabeza, con el hocico a escasos centímetros de su oreja. Gruñó suavemente, una pregunta.

Loba sonrió y volvió a cambiar a su forma humana. Se sentó derecha y miró al lobo grande y dorado.

–Has mejorado, Johnathon Corazónfuerte. Ni siquiera te oí. Ni a ti ni a Liza. Suponía que estabais dentro.

–¡Ja! –dijo una voz por detrás de ella. El primer lobo parecía ahora una mujer joven, vestida con vaqueros, camiseta y sandalias, con el pelo largo trenzado–. ¿Con el jaleo que arma tu furgoneta? Loba, te oímos incluso antes de que llegaras al prado. Hemos estado siguiéndote desde entonces.

–Pensé que había tenido cuidado –dijo Loba, al levantarse–. Pero fui poco sistemática. Tendré que hacerlo mejor.

–Eh –dijo Corazónfuerte, el lobo dorado, mientras cambiaba de forma y se convertía en un hombre rubio, fornido y atlético, vestido solo con vaqueros–. No te castigues. Hemos estado entrenando. Últimamente hemos tenido ciertos sucesos horripilantes por aquí.

Loba frunció el ceño.

–¿Por qué no me llamasteis?

–Relájate –dijo Liza–. No pasó nada. Solo algunas conversaciones extrañas entre los espíritus, eso es todo. Están asustados, pero dicen que no ocurre nada en los alrededores. Es algo que está ocurriendo en las profundidades de la Umbra.

–Lo sé –dijo Loba–. Ataques por todas partes. Cosas antiguas que rompen sus cadenas. Esa es la razón por la que estoy aquí. ¿Cómo está él?

Corazónfuerte señaló la habitación de la luz azul.

–Jugando a los videojuegos. Los adora. Evitan que se ponga nervioso. Nunca he visto un chico con tanto exceso de energía.

Loba sonrió.

–Bueno, eso está bien mientras la canalice de manera constructiva. Para eso es para lo que estamos aquí. Para asegurarnos de que la utiliza bien.

Los dos Garou intercambiaron una mirada. Luego Corazónfuerte se dirigió hacia la casa.

–Vamos. Querrá verte.

Cuando Loba puso un pie en el porche, una tabla del suelo crujió ruidosamente. Loba miró a Liza, con una ceja levantada. Liza sonrió.

–Otra medida de seguridad. Solo por si alguien consigue llegar hasta aquí sin que nos enteremos.

Loba sonrió y siguió a Corazónfuerte a través de la puerta hasta el vestíbulo delantero. La sala de estar daba al vestíbulo y ahora podía oír unos sonidos de algo moviéndose a toda pastilla y de grititos. Asomó la cabeza por una esquina y vio a un chico de doce años mirando fijamente y con la boca abierta la pantalla de un televisor, mientras manejaba furiosamente el mando de un videojuego.

–Hola, Martin.

Él giró la cabeza. Parecía enfadado. En su cara estalló una sonrisa cuando la vio. Arrojó el mando del juego al suelo y se lanzó hacia ella. Se agarró a sus piernas y la abrazó con fuerza.

–¡Loba!

Ella le devolvió el abrazo.

–¿Qué tal lo has pasado, chico? ¿Te tratan bien aquí?

El chico levantó la vista hacia Loba y frunció el ceño.

–Supongo que sí. ¡Pero me aburro! ¿Cuándo vamos a hacer algo? Estoy harto de estar aquí escuchando historias. Quiero patear algún culo del Wyrn.

Liza puso los ojos en blanco y entró en la cocina. Corazónfuerte pasó al lado de ellos y se sentó en el sofá, con las piernas cruzadas.

–¿Qué te he enseñado, Martin? –dijo Loba–. La violencia solo surge de la necesidad. Debes aprender a controlar tu furia, a utilizarla como una herramienta. Nunca dejes que ella te utilice a ti.

–Sí, sí –dijo el chico, al tiempo que soltaba a Loba y se dejaba caer pesadamente en el sofá–. ¡Pero es tan aburrido! ¿No podemos ir a algún sitio? Nunca consigo ver a nadie.

–Bueno, puede que sí. ¿Te gustaría viajar a la Umbra? ¿Al Reino Etéreo, a ver las estrellas?

–¡Claro que sí! –contestó Martin, levantándose como un cohete–. ¿Cuándo nos vamos?

–Esta noche –dijo Loba, mirando de soslayo a Corazónfuerte, que tenía las cejas levantadas–. Ve a coger algunas cosas. Necesitarás una mochila para un viaje largo.

–¡De acuerdo! –gritó el chico mientras se lanzaba escaleras arriba. Loba pudo oír el ruido atronador de sus pisadas que hacían temblar las paredes del vestíbulo de arriba y de su habitación.

–¿El Reino Etéreo? –dijo Corazónfuerte, incrédulo–. ¿Qué está pasando, Loba? Es un viaje demasiado largo para él. Demasiado peligroso, sobre todo con lo que los espíritus están diciendo.

–No tengo elección –contestó Loba–. Los sucesos nos han sobrepasado. Demasiados presagios, señales y asuntos horribles. No puedo seguir esperando. Está en la edad para su Ritual de Paso. Puede hacerlo.

–¿De verdad que puede? –Johnathon se inclinó hacia delante–. Todavía tiene demasiada rabia dentro. Liza y yo apenas podemos enseñarle los fundamentos de la serenidad. Se hará daño. Y hará daño a otros.

–¿Y quién entre nosotros no lo hace? Todos cargamos con esta maldición, algunos más que otros. Demostrará que sus detractores están equivocados. Lo sé.

–¿Y en qué te basas? Estoy de acuerdo en que tiene mucho potencial. Lo he visto. Pero también he visto su ira. También tiene potencial para la locura.

–¡No! –gruñó Loba, mirando a Corazónfuerte con furia–. Me niego a creerlo. Yo le rescaté. Le he criado desde que era pequeño.

–Loba bajó la vista y dejó caer los hombros, liberando su tensión–. Agradezco toda la ayuda que tú y los Hijos de Gaia nos habéis dado, pero no seguiré escuchando nada más acerca de ninguna maldita profecía de muerte. He mirado dentro de su corazón. Sé en qué se convertirá, si le damos tiempo.

–Tu cruzada te está cegando, Loba –dijo Johnathon, al tiempo que volvía a echarse hacia atrás y se apoyaba en los cojines del sofá–. No todos los niños pueden ser salvados. En algunos, las heridas son demasiado profundas.

–¿Heridas? ¿Las heridas de nacimiento? ¿Hay que condenarlo solo por su desafortunado nacimiento? ¡Chorradas! Recuerda que todos estos años solo yo vi a través de las jugadas del Profanador y me imaginé su conspiración. Todo el mundo, incluso tú, Corazónfuerte, lo rechazó. Pero al final demostré que tenía razón.

–Y por eso te he ayudado, Loba, a ti y al chico. Por eso te he dado mi confianza y apoyo hasta ahora. Pero... él no está preparado.

–Ya no podemos seguir pensándonoslo. La última Garra del Wyrm está libre. No puedo permitir que Martin se convierta en su instrumento.

Corazónfuerte no dijo nada, pero su cara revelaba su miedo.

Liza tosió. Estaba de pie al otro extremo del vestíbulo, a medio camino de la cocina. Llevaba una bandeja con tres tazas de té humeantes. No miró a Loba a los ojos cuando pasó a su lado al entrar en la sala de estar y ponía la bandeja en una mesita de café.

–Podrías beber algo antes de tu viaje. –Cogió una taza y dio un sorbo–. Iremos contigo.

Corazónfuerte pareció sorprendido por su anuncio, pero luego asintió.

–No –dijo Loba–. Agradezco tu ofrecimiento, pero quiero atraer la menor atención posible. Además, a vosotros dos os necesitan en el norte. Mari Cabrah y Evan Curandero-del-Pasado están reuniendo a las tribus, para ayudar a los Wendigo a cazar a la Garra. Se están reuniendo en los Finger Lakes. Deberíais ir hasta allí mañana. Necesitarán toda la ayuda que puedan obtener.

Corazónfuerte y Liza no dijeron nada mientras pensaban, en silencio. Loba se acercó a la mesilla, cogió una taza y empezó a beber.

–¿Por qué el Reino Etéreo? –dijo Liza–. ¿Qué le espera allí?

–Sirio Estrellaoscura –contestó Loba–. Si hay alguien que conoce el destino de Martin en días venideros, ese es Sirio. No sé que hacer a continuación. Necesito respuestas del cielo.

Corazónfuerte dejó salir un suspiro de exasperación.

–Pero las profecías sobre Martin que desdeñas vienen del mismo reino que aquellas a las que haces caso. ¿Por qué piensas que ahora puedes confiar en ellas?

–Porque todo se está desmoronando –dijo Loba, levantando las manos–. No puedo llevarlo al norte. Allí lo odiarán y le echarán la culpa de sus problemas. Y se acercará demasiado al enemigo. Necesito averiguar la voluntad de Gaia. Estrellaoscura la conocerá.

Un ruido procedente del piso de arriba se hizo más fuerte y

Martin prácticamente cayó rodando por las escaleras, arrastrando una mochila llena hasta los topes.

–¿Podemos irnos? ¿Podemos marcharnos ya?

Loba se rió.

–Tranquilízate, chico. Yo también necesito coger algunas cosas.

Martin pareció molesto.

–¿Y no podías haberlo hecho mientras yo estaba empaquetando? ¡Cachis!

Loba puso los ojos en blanco, sin dejar de sonreír.

–Cogeré algunas provisiones –dijo Liza. Posó la taza y se dirigió a la cocina.

Corazónfuerte se levantó.

–Dejadme al menos que os preste mi tienda de campaña.

Podríais necesitarla.

Loba le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y le tocó el hombro cuando abandonó la habitación.

–Bien, Martin –dijo, volviéndose para dirigirse al muchacho–. Tenemos un viaje muy, muy largo por delante. No quiero oír ni una queja por ello. ¿De acuerdo?

–Sí, sí. Pero vámonos. –De repente Martin tenía una expresión animada en la cara–. ¿Puedo llevar mi forma real? ¡Por favor!

–Hasta que no estemos en la Umbra, no.

El chico levantó un puño en el aire en señal de victoria.

–¡Aquí nunca me dejan llevarla!

–Hay una razón para ello –dijo Loba, mientras se daba media vuelta al oír a Liza salir de la cocina. Llevaba una bolsa con comida y una cantimplora llena. Se la dio a Loba con una sonrisa dulce y se acercó a Martin para revolverle el pelo como si tuviera ocho años. El chico se sacudió y se apartó de ella, irritado.

Corazónfuerte volvió del sótano, con una mochila grande de excursionista.

–Lleva una tienda de campaña y dos sacos de dormir –dijo mientras se la pasaba a Loba.

–Gracias –le dijo ella–. Gracias a los dos. –Extendió la mano con la bolsa de comida–. Tú llevas esto, Martin. Es hora de probar tu valía.

Su gesto inicial de irritación se transformó en uno de orgullo cuando oyó las últimas palabras de Loba y cogió la bolsa y se la colgó al hombro.

–Será más fácil de llevar cuando cambies de forma –dijo Loba. Se dio media vuelta para mirar a Liza y Corazónfuerte a los ojos y sonrió–. Volveremos a vernos. Pronto. Y vendré con buenas noticias.

–Que así sea –dijeron Liza y Corazónfuerte al unísono, apretándole los hombros. La soltaron y dieron un paso atrás.

Loba caminó hacia la puerta, la abrió y la sostuvo para que pasara Martin.

–Tú primero.

Martin pasó como una bala a su lado y salió al césped.

–¿Hacia dónde?

Ella señaló el sucio camino de entrada, hacia donde estaba aparcado el coche.

–Por ahí. Hacia el prado. Pasaremos por ahí.

Martin salió corriendo hacia el bosque y Loba le siguió, caminando a paso firme. Liza y Corazónfuerte la vieron marcharse.

Cuando llegó al prado, Martin estaba dando vueltas en círculo. Lo que los Hijos de Gaia habían dicho sobre el exceso de energía del muchacho era cierto.

–De acuerdo –dijo Loba–. Quédate quieto. Cógeme de la mano. Vamos a pasar.

Martin se acercó a ella y le cogió la mano y por una vez consiguió quedarse quieto. Loba estiró su espíritu y ambos pasaron la Cortina de Terciopelo entre los mundos, que los condujo al reflejo en la Penumbra del prado terrenal en el que habían estado. Aquí, en el mundo espiritual, parecía aún más hermoso, con las pequeñas flores silvestres en todo su esplendor.

–¡Sí! –gritó Martin y empezó a cambiar de forma. Se hizo más alto y peludo y se estiró hacia arriba hasta que su cuerpo de lobo se elevó por encima de Loba. Su forma de nacimiento.

Loba se preguntó una vez más cómo un metis, hijo de un incesto entre dos Garou, había nacido sin ninguna deformidad. Todos los metis tenían minusvalías de una u otra forma ya fueran los cuernos de carnero de Grita Caos o los pies torcidos de las crías de luna. Pero

Martin no. Él no tenía ninguna minusvalía. De hecho, su forma nativa era un ejemplo magnífico de lo que debía ser un guerrero Garou. La incongruencia le daba escalofríos cuando pensaba en ella y también sabía por qué temían los otros al chico, por qué se habían formulado tantas profecías malignas sobre él, por que lo llamaban burlonamente el "Metis Perfecto". Pero Loba también sabía que lo desconocido no era necesariamente malo y que el Wyrn nunca podría producir una belleza como la que ella veía en el muchacho. Su propósito no era seguramente para el mal, sino para mayor bien de Gaia. Era una señal de victoria, no de derrota.

Loba señaló hacia el oeste, hacia una espesa maraña de arbustos, tras la cual apenas se veía el débil brillo de una senda de luna.

–Allí es a donde vamos.

Martin echó a correr hacia la senda y Loba trotó por detrás de él. Él todavía tenía energías, pero daba la impresión de haberla canalizado un poco ahora que estaba en su forma de nacimiento. Probablemente agotaría las fuerzas de Loba, pero ella había afrontado retos mayores que llevar a un niño metis a un reino lejano.

–Afloja el paso, Martin –dijo ella–. Tenemos que recorrer un largo camino. Tenemos que controlar el ritmo. No debemos estar demasiado cansados cuando lleguemos, para poder oír la canción de las estrellas.

Martin se obligó a caminar más despacio y sonrió a Loba. Parecía realmente feliz y Loba deseó que pudieran estar así todo el camino. Levantó la vista hacia el cielo y sintió que una sombra pasaba por su corazón al observar un brillo rojo en el horizonte, que duró solo un momento y luego desapareció.

Rezó denodadamente para haberse confundido, para no haber visto realmente el parpadeo de la Estrella Roja mientras daba sus primeros pasos en el camino del cielo nocturno.

La Estrella Polar brillaba con fuerza en el cielo nocturno sobre las montañas del occidente de China. El enorme desarrollo industrial que experimentaba la nación aún no había llegado a estos picos; no había ninguna luz artificial que pudiera competir con los soles lejanos. Parecía que mil estrellas brillaban en aquella extensión ilimitada, un panorama negado a la mayoría de los habitantes de la ciudad.

Antonine Lágrima elevó una oración de gratitud a Gaia por su generosidad, aún manifiesta allí en el Monasterio de la Resolución Más Pura, donde había aprendido por primera vez a aprovechar sus poderes como Contemplaestrellas, la tribu Garou de místicos. Allí había dominado su rabia y disciplinado su cuerpo y su mente y allí había conocido los secretos de las estrellas de manos del tótem de su túmulo, Vegarda, la Estrella Polar. Los movimientos de las estrellas revelaban destinos y había llegado a aprender un poco de su lenguaje oracular.

Estaba de pie en la plaza del templo, en el pico más alto de la montaña, apoyado sobre una pierna; su otro pie descansaba contra su rodilla y tenía las manos unidas en un *mudra* de recuerdo, un gesto sagrado de las manos que podía, con los *mantras* apropiados, liberar recuerdos lejanos de su infancia.

Había pasado la última semana en una meditación silenciosa, honrando el recuerdo del abad jefe del templo, que acababa de pasar al reino del sueño eterno, despojándose de su forma mortal, transitoria. Antonine meditó una vez más acerca del don de cambiar de forma, cómo convertía en material y real algo que para un humano era abstracto e ideal. Todas las formas eran transitorias, cambiaban en el tiempo. La de un hombre-lobo era simplemente más evidente. Una maravillosa herramienta de enseñanza que muy pocos Garou utilizaban.

Abrió levemente los ojos y miró al nuevo abad mientras ejecutaba sus meditaciones marciales, caminando en círculos, siguiendo un modelo antiguo, espiral, que llevaba escrito en la mente. Era el *bagua* secreto escrito en el estómago de la Gran Tortuga. Hacía siglos, la Tortuga le había revelado los sesenta y cuatro hexagramas del *I-Ching* al Emperador Amarillo de China, que las había visto

escritas en la espalda de la Tortuga. No había visto los símbolos adicionales escritos en el estómago; solo los Contemplaestrellas conocían esos glifos. El nuevo abad, Persimmon Nube, los bailaba ahora en su forma de artes marciales internas.

Antonine había viajado desde las Montañas Catskill de Nueva York para visitar el viejo templo, para rendir homenaje a su difunto abad. Agradecía la distancia que ponía entre él y el mundo y todos los proyectos y deberes que tenía allí. Como jefe, tenía obligaciones con la nación Garou. A diferencia del resto de su tribu, él todavía se comprometía a ayudar a las otras tribus y se negaba a abandonarlas. Con las ceremonias de la semana anterior, se había cerrado la fortaleza, e incluso se impidió que los espíritus interrumpiesen los rituales. Ahora, mientras el abad bailaba, abrió cuidadosamente las salas una vez más y dejó al descubierto el templo al mundo físico y al espiritual.

El largo hábito de seda de Persimmon Nube flotaba como si lo llevara el viento. El fénix amarillo, bordado con tanto cuidado en la espalda y las mangas, parecía volar en círculos, girando alrededor del Garou como si estuviera vivo. Antonine parpadeó. El fénix se volvió para mirarla fijamente.

Ladeó la cabeza y vio cómo se despegaba del hábito del monje el pájaro acalorado y cubierto de plumas y planeaba hacia él, girando a su alrededor en una espiral, con sus hipnóticas y vacilantes llamas amarillas atontando la mente despierta de Antonine. Cerró los ojos y respiró hondo, intentando permanecer alerta, y entonces los abrió a otro mundo.

El fénix estaba suspendido por encima de él y a su izquierda y señalaba con el ala hacia el horizonte, que estaba cubierto de humo oscuro. Cuando Antonine miró hacia la silueta tenue y lejana a la que el espíritu parecía señalar, su visión salió disparada hacia delante, como el *zoom* de una cámara enfocando a un helicóptero, hasta que la silueta se hizo nítida: era una torre esbelta de obsidiana y vetas verdes, que se elevaba sobre una llanura en llamas, envuelta en sombras arrojadas por entes invisibles.

Antonine sintió un miedo paralizador en el estómago cuando se dio cuenta de qué torre era y se quedó mirando sin parpadear

mientras la visión caía a plomo a través de las ventanas y bajaba por las escaleras oscuras hacia el foso que quedaba abajo, iluminado por un débil fuego diabólico. Una senda conducía hacia la oscuridad ilimitada, en espirales que se ensanchaban infinitamente. Antonine se tambaleó e intentó despertarse mientras su visión bajaba por la senda, por sus recodos abruptos. Sintió que un grito crecía en su interior mientras se resistía a la desesperación total y enloquecedora que despertó en él.

Luego se encontró en las profundidades de la senda, pasando de largas secciones enteras de ella. El vértigo desapareció; veía como a través de una pantalla de televisión, imágenes del pasado que no iban acompañadas de olor, sonido o tacto alguno.

Un gruñido escapó de su disciplinada garganta cuando la vio, la enorme zorra vestida de cuero del Alamogordo. Zhyzhak. La loba restallaba su látigo en la bruma que la rodeaba, rechazándola, arrancándoles trozos diminutos de efimeria a las pesadillas que no podían escapar a su alcance. Se separaban de ella, pero intentaban arrastrarla a un lado o taparle la visión con sus formas. Ella las lanzaba a un lado o simplemente las cruzaba, mientras miraba a través de una especie de monóculo grueso que sostenía firmemente en su ojo izquierdo.

Antonine miró más de cerca y vio que era una parte de una brújula y que miraba a través de su lupa. Era un fetiche, a juzgar por los pictogramas que llevaba tallados alrededor.

Confuso, se volvió a mirar por encima de su hombro, hacia la fuente de la luz tenue por la que veía la marcha de Zhyzhak, hacia el tótem Fénix que estaba suspendido allí.

–¿Qué es? –preguntó.

–El fin del mundo.

–¿Cómo puede ser? –dijo Antonine, con los ojos desorbitados y la frente arrugada–. Vi el Templo Oscuro y el Laberinto de la Espiral Negra. Ella lo está bailando y domina a sus guardianes. Marcha sin hacer caso de sus giros y espirales, caminando directamente hacia su centro. ¿Cómo puede ser?

–Ella, como tú, se guía por una estrella.

Antonine sintió otra punzada de miedo, pero la ignoró, como le

habían enseñado sus largos años de entrenamiento.

–La Estrella Roja. Su fetiche le permite orientarse por ella.
Brillante.

–A donde alguien va, otro le puede seguir.

La repentina revelación que sintió Antonine cuando escuchó aquellas palabras se rompió cuando sintió el dolor de su cuerpo al golpear el suelo. Parpadeó y abrió los ojos y vio una vez más el cielo nocturno de China. Persimmon Nube corrió hacia él, con una expresión preocupada en el rostro. Antonine se sentó y con un gesto de la mano le indicó que estaba bien.

Persimmon Nube lo miró con curiosidad y esperó a que hablase.

–El Fénix ha venido a mí –dijo Antonine, al tiempo que se levantaba–. Me ha dado una visión. Una oportunidad para que vencamos a un error terrible.

–El Fénix no es famoso por la precisión de sus respuestas –dijo Persimmon Nube, cruzando las manos sobre el estómago–. ¿Estás seguro de que lo viste correctamente?

–Creo que sí. ¿Me acompañas abajo, a hablar con los otros monjes? Quiero contaros lo que vi. Tal vez combinando vuestros conocimientos podamos ver fallos en mi interpretación.

–Por supuesto –dijo el monje, adelantándose mientras bajaban por la larga escalera que rodeaba la montaña hacia los alojamientos del monasterio que estaba abajo.

* * *

Antonine estaba sentado en una estera de juncos, mirando a los seis monjes congregados. Les acababa de contar su visión; ahora les estaba dando su interpretación.

–Zhyzhak ha descubierto un medio nuevo para abrirse paso por el Laberinto, superar el Noveno Círculo y llegar al corazón. Como nuestra tribu enseña, la tela de araña de la Tejedora mantiene atrapado al Wyrn, volviéndolo loco de rabia. Pero, ¿dónde está la telaraña? Está a nuestro alrededor, pero como todas las ideas, se le da expresión de ciertas formas. La forma más representativa es terrible y desesperante de contemplar, porque es el Laberinto de la

Espiral Negra, el único hilo que lleva directamente de Malfeas a la víctima de la Tejedora, el propio Wyrn.

»Pero nadie puede recorrer su circunvolución sin perder toda la razón. Los Danzantes de la Espiral Negra adoran la corrupción del Wyrn y, en un intento de emularla, bailan el Laberinto, perdiendo la razón por el camino. Solo aquellos con una verdadera fuerza de voluntad pueden superar las pruebas que se encuentran a cada paso del camino, pruebas administradas por pesadillas y otros altos oficiales de la jerarquía del culto al Wyrn.

»Esta jerarquía no es otra cosa que la propia necesidad del Wyrn puesta de manifiesto. La única manera de llegar al Wyrn, de liberarlo de sus ataduras, es pasar más allá de toda razón, porque incluso una simple chispa de lógica lleva algo de la Tejedora en su interior y por lo tanto no puede superar la telaraña ilusoria de la Tejedora. Solo algo que se desenmarañe de esa red puede eludirla y llegar a su centro, donde se agita el Wyrn.

»Esto es lo que busca el Wyrn, por encima de todo lo demás. Esta es la razón por la que los Danzantes de la Espiral Negra buscan la locura: su maestro se lo suplica, aunque ellos no sospechan las verdaderas razones. Creen que serán recompensados con poder, pero su propósito real es pasar la prueba del último círculo, el Noveno Círculo y así llegar a la mismísima presencia de su maestro. Los pocos que han hecho esta prueba del último círculo han fracasado.

Persimmon Nube habló.

–¿Cómo es esto cierto? ¿No se dice que el terrible general que gobierna en Malfeas consiguió su rango al pasar la última prueba?

–Cierto, así lo creen los fieles del Wyrn, tal vez incluso el mismo general lo cree. Pero en realidad, fracasó. Su castigo fue el poder mundano, condenado a luchar para mantenerlo el resto de sus días. Los Danzantes de la Espiral Negra no ven que lo que más desean es la recompensa por el fracaso.

–¿Y si lo hubiera conseguido? ¿Qué habría pasado entonces?

–Creo que se hubiera encontrado con la verdadera presencia del Wyrn. Se hubiera vuelto completamente loco, sin nada de razón y actuaría basándose solo en el instinto. ¿Y cuál es el instinto más profundo de un Garou?

Un monje joven levantó la cabeza, con una expresión de pena en la cara.

–La Rabia.

–Exacto. Pero entonces su rabia habría desencadenado un ataque a las ataduras del Wyrm, en el capullo retorcido. Una locura pura, sin adulterar, contra la lógica calcificada. Tal vez... tal vez al final se hubiera liberado al Wyrm.

–Y así, liberado... –dijo Persimmon Nube– habría destruido al mundo.

»Habría llevado a un fin la era del mundo corrupto, para comenzar un nuevo *kalpa*, un nuevo mundo de pureza. El Wyrm es el Gran Devorador, que no solo come carne, sino también ideas. En momentos de equilibrio, su comer transformó la energía estancada en el rico abono del que pudieron florecer nuevas vidas e ideas. Un reflejo macrocósmico del ciclo digestivo de cada ser viviente, la forma más íntima de comunión: comerse a otro ser y devolver su sustancia cruda al mundo.

»En este estado desequilibrado, el único estado que hemos conocido en esta vida, está eternamente hambriento y aun así se le niega el festín. Las viejas formas permanecen, sin devorar, pudriendo el universo. Sus secuaces devoran cosas imitando al Wyrm. Pero pervierten el acto, pariendo solo nuevos horrores. Horrores que engendran horrores.

Los monjes asintieron, comprendiendo. Persimmon Nube suspiró.

–¿Crees que Zhyzhak tendrá éxito donde el Número Dos fracasó?

Antonine se quedó callado un rato y luego habló.

–Sí... y no. De su victoria no puede salir nada bueno. Si no está más allá de toda razón cuando pase el Noveno Círculo, liberará al Wyrm solo para ponerlo de su parte, para fines ególatras. Ella no estará al servicio del bien del universo, sino que se servirá a sí misma, conduciendo a la era corrupta hacia un abismo sin fin del que no podrá salir ningún mundo nuevo.

Los monjes se quedaron callados un rato, pensando en lo que acababa de decir. Finalmente, Persimmon Nube habló.

–¿Qué podemos hacer? ¿Cuál crees que es el significado de las últimas palabras que te dijo el Fénix?

–*"A donde alguien va, otro le puede seguir"* –dijo Antonine –. Creo que existe una oportunidad... una posibilidad de que yo siga su pista. Zhyzhak no se enfrenta a los círculos de la manera tradicional y va dejando un camino roto tras ella. Si puedo llegar a ese camino, puedo seguirla y pasar el último círculo, hasta el corazón de la red.

–Pero es una locura bailar el Laberinto. Perderás toda la razón de tu viaje y olvidarás tu propósito. Si sobrevives, te convertirás en un terrible general del Wyrm y en nuestro enemigo.

–Existe ese riesgo. ¿Pero qué pasa si Zhyzhak lo logra sin que nadie le oponga resistencia? ¿Acaso mi riesgo es mayor que el riesgo de no hacer nada?

Persimmon Nube suspiró.

–Acosado por alternativas pobres por todos lados.

–Creo que existe la posibilidad de que, una vez que ella derribe a golpes una puerta del corazón del Wyrm, pueda deslizarme por ella y transformar su marcha en nuestra victoria. Zhyzhak es fuerte y poderosa, una enemiga astuta, pero estará ciega a la realidad del Wyrm y lo verá como una entidad a la que servir. No lo percibe como un animal enjaulado, sino como un señor diabólico. No pensará en liberarlo y eso me dará la oportunidad de romper sus ataduras antes de que ella se dé cuenta de mi objetivo.

–Muy arriesgado. E incluso si lo consigues, el mundo terminará. Das por sentado que de todas formas está condenado.

–Por supuesto, existe la probabilidad de que yo esté equivocado. Tendré que estar abierto a esa posibilidad, para percibir todo lo que vea tal como es y no actuar basándome en la ideología. Si, después de considerar la prueba de mis viajes, parece que liberar al Wyrm no es la respuesta correcta, entonces concentraré todas mis energías en destruir a Zhyzhak.

–¿Pero qué pasará si tu duda en el último momento es parte de su trampa? Tal vez se necesite una ideología inamovible como la única armadura contra su aura de desesperación. La virtud de nuestra tribu de cuestionarlo todo puede resultar una desventaja delante de una presencia así. De cualquier manera, significa tu muerte. No

puedes regresar de un viaje más allá de los límites de lo real y lo irreal.

–Lo acepto. No hay otra alternativa.

Persimmon Nube asintió.

–Entonces tengo algo que darte, para evitar un viaje largo y mortal a Malfeas.

Antonine levantó una ceja con curiosidad, pero no dijo nada cuando el abad se levantó y regresó a sus aposentos. Regresó enseguida con un objeto envuelto en seda blanca. Lo colocó en el suelo delante de Antonine y le mandó que lo desenvolviera.

Antonine apartó las capas de seda y dejó al descubierto un antiguo *dorje* de latón, un cetro tibetano de rayos; una herramienta de meditación que simbolizaba la creación de la Rueda del Tiempo.

–Esta es una reliquia sagrada de nuestra tribu, rescatada del caído Monasterio Shigalu. El abad anterior la mantuvo a salvo y ahora llega a mí. Te la doy. Su poder es tal que puede transportarte corporalmente a Rirab Lungpo, el monte Meru, centro del universo. Una vez allí, si tienes éxito en una *korwa*, una circunvalación de la montaña, puedes ir a cualquier sitio que quieras del espacio, incluso tras los mismos pasos de Zhyzhak.

Antonine le hizo una reverencia al abad.

–Las palabras no pueden expresar mi agradecimiento y alivio por este regalo. Ir al Templo Oscuro sin una manada de Garou que me protejan era seguramente la parte más problemática de mi plan. Pero ahora puedo continuar solo.

–Como debe ser. Los demás solo llamarían la atención. Fénix te ha revelado la visión a ti solamente. Esta noche, después de que te hayas hartado de comer y Vegarda suba una vez más al cielo, debes meditar al lado del estanque de luna; allí comienza tu viaje al Centro del Mundo.

Los demás monjes le hicieron una reverencia a Antonine y él la hizo también. Uno a uno se fueron levantando y abandonando la habitación, dejándole solo para que meditase acerca de su incierto camino.

SEGUNDA PARTE :
«LANZAR MALDICIONES»

*[«El Wyrn se puso de manifiesto
en las torres y los ríos y el aire
y la tierra y por todas partes
sus hijos corrían furiosos,
devorando, destruyendo,
lanzando todo tipo de maldiciones.»
~LA PROFECÍA del fénix, "La séptima señal"]*

9

Rodear a la presa

Zhyzhak apretó los dientes y se secó el sudor de su frente peluda. Detuvo su marcha inexorable y respiró hondo. El acoso constante de las pesadillas y la necesidad de estar alerta continuamente, para que el camino no la engañase, empezaron a hacer mella en ella, provocando que tuviera que detenerse más a menudo para recuperar el aliento. Se paró para volver a mirar fijamente el globo rojo que nunca se apagaba, que flotaba sobre el horizonte. Visto a través de su lente especial, sus rayos quemaban la niebla engañosa a su alrededor y dejaban clara la dirección que debía tomar. Incluso cuando la senda se dirigía por mal camino, ella podía forzarla a que volviera a su dirección correcta.

Reflexivamente chasqueó el látigo a un lado y oyó el chillido de una pesadilla que había estado acercándose a rastras. Se cubrió los ojos con sus manos reptiles y salió corriendo, lloriqueando.

Los primeros cinco círculos habían representado el menor de los desafíos y los había apartado fácilmente a un lado con su látigo o los había evitado mirando a través de la lente de su fetiche. Además,

había bailado esos círculos anteriormente, cuando había luchado para adquirir rango y prestigio en su tribu. Tenían el efecto cumulativo de cansarla bastante, pero no era algo que no pudiese manejar.

El Sexto Círculo, en el que estaba ahora, tenía un desafío especial, uno que nunca antes había experimentado. Se decía que el Sexto Círculo era la prueba de la corrupción, el crisol que debía resistir para demostrar su propia mancha.

Los misterios del laberinto no siempre se revelaban a través de encuentros con criaturas o lugares; a menudo infundían pensamientos y deseos extraños, recuerdos que no eran de uno mismo, pero que a pesar de todo tenían una poderosa atracción. Uno tenía que enfrentarse a las emociones e ideologías en conflicto igual que si se enfrentara a una pesadilla desafiante. Ahora Zhyzhak sospechaba que las dudas que había empezado a abrigar no eran tanto suyas propias, sino que era el Laberinto el que se las susurraba al alma.

Ninguno de los otros Danzantes de la Espiral Negra de la Colmena Trinitaria había mostrado nunca la pura resolución y retorcida determinación que ella tenía. Su dedicación al túmulo y a Grammaw era intachable en su cruda y pestilente decadencia. Su fervor influía en los demás, especialmente en sus soldados seleccionados cuidadosamente, pero nadie podía superar su confianza en sí misma.

Excepto Ojo-Blanco.

Maldito traidor, Ojo-Blanco-ikthya. Sus extrañas palabras siempre la confundían, pero la dejaban, a ella y a cualquiera que le escuchase, convencida de que tenía razón, aunque sus palabras no tuvieran ningún sentido. Él tenía ese tipo de sabiduría legendaria que alberga la verdad más allá de cualquier prueba o fe. Ninguna proposición podía derribarlo, ninguna discusión rabiosa podía influir en su infalible interpretación de los deseos del Wyrn. Venían Danzantes de todas partes para escuchar sus afirmaciones, tranquilas pero seguras, acerca del Wyrn, afirmaciones que incluso los temidos Incarna Maeljin no podían confirmar. Ojo-Blanco había visto el nacimiento del Wyrn en la materialidad, su breve florecimiento en el mundo cuando se lanzó la primera bomba atómica sobre Nuevo México. El pobre lobo lo había visto, se había quedado ciego a causa de ello y ahora veía profundidades y dimensiones invisibles incluso

para los Señores de la Corrupción malfeanos.

Y Zhyzhak tenía que hacer concesiones a este alto sacerdote de revelación catastrófica. Líder de su Colmena, ella tenía que inclinarse de todas maneras ante este anciano y arrugado santo, un desgraciado que apenas era capaz de cazar por sí mismo. Lo odiaba, pero lo temía.

Zhyzhak avanzó una vez más, plantando el pie en el camino retorcido como si intentase clavarlo al suelo, para evitar que se deslizase en otras direcciones. Gruñó y chasqueó otra vez su látigo, esta vez solo en el aire, contra la imagen de Ojo-Blanco-ikthya.

Las palabras del viejo volvieron a ella, epigramas y aforismos, palabras sabias que tenían la intención de abrirla más el corazón hacia el corazón de la corrupción. Le habían confundido la cabeza, pero le habían dejado el pecho lleno de orgullo y le habían dado un propósito nuevo, una necesidad demente y caótica de transformar los regalos de Gaia en los excrementos del Wyrn.

Pero ahora, cuando esas palabras volvieron a sonar en su cabeza, entendió su verdadero significado, una naciente comprensión de la que debería haberse dado cuenta mucho tiempo antes y gritó de ira, un gemido profundo y primario, el grito de un niño abandonado y traicionado por su padre, a quien desprecia pero ama en secreto.

La había engañado. Los había engañado a todos. Vio, con la severa luz del fuego diabólico de la revelación del Laberinto, que todo lo que había dicho Ojo-Blanco era mentira. Los había engañado hábilmente, haciéndoles creer que servían a la causa de la corrupción, cuando en realidad, al seguir sus sutiles indirectas y declaraciones, solo la habían entorpecido. Había pasado años entre ellos, utilizando la lengua de la fe para incitarles a que se metieran en una batalla aquí, a que se adelantaran a una lucha allá, para meterse de cabeza en dilemas temerarios o para retrasar las acciones que eran necesarias. Todo bajo el disfraz de un profeta, uno cuya clarividencia no podía fallar porque el propio Wyrn se la había robado y devuelto con creces.

Los gritos de Zhyzhak se convirtieron en lágrimas y en gemidos lastimeros cuando se dio cuenta de lo tonta que había sido, de lo tontos que habían sido todos.

En su desesperación, casi se cayó y estuvo a punto de salirse

del camino. En el último momento, el instinto, o quizás la providencia, la salvó. Vio a través de sus ojos húmedos que el brillo verde casi había desaparecido del suelo. En un instante, la rabia floreció en su pecho, secándole las lágrimas y haciendo que regresase de un salto al camino laberíntico.

Se agachó y se puso a cuatro patas, como si sujetase la senda con todo su peso. Giró la cabeza, buscando algo, hasta que finalmente lo encontró: la mancha carmesí en el cielo. Dejó salir un largo suspiro, sonrió y luego comenzó a reírse a voz en grito.

Casi la habían derrotado. Había estado a punto de fallar la prueba del Sexto Círculo, había estado a punto de fallarle a su ideal de corrupción. Sabía que lo que le había revelado acerca de Ojo-Blanco era verdad, que de hecho les había estado engañando durante años y al hacerlo, habían entorpecido la causa. Pero ya no le importaba en absoluto. Solo se preocupaba de seguir adelante, de avanzar para encontrarse con su Maestro.

Se puso de pie lentamente, levantó la mano y restalló con fuerza el látigo; su chasquido retumbó por todas partes a través de la vacía extensión. Luego avanzó y escuchó gemidos que estallaban a su alrededor, cuando las pesadillas la felicitaron y gritaron ante su triunfo.

El siguiente círculo era el séptimo. Su prueba era la lealtad. Se mofó de ese pensamiento. Su lealtad era solo hacia ella misma; era imposible que fallara en esta.

Cuando llegó a un nuevo recodo del camino, el suelo se agitó a sus pies, un rumor ondulante como de algo que pasaba bajo la tierra. Conocía esa sensación y sintió una punzada de remordimiento. Miró hacia delante y vio a su derecha, fuera del camino, un agujero en el espacio, que se abría a un crepúsculo en el desierto.

Miró con más atención y su pecho se contrajo; el aliento se le heló. Allí, en el desierto, el desierto de su tierra, Grammaw, Trueno del Wyrn había emergido a la superficie. Había salido con dificultad de la caverna y ahora se revolvía en el cañón, al aire libre; sus horribles llagas se veían claramente bajo la luz rosada.

El instinto estuvo a punto de condenar a Zhyzhak, puesto que casi saltó por el agujero, con la intención de apresurarse a confortar a su amada Grammaw. Se obligó a cerrar los ojos y continuar

caminando por la senda, con las piernas débiles por la traición.

Un aullido estalló en el desierto, al que se unieron otros. No era el ululante gorjeo de sus compañeros de la colmena, sino la maldita llamada de los Garou gaianos. Se giró y vio cómo descendían las manadas de guerreros por las paredes del cañón y caían sobre Grammaw y cómo le clavaban lanzas y garras en la carne, aprovechándose de sus llagas abiertas para atravesar su caparazón blindado. Grammaw se revolvió y soltó un gemido bajo, grave y sordo, una petición de auxilio.

Zhyzhak gritó y corrió en dirección contraria, tapándose los oídos y dejando suelta la cola de su látigo a su espalda. El dolor terrible de la traición le abrió una herida en el espíritu, pero conocía el desafío del círculo: la prueba de lealtad. No lealtad a Grammaw o a ella misma. Lealtad al Wyrm y solo al Wyrm.

Tras lo que le pareció casi una hora, frenó su loca carrera, siempre por la senda, y siguió cojeando. Ahora estaba vacía, carente de cualquier atadura hacia su vieja Colmena, sus compañeros, o el Trueno del Wyrm que la había alimentado mientras vivía en sus entrañas Umbrales.

Zhyzhak caminaba sola, privada de cualquier compañía, sola para siempre.

En su insensible desesperación, no se dio cuenta del lobo completamente silencioso que corría detrás de ella, manteniéndola siempre al alcance de la vista. Se detenía cuando ella se detenía y avanzaba cuando ella lo hacía, imitando sus movimientos con exactitud, como si hubiera estado practicando un buen juego de piernas; era una criatura de una elegancia y aplomo que enmascaraban una enorme bestia de odio y avaricia.

* * *

–Si veo un solo espíritu más, me lo cargo –dijo el rey Albrecht asqueado, mientras limpiaba la sangre efímera pegada a su klaive.

Normalmente, los espíritus no dejaban tanta porquería detrás, pero ninguna de las criaturas contra las que habían luchado su comitiva y él en las últimas veinticuatro horas era normal. Cosas que

nunca antes había visto o de las que nunca había oído hablar estaban saliendo de la Umbra como carcomas; recorrían caminos de luna a los que deberían temer e invadían reinos a los que no pertenecían.

Recorrió con la mirada el camino de luna que tenía delante, esperando una señal de sus exploradores. Justo a un lado del camino, una cueva conducía a un claro, un reino silvestre de generosidad natural. Desde donde estaba podía oler la fragancia del agua y de la fruta, pero no se atrevió a mandar entrar a toda su tropa, no sin antes conseguir un informe. Las cosas tenían la costumbre de no ser lo que parecían desde que el puente de luna se había derrumbado.

Al final habían encontrado el camino de salida del reino del dinosaurio, un lugar lleno de ruido y de furia que había terminado por no significar nada; no hubo ningún encuentro ni ningún auténtico obstáculo. Habían oído numerosos espíritus de dinosaurios, pero habían vislumbrado a poquísimos. Luego habían salido del subreino, atravesado una espesa niebla y llegado a un camino de luna en la zona informe situada entre los reinos, donde la luna creciente se dirigía ya a su estado de luna llena.

El ver por fin la luna había sido un alivio. Allí donde la luna brillaba, ellos tenían poder y fortaleza. Su poder se extendía hasta los brillantes caminos de luna, los únicos pasos seguros que atravesaban un desierto cambiante e impenetrable de puro espíritu.

Continuaron avanzando, siguiendo la dirección que los chamanes esperaban que les llevase a casa. Habían investigado los reinos cercanos en dos ocasiones distintas, solo para retirarse cuando los atacaban unos espíritus desconocidos, unas siluetas informes que solo ocasionalmente parecían desarrollar rasgos fugaces, como si decidieran en qué convertirse.

Cansados de su larga caminata, necesitaban descansar y Albrecht prefería dar con un lugar que fuera favorable a Gaia. Incluso los caminos de luna estaban atestados, a juzgar por las huellas inquietantes que se encontraban continuamente.

El claro prometía ese lugar de descanso, pero unas criaturas hostiles (de nuevo espíritus extraños, no pesadillas) les bloqueaban el camino. Aquellas cosas amorfas flotaban al lado de la entrada; sus cuerpos estaban compuestos de gases brillantes con unos fuegos

internos que parecían soles en miniatura.

–Ya está bien, no estoy de humor para esto –dijo Albrecht. Se volvió hacia Dienteduro–. Dime por qué no debo matar a estas cosas ahora mismo. Nos están bloqueando el camino.

Dienteduro miró a los espíritus y emitió un gemido agudo. Los gases giraron en su interior, pero no hicieron ruido alguno.

–Creo que son espíritus celestiales –dijo Dienteduro–. Del Reino Etéreo. Tal vez las sombras efímeras de estrellas que están todavía por nacer. Es extremadamente raro verlas por aquí, lejos del cielo nocturno. Quizás se han quedado atrapadas aquí por algún otro derrumbe de un puente de luna.

–Bueno, esto ya se pasa de raro –dijo Albrecht–. Me importa un comino el porqué o el cómo, solo quiero que se aparten a un lado y nos dejen pasar.

Dienteduro se encogió de hombros.

–No contestan a mis peticiones. Ni siquiera estoy seguro de que entiendan la lengua espiritual.

–Veamos si la plata les hace moverse –dijo Albrecht al tiempo que avanzaba y blandía su klaive. Cuando se aproximó a los espíritus, estos giraron frenéticamente, advirtiéndole que se alejara. Él siguió avanzando. En el último momento, cuando echó hacia atrás su espada, salieron flotando hacia arriba y se dejaron llevar por la corriente hasta el cielo Umbral.

Albrecht asintió.

–Al menos todavía queda alguien con sentido común. Bien, el camino está libre. Quiero que los exploradores entren ahora mismo.

Llamadorada y Eric Honnunger pasaron corriendo junto a Albrecht y se arrastraron por la caverna que conducía al claro. Momentos después, asomaron la cabeza y dijeron que todo estaba en orden.

Albrecht enfundó la espada y se dio media vuelta para dirigirse al grupo que estaba en fila detrás de él, en pie pero visiblemente cansado.

–De acuerdo, vamos. Pero estad alerta.

Volvió a darse la vuelta y los condujo a la caverna. Podía ver la luz del sol que salía de dentro; la caverna se adentraba unos

quinientos metros antes de abrirse a un valle. Albrecht la atravesó deslizándose y salió a una brisa fresca y pura que agitó su pelaje blanco. El sonido de una pequeña corriente bajo un banco de exuberante follaje verde demostraba que el prometedor olor a agua no era mentira. Los árboles de alrededor, al menos hasta donde él podía ver, estaban cargados de fruta: manzanas, naranjas, incluso plátanos. La ecología estaba completamente parada, pero allí todo parecía perfectamente natural. Era un claro gaiano, y de los buenos.

Aulló un rápido ladrido de alegría, repetido por sus guerreros, y caminó tranquilamente para arrojar a la corriente, sumergiendo el hocico en el agua fría. Se sentó y agitó el agua, revitalizado por su humedad reconfortante.

–A comer todo el mundo –dijo–. Bebed y comed ahora; no podemos quedarnos aquí para siempre.

El grupo se dispersó y los Garou cogieron agua de la corriente o se subieron a los árboles para coger manzanas grandes y jugosas, bayas e incluso nueces. Algunos de ellos se rieron, incapaces de mantener su apariencia seria y Albrecht se unió a ellos; su propia risa profunda los animó a dejar sus males a un lado durante un momento.

Cambió a la forma humana, se tumbó en la hierba y se estiró, feliz de tener la oportunidad de relajar todos sus músculos. En algún lugar, a lo lejos, cantó un pájaro. Sonrió y cerró los ojos, escuchando sus gorjeos.

Las notas melódicas se interrumpieron de repente, seguidas de un silencio total. Albrecht frunció el ceño y abrió los ojos. Al otro lado de la corriente, Eric Honnunger, todavía en su forma de lobo, olisqueó el aire y gruñó.

–¡Huele a Wyrms! –gritó.

Albrecht se levantó al momento, cambiando a su forma de batalla, de espaldas anchas y cubierta de pelaje, al tiempo que saltaba la corriente y sacaba su klawe. Sus soldados tomaron posiciones de guerra a su alrededor, todos alerta buscando la fuente de aquel olor fétido.

Albrecht la detectó, la podredumbre de la decadencia. Se colaba desde las profundidades del claro. Debían regresar, volver al puente de luna y avanzar sin pararse. Pero sabía que no podían hacer eso. Si

la mancha del Wyrn ensuciaba ese lugar, su deber era extirparlo.

Con un gesto le indicó a un grupo de soldados que tenía a la derecha que avanzara. Atravesaron los arbustos, buscando cuidadosamente. Indicó al flanco izquierdo que se moviera, e hicieron una curva hacia delante, con la intención de atrapar a cualquier enemigo en una pinza. Albrecht y el pequeño grupo que tenía alrededor se quedaron donde estaban, listos para recibir a cualquier cosa que decidiese correr hacia ellos cuando se vieran enfrentados a los dos flancos de Garou.

Una serie de ladridos de llamada flotó en el aire y Albrecht avanzó. Salió a un pequeño claro y en el centro del mismo había un enorme tejo. La base del tronco estaba hueca; su corazón largo tiempo podrido había sido reemplazado por un agujero del que salía una luz verdosa y vacilante. Albrecht la reconoció inmediatamente; era el fuego diabólico, la venenosa luz del Wyrn. A juzgar por el abrumador olor que salía del agujero, habían encontrado la mancha del Wyrn.

Los dos flancos se juntaron a cada lado del árbol, esperando las órdenes de Albrecht. Este caminó hasta el borde y echó un vistazo al interior. Dentro se podía ver un agujero espiral en el suelo, lo suficientemente grande para que dos Garou caminasen de frente. Un estrecho camino sucio conducía hacia abajo. Dienteduro se acercó.

–Señor, parece ser una cloaca. Estos dos reinos se afectan el uno al otro.

–¿Este es reciente? –preguntó Albrecht.

–No lo puedo decir. Supongo que, como el claro parece carecer de corrupción, cualquiera de los moradores que puedan habitar debajo aún no se han aventurado a salir. Si esto se debe a que desconocen la existencia del agujero, o a algún obstáculo invisible, eso no lo sé.

Albrecht asintió.

–No importa. No vamos a entrar. En condiciones normales haría todo lo posible por tapanlo, pero no tenemos ni el tiempo ni los medios necesarios.

Pudo ver el alivio en los rostros y las posturas de sus guerreros. Eran buenos, soldados dedicados, pero querían volver a casa.

–De acuerdo, entonces. Volvamos por el camino por el que

hemos venido, despacio y con cuidado. De vuelta al camino de luna.

Dio un paso atrás y de repente se sintió ingravido durante un momento, cuando el suelo se derrumbó bajo sus pies. Luego cayó a través de un tejado de raíces enredadas y de suciedad, hasta la caverna que había abajo. El prado entero se había derrumbado y todos los Garou cayeron con él, a plomo, sobre un río salobre y marrón.

Aunque el agua cortó su caída, algunos de ellos tragaron accidentalmente un poco del líquido y se pasaron los siguientes minutos revolcándose y tosiendo, porque el asqueroso líquido les quemaba la garganta.

Albrecht se recuperó inmediatamente al golpear el agua y nadó hasta la orilla. Desde allí, se estiró y un chirrido estalló a lo lejos, al fondo de un pasadizo, acompañado de un estruendo. Segundos después, una horda de murciélagos entró en la caverna y se precipitó hacia los Garou, algunos de los cuales todavía peleaban en el río.

Albrecht sacudió su klaive por el aire, cortó a tres murciélagos de un solo tajo y se echó hábilmente a un lado al ver que dos murciélagos más caían en picado hacia su cabeza. Eran grandes, peludos y huesudos y sus alas eran andrajosas y carnosas. Pero tenían los dientes grandes y afilados y no necesitaban ojos para localizar a su presa.

Albrecht gritó una orden. Los Garou detuvieron su asalto lo suficiente para invocar sus dones espirituales, garabateando unos pictogramas imaginarios en el aire, mientras ignoraban a los murciélagos que se posaban sobre sus hombros. Antes de que aquellas cosas los pudiesen morder, los pictogramas surtieron efecto; representaban una amenaza para los vampiros. Estos echaron a volar y se desperdigaron, como si la gravedad los apartase de los creadores de pictogramas. El efecto se extendía más allá de los Garou y mantuvo a los espíritus alejados de la mayoría de los soldados de Albrecht, a excepción de aquellos pocos que todavía continuaban en el agua.

Albrecht gritó otra orden. Uno de los Garou protegidos entró en el agua, llevando sus defensas con él. Los murciélagos, repelidos por su poder, volaron al extremo más alejado de la caverna.

Antes de que Albrecht pudiera reorganizar las posiciones de sus soldados, un aullido resonó por el pasadizo y una horda de criaturas entró a la carga; eran espíritus del claro, corruptos y manchados, animales que se arrastraban y excavaban la tierra. Tejones gigantes, ratones de campo y hormigas, enjambres de escarabajos y culebras, que se arrastraban y volaban por el suelo a una velocidad extraordinaria. Todos ellos eran deformes y parecían enfermos, algunos tenían diez veces su tamaño normal, con verrugas que les cubrían el pelaje, el caparazón y las escamas.

Cuando llegaron a los guerreros que rodeaban a Albrecht, quedó claro que las verrugas eran místicas. Las garras resbalaban sobre ellas. Las criaturas vencieron la línea y tiraron a los Colmillos Plateados al suelo, saltando sobre ellos para cargar contra Albrecht, como si notaran que él era la presa más importante.

Sin vacilar un segundo, Albrecht balanceó el klaive y decapitó a un tejón en el aire, cuando este arremetía contra él. Su cuerpo explotó y esparció su sangre nociva por todas partes. Las gotitas chisporrotearon al caer en la armadura de Albrecht y pudo sentir una oleada de dolor cuando le quemaron trocitos de pelaje.

Algo tiró de la pierna de Albrecht. Bajó la vista y vio unos anillos escamados enrollados desde el tobillo hasta la rodilla, que se apretaban rápidamente. Empujó su garra entre los anillos y gritó, arrancando trozos de la carne de la serpiente. La cabeza de la criatura salió disparada hacia él, pero levantó el klaive a tiempo y la serpiente se espetó contra la hoja.

Oyó los gruñidos atormentados de sus soldados que sufrían los efectos de la sangre ácida de sus enemigos y dio un paso adelante para acuchillar a un escarabajo gigante del tamaño de un pequeño tanque. Resbaló en la sangre de la serpiente y cayó al suelo; su klaive provocó un gran estruendo al caer de su mano.

Levantó la vista y vio un enjambre de larvas con caparazón que caía sobre él.

* * *

Zhyzhak se detuvo. Los pelos se le pusieron de punta; había

algo detrás de ella. No era una pesadilla, o al menos no una normal, de eso estaba segura. Era algo más astuto.

Siguió moviéndose, fingiendo que solo se había detenido para orientarse. La cosa se acercó. Podía oír las cuidadosas pisadas a sus espaldas, mientras intentaba coordinar sus pasos con los de ella, para amortiguar el ruido.

Zhyzhak se dio media vuelta y saltó sobre la cosa, la agarró por el torso y la estrelló contra el suelo. El bicho peleó, pidiendo tregua, pero ella se negó a soltarlo y puso todo su peso sobre él para clavarlo al suelo. Le miró la cara y vio a un hombre atractivo de pelo muy rubio y labios gruesos.

Se produjo otro ruido en algún lugar cercano, también desde la dirección por la que Zhyzhak había venido. Giró la cabeza hacia allí para mirar, pero no vio nada aparte de lo que podía haber sido un movimiento leve que se desvaneció rápidamente. Se giró para volver a mirar a su presa, que ahora le estaba sonriendo.

–A mí no puedes destruirme –dijo, con una voz demasiado profunda para ser la de un hombre normal–. Soy tu salvador.

Zhyzhak frunció el ceño y gruñó, al tiempo que acercaba las mandíbulas a la garganta del hombre.

–¿Quién cojones eres tú? –gritó.

–Soy el Príncipe de Enigmas, el Maestro del Octavo Círculo. Puedo ser tu enemigo... o tu aliado. Debes escoger.

–¿Esto es algún tipo de trampa? –preguntó Zhyzhak.

Él se rió, pero no dijo nada más.

Zhyzhak se levantó, soltó al hombre y se alejó, mirando a través de su monóculo para regresar a su camino.

–Espera –dijo el hombre mientras se levantaba y se limpiaba el polvo de su traje eduardiano de color negro–. He venido a aconsejarte.

Zhyzhak se detuvo y se giró para mirarlo, con los ojos entornados cargados de suspicacia.

–Lo creas o no –continuó el hombre al tiempo que se acercaba con una mano extendida hacia ella– quiero que triunfes. Has llegado hasta aquí. Tal vez seas la persona que llevamos esperando tanto tiempo. La salvadora.

Zhyzhak escupió.

–¡Mentiroso!

–En realidad, no. Te digo la verdad. Deseo ayudarte a superar la prueba de este círculo para que puedas continuar.

–¡Ja! ¡Tú eres el Maestro de este círculo! ¿Por qué entonces no me dejas pasar, simplemente?

Él se encogió de hombros.

–Yo no hago las reglas. Estoy tan atrapado por mi papel como tú lo estás por tu deseo, tu necesidad de tener poder.

Zhyzhak se estiró y le arañó, abriéndole un verdugón sangriento que manchó su cuello inmaculadamente blanco. El hombre ni siquiera pestañeó.

–Puedo enseñarte el obstáculo, el ser que se interpone en tu camino. –Hizo un gesto a la derecha, fuera del camino, hacia un agujero brillante en el espacio, una abertura como la ventana anterior que daba al desierto de la tierra de Zhyzhak.

Ella miró por la ventana y vio una caverna. Un grupo de criaturas, espíritus naturales retorcidos, de distintas clases, rodeaba a un Garou de pelaje blanco, que yacía en el suelo. Nada se movía. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si estuviera mirando un cuadro, pero uno con unos detalles increíblemente realistas. Contuvo la respiración cuando vio la sencilla banda de plata que rodeaba la frente del Garou de pelaje blanco.

–¡Albrecht! –gritó, dando un paso adelante. Luego se detuvo y miró al hombre con suspicacia–. ¡Es una trampa! –Levantó el brazo, lista para descargar el látigo sobre él.

El hombre levantó las palmas de las manos, como si quisiera mostrar que no llevaba ningún arma.

–No es ninguna trampa. Es él, el rey de los gaianos, tu enemigo mortal.

–¿Por qué no se mueve?

–Lo que estás viendo es un instante en el tiempo, un momento de elección, que es lo que te ofrezco a cambio de una promesa.

–¿Una promesa? ¿Qué cojones quieres, gilipollas? ¡Suéltalo!

–Quiero que mates a Albrecht. A cambio, te llevaré directamente al Noveno Círculo.

Zhyzhak miró fijamente al rey caído, que aparecía furioso pero vencido. Si no hacía nada, las criaturas lo tragarían y tal vez resultara herido o muerto. Esto último le produjo una punzada de envidia en el corazón; ella se merecía ser quien le diera muerte y no un puñado de bestias estúpidas. Agarró al hombre por el cuello y lo zarandéo.

–¡Morirá de todas maneras!

El hombre chasqueó la lengua.

–¿De verdad lo crees? Él les hará trizas. No está solo. Tiene una guardia de élite preparada para saltar. Necesito que le mates antes de que su guardia pueda llegar hasta las criaturas.

Zhyzhak volvió a mirar al momento congelado en el tiempo. Era tentador. Miró a la Estrella Roja y luego al camino bajo sus pies. Echó hacia atrás la cabeza y rió. Luego caminó lentamente alrededor de la ventana, con la imagen del apuro de Albrecht y arrastró el borde del camino con el pie, obligándolo a reordenarse. Se resistió, pero a esas alturas, ya le había sometido lo suficiente para que claudicase.

Zhyzhak podía forjar su dirección a su antojo, incluso podía enderezarlo y hacer desaparecer sus retorcidas espirales si así lo deseaba. Se preguntó por un momento qué ocurriría si lo hacía, pero decidió que ese no era un momento para experimentos, no con su odiado enemigo tan cerca, tan cerca de sus garras.

El hombre parecía intranquilo, claramente acobardado por la capacidad de Zhyzhak de recrear el camino del Laberinto, un artefacto sagrado y misterioso de la prehistoria. A ella ya le daba lo mismo si decía la verdad o no. Su poder sobre el camino era suficiente.

Una vez que colocó la senda bajo la ventana, se dispuso delante de ella y luego saltó, gritando de rabia.

* * *

Antes de que la horda de larvas pudiese alcanzar a Albrecht, un grito terrorífico sacudió el aire, tan alto que el rey entornó los ojos y se tapó los oídos.

De repente, una nueva silueta surgió delante de él, un Danzante de la Espiral Negra enorme y vestido de negro. Antes de que pudiese reaccionar, un dolor desgarrador le explotó en el pecho, hombros y

hocico, todo a la vez, seguido de un fuerte chasquido. Luego vio cómo el látigo se iba hacia atrás, listo para volver a azotar y se dio cuenta de lo que le había golpeado.

Supo la identidad de su nuevo enemigo en cuanto oyó el chasquido del látigo. Solo su grito era ya inconfundible. Zhyzhak.

Albrecht saltó a un lado, esquivó el latigazo por milímetros, chocó contra una de las criaturas que se le acercaban, otro tejón y le golpeó las patas desde abajo. Siguió rodando, intentando alejarse todo lo posible del látigo.

El tejón caído, que era tan grande como un lobo y echaba espuma por la boca, estaba tirado entre la zorra loca y él y le proporcionó el tiempo que necesitaba. Se concentró, impidió que sus sentidos se distrajeran y recurrió a un secreto que le habían concedido un espíritu Luna; convocó el poder sagrado de la mismísima luna. Su pelaje empezó a adquirir un brillo metálico y sintió que sus músculos se fortalecían a medida que cambiaban de carne a plata. Se puso en pie, con el cuerpo completamente fraguado, una cosa de metal de luna.

Zhyzhak saltó sobre el tejón caído, lista para clavar sus garras en el estómago de Albrecht, cuando se dio cuenta del cambio. Le sorprendió lo suficiente para que Albrecht pudiese echarle el brazo a un lado y arrastrarle sus propias garras por la piel.

Ella siseó y dio un salto hacia atrás, con la herida hirviendo a causa del contacto con la plata y la agonía evidenciándose en su rostro. Albrecht avanzó para volver a golpear, pero Zhyzhak estiró la mano hacia delante y arrojó una bola caliente de fuego verde hacia él, una bola que conjuró en un momento gracias a sus propios dones.

No pudo apartarse a tiempo. La bola chocó contra su hombro y rebotó, lanzando chispas. Gruñó del susto, pero no sintió ninguna quemadura; la plata lo protegía.

Zhyzhak dio marcha atrás intentando ganar terreno para poder utilizar su látigo y mantenerlo acorralado, pero no reparó en el guerrero Colmillo Plateado que tenía detrás. El soldado derribó a una de las hormigas gigantes y le clavó a Zhyzhak su lanza. Le rozó la espalda y provocó que ella diera un salto hacia delante por la sorpresa; al mismo tiempo que saltaba, echó su zarpa hacia atrás. Su

ataque arañó el hocico del guerrero, que chilló de dolor.

Albrecht no dudó en aprovecharse del desequilibrio de Zhyzhak. Saltó hacia delante y la agarró, poniendo los brazos alrededor de su torso. Era grande para ser un Garou, pero ella era más grande todavía. Una vez más, hizo uso de sus dones espirituales. El pelaje plateado de su pecho ardió en llamas, inflamadas por el poder solar de Helios.

Zhyzhak gritó, más de rabia que de dolor y su corpiño de cuero se quemó allí donde el pelaje en llamas lo había rozado. Se inclinó hacia delante y le plantó las mandíbulas en la oreja, con una fuerza imponente, contra la que Albrecht no podía competir. El toque de su oreja de plata era una agonía, pero dio un tirón con las mandíbulas y se la arrancó.

Albrecht cayó hacia atrás, momentáneamente aturdido a causa del dolor. Zhyzhak lo agarró con fuerza y echó hacia atrás su mano libre para cortarle el cuello. Entonces se detuvo. Miró hacia algo que estaba por encima del hombro de Albrecht y su cara lobuna se deformó con más furia y odio, algo que Albrecht no pensaba que pudiera ser posible.

Cambió su puñalada por un golpe de refilón, empujó a Albrecht a un lado y dio un salto adelante hacia la ventana de espíritu efímero que ahora Albrecht podía ver flotando en el aire fétido de aquella cloaca. Un reino envuelto en nieblas estaba escondido al otro lado, pero la ventana se estaba cerrando rápidamente.

Zhyzhak se dio la vuelta, gruñendo, mientras Albrecht se levantaba y pestañeaba mirando hacia la ventana, asombrado por aquella aparición y por la repentina huida de Zhyzhak.

—¡Eres mío, Albrecht! —gritó ella—. ¡Volveré a por ti, con los ejércitos de Malfeas!

Antes de que el rey pudiese pronunciar una respuesta o darle caza, la ventana se cerró.

* * *

Zhyzhak se dio media vuelta y corrió hacia el hombre atractivo. Al mirar por encima del hombro de Albrecht en el mismo momento en

que estaba a punto de acabar con él, había comprendido la jugarreta del hombre. Había mirado por la ventana por la que había llegado y había visto la oscuridad envuelta en tinieblas, iluminada solo por el tenue brillo del camino... el camino que se estaba arrastrando lentamente, alejándose de la ventana, reafirmando su propia dirección. El atractivo hombre, la Pesadilla de Enigmas, había sonreído, satisfecho consigo mismo. Él se había dado cuenta de que el camino se resistiría a la voluntad de Zhyzhak una vez que ella dejase de concentrarse en el tema; encargarse del rey Albrecht, su peor enemigo, era exactamente la manera de distraerla. Ahora el hombre pagaría por ello.

Pero la Pesadilla de Enigmas esquivó alegremente el ataque de Zhyzhak y su forma se desvaneció en la nada. Se limitó a reírse y encogerse de hombros y un momento después había desaparecido.

Zhyzhak golpeó el suelo con furia, pero luego se tumbó despatarrada sobre él, mientras recuperaba el aliento. Le dolía el estómago y todavía sangraba; la herida se negaba a cicatrizar. La lengua también le dolía, quemada por la plata. Apretó los dientes y se levantó, dándose una patada mentalmente a sí misma. Había sido una tonta, había subestimado las jugarretas que los guardias de los círculos le harían para apartarla de su meta. Lo recordaría y sería más cauta en el siguiente círculo. El último círculo. El peor de todos ellos.

Cambió a la forma de lobo horrendo y avanzó corriendo, dando grandes zancadas, a cuatro patas; así le dolían menos las tripas. Recordaría esta herida y a quien se la había infligido. En cuanto la victoria fuese suya, cumpliría su promesa e iría a por Albrecht, acompañada por la furia del mismísimo Wyrn.

* * *

Los guerreros de Albrecht terminaron de matar al último de los espíritus de la naturaleza corruptos. Habían perdido a tres de sus hombres en el cuerpo a cuerpo. Ahora solamente eran ocho.

Los murciélagos, al ver caer a la última criatura, habían regresado volando al pasadizo por el que habían llegado.

Albrecht se apretó lo que le quedaba de oreja, que por fin había

dejado de sangrar y se quedó mirando fijamente al punto donde había estado la ventana, examinándolo desde todos los ángulos. Dienteduro también examinó el espacio que ahora aparecía vacío.

–Se ha ido, señor –dijo Dienteduro–. No hay señal de que haya existido alguna vez. No tengo ni idea de hacia donde conducía.

–Era raro. Brumoso, oscuro. Había un camino serpenteante, de color verdoso, que brillaba como fuego diabólico. Pude ver que a lo lejos serpenteaba. Durante un momento, la vista de su camino enmarañado me dio vértigo, me mareó.

Dienteduro arqueó las cejas.

–No puede ser... –frunció el ceño al tiempo que meneaba la cabeza. Miró a Albrecht y pareció darse cuenta por primera vez de su oreja hecha trizas–. ¡Señor! ¡Su oreja! Déjeme que se la cure. –Dio un paso adelante y colocó sus manos alrededor de la herida de Albrecht.

–Mike Tyson no le llega a la suela del zapato a esa zorra –murmuró Albrecht, bajando la mirada mientras el chamán utilizaba sus poderes espirituales para curar la oreja.

Dienteduro dio un paso atrás, con una expresión preocupada en el rostro.

–Ya no sangrará más. Pero no he podido volver a recomponerla.

–Está asquerosa, estoy seguro –dijo Albrecht–. Otra cicatriz que añadir a la colección. –Entornó los ojos, mirando a algo que estaba en el suelo–. ¿Qué es eso?

Un rollo diminuto, del tamaño del nudillo de un dedo, descansaba en la tierra encima de la pisada de Albrecht.

Dienteduro se agachó para examinarlo.

–Es extraño. No parece que pertenezca a este sitio. Lo tiraron después de su pelea, porque está en una de sus pisadas.

–Ten cuidado. Podría ser una trampa.

Dienteduro lo olisqueó sin tocarlo.

–No huele al Wyrn. Si acaso... huele como a azafrán. El tipo de aroma que uno huele en un templo. –Levantó la vista a Albrecht–. Con su permiso...

–Espera –dijo Albrecht y silbó. Los demás se congregaron a su alrededor, con las armas preparadas–. De acuerdo. Ya puedes examinarlo.

El chamán levantó el pergamino y lo desenrolló con las garras. Mientras lo hacía, el rollo aumentó de tamaño y se hizo tan ancho y grande como un periódico, dejando al descubierto unos pictogramas Garou pintados. Los ojos de Dienteduro se abrieron de par en par al leerlo.

–No... no puedo creerlo.

–Ya he tenido suficiente suspense por hoy... –dijo Albrecht.

–Por supuesto, señor. El pergamino es un *talen* de un mensajero. Afirma ser de Antonine Lágrima, el jefe de los Contemplaestrellas.

–¿Antonine?! ¿Dónde está?

–Dice: *"Estoy siguiendo los pasos de Zhyzhak por el Laberinto de la Espiral Negra"*.

Al escuchar aquello, varios Garou silbaron y gruñeron. Albrecht levantó la mano, mandándolos callar.

–*"Si Zhyzhak tiene éxito, Gaia está condenada. Debo asegurarme de que no lo consiga. Te lo suplico: regresa con tus compañeros de manada. Reza porque Gaia lo resista."*

Albrecht cogió el pergamino y lo leyó él mismo.

–¿Ya está? ¿Hay algo más?

–No, señor. Fue escrito a toda prisa por un espíritu a las órdenes de Lágrima.

–Si Antonine recorre el Laberinto –dijo Eric Honnunger– está condenado. Si sucumbe al Wyrn, tendrán un jefe poderoso que utilizar contra nosotros. Es un tonto.

–Ya sabía yo que no se podía confiar en los Contemplaestrellas –dijo Llamadorada.

–Callaos –sentenció Albrecht–. No tengo mucha más idea que vosotros de lo que se le ha metido en la cabeza, pero ha hecho el bien junto a mí muchas veces y se merece el beneficio de la duda. Dejad de acaparar la atención y vamos a aquella pendiente de ahí fuera, de vuelta al claro. Volvemos al camino de luna y no nos vamos a detener hasta que lleguemos a casa.

Enrolló el pergamino y se lo metió en el cinturón; luego marcharon por el camino que conducía hacia arriba, hasta el agujero del tronco del árbol. La luz del claro brillaba a través de la imponente

abertura del tejado donde el suelo se había derrumbado, iluminando su camino cuando salieron una vez más a la luz del sol.

Comprometido con la causa

–La Manada del Vagabundo del Amanecer se compromete con esta causa –dijo el joven delgado, inclinando la cabeza y los hombros al tiempo que señalaba a sus tres compañeros de manada, también adolescentes, un grupo harapiento de ex-patinadores y adictos a los videojuegos, convertidos en Garou.

Evan asintió, ocultando su profunda decepción. Estos eran casi unos cachorrillos novatos, ni siquiera eran adultos según el criterio humano, todos Roehuesos que nunca habían sido puestos a prueba. Cada uno de ellos había superado su Ritual de Paso, pero por lo que él podía ver se habían librado de él fácilmente, sin que apenas supusiera un reto. Miró a Mari, esperando que les diera alguna contestación o aliento, pero su ceño mostraba que no haría nada de eso. Volvió a girarse hacia el chico.

–Estupendo –dijo Evan con una débil sonrisa–. Ahora podéis ir a la sala común. Nos marchamos mañana. Grita Caos os presentará a las otras manadas.

–¿Cuántos más hay aquí? –dijo el chico ansiosamente–. ¿Con cuántos luchamos?

–Dos manadas –contestó Evan, incapaz de ocultar el tono amargado de su voz–. Seis Garou. Diez, ahora que vosotros estáis aquí.

El chico parecía sorprendido, como si le acabasen de decir que el gran partido había sido cancelado. Volvió a mirar a sus compañeros, que intercambiaron miradas nerviosas. Luego asintió, volviendo a levantar la barbilla.

–Bien, por fin tenemos un desafío de verdad –dijo, mientras se daba media vuelta para conducir a su manada por el sendero del

bosque, hasta la gran cabaña que servía como sala de reuniones para los Garou congregados.

Cuando estuvo fuera del alcance del oído, Evan gimió. Mari le puso el brazo alrededor de los hombros.

–Mejorará –dijo Mari–. No ha dado tiempo a que el mensaje se difunda. Llegarán más.

–¿Más como esos? –dijo Evan, haciendo un gesto hacia la pandilla de chicos que se alejaba–. Eso es todo lo que necesitábamos: La Cruzada de los Niños. Dulce Gaia, los Wendigo van a lincharme. ¿En qué estaba pensando? ¿En que sin ayuda de nadie podría reunir una fuerza capaz de atacar a una Garra del Wyrn? ¿Por qué no me detuviste?

–Ya basta –dijo Mari, dándole golpecitos en el pecho con su dedo índice–. Deja de quitarte méritos. Sabes que son los problemas los que están causando la baja concurrencia. De lo contrario, tendríamos más Garou de los que podríamos contar y todos estarían deseando librar una lucha que debió emprenderse hace mucho tiempo. Lo hacemos lo mejor que podemos con lo que tenemos.

Evan levantó las manos.

–Si Albrecht estuviera aquí, tendríamos a todo el noreste reunido.

–Ni siquiera estoy segura de que él fuese capaz de reunirlos en estas condiciones. Pero él no está aquí. Aún no.

Evan miró a Mari, con una expresión de preocupación en la cara.

–¿Y qué pasa si no está de vuelta antes de que nos marchemos? ¿Qué pasará si tenemos que ir a luchar contra esta cosa sin él?

Mari encogió los hombros.

–Él se lo pierde.

–En serio, Mari. ¿Qué vamos a hacer?

–Continuar a pesar de todo, Evan. Lo hacemos lo mejor que podemos. Ahora vámonos. Entremos con Alanis y veamos si ha llegado ya alguno de los heraldos de los otros clanes.

Bajó caminando por la senda que iba hacia el lago, arrastrando a Evan por la muñeca.

* * *

–¡Mierda! –gritó Julia, dándole un golpe a la pantalla de su ordenador portátil con la palma de la mano–. No consigo comunicar. Hay una obstrucción que no puedo salvar.

–¿Qué quieres decir con eso? –dijo Grita Caos. Se movió para colocarse a su lado y miró la pantalla del ordenador por encima del hombro de Julia–. ¿El ISP no funciona?

–No, me refiero a que hay algo que no me está permitiendo engancharme al clan de Londres –dijo Julia con su abrupto acento británico–. Cada vez que consigo una conexión, se corta o se queda colgada.

–¿Qué es lo que está causando eso?

–Una araña de la red –contestó con el ceño fruncido–. Es como si hubiese una horda de ellas pululando por el clan. No me gusta un pelo. Necesito volver a casa, asegurarme de que están bien.

–¿Vas a abandonarnos? –dijo Carlita, bajando su revista musical al tiempo que se incorporaba en su litera–. Le dimos nuestra palabra a Evan, su alteza. No puedes dar marcha atrás. Además, si están sufriendo un ataque, ¿qué demonios piensas que podrías hacer? Si el sitio está infestado de arañas de la red, no vas a poder entrar sin que te pillen. No a menos que tengas algún tipo de spray contra los bichos de la red del que nunca he oído hablar. Renuncia, tía. Las cosas están jodidas en todas partes.

Julia se echó atrás en su silla y apretó los dientes, conteniendo las lágrimas de rabia y frustración. Grita Caos caminó hacia ella, se sentó al borde de la mesa y la miró a los ojos.

–Tiene razón, Julia –dijo–. No hay nada que pudieras hacer. Estoy seguro de que están bien, son unos Caminantes del Cristal excelentes. El ataque de una araña de la red no es nada para ellos. Una suspensión temporal del servicio, eso es todo. ¿De acuerdo?

–Supongo que sí –dijo Julia, bajando repentinamente los hombros–. Quizás estoy exagerando. Es solo que... bueno, no es fácil estar a un océano de distancia de tu clan en momentos difíciles.

–Dímelo a mí –dijo John Hijo-del-Viento-Norte. Se sentó en una litera con las piernas cruzadas, mirando a las manadas de jóvenes y

novatos Garou que se habían congregado en la cabaña común, sus literas alineadas contra la pared más alejada -. Tuve que aguantar toda esa mierda en Europa, ¿recuerdas? No exactamente el Noroeste del Pacífico.

-Tienes razón, de acuerdo -dijo Julia, al tiempo que se levantaba y se estiraba -. Estoy siendo la reina del drama. Lo admito. Pero aun así, no es fácil.

-¿Por qué no te lo quitas de la cabeza ayudándome a organizar a aquellas manadas de allí? -dijo Grita Caos-. Todavía no se han presentado del todo los unos a los otros.

-Supongo que debería hacerlo -dijo Julia-. Yo tampoco los conozco a todos. Bien, vamos, saludémoslos. -Apartó la silla del escritorio y cruzó la habitación, seguida de Grita Caos. Carlita volvió a tumbarse en la litera y siguió leyendo, mientras John, inmóvil, les veía alejarse. La alfa de su manada, Ojo-de-Tormenta, estaba fuera, recorriendo la fortaleza y los bosques de Finger Lakes.

Mientras Julia se aproximaba a la hilera de literas donde diez jóvenes Garou se movían en tres grupos distintos, dio unas palmadas. Una vez que hubo llamado su atención, inspeccionó al grupo.

-De acuerdo, pongámonos en fila aquí, ¿vale? -dijo-. Así podré verlos bien y conocerlos.

Los jóvenes Garou refunfuñaron, pero se colocaron en una sola fila que se extendía a lo largo de la hilera de literas. Julia caminó hacia el extremo izquierdo de la fila, donde una chica procedente del medio oeste se revolvía, incómoda. Se veía que era tímida y llevaba unos caquis holgados, botas de caminar y un chal fino alrededor del cuello.

-¿Y quién eres tú? -le preguntó Julia.

La chica miró a Julia, pero no levantó la cabeza.

-Uhm, soy Shazi. Esto... Shazi Silbido-del-Viento.

-Déjame adivinar. Eres una Caminante Silenciosa.

-Sí. Supongo que mi origen étnico me delata, ¿no?

-No, lo adiviné por el tatuaje que intentas ocultar bajo el chal.

No sé lo que significa, pero reconozco un jeroglífico egipcio cuando lo veo.

-Ah, sí. Esto... significa "tormenta de arena".

-¿De dónde eres? -preguntó Julia, cruzando los brazos.

–Nací en Egipto, pero mis padres se mudaron a Buffalo cuando yo tenía cinco años. Yo... pasé mi Primer Cambio el año pasado. Tengo quince años. Las pasé canutas.

Julia asintió.

–Creo que no hay demasiados Caminantes Silenciosos aquí en Nueva York. ¿Quién te ayudó?

–Oh, hay unos cuantos. Vagan por ahí. –Evidentemente no quería revelar la identidad de su mentor.

Julia se encogió de hombros y se desplazó por la fila hasta el adolescente que estaba al lado de Shazi. Era negro y llevaba un par de vaqueros nuevos, zapatillas de correr perfectamente limpias y una camisa abrochada hasta arriba. Julia lo miró de arriba abajo.

«Evidentemente es de clase media –pensó–. Sin embargo, la ausencia de marcas tribales es extraña».

–De acuerdo, me doy por vencida –dijo–. ¿De qué tribu eres?

El chico pareció sorprendido y le dedicó una sonrisa de amonestación.

–Soy un Caminante del Cristal, como tú.

Julia arqueó las cejas.

–¿En serio? No lo pareces.

–Mi equipo se quedó frito en nuestra última acción. Esta panda de aquí y yo –hizo un gesto señalando a Shazi y a un chico alto y pelirrojo que tenía al otro lado– nos metimos en problemas con una pesadilla. Perdí mi precioso móvil con PDA intentando deshacerme de ella.

–Siento oírlo, esto... –dijo Julia, obviamente esperando a que el Caminante del Cristal le diera su nombre.

–Feedback –dijo sonriendo, orgulloso de sí mismo.

–Si necesitas ayuda para hacer un nuevo fetiche, Feedback, házmelo saber.

–¡De acuerdo! ¡Hagámoslo!

–Después, cuando hayamos acabado aquí, ¿vale? Antes, ¿quién es tu amigo? –Julia señaló al pelirrojo–. ¿Y cómo se llama tu manada?

–Jacky Dienteroto –contestó el pelirrojo–. Fianna. Y somos la Manada del Camino Abierto. Todos nómadas.

–¿Nómadas? ¿Hasta dónde habéis llegado?

Jacky frunció el ceño, como si ella hubiese cometido una falta social injusta.

–Hemos cruzado todo el país hasta aquí. Pero acabamos de empezar.

–Bueno, encantada de conoceros, Nómadas del Camino Abierto. Me complace que estéis con nosotros. Necesitaremos todos los músculos y toda la inteligencia que podamos conseguir.

Julia se desplazó por la hilera hasta la siguiente manada, formada también por tres miembros. Todos blancos, corpulentos y hacia el final de la adolescencia; parecían jugadores de fútbol americano y vestían todos de manera similar, con vaqueros, camisetas y zapatillas de deporte. Uno de ellos llevaba un klaive colgando de una funda improvisada a la espalda.

–Dejadme ver si me acuerdo de vuestro nombre –dijo Julia–. La Vanguardia, ¿no? ¿Camada de Fenris?

–Acertaste –dijo el chico del klaive. Parecía ser el jefe–. Yo soy Jim Jurgens, este es Al Krupp y ese es Fred Berger.

–No son nombres muy corrientes de Garou. ¿Todavía no os habéis ganado un apodo?

–Sí, cada uno de nosotros tiene uno, pero suenan muy tontos. A mí me llaman Piernaslargas. A Al lo conocen por Zarpa-de-Hierro y a Fred lo llaman Piedra-de-Runa. Entre los de nuestra tribu, claro está.

–De acuerdo. Chicos, sois jugadores de fútbol, ¿verdad? ¿Sois nuevos en todo esto?

–Sí, todos estábamos en equipos de diferentes institutos del condado. Fue bastante extraño que todos pasáramos nuestro Primer Cambio al mismo tiempo, pero también funciona, si entiendes lo que quiero decir. Como si fuese el destino, ¿sabes?

–¿Por qué estáis aquí y no con las otras Camadas de las Adirondacks?

–Bueno, nos enviaron a Nueva York a buscar un antiguo fetiche que alguien había visto en una casa de empeños, cuando oímos la llamada. No somos detectives, señora; nos imaginamos que venir aquí a luchar era una manera mejor de servir a los Fenris que ir de casa de empeños en casa de empeños buscando un viejo martillo.

–Me complace oírlo. Ah y por favor, no me llaméis señora. Puede que ya no sea una adolescente, pero de ninguna manera estoy cerca de ser "señora". –Julia siguió avanzando por la fila hasta la nueva manada, la que acababa de llegar ese mismo día–.

¿Vagabundos del Amanecer?

–Esos somos nosotros –dijo un chico joven, al tiempo que daba un ligero paso adelante. Llevaba pantalones muy holgados, botas Doc Martens y una camiseta de algún tipo de grupo de hip-hop–. Yo, Tommy D y los otros: Sasha Ojo-Agudo, Dweezil y Cojitranco.

Sasha Ojo-Agudo era una chica menuda de aspecto hosco que mostraba que había llevado una vida más dura que la mayoría de la gente de su edad. Dweezil era un muchacho blanco, vestido de manera similar a Tommy D, con los bolsillos llenos con una *Gameboy*, un reproductor de MP3 y comida basura. Estaba claro que Cojitranco era un lupus, un Garou nacido lobo, aunque había llevado su forma humana desde que había llegado al túmulo de los Finger Lakes. Parecía un vagabundo sin ningún sentido de la higiene.

–Bien, bien –dijo Julia, asintiendo educadamente. Se dio media vuelta para dirigirse a la fila entera–. Bueno, estoy segura de que todos habéis escuchado las presentaciones. Quiero que cada uno de vosotros se pase las próximas horas conociendo a los demás. Averiguad las habilidades de los demás. Estaréis luchando juntos, así que esto es importante. No seáis tímidos. Vendrán otros y espero que todos vosotros toméis la iniciativa y os presentéis cuando lleguen. Para cuando nos marchemos mañana, necesitaréis tener una idea de cómo reaccionar cuando seamos atacados. Averiguad quiénes de entre vosotros son los guerreros y quiénes los pícaros. Haced planes basándoos en ello. –Se volvió hacia Grita Caos, que la había seguido en silencio durante la revista a la fila–. ¿Algo que añadir?

–No, has cubierto todas las bases –dijo–. Chicos, si necesitáis algo, hacédnoslo saber. Estaremos por allí. –Señaló hacia sus literas al otro lado de la habitación–. Gracias.

Julia y Grita Caos volvieron a reunirse con sus compañeros de manada. Los diez cachorrillos Garou se mezclaron y los miembros de unas manadas fueron a saludar a los de las otras.

–¿Cómo ha ido? –preguntó Carlita, enderezándose y dejando a

un lado la revista.

–Bueno, al menos ahora se están hablando unos a otros –dijo Julia–. Son tan condenadamente jóvenes... más jóvenes que nosotros. Espero que Mari sepa cómo ponerlos manos a la obra; no están acostumbrados a recibir órdenes.

–¿Estás de broma? ¿Crees que alguno de ellos tiene agallas para cuestionar una orden de Mari? Diablos, ni yo tengo esas pelotas.

Julia sonrió y chasqueó la lengua.

–¿Tú tienes algún tipo de pelotas?

–Ya vale, tía. Solo era una manera de hablar. –Carlita le arrojó la almohada a Julia, que no pudo esquivarla y cayó sobre la litera, riendo.

* * *

–Los Señores de las Sombras no comprometerán a ninguna manada con esta empresa –gritó el heraldo de pelo negro, mientras examinaba las caras de los Garou congregados a la luz de la vacilante hoguera. Las nubes ocultaban parcialmente la media luna, pero todos los Garou que estaban allí podían ver bastante bien con una luz así. El Señor de las Sombras llevaba una camisa de franela, pantalones de trabajo y botas. Parecía un campesino de los estados del sur, con barba crecida y todo. Sus ojos, sin embargo, tenían la astucia de un depredador.

–¿Ni una sola? –preguntó Evan, de pie al otro lado del círculo, enfrente del Señor de las Sombras–. ¿Por qué no? Explícate con cuidado, o asumiremos que es cobardía.

El Garou silbó, pero sonrió, aparentemente satisfecho de que Evan no se hubiese echado atrás fácilmente.

–No podemos prescindir de ninguna. Los Secuaces de la Caja Lacada Negra andan sueltos; debemos cazarlos antes de que se introduzcan en nuestros sueños.

Evan frunció el ceño y bajó la mirada hacia Mari, que estaba sentada a su derecha. Ella meneó la cabeza; tampoco sabía de qué estaba hablando el hombre.

–¿Quiénes son esos Secuaces?

El Señor de las Sombras escupió al fuego.

–Ya me esperaba que todas las tribus de aquí lo olvidarían. Solo los Señores de las Sombras lo recordamos. Fue la tribu del trueno quien volvió a capturar a estas pesadillas cuando los Colmillos Plateados las dejaron libres hace muchas décadas. Las trajeron a estas tierras en una caja antigua creada por Baba Yaga. Los estúpidos del pelaje blanco las soltaron y solo nuestra astucia fue capaz de rastrearlas y devolverlas, una a una, a la caja. Desde entonces, nuestra tribu la ha salvaguardado contra otros entrometidos.

–¿Y entonces qué ha ocurrido? ¿Cómo es que vuelven a andar sueltas otra vez?

–Si conociéramos la respuesta a eso, estaríamos un paso más cerca de volver a enjaularlas de nuevo. Hasta entonces, necesitamos todas nuestras manadas para que rastreen las sombras y las capturen antes de que puedan emigrar a los sueños y mentes de todos los Garou.

Evan asintió, aceptando lo inevitable.

–Si esta es tu respuesta, debo aceptarla. Me apena no tener a los Señores de las Sombras a nuestro lado. Salimos perdiendo.

El heraldo entornó los ojos. No se había esperado que un cumplido acompañase a su informe y obviamente ponía en duda su sinceridad, pero hizo una reverencia, se apartó a un lado, y se sentó fuera de la luz de la hoguera.

Una mujer grande que estaba a su lado se levantó y caminó hacia la fogata, mirando a su alrededor para captar la atención de todos los presentes: Evan, Mari, la manada del Río de Plata, las manadas de cachorros y los vecinos Furias Negras e Hijos de Gaia, que estaban reunidos alrededor de su líder, Alani Astarte, una anciana negra.

–Las Camadas no pueden mandar más ayuda –dijo ella–. Veo que tres de los nuestros ya han comprometido sus servicios a vuestra causa. –Miró con mal gesto a la manada La Vanguardia, los tres jugadores de fútbol, que se limitaron a pestañear, sin preocuparse por el enojo de ella–. Que ganen una gran gloria a vuestro servicio. Nuestra tribu está acosada por Danzantes de la Espiral Negra, que están saliendo a rastras de sus agujeros en las Adirondacks. Nosotros

los sellamos hace mucho tiempo, pero han encontrado la manera de abrirlos; acosan a nuestras manadas todo el tiempo. Estamos preparando un ataque a sus cavernas subterráneas. Necesitamos todos nuestros fuertes brazos. No podemos permitirnos que ninguna vaya a ayudar a los Wendigo del norte. –Dijo esto último con cierto grado de desprecio, como si la idea fuese repugnante aunque pudiera mandar guerreros. Evan habló.

–¿Te das cuenta de que los Danzantes de la Espiral Negra resultarán reforzados si no destruimos a la Garra? ¿Que vuestra expedición puede ser en vano?

–Pienso justo lo contrario, chico. Nuestra acción evita que los Danzantes vayan al norte a ayudar a esa cosa. Disminuye el poder posicionado contra vosotros. Tenéis suerte de que llevemos a cabo esta tarea.

Evan suspiró, al tiempo que levantaba las manos.

–Si así es como lo ves, no discutiré. No puedo negar que los Danzantes suponen una amenaza. No conozco su número. Sí sé que una Garra de Wyrms es uno de los mayores enemigos que jamás han caminado sobre la Tierra. Puede que todavía esté débil después de su larga cautividad. Eso nos da una oportunidad. La fuerza y la valentía de las Camadas podría ser lo que necesitamos para ganar. Los Wendigo pueden rastrearla y sujetarla, pero no puedo garantizar que podamos asesinarla sin los hijos de Fenris.

La mujer no dijo nada durante unos momentos y, cuando habló, parecía avergonzada de sus propias palabras.

–Tienes razón, Curandero-del-Pasado. Desearía poder luchar a vuestro lado, pero nuestros jefes han decidido nuestro camino. Es nuestro deber seguirlo, sin importar con qué fauces nos encontremos. La Vanguardia os dará prueba de su valor y así honrarán a toda nuestra tribu. –Volvió a sentarse y puso cara larga.

Entonces se levantó un hombre que estaba sentado a su lado, se quitó el polvo con unos golpecitos y avanzó. Era corpulento, tenía una barba larga y rubia atada con cinco trenzas y llevaba una falda escocesa ceremonial.

–Me rompe el corazón traer más malas noticias a vuestra asamblea, joven Curandero-del-Pasado –dijo–. Pero los Fianna no

pueden mandar a ninguno de los suyos para ayudarlos. Nos necesitan, a cada uno de nosotros, en las Cataratas del Niágara. Los guardianes de las pesadillas del norte no son los únicos que mantienen a raya a las bestias. Los Uktena del Niágara están pasándolo mal con estas bestias y hemos jurado ayudarlos. A menos, claro está, que ellos digan otra cosa. –Miró a su izquierda, al último heraldo, esperando alguna señal o indicación.

El hombre, un nativo americano de mediana edad, se levantó lentamente y se puso al lado del heraldo Fianna.

–Nuestra necesidad es imperiosa. Tres monstruos de antes de que las tribus europeas llegasen a estas tierras están luchando ahora contra los guardias que los atraparon hace siglos. Si vencen a esos guardias, nuestro clan necesitará a todos los Garou posibles para volver a atarlos. Pero también estamos comprometidos con el Hermano Pequeño, los Wendigo, y no podemos rechazar su adversidad. Nosotros no podemos ir, pero liberamos a los Fianna de su juramento y les permitimos que envíen una manada suya, si así lo deciden. –Dio un paso atrás y volvió a sentarse.

El heraldo Fianna sonrió.

–Es un gran placer para mí anunciar que los Fianna os enviaremos una manada. No puedo decir cuál será, eso depende de los jefes, pero la tendréis aquí mañana por la mañana, antes de que os marchéis.

–Es un gran alivio oírlo –dijo Evan, asintiendo solemnemente–. Con los Fianna a nuestro lado, mantendremos nuestro espíritu alto. Y gracias, Gran Cuerno –dijo, haciéndole una reverencia al Uktena–. Me apena escuchar los problemas de tu clan y siento que el Hermano Mayor no pueda luchar al lado del Pequeño de nuevo, pero vuestra generosidad nos ha dado a los Fianna. Gracias.

Miró a todos los Garou congregados y vio que no quedaba nadie por hablar. Los cuatro heraldos, los únicos que habían respondido a la llamada, habían transmitido sus mensajes. Dio un paso atrás y se inclinó para sentarse y entonces Ojo-de-Tormenta, en su forma natural de loba, se levantó de un salto y comenzó a caminar alrededor de la hoguera.

–¡No bien! –gruñó; sus palabras en Garou eran bruscas y

estaban limitadas por su forma de lobo, comunicadas y acentuadas por sus gestos, igual que un gruñido articulado—. Vamos a luchar gran mal. Solo cachorrillos con nosotros. ¿Dónde estar Contemplaestrellas? ¿Garras Rojas? ¿Por qué nada de su parte?

Evan volvió a dar un paso adelante.

—Entiendo tu frustración, Ojo-de-Tormenta, pero las tribus han hecho todo lo que han podido. Antonine Lágrima se ha ido, ha viajado al Lejano Oriente; aquí no tenemos ningún otro Contemplaestrellas que hable en nombre de su tribu. Las Garras, como sabes, son pocas aquí en Nueva York. Seguramente se nos unirán algunos de Canadá en el clan del Lobo Invernal.

Ojo-de-Tormenta no dejó de caminar. Volvió su mirada hacia Alani Astarte.

—¿Por qué no Furias? ¿Por qué no Hijos de Gaia?

Alani se levantó y miró a Ojo-de-Tormenta con una expresión dulce, sin ofenderse.

—Los Finger Lakes son un refugio. Y lo serán más aún en los próximos días, cuando los problemas empeoren. Es el túmulo más fuerte de la región, el único lo suficientemente fuerte para forjar puentes de luna al extranjero de forma habitual. Debemos defenderlo con todas nuestras fuerzas. No podemos prescindir de nadie.

Detrás de ella se levantó una Garou.

—Jefa. ¿Puedo hablar?

Alani pareció sorprendida y asintió. La Garou avanzó y dirigió sus pasos hacia los que estaban sentados enfrente de ella, hasta que penetró en la luz de la hoguera. Era de estatura normal, de pelo negro y ropa holgada y despedía un aura de arrogancia a su alrededor.

—Deseo ir con los luchadores de la Garra. Mi manada, el Escudo de Atenea, quiere ir. Nosotras cinco. Sabemos que nos necesitan aquí, Alani, pero que también nos necesitan allá. ¿No podemos decidir nuestra propia manera de ganar renombre?

Alani frunció el ceño.

—Sin tu fuerza, Delilah, y la inteligencia de tu manada, el túmulo podría no resistir un ataque.

—¿Y si la Garra llega hasta aquí, hasta el sur? ¿Podría aguantar entonces?

Alani no dijo nada.

–Entonces déjanos ir con ellos. Déjanos reforzar sus filas. Deja que Pegaso y Unicornio griten a los otros tótems que sus hijos no se asustaron al arriesgar sus hogares y sus vidas en la batalla contra el mal. ¡Déjanos clamar la victoria de Gaia juntos!

Alani no respondió, sino que cerró los ojos, pensando. Canturreó una melodía que nadie pudo oír claramente y luego volvió a abrir los ojos.

–Si tiene que ser así, que sea así. No rechazaré el Destino. Ve, Delilah, y llévate a todo el Escudo de Atenea contigo.

Delilah clavó una rodilla en el suelo delante de Alani, en un gesto silencioso de agradecimiento y respeto. Luego se levantó e indicó a su manada que se adelantara. Del grupo salieron cuatro Garou, todas mujeres vestidas con ropa moderna, pero cada una de ellas era claramente más que un cachorrillo, porque caminaban con la seguridad de un Garou que ya había presenciado la guerra. Delilah las llevó delante de Evan e inclinó la cabeza ante él.

–El Escudo de Atenea se compromete a ayudar a los Wendigo a matar a la Garra. En el nombre de Gaia.

Evan también hizo una reverencia. Miró sonriente a Mari, que también sonreía, con una sonrisa atípicamente grande. Creyó ver una lágrima en su ojo y volvió a darse media vuelta antes de avergonzarla.

–Nos sentimos orgullosos de teneros, Escudo de Atenea.

La pandilla de cachorros estalló en un compañerismo alegre y lleno de orgullo, aliviados de no tener que combatir solos.

Ojo-de-Tormenta echó la cabeza hacia atrás y aulló, e inmediatamente se le unieron sus compañeros de manada y Evan. Mari también aulló, al igual que el Escudo de Atenea. Pronto, hasta Alani se unió, seguida del resto de los Garou presentes, incluidos los heraldos.

Si hubiese habido alguna criatura del Wyrms merodeando por las cercanías, seguramente habría huido ante aquella cacofonía victoriosa.

El grupo de guerra

Un cuerno sonó a lo lejos. Evan, sentado a la orilla del lago, en la neblina que precedía al amanecer, ladeó la cabeza, escuchó, y esperó. El cuerno volvió a sonar, esta vez más cerca. Evan frunció el ceño y se levantó, echando una ojeada al grupo de cabañas donde vivía el clan. No había nadie más levantado, pero mientras miraba, varios Garou asomaron la cabeza por las puertas y ventanas al escuchar el cuerno.

El heraldo Fianna llegó corriendo por el sendero que conducía a las cabañas de invitados, con una sonrisa en el rostro. Cuando vio a Evan, giró para reunirse con él.

–¡Te lo dije! ¡Ahí vienen los Fianna, y vaya una manada que han mandado!

Evan sonrió y apretó la mano grande que el hombre le tendía.

–Ya oigo el cuerno. ¿Quién lo toca?

–Debe de ser Bramido Negro, el más duro de nuestros Galliard. Si viene, toda la manada vendrá con él: La Lanza del Jabalí, un poderoso grupo de cazadores. Debo decir, joven Curandero-del-Pasado, que estoy sorprendido. Los jefes te mandan a nuestros mejores miembros. A los Uktena no les alegrará perderlos, pero entonces también significa que quieren tener contentos a los Wendigo, supongo.

–He oído hablar de la Lanza del Jabalí –dijo Evan, con una sonrisa aún mayor–. Dejó atrás la Cacería Salvaje.

–Eso hicieron –dijo el heraldo–, eso hicieron. Con ellos, estás en buenas manos.

–No puedo decirte lo aliviado que me siento al saberlo. Tienes...

–Vamos, vamos –le cortó el hombre, al tiempo que levantaba las manos–. Nada de eso ahora. Ya lo sabemos. Hay cosas que no hace falta decir. Ahora, reunamos a tu grupo de guerra. La Lanza no querrá tener que esperar una vez haya llegado. A juzgar por el sonido del cuerno, estará aquí dentro de una hora.

Evan pudo ver que más Garou estaban saliendo de las cabañas,

preparándose para el viaje.

–Entonces mejor voy a ver lo que puedo hacer para asegurarme de que todo el mundo está listo. –Estrechó la mano del heraldo una vez más y luego echó a correr por el sendero en dirección a su propia cabaña para coger su mochila.

Antes de llegar, vio a tres Garou saliendo de un camino secundario, el que conducía al aparcamiento. Reconoció a uno de ellos, un Hijo de Gaia vecino, uno de los ayudantes de Alanis. Los otros dos eran extranjeros, un hombre y una mujer. Él era fornido, alrededor de metro ochenta de estatura, pelo rubio, vaqueros, botas, una camisa caqui abrochada hasta arriba y un sombrero de ala ancha. La otra era más baja, alrededor de metro y medio, delgada y vestida con téjanos, camisa blanca y sandalias; su pelo era castaño y lo llevaba en una trenza que le llegaba hasta la cintura. Le hicieron un gesto a Evan; él se acercó a saludarles.

–¿Evan Curandero-del-Pasado? –dijo el extranjero rubio, tendiéndole la mano con una sonrisa.

–Sí –Evan se la estrechó–. ¿Y vosotros sois...?

–Johnathon Corazónfuerte. Y esta es Liza –dijo, señalando a la mujer–. Hijos de Gaia. Hemos venido para unirnos a tu expedición, a instancias de Loba Carcassone.

–¿Loba? –preguntó Evan, animado–. ¿Hay noticias del protectorado de Tierra del Norte? ¿Ya ha vuelto Albrecht?

–¿El rey Albrecht? No lo sé. Lo siento. Vimos a Loba antes de que se marchase a una misión propia. No nos dijo nada acerca de su clan.

El rostro de Evan se ensombreció.

–Eh –dijo Liza con dulzura, intentando animarlo–. Siento que no seamos reyes Colmillos Plateados, pero hemos andado cerca un par de veces. Podemos ayudar.

Evan, avergonzado, sonrió y asintió.

–Cielos, lo siento. No me refería a eso en absoluto. No os podéis imaginar lo aliviado que me siento de ver que unos Garou experimentados se unen a nosotros. De verdad, de verdad que os necesitamos. Es solo que..., bueno, esperaba tener noticias de mi compañero de manada. No ha mandado ningún mensaje todavía.

Corazónfuerte frunció el ceño.

–Eso no es propio de los Colmillos Plateados. Estoy seguro de que hay un buen motivo. ¿Y si retrasamos la salida hasta que llegue algún heraldo?

–No –contestó Evan, bajando los hombros–. No podemos seguir esperando. Los Wendigo nos necesitan. Nos marchamos dentro de una hora. Yo... Mirad, gracias por venir. Tendremos más tiempo para hablar una vez que lleguemos al Norte.

–Ve a hacer lo que tengas que hacer. No necesitamos una niñera.

Evan suspiró.

–Me alegra oírlo. El problema es que algunos de nuestro grupo de guerra sí que la necesitan.

Evan se dio media vuelta y entró en su cabaña antes de que Corazónfuerte y Liza pudieran preguntarle a qué se refería con aquello. Se encogieron de hombros y dejaron que su compañero de tribu los llevase al centro del túmulo, donde se estarían reuniendo las manadas.

Mari estaba sentada encima de un baúl cerrado, mirando a Evan mientras este metía camisas y pantalones en su mochila, que ya estaba llena hasta los topes. Su propia mochila estaba en el suelo, a sus pies. Conocía demasiado bien a Evan como para no darse cuenta de su tensión. Ni siquiera tenía que averiguar su causa.

–Déjalo estar, Evan –le dijo–. Ahora no podemos preocuparnos por Albrecht. Tenemos un ejército que liderar.

–¿Y si está muerto? –preguntó Evan, manoseando la mochila, intentando que le quedara hueco para todo–. ¿Y si lo mataron en Rusia? Gaia sabe lo que está pasando allí.

–No está muerto. Lo sabes. Hay una razón por la que no está aquí. No sabemos cuál es, pero es buena. No nos abandonaría en una situación como esta.

Evan levantó la vista hacia ella, sorprendido.

–Por supuesto que no lo haría. No es eso. Es... No sé si podemos hacernos cargo de algo tan importante sin él. Es un rey, por el amor de Gaia. ¿Recuerdas la caverna de Jo'cllath'mattric? Necesitamos un líder como él, Mari. Él es el único al que todas las

tribus escucharían.

–También te respetan a ti, Evan. Tú no lo ves, pero todos los demás sí que lo hacemos. Confían en ti.

Evan dejó caer la cabeza.

–Piensan que he sido elegido por los ancestros. Es ridículo. Esperan que haga grandes cosas, pero solo voy a defraudarles. No soy un guerrero luna-llena, Mari. No puedo dirigir un grupo de guerra.

–Deja que los Wendigo se encarguen de eso. Tú has cumplido tu parte: hacer que todos estos Garou se junten. Y les mantendrás unidos porque eso es lo que haces. Déjales las tácticas militares a los expertos. Tú haces el trabajo de verdad: asegurarte de que las tribus puedan juntarse sin luchar las unas contra las otras. Eso es suficiente trabajo.

Evan asintió. Se sentó unos minutos, reflexionando en silencio y luego se levantó, echándose la mochila al hombro.

–Ahora o nunca.

–Ahora –dijo Mari, mientras se ponía también en pie y levantaba su mochila–. Desde luego, ahora.

* * *

El grupo de guerra estaba reunido en el centro del túmulo. Todos los cachorrillos estaban allí, aunque a juzgar por sus profundos y soñolientos bostezos y los ojos rojos que no podían parar de frotarse, daba la impresión de que algunos de ellos no estaban acostumbrados a levantarse tan temprano. Sin duda, la manada del Río de Plata se había encargado de la tarea de despertarles y hacer que salieran a tiempo.

El Escudo de Atenea también estaba preparado y ahora se les habían unido Johnathon Corazónfuerte y Liza, que conocían a dos de las Hijas de Gaia de aquella variopinta manada. Los heraldos de las tribus estaban a un lado, junto a Alanis Astarte, mirando con curiosidad para ver cómo podrían mezclarse aquellos grupos tan dispares.

Evan y Mari llegaron y se pusieron en el centro. Mari organizó el orden de marcha del grupo y puso a la manada del Río de Plata en la

retaguardia, los cachorros en el centro y el Escudo de Atenea en la vanguardia, detrás de ella y de Evan.

En las cercanías, más alto que antes, el cuerno volvió a sonar de nuevo, esta vez con una nota de finalización. Enseguida, seis Garou en sus formas humanas entraron en el claro, en un orden de marcha muy abierto pero bien definido. Obviamente, todos eran Fianna, los Garou de origen celta, porque llevaban literalmente sus juramentos de fidelidad en las mangas y la ropa, entretejidos con nudos y espirales celtas. Cada uno llevaba un klaive corto y dos de ellos tenían unos buenos arcos de tejo. Los arqueros eran pelirrojos, mientras que los demás tenían el pelo negro. Ninguno de ellos alcanzaba la treintena, pero todos la rozaban.

El Garou que caminaba en el centro de la formación oval iba de negro y llevaba un cuerno de plata grabado con escenas detalladas de la leyenda Fianna. Salió de la formación y se dirigió hacia Evan y Mari para saludarles, después de hacerle un gesto con la cabeza y un guiño al heraldo Fianna.

–A vosotros dos os reconozco –dijo–, compañeros de manada del rey Albrecht. Los famosos Mari Cabrah y Evan Curandero-del-Pasado. Estoy realmente contento de saludaros. Me llamo Bramido Negro, pero mis amigos pueden llamarme Tom.

Evan sonrió y le ofreció la mano, que el hombro tomó y estrechó cordialmente.

–Espero que eso signifique que podemos llamarte Tom.

–Por supuesto que sí –contestó, con una gran sonrisa que a Evan le encantó. Tom se llevó la mano a la frente en un exagerado gesto de saludo–. Se presenta ante el deber la Manada de la Lanza del Jabalí, la mejor de entre los Fianna que hay en esta tierra.

–Estamos encantados de teneros con nosotros –dijo Evan.

–He observado vuestra formación –intervino Mari– y he oído que todos vosotros sois unos exploradores expertos.

–Has oído bien –dijo Tom alzando su ceja derecha, en espera de la pregunta que seguramente ella le iba a hacer.

–¿Podemos formar a la Lanza del Jabalí alrededor de todo el grupo? ¿Que esté en la vanguardia, a los lados y en la retaguardia? ¿O será dispersaros demasiado?

–¡Para nada! Estamos acostumbrados a desplegarlos y tenemos todo tipo de llamadas y aullidos para alertarnos los unos a los otros. Así que, sí, tienes buen ojo para este tipo de cosas, Cabrah. Estaremos encantados de ser vuestra escolta.

–Bien, entonces –dijo Evan, volviéndose para examinar la fila–. Supongo que no hay razón para seguir esperando. Pongámonos en marcha.

Tom asintió e hizo un gesto a sus compañeros de manada, señalando el sitio al que debía ir cada uno. Todos se dirigieron a sus puestos asignados y se dispersaron a distancias equidistantes alrededor de la fila, que marchaba de dos en dos. El grupo tenía ahora veintiocho miembros en total, siete manadas (incluida la de Evan y Mari), un número mucho mejor del que Evan había temido, pero con un preocupante potencial para la desunión. Tantas manadas que representaban a tantas tribus y la mayoría no se conocían las unas a las otras. Los Garou no eran famosos por su habilidad para trabajar bien con otras tribus; esta tarea sería un verdadero desafío.

El grupo recorrió en fila el camino que llevaba hasta el puente de luna, donde el Guardián del Portal del clan abrió un puente al clan del Lobo Invernal, hablando a través de largas distancias gracias a intermediarios espirituales. Sin vacilar y sin despedirse del clan de los Finger Lakes, el grupo de guerra desfiló por el puente hacia el Norte.

* * *

Evan saltó del puente de luna y fue a caer sobre hielo y nieve. Evidentemente, el pueblo había sufrido una tormenta de nieve desde la última vez que había estado allí. Tres Garou esperaban en las cercanías, mirando mientras el grupo de guerra saltaba del puente: Aurak Danzante de la Luna, Zarpa Pintada y un joven vestido con una gruesa túnica que llevaba el símbolo de la medialuna. No les dijeron nada a los Garou recién llegados, sino que simplemente les miraron con rostros inexpresivos.

Mari ordenó al grupo que siguiera avanzando hasta que todos estuvieron fuera del puente y entonces ordenó que se detuvieran. Echó un vistazo al grupo de bienvenida Wendigo y a sus caras

carentes de emoción y luego miró a Evan con el ceño fruncido.

Evan avanzó e hizo una reverencia ante Aurak. John Hijo-del-Viento-Norte salió del final de la hilera, se unió a él y se inclinó también ante Aurak, cuyos ojos delataron una ligera sonrisa al verle.

Aurak dio un paso adelante y echó un vistazo a los Garou recién llegados.

–Gracias por venir –dijo–. Os hemos preparado un alojamiento. Allí os espera comida y agua. Árbol Brillante os conducirá hasta allí.

Árbol Brillante, el joven media-luna, se dio media vuelta y bajó caminando por el sendero, sin esperar a ver si alguien le seguía. Evan hizo un gesto con la cabeza a Mari, que ladró un aullido lobuno dirigido al grupo de guerra. La siguieron por el camino, manteniendo su formación y dejaron a Evan y John atrás, con los dos Wendigo Lobo Invernal.

Una vez que el grupo estuvo fuera del alcance de la vista y del oído, Zarpa Pintada gruñó, un gruñido prolongado y bajo, cargado de disgusto. Aurak levantó la mano y Zarpa Pintada se quedó callado, pero lanzó una mirada ceñuda a Evan y John.

–Nos está esperando un consejo de guerra –dijo Aurak–. Por favor, acompañadnos.

Bajó por el camino, seguido de Zarpa Pintada, que miró hacia atrás para asegurarse de que Evan y John les seguían. Se miraron el uno al otro, se encogieron de hombros y siguieron a los dos Garou.

En una bifurcación del camino, Aurak los condujo a la izquierda. Las huellas en la nieve mostraban que al grupo de guerra lo habían conducido hacia la derecha; Evan pudo oler el humo procedente de una hoguera lejana en aquella dirección. Su camino los condujo a una cabaña de madera cubierta de nieve, con las ventanas bloqueadas con pieles de animales estiradas. Aurak se inclinó para entrar por la pequeña puerta. Zarpa Pintada hizo un gesto a Evan y John para que entraran antes que él y lo hicieron, agachándose también.

Una hoguera situada en el centro iluminaba la habitación oscura, junto con la poca luz del día que entraba a través de las pieles translúcidas estiradas en las ventanas. Los Wendigo estaban sentados en un círculo que abarcaba toda la habitación. Aurak cruzó la sala para sentarse en un sitio que tenía reservado para él. Evan y John

reconocieron los lugares en los que tenían que sentarse ellos, en un banco vacío a la derecha de la entrada. Mientras se sentaba, Evan pudo ver al Garou que tenía más cerca en la penumbra: Tormenta Silenciosa le hizo un gesto con la cabeza y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa.

Zarpa Pintada cubrió la puerta con otro trozo de piel, bloqueando el viento helado de fuera y tomó asiento en el medio de la habitación, en el punto más alejado de Evan y John.

Aurak agitó tres veces un cascabel hecho con un caparazón de tortuga y todos los Garou rezaron en silencio. Luego, el anciano habló:

–Hemos pasado estos días preparándonos para una larga cacería. Hemos reunido comida y agua y hemos rezado a Gaia y a los ancestros para que nos guíen. Ahora que habéis vuelto con las otras tribus, podemos marcharnos.

Zarpa Pintada dejó escapar un ladrido bronco y malhumorado. Aurak se echó hacia atrás.

–Aquí podemos hablar libremente –dijo–. Estamos entre amigos.

–Amigos aquí, sí –dijo Zarpa Pintada al tiempo que se levantaba para mirar a los Garou congregados allí–. Pero no en el alojamiento para invitados. Son extranjeros. ¡Incluso cachorrillos! Un grupo sarnoso de lastimosos Garou. ¿Es eso lo mejor que puede hacer Curandero-del-Pasado?

Hubo murmullos por toda la habitación. El resto de los miembros de la logia estaban claramente inquietos por las noticias de Zarpa Pintada.

Evan habló sin levantarse, con voz tranquila.

–Hay problemas terribles por toda Nueva York, sucesos que no os creeríais. Danzantes de la Espiral Negra, fomori, pesadillas... criaturas del mal liberadas por todas partes. Cada clan está sufriendo un ataque. Esto no se parece en nada a lo que habíamos conocido hasta ahora. Las demás tribus han hecho lo que han podido para ayudarnos y nos han dado todas las manadas disponibles.

–¿Y dónde están sus guerreros? ¿Dónde están sus chamanes? He visto un grupo de perros escoltados por un puñado de Garou que podrían, podrían, llamarse guerreros. Pero esperaré a que demuestren

que lo son antes de juzgarles como tales. ¿Dónde están los Uktena?
¡Esto es un ultraje!

Evan se levantó.

–Los Uktena están luchando para mantener atados a tres monstruos. No pueden venir, pero liberaron a la mejor manada de Fianna del noreste para que nos ayudase, a riesgo de ponerse ellos mismos en peligro. Tenemos como exploradores a los miembros de la famosa Manada Lanza del Jabalí.

Un murmullo recorrió la habitación. Incluso allí, en el lejano norte de Canadá, algunos habían oído hablar de la Lanza del Jabalí.

Tormenta Silenciosa se levantó y miró directamente a Zarpa Pintada.

–Sin duda, Curandero-del-Pasado ha cumplido la profecía. Ha traído a muchas tribus a luchar con nosotros, más de las que nosotros podríamos reunir con nuestras propias palabras. Eso es suficiente.

–¿Suficiente para qué? –exclamó Zarpa Pintada–. ¿Suficiente para que un representante de cada tribu muera a manos de la Garra? ¡Bien! ¡Nuestra sangre se derrama junta! ¡Nuestro sacrificio es todavía más inútil! En estos momentos ya deberíamos haber cazado a esa cosa, haberla derrotado nosotros mismos. En lugar de eso, hemos esperado. ¿Por quién? ¡Por unos niños!

–Hablas como un guerrero Ahroun, lo cual está bien –dijo Tormenta Silenciosa–. Yo hablo como una defensora Ragabash y digo que son suficientes. ¿Qué dicen los demás Ahroun? ¿Qué dices tú, Cuchillo de Sílex?

Todos los ojos se volvieron hacia Cuchillo de Sílex, que no respondió de inmediato. Dejó escapar unos pocos suspiros de consternación y por fin habló:

–Ya veremos. Ahora ya no hay nada que hacer. Debemos marcharnos. Enseguida.

La mayoría de los Garou de la oscura cabaña asintieron. Zarpa Pintada volvió a sentarse. Evan también se sentó, seguido de Tormenta Silenciosa. John Hijo-del-Viento-Norte se levantó.

–Yo también soy un luna-llena –dijo– y digo que todos vosotros sois unos arrogantes. –Muchos de los Wendigo lo miraron con sorpresa y se oyeron unos pocos gruñidos de enfado–. Habéis vivido

mucho tiempo en un lugar alejado de los problemas. Yo no. Yo he luchado en Nueva York y en Europa, hombro con hombro con las otras tribus. Sé cómo pelean y sé que se han ganado a pulso su renombre, igual que nosotros nos ganamos el nuestro, con sangre, honor, e inteligencia.

Zarpa Pintada se levantó para rebatirle, pero Aurak se levantó primero. Zarpa Pintada volvió a sentarse, por respeto al jefe.

–Muchas veces me han llamado para ayudar a otras tribus. Muy raramente les he pedido yo que nos ayuden. Tal vez podrían haber mandado a más, o tal vez no. No lo sé. Creo que Evan dice la verdad; hay que hacer caso a su voz. Tal como yo lo veo, las otras tribus han respondido. Están aquí para luchar a nuestro lado. Debemos dejar a un lado nuestro enfado por lo que no ha sucedido y estar agradecidos por los que sí han venido. Esta noche cazaremos. Abandonamos nuestro pueblo y a nuestras familias, pero no hay más remedio. Debemos encontrar a la Garra y poner fin a sus días. –Volvió a sentarse y se hizo el silencio en la sala. Después de un momento, volvió a hablar–. Salgamos, saludemos a nuestros nuevos aliados y comamos con ellos, para estar fuertes para la cacería.

Se levantó y se dirigió a la puerta.

Todo el mundo asintió y se levantó para seguirlo. Cuando Aurak pasó al lado de Evan y John, les hizo un gesto para que caminasen con él. El resto de la logia los siguió. Mientras caminaban, Aurak volvió a hablar.

–Lamento decirles esto, pero Grita-al-Anochecer, el guardián de las pesadillas, ha muerto. Nuestra medicina no pudo ayudarle; con aquella herida perdió demasiado, más de lo que nadie podría curar. El veneno de la Garra se comió su espíritu. Es bueno que muriese antes de que ella pudiese terminar su comida. Ahora él es libre.

Evan asintió, apenado por la noticia. Era otra evolución descorazonadora en una serie de malos sucesos.

* * *

El grupo de guerra abandonó el pueblo en el crepúsculo y cada uno de ellos iba corriendo a grandes pasos por la nieve, en forma

lupina, para acelerar la marcha. Los Wendigo, siguiendo los murmullos de los espíritus y sus propios grupos de exploradores, habían adivinado un lugar donde sospechaban que se podía encontrar la Garra, a tres días de viaje hacia el norte. Necesitarían velocidad para atraparla antes de que cambiase de dirección de nuevo.

Quince Wendigo se habían unido al grupo, dirigidos en su conjunto por Aurak Danzante de la Luna, el chamán más experimentado entre ellos y Zarpa Pintada, el guerrero de mayor rango. Siguiendo la tradición Wendigo, Aurak los guiaría hasta que encontrasen a su presa, tras lo cual Zarpa Pintada se convertiría en el Jefe de Guerra. Cuchillo de Sílex y Tormenta Silenciosa estaban entre ellos. Solo habían dejado atrás a tres Wendigo para que vigilaran a su parentela, todos ellos demasiado viejos o incapaces de recorrer el largo trayecto a través de la tundra.

Dividieron el grupo en dos secciones, una que cubría el mundo material y la otra, más pequeña, que exploraba el mundo espiritual. Ambas secciones tenían una representación equilibrada de auspicios de luna y ciertos Garou fueron nombrados como heraldos, para que fueran a buscar rápidamente al otro grupo si era necesario.

Los chamanes convocaron a los espíritus de caza para que los ayudaran, seres expertos en el rastreo o que podrían proporcionarles poderes espirituales. También les llevaron una magnífica colección de fetiches para que los ayudase a encontrar a su presa y la hiciese salir de su escondrijo si era necesario.

La mayoría de los Garou de otras tribus se quedaron al momento pasmados por las habilidades de caza de los Wendigo, sorprendidos por la rapidez y la eficiencia con la que rastreaban a la Garra a través de una amplia extensión de monótona tundra. Todavía no habían encontrado sus huellas directas, pero el rumor de su paso llegó hasta ellos por medio de los espíritus o de vientos místicos.

Sin embargo, a pesar de este recién descubierto respeto hacia los Wendigo, las tribus decidieron permanecer algo separadas; cada manada se centraba principalmente en sí misma, a pesar de los intentos de Evan y de la manada del Río de Plata para sacarles de sus incómodos caparazones y hacer que se mezclasen con los demás. Las interacciones entre las manadas voluntarias y los callados

Wendigo eran escasísimas.

En dos ocasiones distintas, Evan tuvo que cortar peleas. Una fue entre la Manada La Vanguardia, de la Camada de Fenris, y dos guardianes de cuentos Wendigo, que discutían acerca de cuál de las manadas era la más fuerte. La tensión se palpaba en el ambiente y todo el mundo pudo sentir cómo se les erizaban los pelos de la nuca a medida que la rabia de los Garou que discutían salía a la superficie. Evan consiguió calmarlas a ambas haciendo que cada una reconociese una virtud de la otra (el inquebrantable estoicismo de los Wendigo y la furia ciega de la Camada).

La otra pelea fue peor, entre Cojitranco, de la Manada del Vagabundo del Amanecer, de los Roehuesos y Feedback, el Caminante del Cristal. Se intercambiaron golpes de zarpa y Mari tuvo que ponerse en medio y cogerlos de las orejas para que parasen y escuchasen las órdenes de Evan de que lo dejaran ya. Estaba claro que si Mari no hubiese intervenido, lo habría hecho Zarpa Pintada, con un resultado mucho peor para los cachorros.

A Evan empezó a darle la sensación de que nadie quería unirse, que todos habían ido buscando la gloria personal y de que no se preocupaban del sentido de la unidad o la meta del grupo. Cuando se enfrentaban al duro trabajo del compromiso y el reparto de tareas, hasta los Fianna se mostraban recalcitrantes. Eran afables la mayor parte del tiempo, pero cuando se les pedía que llevaran a cabo un deber, como asegurarse de que los cachorros no se quedaban atrás, o que se desplegaran hacia un lado o hacia el otro, parecían tomárselo como algo personal y lo hacían de mala gana.

Más sorprendente todavía fue la actitud cada vez peor de la manada del Río de Plata. Evan había dado por sentado que ellos, de entre todos los Garou, eran formales y estaban preparados para sacrificarse por el bien general. Ya se habían ganado su fama por ello en el pasado. Pero ahora parecían estar nerviosos, bruscos y molestos cada vez que tenían que trabajar cerca de cualquiera de las otras manadas, especialmente de los Wendigo. Incluso John daba la impresión de que no quería tener mucho que ver con su propia tribu. En realidad, no eran sus compañeros de clan, pero eran compañeros Wendigo. Su fría reserva rivalizaba con la de Cuchillo de Sílex.

En la tarde del segundo día, mientras ordenaban un alto en su recorrido y empezaban a montar el campamento, Evan se acercó a Aurak, que estaba sentado en su forma de lobo al lado de un montón de nieve y jadeaba. Era mayor que cualquiera de ellos y lo pasaba peor al intentar mantener el riguroso ritmo de la marcha. Cuando vio que Evan se aproximaba en su forma humana, también cambió a aquella forma, sonriendo al joven Wendigo.

–Jefe –dijo–. Estoy preocupado por el grupo de guerra. Ya he visto disensión en las filas antes, pero la distancia que hay aquí entre los miembros de las tribus es... bueno, se está haciendo insalvable.

–Y empeora a medida que nos dirigimos al norte –dijo Aurak, nada sorprendido por la preocupación de Evan.

–Sí. A medida que pasa el tiempo, en lugar de unirnos nos vamos separando más.

–No es el tiempo, sino la distancia. Nos vamos acercando cada vez más a la Garra.

Los ojos de Evan se abrieron de par en par.

–¿Es que se trata de algo que nos está haciendo la Garra? Aurak se encogió de hombros.

–No lo sé. Algo lo está provocando. No es normal. Conozco bien a mi clan y no están actuando de acuerdo a nuestras costumbres.

Evan asintió.

–La manada del Río de Plata tampoco. Me imaginaba que los otros Garou eran siempre así, pero quizás no lo sean. Tal vez todos estemos sucumbiendo a algo, a algún poder.

Un terrible grito estalló en las cercanías cuando dos lobos saltaron el uno sobre el otro en una feroz pelea por el dominio. Evan se levantó de un salto, buscando a Mari o Zarpa Pintada, pero vio que ambos contemplaban la pelea con indiferencia.

–¡Deteneos! –gritó, mientras cambiaba a su forma de batalla y corría a toda prisa hacia los dos Garou peleados.

Mari pareció sorprenderse por ello y entonces ella misma echó a correr, cambiando a su vez a su forma de mujer-lobo. Evan y ella cogieron a cada lobo y los separaron. En cuanto los lobos perdieron el contacto, la pelea desapareció. Uno era un Wendigo, un Garou nacido lobo; se quitó la nieve del pelaje y se alejó sin hacer ruido. El otro

cambió a su forma humana; era Zarpa-de-Hierro, uno de la Camada de Fenris. Parecía avergonzado y cansado.

–Creo que de momento deberíamos mantener alejadas a las manadas –le dijo Evan a Mari, mientras esta soltaba a Zarpa-de-Hierro.

–Probablemente sea una buena idea –contestó Mari, al tiempo que le daba una bofetada en la oreja a Zarpa-de-Hierro mientras este se apartaba. El guerrero de la Camada inclinó la cabeza y se cogió la oreja por el dolor, pero no gritó. Mientras lo veían alejarse, de repente se desplomó, derramando sangre en la nieve por debajo de su cabeza. Momentos después, un sonoro chasquido retumbó por toda la tundra.

–¡Nos están atacando! –gritó Mari, mientras miraba fijamente el agujero de bala en la cabeza de Zarpa-de-Hierro. El tiro lo había matado al instante. Si hubiese estado en cualquier otra forma y no en su forma natural de humano, podría haber tenido una oportunidad, pero ya era demasiado tarde para él.

Los aullidos estallaron por todo el campamento a medida que los Garou iban cambiando a su forma de batalla y se desperdigaban por la tundra, a la búsqueda del origen del disparo.

–¡No! –gritó Evan–. ¡No os separéis! ¡Tenemos que mantenernos organizados!

Un estruendo explotó en el aire a sus espaldas y giró sobre sí mismo; vio una motonieve que se dirigía directamente hacia él. Dos hombres vestidos con trajes paramilitares iban montados en el vehículo veloz y silencioso. Un destello de luz salió de una de las manos y anunció una sensación ardiente en el hombro de Evan. Gritó de dolor cuando la bala de plata le salió por la espalda.

Cayó al suelo, aturdido, mientras la motonieve se precipitaba directamente hacia él.

La puerta de la muerte

Evan se retorció de dolor y rodó hacia un lado, desesperado por apartarse del camino de la motonieve. El vehículo que se acercaba cambió de dirección para seguirlo. Evan estaba muy débil, a punto de perder el conocimiento. Sabiendo que no tenía otra opción, hincó el dedo en la herida y lo retorció. El dolor abrasador le sacudió el cuerpo. Perdió toda sensación, excepto la del dolor. Dolor y furia. La rabia le estalló desde lo más hondo del estómago.

* * *

El conductor de la motonieve se rió mientras su lustrosa máquina se dirigía hacia el Garou caído. Imaginó las entrañas del Garou salpicando el parabrisas. En lugar de eso, la motonieve se detuvo de repente y él salió volando y se estrelló contra un montón de nieve.

Salió a rastras del espeso montón y sacudió la cabeza, mareado. Vio su motonieve, volcada, con el parachoques frontal completamente deshecho. Se puso en pie, intentando orientarse, cuando sintió un calor repentino en el estómago, que se propagó por la parte delantera de sus piernas. Bajó la mirada. Una zarpa enorme y peluda le sobresalía del torso, cubierta por su propia sangre y sus intestinos.

Gimió de miedo y dolor cuando la zarpa se retiró, volvió a tirar de él y salió por la entrada de la herida que tenía en la espalda. Cayó al suelo y estaba muerto antes de que su cabeza golpease la nieve.

El pasajero de la motonieve, que intentaba ponerse de pie sobre una pierna rota, gritó de miedo al ver caer a su compañero. Un enorme Garou de pelaje gris estaba tras él, con la mano brillante de sangre. Sus ojos feroces se desviaron y se encontraron con los de él. Levantó la pistola y disparó como un loco. La criatura era terriblemente rápida. Antes de que pudiera volver a apuntar, apareció a su lado y dio un golpe hacia abajo. Su antebrazo se separó limpiamente del codo y cayó a la nieve con un ruido sordo. Miró fijamente el muñón, conmocionado y luego vio las enormes mandíbulas que se acercaban a él. A continuación se oyó un crujido repugnante y cayó pesadamente al suelo, sin vida.

Evan meneó la cabeza; su rabia estaba disminuyendo y volvía la conciencia. Olió la sangre y la nieve y tuvo unos recuerdos vagos del combate. Observó los alrededores y vio a los dos hombres muertos, ambos vestidos con anoraks que llevaban el prominente logotipo de una corporación: PETRÓLEO ARCO. Arrugó la nariz, no por el hedor de sus cerebros y entrañas humeantes, sino por el logotipo: una filial de Pentex. Una corporación partidaria del Wyrn, dedicada a destruir la Tierra para obtener enormes ganancias.

Levantó la cabeza, completamente alerta, cuando los disparos estallaron en las cercanías. El estruendo de más motonieves lo rodeaba; paseó la mirada alrededor y vio sus siluetas veloces, que pasaban como un rayo a lo lejos, a su derecha e izquierda. Vio las formas de los Garou, que saltaban y golpeaban a los pasajeros humanos. Se movió para unirse a ellos, pero se detuvo y se agarró el hombro por el dolor. La bala de plata había estado a punto de matarlo.

Sintió una mano en la espalda y escuchó un suave susurro en su oreja, un cántico familiar. Aurak Danzante de la Luna estaba a su lado, curándole la herida. El poder del espíritu fluyó desde su mano. La sangre de Evan latió rítmicamente con la cadencia del cántico, hasta que casi toda huella de la herida desapareció. Solo quedó una pequeña cicatriz.

Evan cogió la mano de Aurak y dejó escapar un gruñido de agradecimiento. Corrió a unirse a los demás. Pudo ver a Mari al lado de un vehículo volcado, estrangulando con las dos manos a un hombre vestido con un anorak, mientras le daba una patada a otro en la ingle. Cuando el hombre se dobló, le arañó la cara con las zarpas traseras. Chilló de dolor y se cubrió los ojos, mientras su compañero gorjeaba y peleaba por soltarse de su apretón de acero.

Evan echó a correr y cortó de un solo tajo la columna vertebral del hombre que gritaba. Mari sonrió y clavó los dedos en el cráneo del otro, cansada ya de esperar a que se muriera. Arrojó el cuerpo sin vida y señaló al otro lado de la nieve.

–Hay otros cincuenta como mínimo –dijo–. Por todas partes. Pentex.

Evan pudo ver otros cadáveres, todos de humanos, ninguno Garou.

–No parece que sean muy buenos en esto.

–Tienen balas de plata y no nos temen, pero eso es todo.

La mayoría de la gente reaccionaba ante los hombres-lobo con un terror que les paralizaba la mente, consecuencia de los recuerdos ancestrales de aquellos lejanos días en los que los Garou cazaban hombres. Al parecer, estos fomori estaban inmunizados.

–¿Entonces los desarmamos primero?

–Exacto.

Evan asintió y echó a correr hacia una motonieve que se acercaba como un rayo. Sus pasajeros apuntaban con una ametralladora a miembros de la Manada Vagabundo del Amanecer, que estaban ocupados atacando a los conductores de otro vehículo derribado. Evan saltó y voló por encima de la motonieve; al pasar por encima, agarró el arma con las patas delanteras. El humano desarmado se quedó mirando fijamente, sorprendido y le dio una palmada al conductor en la espalda, gritándole que salieran de allí.

El conductor aceleró y se deslizó velozmente. Demasiado tarde. Mari se puso a cuatro patas, avanzó como un rayo y los atacó desde un lado, derribando la motonieve. Se deslizó por la nieve, frenando hasta detenerse. Los pasajeros bajaron de un salto e intentaron escapar, pero Evan ya estaba encima de ellos. Ensartó las zarpas en uno de ellos y luego lo destripó y con las mandíbulas le desgarró la garganta al otro.

Escupió la sangre que tenía en la boca. Odiaba cometer una carnicería semejante, pero hacía mucho tiempo que había llegado a aceptar que alguien que era lo suficientemente estúpido como para trabajar para Pentex estaba fuera de toda ayuda o expiación, al menos una vez que empezaban a volar las balas. Estos pobres humanos pertenecían a otra clase, pero ni él ni ningún otro Garou de los que estaban allí podía permitirse perdonar a estos en ese momento.

Mientras se giraba para buscar a otro enemigo, observó por el rabillo del ojo un movimiento extraño, un nítido centelleo que desapareció en cuanto se giró para buscarlo. Pero él sabía lo que era y adonde se había ido. Se concentró y se estiró, fundiendo su espíritu con el mundo más grande que existía al otro lado, saltó la barrera y entró en la Penumbra.

El paisaje nevado parecía exactamente el mismo, en armonía con su homólogo material. Varios Garou, los exploradores de la Umbrá de su expedición, perseguían a varias criaturas aladas, que revoloteaban y descendían sobre ellos. Sus escamas sobrenaturales y alas emplumadas parecían fuera de lugar en aquellos cuerpos con forma de insecto: ojos facetados, varias patas y aguijones vibrantes y rayados.

Evan vio que una de las criaturas se apartaba aleteando del sitio donde él acababa de aparecer. Dio un salto y la agarró en el aire antes de que se diera cuenta siquiera de que estaba allí.

La pesadilla forcejeó en sus manos, gritando y dándole picotazos, retorciéndose e intentando culebrear para liberarse. Evan cerró la mano con fuerza, sin permitir ni una abertura y soportó los dolorosos picotazos sin darle ninguna oportunidad de usar el aguijón. Agitó la mano con fuerza hasta que por fin dejó de forcejear.

Miró a su alrededor y vio a Pájaro Atroz, un chamán Wendigo, que estaba en las cercanías, caminando en su forma original de lobo, mientras buscaba en los cielos más señales de las pesadillas. Evan silbó. El lobo volvió la cabeza en su dirección y luego echó a correr.

–¿Qué son? –gruñó Evan.

Pájaro Atroz ladró un gruñido ondulante a la pesadilla que Evan tenía en la mano, hablando en la lengua espiritual, ordenándole que respondiera. La cosa contestó gritando, aunque era evidente que no quería responder; el poder del chamán la forzaba a hacerlo.

–Pesadillas creadas por Pentex –gruñó Pájaro Atroz–. Saben que estamos cazando. Las han mandado desde una base cercana. Poseen a los líderes humanos. –Volvió a gritarle a la pesadilla y ella chilló a regañadientes. El lobo ladró con furia–. ¡Fomori! ¡Debemos regresar!

Evan estrujó a la pesadilla en su mano y la perforó con la zarpa. Su sustancia efímera se disolvió. Vio cómo se desvanecía Pájaro Atroz al pasar al mundo material y luego lo siguió.

* * *

Mari miró a su alrededor buscando a Evan. Su olor había

desaparecido. Sus huellas terminaban en un sitio y luego no continuaban. Sabía adónde se había ido y estaba preparándose para seguirlo, cuando algo chocó contra ella y la derribó.

Una enorme cola escamada se enrolló alrededor de su cintura, sujetándole un brazo y la levantó del suelo. Estudió su longitud y vio que brotaba del torso de una figura humanoide, cubierta por un caparazón grueso y curtido y que tenía otros cuatro tentáculos que se movían a toda prisa por el aire. Su mandíbula humana se abrió y dejó al descubierto filas y filas de dientes afilados; gruñó en una horrible imitación de una carcajada mientras tiraba a Mari y estrellaba su cabeza contra el suelo congelado y duro. La nieve apenas amortiguó el impacto.

Mari respiró profundamente, algo aturdida y cambió a su forma lobuna, deshaciéndose del apretón del tentáculo antes de que este pudiera cerrarse alrededor de su cuerpo, ahora más pequeño. Saltó hacia delante, mientras cambiaba de nuevo a su forma de batalla y golpeó el tentáculo con las cuatro patas. La sangre, verde y ácida, salió a borbotones, pero Mari consiguió cortar del todo el tentáculo desde el muñón con otro golpe coordinado.

Una zarpa le arañó la espalda y le abrió unos surcos profundos, pero ella se giró y le dio una patada a su atacante con las patas traseras antes de que pudiera moverse. El caparazón de la cosa evitó que Mari pudiera penetrarle la piel, pero la fuerza del golpe la derribó.

–Ferectoi –escupió y se lanzó contra el fomor, que había perdido el equilibrio. Este se apartó a un lado con una velocidad sorprendente y Mari resbaló en la nieve al pasar a su lado. Cuando se daba media vuelta para volver a cargar, apareció un lobo en el mundo material, procedente de la Umbral.

Los tres restantes tentáculos del fomor se estiraron hacia delante y agarraron al lobo antes de que pudiese reaccionar. Con una fuerza increíble desmembraron al sorprendido Garou. El aullido del lobo se cortó en seco cuando su cuerpo cayó a la nieve cortado en tres pedazos.

–¡No! –chilló Mari y saltó a los hombros del fomor. Con las mandíbulas agarró su cabeza y le clavó las zarpas en los omóplatos, buscando una zona de la carne que estuviera desprotegida y fuese

débil. El fomor se sacudió intentando quitársela de encima y gritó de dolor cuando los dientes de Mari penetraron lentamente en las placas de la cabeza, haciendo que salieran unos hilillos de sangre verde. Sus zarpas encontraron lo que andaba buscando y las hundió más, despedazando músculos y huesos.

Los tentáculos del fomor se enroscaron alrededor del cuello de Mari y tiraron, lanzándola a cinco metros de distancia. Su cuerpo chocó contra una roca cubierta de nieve. Se incorporó inmediatamente y volvió a cargar.

Entre ella y el fomor, apareció una silueta reluciente, procedente del mundo espiritual. Mari se apartó justo a tiempo y esquivó a Evan por los pelos.

Los tentáculos se enroscaron alrededor de la cabeza y la cintura de Evan y empezaron a estrujarlo. Mari oyó el crujido de los huesos. Corrió hacia los tentáculos y se detuvo, examinándolos e invocando la revelación de los espíritus. Echó hacia atrás las zarpas y golpeó una sola zona donde se cruzaban todos los tentáculos: el punto débil que sus poderes le habían revelado. Los tres tentáculos se separaron y la sangre verde salió a presión. Los pedazos cayeron pesadamente.

Evan cayó al suelo y respiró profundamente, aspirando el aire que los tentáculos le habían negado.

El fomor saltó a una motonieve abandonada, apartó de una patada los cadáveres humanos que estaban al lado y echó a correr por la tundra. Mari cambió a la forma de lobo y salió corriendo detrás del vehículo fugado.

Cuando pasó corriendo al lado de John Hijo-del-Viento-Norte, aulló pidiendo ayuda. Él adoptó la forma de lobo y se unió a ella, seguido por la manada del Río de Plata al completo, que había estado ocupada matando a más comandos de Petróleo Arco. Ahora corrían juntos, en pos de la motonieve. El vehículo ganó velocidad y aumentó la distancia que los separaba. Pero Mari siguió corriendo, siguiendo el camino que dejaban las huellas de la motonieve. La manada del Río de Plata luchó por mantener el ritmo.

Todo el cuerpo de Evan se estremeció, pero pudo sentir que volvía a soldarse a medida que recuperaba el aliento. Examinó la escena que lo rodeaba y vio que los Garou se iban reuniendo lentamente mientras mataban a los últimos humanos. Al menos quince motonieves yacían desperdigadas por la tundra, destrozadas.

Los cadáveres humanos debían de ser unos cincuenta, aunque parecían más. Todos llevaban los mismos anoraks adornados con el logotipo de Petróleo Arco.

Vio el cuerpo despedazado de Pájaro Atroz, que había cruzado la Celosía antes que él hacia el mundo material y también vio los cuerpos de otros tres Garou: una Hija de Gaia de la Manada del Escudo de Atenea, otra Wendigo, esta una media-luna llamada Habladora Rápida y Zarpa-de-Hierro, el de la Camada de Fenris que había sido el primero en caer.

Fue hacia el cuerpo de Pájaro Atroz, se arrodilló a su lado y elevó una plegaria a Gaia para que el espíritu del chamán descansase con sus ancestros. Volvió a ver el breve resplandor, como si algo se precipitase hacia la Umbrá. Gruñendo, salió detrás de aquello.

La Penumbra no se parecía en nada a lo que había sido unos momentos antes. Una neblina verde con vetas de color púrpura cubría el suelo y se acumulaba en unos vórtices cerca de cuatro zonas distintas, los sitios que se correspondían con los cuerpos de los Garou muertos en el mundo material.

Evan estaba solo. Los exploradores ya se habían marchado al mundo material para ayudar en la batalla.

Evan gruñó y golpeó con la zarpa el vórtice más cercano, el que rodeaba el sitio vacío donde había estado el cuerpo de Pájaro Atroz. Retrocedió como si estuviera vivo. Una voz habló detrás de Evan.

–Debes apartarla de nuestros espíritus, antes de que nos pueda devorar.

Evan se dio media vuelta y vio la vaga figura de Pájaro Atroz, un lobo brumoso y efímero. No estaba a más de metro y medio de distancia, pero parecía como si estuviera al final de un túnel lejano, inalcanzable.

Evan se giró y vio la niebla enroscada alrededor de las otras anclas de los muertos en la Penumbra. Corrió hacia cada uno de ellos

y apartó la niebla con las zarpas y los colmillos. No sintió nada cuando la tocó, pero ella se apartó de su contacto como si le doliera.

La niebla retrocedió al horizonte y se quedó suspendida, como si estuviera esperando a que Evan se marchase para poder volver a arrastrarse hasta allí.

–Volverá –dijo otra voz. Evan veía ahora tres formas fantasmagóricas, las siluetas de Zarpa-de-Hierro y las otras dos Garou caídas–. Los ancestros te llaman, Curandero-del-Pasado –decía Zarpa-de-Hierro–. Ábreles tu corazón.

Evan sintió que un escalofrío le bajaba por la columna vertebral y que el pelo de la nuca se le erizaba. Estos eran los espíritus difuntos de los Garou que acababan de morir. Apenas se había oído hablar de encuentros con fantasmas como estos, porque sus espíritus normalmente se iban a las tierras de los ancestros o de los tótems, donde decidían si convertirse en patrones de las futuras generaciones de Garou o servir a Gaia de alguna otra forma desconocida para los vivos. Sin embargo, algunos eran corruptos en el momento de su muerte y se quedaban atrás para convertirse en pesadillas. Pero estas cuatro sombras no parecían malévolas o corruptas.

Tembló mientras les miraba. Se decía que los Caminantes Silenciosos investigaban los misterios de la muerte, pero en el grupo de guerra solo había un miembro de esa tribu y Shazi era demasiado joven e inexperta para abrir la barrera entre la vida y la muerte. Sin embargo, había otro grupo que buscaba los misterios de la vida después de la muerte, una secta dentro de los Colmillos Plateados llamada el Sacerdocio de Marfil. Su líder era la reina Tamara Tvarivich de Rusia y se suponía que descubrían secretos que ni siquiera los ancestros revelaban.

Evan hizo una mueca de dolor al recordar a Albrecht. Su compañero de manada había ido a Rusia a reunirse con Tvarivich. ¿Estarían estas extrañas apariciones relacionadas con el viaje de Albrecht? Si así era, no mostraban señal alguna de ello.

–¿Por qué estáis aquí? –preguntó Evan, en un susurro.

–La puerta está abierta –dijo Pájaro Atroz–. Ha llegado la hora. El pasado se ha desencadenado. Los que vinieron antes hablan a través de nosotros.

–¿Escucharás lo que tienen que decir? –preguntó Zarpa-de-Hierro con una dignidad y solemnidad atípicas, como si hubiera crecido mil años desde su muerte. Cuando le estaba hablando, Evan creyó ver otra silueta detrás de él, una forma con un bastón de mango curvo, pero cuando enfocó los ojos ya no estaba.

–Sí –contestó Evan sin vacilar.

El mundo se transformó. El paisaje cambió, se modificó para adaptarse a un entorno distinto. Los árboles se elevaron hacia el cielo, creando un pinar en unos momentos. La luna salió y se puso y la débil luz del amanecer se elevó sobre el horizonte.

Evan estaba en medio del bosque, acompañado de las apariciones, que miraban hacia un pequeño montículo, como si esperasen a alguien. Momentos después, un lobo terrible, con un pelaje de un blanco puro, apareció en la cima de la elevación; bajó cojeando por un camino de ciervos y se dirigió hacia Evan, aunque no era consciente de su presencia. Su pata presentaba una herida reciente y alrededor de su cuello, una extraña trenza de parra verde sostenía una piedra pequeña, un cristal mate de color negro que parecía ser un lastre para él.

Evan se apartó cuando el lobo pasó a su lado a paso largo, sin dar señales de reparar en ningún momento en su presencia con la mirada o el olfato. Mientras el lobo pasaba, Evan estiró la mano y le acarició la cola. Su mano pasó a través; era un eco intangible del pasado.

Evan miró a Habladora Rápida, la Wendigo muerta y vio que ella todavía miraba la colina. Vio que aparecía una nueva silueta, una Garou con una lanza tosca. Cuando la portadora de la lanza vio al lobo cojo, se paró y lo avisó gruñendo. El lobo terrible se detuvo y se dio media vuelta, adoptando una postura defensiva.

Aparecieron más Garou en la colina, todos en sus formas de batalla y se alinearon a izquierda y derecha de la portadora de la lanza. Miraban al lobo terrible amenazadoramente.

–¿Qué les vas a decir? –preguntó la portadora de la lanza en tono malhumorado.

–La verdad –dijo el lobo terrible, con una voz más articulada de lo normal para la forma de lobo terrible–. Que la Manada del Puño de

Piedra se ha vuelto contra sus hermanos y hermanas, que los han asesinado en lugar de aceptar su justa sumisión.

–Volverás a los demás contra nosotros –dijo la portadora de la lanza.

–Harán lo que tengan que hacer –contestó el lobo terrible.

–Entonces no podemos permitir que tu aullido llegue a sus oídos.

El lobo terrible se agachó, entornando los ojos.

–¿Os atreveríais a matar a vuestro rey?

Dio la impresión de que la portadora de la lanza vacilaba y miró las caras nerviosas de sus compañeros Garou. Gruñó y se giró para mirar directamente a los ojos del lobo terrible.

–¡No necesitamos más reyes! –Le arrojó la lanza, que le perforó el hombro izquierdo.

El lobo blanco aulló de rabia y de dolor y cargó contra los Garou, que se desperdigaron como cachorrillos ante un alfa cabreado. La portadora de la lanza se arrojó hacia él con la cabeza por delante, lo golpeó y ambos cayeron al suelo. Gruñeron y empezaron a intercambiarse golpes, rodando adelante y atrás sobre las agujas de pino cubiertas de nieve, infligiéndose terribles heridas el uno al otro.

Luego la mandíbula de la portadora de la lanza se cerró sobre la garganta del lobo blanco y se negó a dejarlo marchar. El lobo terrible tiró de ella con toda su fuerza, pero no pudo hacerla caer. Su sangre se esparció por todas partes, manchando su pelaje de rojo. Se tambaleó y cayó y respiró superficialmente mientras se le iba la vida. Gimió y se quedó quieto.

La portadora de la lanza lo soltó y soltó un aullido de victoria. Los otros Garou se reunieron a su alrededor y le presentaron los cuellos. Ella los frotó todos con su hocico, toscamente, y luego cogió el cristal negro que el lobo muerto llevaba alrededor de la garganta.

–La Piedra Vinculante –le susurró Pájaro Atroz a Evan–. Él era el último Guardián de la Garra, antes de que existieran tribus.

La portadora de la lanza olisqueó la piedra, sonriendo. La giró con su garra, mirándola desde todos los ángulos.

–Así que este es su poder...

Uno de los Garou, el más pequeño, gimoteó y dio un paso atrás.

–Es la magia del rey. Déjala estar.

La portadora de la lanza gruñó al Garou y dio un paso hacia él. Él retrocedió, apartándose de ella, con la cabeza gacha. Ella le puso la piedra delante para que la viera.

–¿Cómo me hago con su poder, Luna Creciente?

–Nunca debe invocarse su poder. Muchos murieron para apresarlos; muchos más morirán si queda libre.

La portadora de la lanza ladró de furia y golpeó al chamán, que esquivó la zarpa y corrió hacia el bosque.

–¡La magia del rey! –gritó ella–. Yo he matado al rey. Su magia muere con él.

La portadora de la lanza tiró la piedra al suelo y cogió una roca. La levantó bien alto y la lanzó contra la piedra con todas sus fuerzas. La piedra crujió y estalló, arrojando a la portadora de la lanza contra un árbol, con la fuerza suficiente para hacer explotar el tronco, que fue a parar al bosque que había detrás de ella.

Una neblina verde se escurrió del cristal reventado y las vetas de color púrpura se convirtieron en zarcillos a medida que se propagaba por el suelo del bosque, rodeando a los confusos y asustados Garou, que gimoteaban al lado del cuerpo caído e inconsciente de la portadora de la lanza. La neblina se apelotonó a su alrededor y entró arrastrándose por sus fosas nasales. Los ojos de la portadora de la lanza se abrieron y miró fijamente a sus subordinados Garou.

Se levantó y fue a buscar su lanza, que estaba al lado del rey muerto. Sus pupilas brillaban con un color verde a la creciente luz del amanecer; el blanco de sus ojos tenía vetas moradas. Silbó a los Garou y les hizo un gesto para que avanzaran por el camino, por la dirección que había tomado el rey.

La neblina los siguió, pegándose a sus pelajes. Mientras se alejaban, Evan pudo ver una cosa roja, que latía y se movía entre los pies de los Garou, pero estaba cubierta de niebla. Desaparecieron enseguida en el bosque primitivo.

–La primera regicida –dijo Zarpa-de-Hierro.

Evan se estremeció. La niebla era la misma que había visto en la Penumbra.

–La neblina. Es la Garra, ¿verdad?

Pájaro Atroz asintió.

Evan tragó saliva, dándose aliento a sí mismo.

–Está a nuestro alrededor. No está a un día de viaje. Ya está aquí.

–Poseyéndolos a todos –dijo la Hija de Gaia muerta. Evan hubiera querido saber su nombre–. Marcándolos con su violencia.

–Estoy confuso. ¿Fue la causa de que el rey muriese?

–No –dijo Habladora Rápida–. La rabia Garou fue la que mató al rey. El acto del regicidio le dio forma, le dio una forma nueva al espíritu desatado.

–No lo cojo. Es una Garra. Se supone que es un monstruo o algo, al menos de acuerdo con las leyendas.

–Las Garras son nuestros monstruos –dijo Pájaro Atroz–. El Wyrms les da vida, pero la forma que toman y los poderes que poseen son modelados por el miedo Garou. En cada era, siempre que una Garra queda libre, toma la forma de lo que la liberó. En todas las épocas, esta forma ha sido la de la traición y la desconfianza. El poder de matar.

–Eso no tiene sentido. La que está libre ahora, ella mató esta vez a Garou, los guardianes de las pesadillas Uktena. No se mataron unos a otros para soltarla.

Pájaro Atroz meneó la cabeza.

–Ha estado en libertad desde el regicidio que acabas de contemplar. Los Uktena solo capturaron su corazón. Sus zarcillos siempre han tocado a los descendientes de quienes participaron en ese asesinato.

–¿Entonces ha afectado a los Garou todo este tiempo? ¿Desde cuándo? ¿Cuándo ocurrió este regicidio?

–Antes de la Asamblea Pangaiana. Antes de la Letanía. Es la Astilla-de-Corazón, la herida que no se curará, la cicatriz que separa a los hermanos. Pudre todos los corazones Garou, escondida detrás de la rabia. No puede causar odio, pero lo fortalece y convierte unas disputas insignificantes en venganzas.

Evan sintió que le flaqueaban las piernas con la enormidad de la revelación.

–No puedo luchar contra esto. Nadie puede.

–Eres el Curandero-del-Pasado. Debes rectificar las cosas. Debes expiar los errores de tus ancestros.

–¿Pero cómo? ¿Cómo luchas contra una neblina incorpórea?

–Golpéala en el corazón.

Evan gimió de angustia. Se volvió para dirigirse a las apariciones, pero se habían marchado. El paisaje nevado de la Penumbra, ahora sin pinos, se extendía hasta el horizonte monótono en todas direcciones. Una neblina verde estaba suspendida a lo lejos, inmóvil, esperando a que él se marchase.

Mari corría como un rayo por la tundra, ignorando el creciente dolor de la fatiga en sus miembros. A lo lejos, vio la diminuta manchita del fomor, que se alejaba rápidamente de ella. A juzgar por la cantidad de humanos que había reunido, Mari se imaginó que la base de Pentex debía de estar en las cercanías. Tenía que alcanzar al fomor antes de que pudiera pedir refuerzos.

La manada del Río de Plata seguía detrás de ella, a unos cuatrocientos metros de distancia, con Ojo-de-Tormenta a la cabeza. La Garou nacida lobo estaba más acostumbrada que los demás a correr largas distancias, pero incluso ella empezaba a sentir la extenuación; Mari podía saberlo por los ocasionales pasos vacilantes que daban ella y los otros. No se permitió especular sobre lo que sucedería si fueran atacados en masa antes de que se pudieran recuperar.

Muy por delante, la silueta que se movía a toda velocidad se paró. Mari sintió que un escalofrío le recorría los nervios mientras cogía más velocidad. Con sus ojos mejorados de lobo, pudo ver que pataleaba, que le daba golpes a algo. La motonieve. Se había averiado o se había quedado sin gasolina. El fomor se giró, vio a los Garou que lo perseguían y entonces echó a correr, en la misma

dirección que antes, pero ahora a pie.

Era solo cuestión de tiempo. Si antes había sido el fomor el que había ganado velocidad y se había alejado de ellos lentamente, ahora eran ellos quienes se le aproximaban, y más rápido esta vez. Las cuatro patas y el físico de los lobos, diseñados para la persecución, superaban ampliamente las dos piernas del fomor. Además, las heridas estaban empezando a hacer mella en él; aflojó el paso enseguida, jadeando.

Entonces el horizonte se encendió. Una enorme bola de fuego estalló desde la tierra, soplando en el aire y su temperatura envió una oleada de aire caliente que incluso Julia, la rezagada del grupo, pudo sentir en la piel.

La fuerza de la explosión derribó al fomor. Mari parpadeó y siguió corriendo.

La enorme nube de fuego y humo se hinchó, oscureciendo el cielo. Mari olfateó el aire. Aceite quemado. La base debía de estar delante; probablemente fuera una refinería de petróleo. Algo la había hecho explotar.

Mari estaba tal vez a unos doscientos metros del fomor. Este se levantó tambaleante, echó a correr otra vez y de repente desapareció de la vista. Mari se dio cuenta de que el suelo que tenía por delante descendía abruptamente y creaba un valle que no había visto desde lejos. Siguió corriendo y acortó la distancia en unos segundos.

Resbaló al borde de la pendiente y aflojó el paso lo justo para estudiar el paisaje antes de entrar en él. Luego se deslizó por la cuesta, siguiendo las pisadas del fomor.

Delante, esparcidas por lo que parecía un cráter de alrededor de kilómetro y medio de diámetro, numerosas naves arrojaban humo desde su interior y todas sus ventanas y puertas estaban rotas. Una gigantesca torre esquelética, en el centro del cráter, pareció fundirse ante los propios ojos de Mari; el violento fuego salía de un agujero debajo de la torre, en el suelo.

Pero aquella no era la imagen más impactante. La nieve estaba negra de hollín. Aquí y allá, en todos los puntos donde el hollín no se había asentado todavía, la sangre cubría todo el fondo del cráter. Cuerpos humanos, más empleados de Pentex, yacían esparcidos por

todas partes, cortados en pedazos por alguna zarpa enorme. Mari pudo ver de un solo vistazo que la zarpa de cinco uñas que había causado aquellas heridas era más grande que cualquier zarpa Garou que hubiera visto nunca.

El fomor estaba parado al pie de la base, a menos de veinte metros de Mari, temblando de miedo o de rabia; Mari no podía saberlo desde detrás. Obviamente, no se había esperado aquello.

Mari cambió a la forma de batalla y se detuvo a unos pocos metros de distancia, levantó ambas manos y apuntó con las zarpas al fomor. La intención inicial de la persecución, detenerle antes de que pudiera avisar a la base ya no era en absoluto relevante, pero desde luego no tenía intención de dejarlo con vida.

El fomor se dio media vuelta y silbó, al tiempo que daba un paso adelante para pelear. Ella gruñó y lanzó las zarpas. Las uñas salieron de sus dedos como avispas y arremetieron contra el asombrado fomor, buscando las zonas blandas, donde su caparazón era débil. Entraron violentamente en su carne y se clavaron hasta el fondo.

El fomor jadeó, sorprendido e indignado y cayó muerto. Su cuerpo levantó una nube de cenizas y sangre al golpear el suelo.

La manada del Río de Plata trotó hacia Mari, mirando a su alrededor, buscando con el olfato a cualquier enemigo que siguiera con vida. Mari meneó sus dedos sangrientos mientras empezaban a crecerle uñas nuevas. El proceso picaba un poco, pero era una pequeña concesión a cambio de disfrutar de aquel poderoso favor de los espíritus de las avispas.

–¿Qué diablos ha ocurrido aquí? –preguntó Julia.

–Algo los ha atacado –dijo Mari–. Algo grande.

–¿Dónde? –dijo Ojo-de-Tormenta, mientras olfateaba intensamente el aire–. No puedo encontrarlo.

–Yo tampoco oigo ni huelo nada –dijo Mari–. Pero tengo una teoría. Vamos, agarraos a mí.

La manada del Río de Plata entendió de inmediato sus intenciones y cada uno de ellos estiró la mano para agarrarse a un brazo o a un mechón de pelo. Mari los arrastró con ella a través de la Celosía, al mundo espiritual.

El paisaje era la misma escena de carnicería, pero en lugar de

humanos muertos, los restos efímeros de las pesadillas manchaban el suelo ennegrecido. El fuego todavía ardía, porque las naves y la torre tenían presencias en la Umbra.

–Esto no va bien –dijo Julia–. No es fácil hacer que los edificios nuevos se muestren en la Umbra. Normalmente se necesitan Arañas del Patrón para hacerlo.

–No veo ninguna señal del trabajo de la Tejedora –dijo John Hijo-del-Viento-Norte.

–Pero hay un montón de señales del Wyrn –añadió Grita Caos–. Por todas partes. Ese no es fuego natural.

El fuego brillaba con un color verde en la Umbra. Era más débil que en el mundo material, pero todavía se consumía en un cráter gigante.

–Fuego diabólico –escupió Carlita.

–No os acerquéis más –dijo Mari–. Es venenoso.

–Y radiactivo –añadió Julia–. Altamente mutagénico. Cuanto antes nos marchemos, mejor. No tenemos ninguna forma para apagarlo. Para eso necesitamos espíritus.

–De acuerdo, rastreemos el perímetro –dijo Mari–. Tal vez encontremos alguna pista de nuestro misterioso benefactor.

Todos asintieron y la siguieron mientras caminaba alrededor del complejo en un amplio círculo. Pudieron ver que los edificios salían de la torre central. Unas cañerías que salían de la torre entraban en todas las naves, algunas de las cuales eran evidentemente barracones, mientras que otras parecían edificios administrativos o laboratorios. El recinto parecía una explotación petrolífera, pero resultaba obvio que allí se estaba haciendo algo más.

–Están extrayendo Fuego diabólico –dijo Julia–. Lo están sacando de ese foso de la Umbra y lo están transfiriendo al mundo material utilizando algún tipo de tecnología.

–¿Y para qué diablos lo están haciendo? –preguntó Carlita.

–Para crear fomori, supongo. Tal vez algunas pesadillas especiales, también. Mirad estos cuerpos. –Julia dio una patada con la zarpa inferior a uno de los cuerpos de las pesadillas–. Normalmente se disuelven, se reforman en una cloaca en alguna parte. Pero estos no. Estos están muertos de verdad.

–Parecen un tipo de híbrido avispa-pájaro –dijo Grita Caos.

–¡Chsssss! –dijo Mari, al tiempo que levantaba la mano para hacer que todos se callaran. Se quedaron en silencio y escucharon con ella, estirando las orejas para poder oír. Mari señaló un punto fuera del complejo, hacia el borde del cráter–. Por allí. Una respiración. Algún tipo de animal. Aunque es débil.

Caminó cautelosamente en dirección a donde había apuntado y le hizo un gesto a la manada del Río de Plata para que se desplegara detrás de ella en ambas direcciones. Grita Caos y John fueron hacia la izquierda, mientras que Carlita y Ojo-de-Tormenta fueron hacia la derecha. Julia se quedó con Mari.

Mari se detuvo y señaló un rastro de sangre mezclada con el hollín caído. Conducía hacia una cuesta, hacia el borde del cráter. Mari avanzó y levantó lentamente la cabeza por encima del borde, mientras buscaba con la mirada cualquier señal de movimiento. El rastro de sangre torcía hacia un terraplén. Ahora el sonido de la respiración era más alto y venía de detrás del terraplén.

Mari condujo a la manada del Río de Plata hacia el borde y se desplegaron por la nieve, acercándose al terraplén desde dos direcciones distintas. Mari, Julia y Carlita cogieron la derecha, mientras que los demás lo hicieron por la izquierda.

Cuando Mari se acercó al borde, se arrastró lentamente, intentando no asustar a lo que fuera que estaba allí escondido. Se detuvo, asombrada por lo que vio y levantó una mano para que los demás se detuvieran. Luego dio un paso adelante, cautelosamente.

Un oso gigantesco, de tamaño prehistórico yacía en el terraplén, su cuerpo hecho trizas por mil pequeños cortes, de los que manaba sangre lentamente. Su respiración era como un fuelle enorme, aunque un profundo estertor delataba que estaba muriendo.

Sus ojos se abrieron débilmente cuando Mari se acercó y luego se volvieron a cerrar. Pareció reunir fuerzas, se irguió, se sentó y se apoyó contra el terraplén, con los ojos otra vez abiertos. Sin duda, era una hembra.

Cuando la osa se movió, Julia contuvo un gritito de asombro. Aunque la osa estaba sentada, su cabeza todavía se alzaba medio metro por encima de ellos, que estaban en sus formas de batalla.

–Acercaos, hijos-de-lobo –dijo la osa.

Ojo-de-Tormenta avanzó, sin vacilar, con reverencia. Se inclinó ante la osa, que sonrió y en respuesta le hizo un débil gesto con la cabeza.

Mari ladeó la cabeza, confundida. Miró al resto de la manada del Río de Plata, pero todos se encogieron de hombros. No sabían quién era la osa, pero Ojo-de-Tormenta sí parecía saberlo.

–Me queda muy poco aliento –dijo la osa–. He herido a Astilla-de-Corazón. No podrá golpear directamente, pero envenenará los corazones de vuestra gente y los enemistará. Cuando golpee vuestros corazones, debéis golpear el suyo.

La osa resolló de manera horrible y volvió a cerrar los ojos, mientras soportaba una oleada de dolor en los pulmones. Respiró profundamente unas pocas veces y luego volvió a abrir los ojos. Paseó la mirada por los Garou y la posó en Mari; la miró fijamente, como si estuviera preparando un desafío.

–Cuando me haya ido, coge uno de mis dientes. Haz una cuerda con uno de mis tendones y cuelga el diente de ella. Id a donde el diente os indique y oponed resistencia allí. –Tosió un goterón de sangre, que se derramó por su pecho–. No hay tiempo. No hay tiempo. Busca en mi pelaje, debajo de mi oreja.

Mari avanzó, cautelosamente. La osa no se movió, sino que se quedó a la espera. Mari buscó detrás de la oreja que le había indicado, la izquierda, y la recorrió con los dedos. El pelaje era grueso y largo, pero encontró algo duro enredado en él, como una nuez.

–Sí –dijo la osa–. Es eso. Córtalo de mi pelaje. Lo he llevado toda mi vida. Cuando todo acabe, debes enterrarlo en la tierra, en el sitio adonde os lleve mi diente.

Mari asintió y tiró del pelaje, cortándolo con las uñas. Le llevó un momento, pero la concha dura se soltó. Mari la levantó, girándola en la palma de su mano y luego se la metió en el bolsillo.

La osa gruñó ruidosamente y clavó los ojos en los de Mari.

–¡No lo olvides! Lo demás no importa. –Hizo una mueca de dolor, contuvo la respiración y luego miró a cada uno de ellos–. Acercaos. Debo... limpiaros de la mancha de la Garra.

Grita Caos miró inquieto a Mari, pero ella le hizo un gesto de

asentimiento con la cabeza. Él se acercó y la osa le pasó por la cara su lengua enorme y áspera. Se tambaleó hacia atrás y pareció desorientado. Meneó la cabeza y miró a los demás, sonriendo, mientras les hacía un gesto con la cabeza.

Uno a uno, todos se acercaron, Mari incluida, y dejaron que la osa les pasara la lengua por la cara, como una madre que limpia a sus cachorrillos.

Cuando terminó, la osa dejó escapar un gemido suave y su cabeza cayó pesadamente. Sus ojos se cerraron con lentitud y de su garganta salió un estertor escalofriante. Su respiración se detuvo y no se volvió a mover.

Ojo-de-Tormenta aulló de dolor. Transformó su angustia en el Aullido de Partida, una honra por los héroes caídos. Los demás se unieron también. No sabían a quién estaban elogiando, pero a todos les había conmovido la majestuosidad y gracia de la osa y Ojo-de-Tormenta estaba sin duda muy emocionada.

Una vez que el aullido perdió fuerza y se convirtió en unos ecos que se perdieron en la nieve, todos miraron a Ojo-de-Tormenta, expectantes.

La loba dio un paso adelante y restregó el hocico contra la pata de la osa, como si esperase ser golpeada. Se dio media vuelta para mirar a sus compañeros de manada y a Mari.

–La hemos perdido. La Más Anciana de los Osos. La más anciana de los Hijos de Gaia. La última de entre los que presenciaron el Amanecer.

John Hijo-del-Viento-Norte dejó escapar un grito de pesar. Cerró los ojos, conteniendo unas repentinas lágrimas, y cerró los puños con fuerza.

–He oído las leyendas. No sabía... No pensaba que fueran verdad.

Mari asintió lentamente, al recordar.

–Yo también las he oído. La más anciana de los hombres-oso Gurahl. Se supone que tiene mil años.

Ojo-de-Tormenta gruñó.

–Más. La más anciana de todos.

John asintió.

–Hiberna durante muchos siglos, los suficientes para que la gente crea que se ha ido para no volver. Luego se deja ver otra vez durante un corto periodo de tiempo, antes de volver a dormir. Ha pasado tanto tiempo que pensaba... No esperaba encontrarme con ella. Y desde luego no de esta manera.

–Tenemos que enterrarla –dijo Mari–. Lejos de este lugar.

Mari se acercó al enorme cuerpo e hizo una reverencia ante él.

–Que tu espíritu encuentre su camino hacia la Gran Cueva de tu gente, que ha estado esperando tu llegada mucho tiempo. –Se quedó callada, rezando por el espíritu de la Más Anciana.

Luego Mari dio un paso adelante y pasó el brazo por debajo del hombro derecho de la osa.

–De acuerdo, va a pesar. Voy a necesitar que todos vosotros os juntéis aquí. Creo que combinando nuestra fuerza lo conseguiremos.

La manada del Río de Plata se reunió a su alrededor. Cada uno eligió una parte del cuerpo para levantarla. Mari contó hasta tres y tiraron de ella. Incluso con todas sus fuerzas tuvieron problemas para levantar el enorme bulto. A pesar de todo, lo consiguieron. Mari hizo un gesto hacia la tundra, lejos de la base de Pentex y empezaron a caminar, llevando su carga sagrada.

Media hora después, una vez que la nube de humo dejó de verse, Mari ordenó que se detuvieran. Bajaron cuidadosamente el cuerpo y luego se tiraron al suelo, relajando los músculos y respirando profundamente.

–¡Es la cosa más grande que he visto nunca! –dijo Grita Caos.

–No –dijo Carlita–. Hay muchos más que son más grandes.

Pero ninguno trabaja de nuestra parte.

–De acuerdo –interrumpió Mari, recuperando el aliento–.

Contemos hasta cinco. Luego nos la llevamos con nosotros de vuelta al mundo material. Allí cavaremos una tumba.

–¿Y ella querría realmente una tumba? –preguntó Julia, mirando a Ojo-de-Tormenta.

–Sí –contestó John, respondiendo antes de que Ojo-de-Tormenta pudiera hacerlo–. Los Gurahl son muy ritualistas. Se dice que ellos enseñaron a los humanos su primera religión: el culto al oso. Las tumbas humanas más antiguas están asociadas a ritos de

osos. Según lo que sabemos, ella es quien enseñó a nuestros ancestros humanos a conocer a sus espíritus ancestros.

Ojo-de-Tormenta gruñó y meneó la cabeza.

–No ancestros humanos.

–Tu sangre Garou tiene un poco de legado humano –dijo Grita Caos– tanto si te gusta como si no.

Ojo-de-Tormenta volvió a gruñir y abandonó la conversación.

Tras unos pocos minutos de descanso en silencio, Mari indicó que ya estaba lista. Se reunieron de nuevo alrededor del cuerpo y esta vez siguieron a Mari a través de la Celosía, de vuelta al mundo material, sin repararse de la Más Anciana mientras lo hacían.

Examinaron los alrededores con la mirada. La tundra virgen se extendía por todas partes.

–No será fácil encontrar nuestro camino de vuelta –dijo Mari.

John resopló.

–Debes de estar tomándome el pelo, ¿no? Capitalinos...

Mari sonrió.

–Ah, sí, tenemos un Wendigo con nosotros. Estoy segura de que tú puedes encontrar tu camino en este paisaje nevado y monótono, pero nosotros no podemos.

–Entonces seguidme. Cuando hayamos acabado aquí, claro.

–John miró el cuerpo de la Más Anciana con pesar.

Ojo-de-Tormenta arañó el barro. Estaba endurecido y sería difícil cavar en él.

–Mucho tiempo para cavar –dijo.

–Tal vez deberíamos buscar piedras –dijo Julia–. Construir un túmulo.

–Sí –asintió John–. Eso sería más tradicional en este sitio.

Se separaron y rastrearon los alrededores, buscando piedras debajo de la nieve. Mari se quedó junto al cuerpo, vigilándolo por si acaso a alguna criatura le daba por aparecer para despojarlo. Luego llevó a cabo su tarea, la última petición de la Más Anciana.

Mari abrió las mandíbulas de la osa y metió la mano. Dio un tirón con todas sus fuerzas y finalmente consiguió soltar un diente. Se lo metió en el bolsillo y fue hacia las piernas. Despacio, cuidadosamente y con respeto, empezó a cortar un tendón largo y curtido. Era fuerte

como un cable de acero, pero tan flexible y delgado como un hilo. Lo ató alrededor del diente y se lo colgó del cuello.

Un rato después, los demás volvieron con los brazos cargados de piedras y empezaron a apilarlas alrededor de la osa. Su fuerza Garou les permitió transportar trozos grandes de esquisto; una hora después, el enorme cuerpo estaba completamente cubierto de piedras, una pequeña montaña en aquella llanura por lo demás vacía.

Se quedaron de pie, con las cabezas inclinadas, rezando en silencio.

Mari miró a John, que asintió y cambió a su forma de lobo. Echó a correr hacia la tundra. Mari también cambió a la forma de lobo para seguirlo, igual que el resto de la manada del Río de Plata.

Corrieron tan rápido como pudieron, mientras buscaban a sus compañeros Garou, esperando que en su ausencia no hubiera ocurrido nada más.

Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte miró hacia abajo, desde lo alto del paso de la montaña y examinó las tiendas de campaña y las siluetas de lobos, hombres y formas intermedias que se movían por el atestado y amplio valle de abajo. Se detuvo y respiró, apoyándose en su bastón con cabeza de cobra. Intentó calcular cuántos Garou estaban reunidos abajo, pero lo dejó enseguida; había demasiados para conseguir contarlos o incluso para llegar a una aproximación. El ejército del margrave era poderoso, el más grande que Mephi había visto en su vida. Sintió una punzada de aprensión en las tripas cuando pensó en ello. Así que aquí está realmente, como el Fénix dijo.

Mephi meneó la cabeza con tristeza y siguió bajando por la senda espiral, hacia el valle. Odio ser el portador de malas noticias...

Unos violentos graznidos estallaron por encima de su cabeza.

Se detuvo y vio a tres cuervos que volaban en círculos en lo alto, vigilándolo.

–¡No pasa nada! –gritó Mephi–. ¡Konietzko me conoce!

Los pájaros volvieron a graznar y se marcharon revoloteando; descendieron por el valle y aterrizaron en el exterior de una gran tienda de campaña que estaba en el centro. Mephi ya no podía distinguirlos desde lejos, así que siguió andando, con el bastón sobre el hombro.

Cuando llegó por fin al valle y puso un pie sobre su suelo negro, dos enormes Garou salieron de unas grietas escondidas a cada lado de Mephi y le apuntaron con unas lanzas afiladas.

Levantó las manos, que todavía sostenían el bastón.

–¡Eh, chicos! Ya les he dicho a los cuervos que soy amigo.

–¿Quién eres? –preguntó uno de ellos.

–Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte, Caminante Silencioso.

Ayudé al margrave durante el asunto de Jo'cllath'mattric. ¿Recordáis?

Bajaron las lanzas pero no mostraron ninguna señal de que se alegraran de verle.

–Te recordamos, nómada –dijo uno de ellos en tono frío. Miró a Mephi de pies a cabeza, desde la coleta larga y negra hasta su guardapolvo de piel, vaqueros desgastados y botas de montaña raídas. Sus ojos se detuvieron un momento cuando vio los brazaletes de oro que Mephi llevaba en las muñecas, que se veían bajo las mangas de su guardapolvo. Daba la impresión de que estaba juzgando a Mephi y de que no le gustaba mucho lo que veía, pero asintió de todas formas.

–Puedes pasar.

–Magnífico –dijo Mephi con una sonrisa sarcástica–. Ahora, ¿podéis decirme cuál es la tienda del margrave?

–La del centro del campamento. Es evidente.

–Vale. Bien. Me voy hacia allí. Hasta luego.

Mephi empezó a caminar y miró hacia atrás para asegurarse de que los guardias daban el visto bueno al plan que les había dicho. Ya habían desaparecido dentro de las oscuras grietas. Él se encogió de hombros y se adentró en aquel lío de tiendas de campaña y Garou mezclados.

Por lo que había visto durante su caminata descendente, el campamento estaba desplegado en un gigantesco semicírculo, que partía desde una tienda de campaña central, que era a la que se habían dirigido los cuervos. Se imaginó que aquel era el cuartel general del margrave. Detrás de aquella tienda había un campo enorme, probablemente para reunir a las tropas. Delante y a cada lado de la tienda, hileras de tiendas de campaña con caminitos entre ellas se extendían en semicírculos. Banderas y estandartes colgaban de lo alto de algunas tiendas. No había podido distinguirlos desde arriba, pero ahora podría usarlos para guiarse, porque muchos llevaban los pictogramas de una tribu o un clan renombrado.

Mientras se abría paso por los caminos, esquivó unas cuantas peleas. Los Garou se abatían y luchaban los unos contra los otros, derramando sangre de vez en cuando, hasta que uno se rendía y aceptaba el dominio del otro. Tantos Garou no se podían reunir en un sitio sin que estallaran las peleas. Lo mejor era dejarlos que se entretuvieran como quisieran.

Al esquivar a los guerreros contendientes, se coló dentro de algunas tiendas y tuvo que saltar por encima de literas, sacos de dormir y algunos fetiches cuidadosamente envueltos y guardados. No perdió tiempo en examinarlos, porque sabía que si le veían hacerlo sólo lo podrían acusar de ser un ladrón. Así que siguió andando, intentando no llamar la atención. Por suerte, la mayoría de los Garou que estaban allí estaban ocupados vigilando que las manadas determinasen la jerarquía social, a la espera de ver cuál de ellas demostraba ser la líder cuando finalmente el grupo de guerra tuviese que partir.

Por supuesto, los asuntos del rango individual entre los miembros de la manada serían los que decidiesen en última instancia. Sin embargo, aquellos que tenían el mismo rango, tenían que decidir dónde se quedaban en relación a sus iguales. Como Mephi pudo oír claramente, no era solo el combate lo que decidía el dominio. También se declaraban muchos desafíos sobre el arte de la caza. Quería quedarse y escuchar unos cuantos, pero lo llevaba allí un asunto más apremiante. Siguió andando, dirigiéndose hacia el centro.

Muchas manadas eran de una sola tribu, pero un número

sorprendente de ellas estaban compuestas de varias tribus. Eso significaba que los estandartes, que señalaban las tiendas de campaña de los líderes tribales, no eran la única representación de aquellas tribus. Un ejército muy diverso, pensó. Será una jugada tener que dirigirlo. Pero si alguien puede con ese desafío, supongo que ese es el margrave.

Finalmente atravesó los círculos y llegó a la tienda principal, marcada con las señales de las garras en forma de cruz sombreada de los Señores de las Sombras. Era una tienda de campaña militar enorme, del tipo de las que se usan para albergar una gran operación logística. Todos los laterales estaban atados y ocultaban el interior. Uno de los cuervos que lo había estado espiando en el paso estaba sentado en lo alto de un mástil, vigilándole mientras Mephi cruzaba el camino hacia la entrada.

Había un Señor de las Sombras al lado de la lona de la puerta, vestido a la vieja usanza, con el traje típico real del este europeo. Miró a Mephi con los ojos medio entornados.

–Saludos –dijo Mephi, haciéndole media reverencia–. Soy Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte. Traigo noticias para el margrave.

–Te está esperando –dijo el hombre, mientras apartaba la lona a un lado.

Mephi asintió y entró.

Cinco Garou estaban reunidos alrededor de una mesa central, señalando cosas en un mapa. La sala estaba llena de mesas, sillas y armas. La mayoría de los puestos estaban vacíos; solo los cinco Garou estaban presentes. Tres de ellos, dos hombres y una mujer, se volvieron para mirar a Mephi, mientras otra mujer hablaba con un hombre grande de pelo blanco, vestido con pieles negras. Los ojos del hombre se movieron y se clavaron en los de Mephi. Su cara no mostraba ninguna señal de reconocimiento, pero Mephi tenía la marcada sensación de que le había visto y reconocido.

–Margrave –dijo Mephi, clavando una rodilla en el suelo y haciendo una profunda reverencia.

–Más-Rápido-que-la-Muerte –dijo Konietzko–. Me alegro de volver a verte.

Los otros Garou empezaron a cuchichear entre ellos, mirando a

Mephi.

–No habléis todos a la vez –dijo Mephi, al tiempo que se volvía a levantar, con una sonrisa que esperaba que interpretaran como de desaprobación–. No hace falta que habléis todos en mi nombre.

Los Garou se quedaron callados, vigilándole con miradas astutas.

–Ejem –dijo Mephi–. Traigo malas noticias, margrave. Es sobre el rey Albrecht y... asuntos más importantes.

La cabeza del margrave se ladeó ligeramente, una señal que Mephi se imaginó que en cualquier otra persona habría sido una reacción tardía de sorpresa. El margrave se giró hacia la mujer con la que había estado hablando.

–Llama a la reina Tvarivich –le dijo.

Sin vacilar, la mujer asintió, pasó al lado de Mephi y salió de la tienda. El margrave se giró hacia los otros.

–Continuaremos con nuestra estrategia después. Primero necesito exploradores que encuentren ese camino de luna. Si no se puede encontrar, necesito Theurge que lo fragüen.

Mephi arqueó las cejas. Que los chamanes tuvieran que ordenar a los Lunas que construyeran caminos de luna significaba que había algo lo suficientemente importante para arriesgarse a irritar a los espíritus de la luna de mercurio.

Los Garou asintieron y salieron de la tienda, susurrando entre ellos de nuevo.

El margrave señaló una silla de madera.

–Por favor, siéntate, Mephi. Has venido desde lejos, puedo asegurarlo.

Mephi aceptó el ofrecimiento y se acomodó en la silla. Estaba bien poder relajar por fin los músculos de sus piernas.

–Gracias, margrave. Te lo agradezco mucho. –Al lado de la silla había una pequeña mesa con un jarro de agua y tres copas de madera–. ¿Puedo?

–Por supuesto. Sírvete tú mismo lo que necesites. Cuando hayas transmitido tu mensaje, ordenaré que te preparen la cena.

–Konietzko se sentó en una gran silla de madera de respaldo alto, cuajada de rubíes y ópalos negros.

La lona de la puerta se abrió y la reina Tamara Tvarivich entró. Llevaba una capa blanca con los bordes de piel y una chaqueta negra de piel, pantalones y botas. Hizo un breve gesto con la cabeza hacia Konietzko y luego se detuvo delante de Mephi, que empezó a levantarse. Con la mano le indicó que siguiera sentado, luego cogió una silla que tenía cerca, la acercó y se sentó.

–Es muy interesante que hayas venido en este momento –dijo, mirando a Mephi con curiosidad.

Mephi esperó a que continuase, pero ella no dijo nada más.

–¿En serio? ¿Cómo es eso?

–Primero háblame de Albrecht. ¿Está bien?

–Bueno, era justamente eso. Nadie lo sabe. No ha vuelto todavía al protectorado de Tierra del Norte. Dicen que su puente de luna se derrumbó antes de que llegara.

Tvarivich silbó.

–Lo sospechaba. Desde nuestro extremo sabíamos que había pasado algo, pero no sabíamos si él había conseguido llegar antes de que sucediera. ¿Y nadie lo ha visto en la Umbrá?

–No. Está desaparecido. Tierra del Norte me ha pedido que me entere si vosotros habéis oído algo, pero la Jarlsdottir estaba segura de que no. Vengo de su clan.

Tvarivich, con el ceño fruncido, miró a Konietzko, cuyo rostro no reflejaba ninguna emoción.

–Me temo lo peor. Si Albrecht no viene con refuerzos, tendremos que llevar a cabo tus planes iniciales. Son más... temibles.

–No necesitamos al rey Albrecht para conseguir la victoria –dijo Konietzko–. Sus fuerzas nos permitirían sufrir menos bajas, pero ganaremos de todas maneras.

–Malditos sean estos días –dijo Tvarivich. Volvió a mirar a Mephi–. ¿Qué sabes de los misterios de la muerte Garou, Caminante Silencioso?

–¿Yo? No mucho. Todo el mundo está convencido de que mi tribu está obsesionada con la muerte, pero eso es porque nuestros ancestros no están... –Mephi hizo una pausa, con una expresión agria en el rostro. Parecía estar recordando algo, una experiencia amarga–. No están disponibles. Vosotros podéis contactar con los vuestros; los

nuestros se han ido.

Tvarivich asintió.

–Sí, lo sé. Yo soy cabeza del Sacerdocio de Marfil. Buscamos los secretos de la muerte, el misterio de superarla, como lo aprendió el Primer Lobo, el Colmillo Plateado que rescató a Gaia de la muerte.

–Sí, he oído esa leyenda. Me hace gracia que todas las tribus se apropien del primer lobo. –Mephi levantó las manos en un gesto de tregua al ver el ceño fruncido de Tvarivich—. Lo admito, tu tribu es probablemente la que tiene más derecho a reclamarlo. Aquí no hay ninguna competición. ¿Pero por qué me preguntas todo esto? Es un tema bastante delicado en este momento.

–Eres el único Caminante Silencioso que hay en el campamento. Tenía curiosidad por saber si habías sentido la puerta abierta.

–¿La puerta?

–Una puerta que hay en el camino que recorren los ancestros entre la muerte y la recuperación en los reinos ancestrales. Un camino secreto, que ningún Garou vivo ha recorrido nunca. Mi orden ha jurado recorrer ese camino y regresar para hablar de él.

Mephi miró a Tvarivich, como si le estuviera tomando la medida.

–¿Y estás segura de que eso es inteligente? Si ningún Garou va allí a menos que esté muerto, quizás sea eso lo que quiere Gaia.

–Como todo lo demás desde el Primer Amanecer, los propósitos de Gaia con la muerte se han pervertido. Nuestra orden busca restaurarlos.

–¿Ahora? Tienes a casi todo tu clan fuera, viviendo en tiendas de campaña, mientras esperan la gran batalla. Este no parece que sea el momento oportuno para aventurarse por caminos que se supone que ningún Garou conoce.

Tvarivich suspiró y bajó la mirada.

–Sí y eso me fastidia. ¿Por qué se ha abierto esa puerta ahora? Lo he notado y he adivinado que está abierta, pero está lejos de aquí. Temo que nunca llegaré a conocer la respuesta al único misterio que siempre he perseguido. Pero así es el destino. El mío es la batalla. Que así sea.

Mephi miró a Konietzko mientras ella decía esto último y vio que

asentía ligeramente, como si le alegrase saber dónde descansaban las lealtades de la reina.

–Mira –dijo Mephi volviéndose hacia Tvarivich–. Tú tienes algo que mi tribu no tiene: contacto con vuestros ancestros. Algunos de nosotros daríamos cualquier cosa por ello. Créeme. Pero Gaia está primero. ¿Qué necesidad tienes de ir a buscar algo que ya tienes?

Tvarivich frunció el ceño, pero no parecía sentirse insultada.

–No todos nuestros muertos regresan como ancestros. Hay muchos misterios que descubrir. ¿Y si sus espíritus están atrapados, como tal vez les pase a vuestros ancestros? ¿Cómo íbamos a saberlo a menos que investigásemos esos misterios?

–Yo tuve la oportunidad de romper la maldición de nuestra tribu –dijo Mephi–. Wepauwer, un espíritu poderoso, afirmó haber descubierto el modo. Yo lo rechacé. ¿Por qué? Por esto. –Mephi hizo un gesto hacia la tienda que tenían alrededor–. Está en marcha. Ahora no es el momento de llevar a cabo misiones personales. Tenemos que dejar todo eso a un lado. Por amor a Gaia.

Mephi se levantó y se dirigió hacia Konietzko.

–No he venido solo a traer noticias de Albrecht. He venido a hablaros de mi visión, la razón por la que les di la espalda a nuestros ancestros.

Konietzko se inclinó hacia delante, fascinado. Su silencio era sin duda una señal para que Mephi continuase.

–Fénix me levantó con sus garras. Vi lo que va a llegar, los horrores que están comenzando. El Ojo Rojo. El Apocalipsis.

Konietzko entornó los ojos.

–¿Y qué te mostró Fénix acerca de nuestro destino?

–Todavía no se ha escrito. He visto que el mundo moría porque ningún Garou luchaba por él. Si luchamos, podemos cambiar eso.

Konietzko asintió.

–Así que tengo razón. Nuestro ejército decidirá el resultado de nuestra larga guerra.

Tvarivich se levantó y se dirigió a Konietzko.

–¿Entonces nos vamos a la Cicatriz? ¿Sin Albrecht?

–No veo otra opción estratégica –dijo Konietzko–. Su ejército se reúne allí y se hace más fuerte cada día. El último grupo de

exploradores que regresó afirma que ya son unos quinientos, mientras que nosotros somos trescientos. No podemos esperar a que destruyan los túmulos con un ataque. No se esperan que vayamos a su propia tierra. La sorpresa será nuestra.

Mephi sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. La Cicatriz. Un reino terrible de corrupción total en la Umbral. No solo estaba lejos de allí; era uno de los lugares más infernales que uno se podía imaginar. Allí el enemigo sería más fuerte. Incluso con el factor sorpresa no ganarían mucha ventaja. Ahora entendía por qué quería el margrave caminos de luna: para trasladar al ejército hasta la Cicatriz sin alertar a sus fuerzas.

–Entonces no debemos esperar más tiempo –dijo Tvarivich–. Voy a preparar a mis fuerzas. ¿Ordenarás una asamblea general?

–Sí. Todas las tropas se reunirán en el campo con la primera luna. Allí nos dirigiremos a todos, tú y yo juntos.

Tvarivich se dio media vuelta y abandonó la tienda, haciendo solo un ligero gesto con la cabeza hacia Mephi.

Konietzko se dirigió hacia la mesa del mapa. Habló sin mirar a Mephi.

–Mi ayudante te llevará a tus aposentos. Necesitas descansar. Otro viaje largo comenzará mañana por la tarde.

Mephi hizo una reverencia, aunque no estaba seguro si el margrave la había visto. Cogió su bastón y salió de la tienda.

* * *

Mephi estaba sentado en un afloramiento de piedra que sobresalía por encima del campo, en las montañas que lo bordeaban. Bajó la vista hacia el numerosísimo grupo de Garou congregados allí, organizados en unidades por manada, clan y tribu. El margrave y la reina Tvarivich estaban en otro afloramiento a su derecha, lo suficientemente lejos para que todos los ojos que estaban abajo se dirigieran lejos de Mephi, algo que agradecía. No quería trescientos pares de ojos clavados en él.

Masticaba una pierna de cordero y bebía una jarra de cerveza. Se moría de hambre desde que había llegado, pero no se había

permitido admitirlo hasta haber terminado su trabajo. Ahora se recuperaba comiendo toda la carne que el campamento le proporcionó. Tras la asamblea, se caería redondo en una litera que le dieron los Señores de las Sombras, en una tienda con algunos de los Hijos de Gaia de los Caminantes del Amanecer.

El propio Caminante del Amanecer estaba allí, dirigiendo a aquellos de su clan que querían luchar, que eran más de los que Mephi se había imaginado. La mayoría de los Hijos de Gaia eran pacifistas, que querían luchar en batallas defensivas, pero que casi nunca participaban en guerras supremas. No porque fueran unos cobardes, sino porque creían que el Wyrms se alimentaba de tales matanzas.

El ayudante del margrave dio un paso adelante y aulló, un sonido profundo y resonante que hizo callar a todos los que estaban en el campo de abajo. Mephi estaba impresionado: el chico tenía unos pulmones realmente poderosos. No le extrañaba que fuera el cantor de cuentos favorito de Konietzko.

El margrave avanzó y estudió a la multitud, asintiendo con satisfacción, un gesto que Mephi vio como una forma de elevar la moral mejor que cualquier discurso que pudiera dar.

–Mañana por la noche nos vamos –dijo Konietzko. La multitud respondió con cientos de gruñidos–. Nos enfrentamos con un ejército grande, más grande que el nuestro. Pero perderán. Nosotros ganaremos. ¿Por qué? –Se calló, como si esperase una respuesta de abajo. Antes de que pudiera llegar ninguna, volvió a hablar–. Porque somos Garou. Dejemos que haya diez de ellos por cada uno de nosotros; aun así perderán.

Un griterío enorme, casi ensordecedor, llegó de abajo. El margrave esperó a que se desvaneciera antes de hablar otra vez.

–Nuestro destino es la Cicatriz. Nuestro camino es un camino de luna. Cada unidad tiene al menos un Theurge que guarda el camino, de manera que nadie se quede atrás. Mis mariscales informarán a cada unidad y dejarán claro el papel de cada Garou. Quien no quiera seguir se puede marchar esta noche. Si todavía está aquí mañana y no quiere obedecer, tendrá que responder ante mis mandíbulas.

Otro griterío estalló, este más desperdigado, llevado a cabo solo

por los Señores de las Sombras, la Camada de Fenris y unos pocos exaltados más.

El margrave se hizo a un lado cuando la reina Tvarivich dio un paso adelante.

–Yo dirigiré a la primera tanda –dijo–. Los Colmillos Plateados serán los primeros en derramar sangre.

Estalló un nuevo aplauso, esta vez más sonoro que el anterior, aunque muchos de los que antes habían gritado ahora permanecieron callados. Mephi meneó la cabeza. Las divisiones normales entre las tribus eran evidentes incluso aquí. Era una pena. El margrave y Tvarivich habían hecho un trabajo sorprendente coordinando sus esfuerzos hasta ese momento, mucho mejor de lo que Mephi hubiera apostado en un primer momento. Y que el margrave les cediera a los Colmillos el primer asalto... ¡algo inaudito para la mayoría de los Señores de las Sombras! Eso, más que cualquier otra cosa que Mephi hubiera visto hasta el momento, era una señal evidente de que el margrave era un líder de verdad. Ningún grupo podría seguramente decidir la batalla en un solo asalto, no con todos aquellos factores en contra. Ganarían mucha gloria, pero la victoria la decidiría el margrave, dirigiendo el largo camino.

Mephi se levantó y bajó por la montaña hacia su tienda de campaña. Tenía la intención de acostarse antes de que la multitud bloquease los caminos y estallaran los inevitables últimos desafíos por el dominio.

* * *

La marcha fue larga. Los mariscales del margrave calcularon que les llevaría cinco días llegar a la Cicatriz, utilizando una ruta que habían ideado por caminos de luna, tomando caminos ya existentes y creando otros nuevos mediante lunas vinculadas a fetiches cuando los necesitaran. En teoría, su tortuosa ruta evitaría que el enemigo supiera que se estaban acercando. No les impediría tener muchas salidas por el camino.

Les rondaron varias criaturas del Wyrms que se metían en los reinos gianos más de lo que Mephi había visto nunca. La mayoría de

las criaturas se sorprendieron al ver allí un ejército enorme de Garou; estas criaturas no duraron mucho ni causaron ninguna baja significativa. Otras huían al verlos, lo cual causaba un problema mayor. El margrave ya había designado a varias manadas como cazadoras, que perseguían a estos fugitivos antes de que pudieran alertar al ejército de la Cicatriz, pero les llevaba mucho tiempo regresar a las filas y dividían a las fuerzas.

Siguiendo la petición del margrave, Mephi actuaba como mensajero entre las filas y llevaba las órdenes de los mariscales a ciertas unidades según se lo pedían. Esto le daba algo que hacer durante la marcha y hacía que tuviera que moverse. No le gustaba coger demasiada confianza con una manada o unidad en concreto. Eso siempre hacía más difícil el marcharse cuando llegaba la hora de tener que ponerse a vagar otra vez. Él, como muchos de su tribu, era un solitario, algo que otras tribus pensaban que era indescriptiblemente triste. A pesar de todo, respetaban las habilidades de su tribu como heraldos sin igual.

Al final del quinto día, hicieron una parada y acamparon en un reino claro que era casi demasiado pequeño para acomodarlos. Esta sería la última oportunidad para descansar antes de llegar a la Cicatriz al día siguiente. Tenían suerte de tener aquel claro, incorrupto a pesar de estar próximo al reino del Wyrn. Mephi se preguntó si su apariencia era producto del trabajo de los chamanes de Tvarivich y el margrave. En el ejército había varios chamanes poderosos y les creía capaces de encontrar el único sitio puro en un paisaje por lo demás abandonado por los espíritus gaianos.

No tuvo problemas para dormir; casi nunca los tenía. Una cosa que su tribu había aprendido bien era a descansar donde y cuando podían, porque nunca sabían cuándo llegaría la siguiente oportunidad. No envidiaba a los guerreros inquietos, que estaban demasiado impacientes por luchar y no podían dormir profundamente.

Al despertar, Mephi sintió una punzada de pena melancólica. Aquel claro podía ser perfectamente el último respiro que viese, si le mataban en la batalla. Su papel no iba a ser entrar cargando, pero sería suficientemente peligroso para todos ellos; ninguna zarpa iba a quedar sin manchar.

El ejército salió, dejó el claro y vio cómo el paisaje se hacía más y más tortuoso, podrido y nauseabundo por una corrupción pura. La luna era creciente, casi llena. Una luna llena podía haber sido una gran ventaja para los guerreros Ahroun, pero no se podía hacer nada. Al menos los tejedores de cuentos Galliard como Mephi tenían su luna; las historias que se contasen serían buenas.

El margrave ordenó que se detuvieran cuando la luna alcanzó el pico más alto en el cielo Umbral. El camino de luna se curvaba delante y entraba en un banco de niebla estancada. Los límites de la Cicatriz. Pasado ese punto, seguramente el enemigo les vería. Reorganizaron las posiciones, mandaron a los exploradores a la retaguardia y a los Colmillos Plateados al frente y esperaron la señal del margrave. Todos los Garou llevaban su forma de batalla.

Levantó silenciosamente el brazo y luego lo bajó. El ejército cargó hacia delante sin un solo aullido, absorto en su caza silenciosa, con la intención de derribar al mayor número de enemigos como fuera posible antes de que dieran la señal de alarma.

Mephi estaba en la retaguardia con los exploradores y no podía ver cómo la carga golpeaba al enemigo, pero escuchó los aullidos de victoria mientras cargaban. Unos gemidos y gritos terribles resonaron hasta sus oídos, los gritos del enemigo. A lo lejos, una serie de gorjeos anunciaron la presencia de Danzantes de la Espiral Negra.

La batalla había empezado.

En un tiempo sorprendentemente corto, Mephi y la columna de atrás entraron en los límites de la Cicatriz. Fomori, esmirriados, psicomaquias y Danzantes de la Espiral Negra, todos muertos yacían por todas partes. Unos gritos extraños y llamadas sonaban desde todos los lados a medida que más miembros del ejército de la Cicatriz respondían al ataque. Unas figuras inquietantes se movían en la neblina cerca de Mephi y de la retaguardia, aproximándose.

Un bufido estalló detrás de él. Mephi se dio media vuelta a tiempo de ver un rebaño de criaturas corruptas en forma de cerdos cargando contra él, con los cráneos despellejados que dejaban a la vista huesos, tendones y unos enormes ojos sin párpados.

Mephi invocó un secreto que le había enseñado un espíritu de liebre y saltó en el aire, pasó por encima del rebaño y aterrizó muy por

detrás de él. El rebaño se desperdigó, buscando nuevos objetivos. Mephi corrió hacia ellos desde detrás y les golpeó los cuartos traseros antes de que se pudieran dar cuenta de que estaba allí. Dos cerdos cayeron chillando, pero tres se dieron media vuelta y corrieron hacia Mephi demasiado rápido para que pudiera saltar otra vez.

Sus colmillos le penetraron en la pierna derecha y casi le derribaron, pero él les golpeó; a uno de los cerdos le separó la cabeza del cuerpo y a otro le rompió las costillas. Antes de que el último pudiera volver a cargar, Mephi le aporreó con el bastón y le rompió el cuello.

Avanzó cojeando, apoyándose en su bastón, examinando el campo. Los compañeros Garou estaban acabando con lo que quedaba del rebaño. El paisaje era un suelo destruido, desértico, salpicado de montañas afiladas, geiseros burbujeantes y charcas pestilentes de líquido estancado.

Mientras apoyaba más peso con cuidado sobre su pierna herida, Mephi se dio cuenta de que el paisaje estaba cambiando. Los Garou que se encontraban cerca dejaron de moverse y se quedaron mirando fijamente; se volvieron en todas direcciones, gruñendo intranquilos. Las charcas estancadas se secaron y fueron reemplazadas por pantanos desecados y agrietados, de hierba marrón, muerta. Las montañas se aplanaron, creando una llanura enorme que se extendía más allá del alcance de la vista, en la que crecían rápidamente unas malas hierbas descuidadas.

El color del cielo cambió del púrpura del crepúsculo a un gris pizarra, oscuro; un banco de nubes negras de tormenta creció en el horizonte. Ya no había ninguna señal del camino de luna.

Un chamán Theurge corrió hacia Mephi, mirando a su alrededor con una expresión aprensiva en el rostro.

—¿Te das cuenta de dónde estamos? —le preguntó a Mephi con un susurro ronco.

Mephi miró a su alrededor. No vio ninguna marca que le sirviera para identificar el lugar.

—No.

—Ya no estamos en la Cicatriz. Este es el reino del Campo de Batalla. Estamos en la Llanura del Apocalipsis.

Mephi se quedó boquiabierto, sin habla. Intentó juntar las palabras que expresasen lo que sentía, pero no le vino ninguna a la mente. Aquella revelación era demasiado escalofriante y concordaba perfectamente con la visión que el Fénix le había mostrado. Miró a su alrededor. Los demás también se habían dado cuenta de lo mismo que él y reaccionaban con preocupación o júbilo.

–Tengo que ver al margrave –dijo Mephi.

Se concentró, intentando recordar lo que el leopardo cazador le había enseñado. Se ató el bastón a la espalda y se puso a cuatro patas; echó a correr a gran velocidad, incluso con una pata herida. Pasó como un rayo al lado de unos guerreros Garou que estaban de pie sobre la sangre de sus enemigos muertos, mirando fijamente a su alrededor con curiosidad y se dirigió hacia la unidad de mando del margrave, que estaba rodeada de los guardias Ahroun más duros. Le reconocieron y le dejaron pasar. Aflojó el paso mientras se acercaba al margrave, que estaba escuchando los apresurados informes de sus mariscales. Se giró para mirar a Mephi y levantó una mano, indicando al mariscal que estaba hablando en ese momento que se callase.

–¡La Llanura del Apocalipsis! –dijo Mephi.

El margrave entrecerró los ojos.

–Así que tenía razón –dijo, mirando a su mariscal.

El mariscal miró a Mephi.

–¿Cómo puede ser? Estábamos en la Cicatriz, eso seguro. ¡No hay ningún error!

–¡Lo dice la profecía! –dijo Mephi–. La última batalla se librará en la Llanura del Apocalipsis, en el Campo de Batalla. Es *Este*. La última batalla.

–No –interrumpió el margrave–. Es nuestra *victoria* final, donde derrotamos a nuestro enemigo para siempre.

La hilera de guardias Ahroun se apartaron para dejar pasar a la reina Tvarivich y a unos cuantos de sus Colmillos Plateados. Tenía una horrible cicatriz que le bajaba desde el hombro hasta el estómago; si le dolía, no mostraba señales de ello.

–¿Es cierto? –preguntó–. ¿Es el campo del Apocalipsis?

El margrave asintió.

–¿Dónde están?

Tvarivich señaló hacia la llanura, a una hilera de figuras que se movían a lo lejos.

–Allí. Están en marcha. ¡Les teníamos en las zarpas, maldita sea! Simplemente desaparecieron y luego aquí estábamos. Y ahora están de vuelta, completamente preparados para nosotros.

Mephi miró hacia el ejército que se aproximaba, estirado en una fila a lo largo del horizonte. Superaban con mucho a los Garou. No podía ver claramente su composición, pero adivinó una mezcla increíble de diferentes formas y figuras: fomori y pesadillas de muchos tipos, dirigidos por Danzantes de la Espiral Negra que silbaban.

La Llanura del Apocalipsis

–¡En formación! ¡Posición del Cuervo de Tormenta! –gritó el margrave, al tiempo que saltaba a una roca desde la que el ejército Garou pudiera verle. Señaló con su klaive hacia las fuerzas del Wyrn que se acercaban–. ¡Están en marcha! ¡Les recibiremos con todas las filas en sus puestos! ¡En formación!

Los mariscales corrieron entre los puestos ladrando órdenes a los líderes de las manadas, que a su vez ordenaron a sus compañeros de manada que ocuparan sus puestos de acuerdo a los planes de batalla que habían trazado días antes. "Posición del Cuervo de Tormenta" significaba que se desplegarían dos alas en filas a cada lado del grupo de mando central, con los guerreros más feroces a lo largo del frente y los chamanes detrás de ellos, listos para soltar una tormenta de espíritus vinculados a fetiches. Las alas se desplegarían entonces, "agitándose" hacia fuera a medida que los guerreros avanzasen sobre sus enemigos acosados por los espíritus.

Los Garou corrieron a ocupar sus puestos y se empujaban unos a otros para pasar. Los Señores de las Sombras del margrave entraron en la refriega, empujando a los Garou aquí y allá y asegurándose de que ocupaban los lugares que les habían sido

asignados.

Mephi cojeó hacia el ala izquierda. Konietzko bajó la vista desde la roca y le miró.

–No, heraldo. Te necesito aquí –dijo el margrave–. Debes llevarle mis órdenes a Tvarivich una vez que nos separemos.

Mephi asintió, contento de que le dieran un papel importante. Peligroso, cierto, pero también de peso, un honor merecido. Se dirigió hacia la manada personal del margrave para unirse a ella, en el pico del Cuervo de Tormenta. Los Colmillos Plateados de Tvarivich formaban las garras del Cuervo, preparadas para golpear y avanzar antes de retroceder otra vez para reforzar las filas contra las represalias.

Ahora podía ver detalles del ejército que se aproximaba. Era como una reunión sacada de la lista de los peores enemigos de los Garou: fomori de innumerables castas, que incluían a los ferectoi; furias amargas, pesadillas que se alimentaban de la rabia de los Garou; horribles dratossi en forma de cangrejo; sabuesos ooralath con caparazón; elementales Wyrms, la mayoría de ellos furmlings de fuego diabólico, que eran esencialmente piezas de napalm flotantes; psicomaquias, con su variada colección de espadas, escalpelos y colmillos; y esmirriados, espíritus del asesinato, que se parecían a un ejército de asesinos psicópatas y otras criaturas más bestias. Mephi no podía distinguir las otras formas y se imaginó que estaban entre las muchas criaturas que el Wyrms paría en reinos más allá de la comprensión humana o Garou.

Tras ellos, dirigiéndolos con aullidos de rabia o amenazas, marchaban los Danzantes de la Espiral Negra. Llevaban sus formas de batalla, marcadas por unas horribles deformidades: alas, orejas y morros de murciélago, o miembros de diferentes animales mal emparejados. Sus gritos sonoros hicieron temblar a Mephi. Parecían completamente seguros de sí mismos, más de lo normal incluso para estos locos hombres-lobo.

Mephi miró a Konietzko. El margrave estaba alto y fuerte, impasible ante los gorjeos y gesticulaciones del ejército que se acercaba. Mephi sintió que una oleada de orgullo deshacía su tembleque y supo que, fuera cual fuese el resultado, sería noble. El

margrave ejercía ese efecto sobre los demás. Mephi sabía que parte de su aura de confianza se debía a los dones espirituales de los Señores de las Sombras, pero la mayor parte procedía del mismo margrave. Era un jefe supremo de los Garou; era imposible no sentirse impresionado con solo mirarle.

Tvarivich dio un paso al lado del margrave y señaló una figura situada en las posiciones traseras del ejército del Wyrn.

–¿Le ves? Es Charvas Yurkin. Una vez fue de la Camada de Fenris de Moscú. Servía a la Bruja. Le creíamos muerto.

–Dirige al ejército –dijo el margrave, asintiendo mientras evaluaba aquella figura lejana–. Tal vez sea más poderoso de lo que era la última vez que lo viste.

Tvarivich escupió.

–Aun así caerá bajo la maza.

–No te impacientes tanto. Está muy atrás. No podemos arriesgarnos a hacer una salida hasta allí. Todavía no.

–Reservaré mi rabia para él –dijo Tvarivich, al tiempo que se daba media vuelta para reunirse con sus Colmillos Plateados–. Pero sucumbirá antes de lo que crees.

El margrave no contestó. Mephi vio que sus ojos se dirigían hacia la línea enemiga, estudiándola, ideando ajustes a sus propios planes de batalla. El margrave se inclinó y habló con un mariscal, que inmediatamente echó a correr hacia el ala derecha y cambió las posiciones de diez Garou, volviéndolos a dispersar por la fila. El margrave asintió, satisfecho. Mephi intentó examinar la línea enemiga para averiguar a qué enemigos había visto el margrave para tener que reajustar sus filas, pero para él era todo una confusión de monstruosidades que gritaban.

Las fuerzas del Wyrn estaban a menos de cien metros de distancia. Los Garou estaban quietos, esperando, listos para moverse o recibir la carga basándose en las órdenes del margrave. Konietzko hizo un gesto con la cabeza a un grupo de Señores de las Sombras que tenía al lado y levantaron los brazos, aullando. Su grito retumbó por el cielo. Las nubes de tormenta se congregaron en lo alto y se abrieron para arrojar un torrente de lluvia sobre el ejército del Wyrn. Un rayo cayó en zigzag y atravesó a siete fomori, electrocutándolos en

el acto. Sus cuerpos cayeron al suelo y fueron pisoteados por las fuerzas que seguían avanzando.

Cinco pesadillas de humo diabólico, las masas flotantes de fuego diabólico brillante, se retorcieron e intentaron esconderse bajo los soldados cercanos y al hacerlo los quemaron. La lluvia golpeaba sus cuerpos informes, erosionándolos, arrastrando los trozos por el barro. Una masa histórica de fomori se apartó de la fila; estaban quemados por el intento de los furmlings de buscar cobijo y corrieron hacia la retaguardia. Los Danzantes de la Espiral Negra aullaron y dieron un salto hacia delante, tratando de morder con las mandíbulas a los desertores y obligándoles a volver a la fila. Dos de ellos se negaron y fueron despedazados por las zarpas.

El ejército corrupto aflojó el paso, inseguro. Los Danzantes de la Espiral Negra entraron en las filas mientras ladraban y golpeaban a las vacilantes criaturas del Wyrm, obligándolas a volver a moverse.

Konietzko miró hacia la izquierda, captó la atención de un comandante que estaba allí y asintió. El comandante aulló a su manada y el aire relució delante de ellos. Una silueta tomó forma; era grande y con cuernos, iba a horcajadas sobre un gran caballo y la seguían unas formas más pequeñas, de color blanco y con los ojos de un rojo brillante. El jinete saltó por el campo hacia las fuerzas del Wyrm, con una manada enorme de perros babosos a sus espaldas.

Mephi se quedó mirando con los ojos abiertos como platos. Nunca antes había visto a la Cacería Salvaje. Los Fianna más hábiles podían convocar a aquella fuerza caótica y soltarla contra sus enemigos. La cacería perforó las filas de las criaturas del Wyrm; el cazador golpeaba con su enorme lanza y los perros arrancaban la carne con sus dientes afilados.

Un gran grupo de criaturas cayó al suelo, sorprendido por la repentina carga de la fuerza espiritual. Una horda de otras bestias avanzó para rellenar la fila; cayeron con furia sobre los cazadores, despedazaron a los perros y descabalgaron al jinete, que quedó cubierto al momento por una montaña de criaturas que pedían a voces destruirle.

Mientras el enemigo estaba distraído con aquella estratagema, el margrave soltó otra. Del ala derecha del Cuervo de Tormenta salió un

aullido enorme, que fue respondido por unos gruñidos que venían del cielo. Mephi vio que unos lobos fantasmagóricos se estaban formando allí y a continuación bajaron corriendo para unirse a una carga dirigida por la Camada de Fenris. Las legendarias Hordas del Valhalla, que respondían a la llamada de los parientes de su tótem.

La horda de Garou y espíritus-lobo golpeó la fila de criaturas del Wyrn como un tanque atravesando un muro en ruinas. Muchas criaturas cayeron antes del ataque, pero otras se recuperaron rápidamente y avanzaron.

Los Danzantes de la Espiral Negra se precipitaron hacia delante, tres manadas que respondían al ataque temerario de los Garou. Golpearon y les enseñaron los dientes a los Fenris, luchando a brazo partido y resbalando en los charcos de barro que habían quedado después del diluvio torrencial. La horda de espíritus del Valhalla se desperdigó en lo más profundo de las líneas enemigas, rompiendo su formación y provocando el caos, pero los lobos fueron derribados en seguida. La Camada no pudo avanzar más, pero los Espiral Negra tampoco pudieron hacer que retrocedieran.

El margrave asintió una vez más y liberó las garras del Cuervo de Tormenta. Los Colmillos Plateados de Tvarivich avanzaron, golpearon lo que quedaba del centro del enemigo y derribaron a las pesadillas y los fomori como si fueran hierba delante de un corta-césped. La sangre y el pus rociaron el campo y se mezclaron con la lluvia caída para manchar el pelaje blanco puro de los Colmillos. El suelo se convirtió en un montón fangoso de cuerpos mutilados.

Los Espiral Negra silbaron y gritaron, dando una orden programada y el ejército del Wyrn se retiró; el flanco izquierdo, destrozado, se replegó para formar un recuadro con el flanco derecho, que todavía estaba intacto. Los Colmillos y los Fenris cargaron contra los rezagados y los diezmaron.

Konietzko aulló; su grito retumbó por el campo y provocó que incluso aquellas criaturas que todavía no habían luchado temblasen. Tvarivich soltó una palabrota pero obedeció la orden y llamó a sus guerreros para que regresaran. Se retiraron y se deslizaron en las filas Garou, envolviendo a las garras del Cuervo de Tormenta. Los Fenris también se retiraron, aunque con mayor reticencia y volvieron a formar

dentro del ala derecha.

Mephi intentó contar las bajas. Siete Fenris muertos y once heridos graves. Tres Colmillos Plateados muertos y nueve heridos, ninguno de gravedad. Un triunfo increíble, teniendo en cuenta que los Wyrms caídos llegaban casi a cien. La Cacería Salvaje y los del Valhalla habían desaparecido, pero eran simplemente unas representaciones espirituales; no se les podía destruir del todo.

Mephi estuvo a punto de ofrecer la esperanza de que fuese una batalla rápida, pero se contuvo cuando vio que las fuerzas Wyrms volvían a colocarse. Todavía sobrepasaban a los Garou tres a uno como mínimo, suponiendo que la prole del Wyrms no se guardara ningún as en la manga, como espíritus propios a los que pudieran llamar. Mephi esperaba que esa llamada ya se hubiera producido, que ese ejército fuese todo el que tenían.

Mephi perdió el equilibrio un momento y se apoyó en su bastón para concentrarse. Miró a su alrededor y vio que otros Garou estaban sufriendo problemas similares. Algunos se habían caído. Sus camaradas les ayudaron a levantarse y se arriesgaron a caer ellos mismos cuando un segundo temblor fortísimo sacudió el suelo. Mephi sintió que su estómago se revolvía, no solo a causa del temblor, sino porque sabía lo que iba a ocurrir.

El suelo a su izquierda se abrió de golpe. Algunos Garou cayeron en el agujero abierto. Unos se revolieron para mantenerse agarrados al borde, que se erosionaba rápidamente, mientras que otros se alejaron a saltos del derrumbe. Del hoyo salieron gritos y un tentáculo gris y verrugoso emergió dando zarpazos hacia fuera y azotó a los Garou que intentaban escalar el borde desmigajado.

Mephi soltó una palabrota y miró a Konietzko. La furia del margrave se reflejaba claramente en sus ojos, por lo demás inexpresivos. Gruñó y agitó una mano hacia un grupo de Garou que estaba en el ala derecha y cargaron hacia el agujero. El margrave volvió a aullar y las fuerzas de Tvarivich volvieron a saltar hacia delante, estrellándose contra el repentino avance de las fuerzas del Wyrms. Los Danzantes de la Espiral Negra cargaron en el momento oportuno ya que se aprovecharon del derrumbe del suelo.

Mephi se arrastró hasta el agujero todo lo que pudo y echó una

mirada rápida a su interior. Como temía, las enormes fauces abiertas de un Trueno del Wyrms se cerraron con fuerza, atrapando a los Garou caídos en su garganta. Debían de haber perdido cerca de veinte Garou. Dio un salto hacia delante, agarró a aquellos que todavía estaban colgando y les ayudó a salir del foso.

El contingente enviado rodeó el círculo y comenzó a gruñir y cada uno se arrancó un fetiche que llevaba colgando de una hoja de enredadera del cuello. La ausencia de cualquier otro equipo le reveló a Mephi la identidad del grupo: Garras Rojas, la tribu feral, todos ellos lobos de nacimiento. Soltaron sus fetiches a la vez y la tierra se cerró.

El suelo se hinchó, sellando el agujero. Antes de que se cerrara del todo, Mephi pudo ver una horda de escabrosos elementales de tierra que golpeaban el hocico del Trueno del Wyrms, haciendo que volviera al agujero y descubriendo su escondrijo.

–¡Mephi! –gritó Konietzko. Mephi volvió la cabeza hacia el margrave y corrió hacia él. Konietzko señalaba al campo, donde los Colmillos Plateados estaban luchando contra el avance Wyrms. – ¡Trae a Tvarivich de vuelta aquí! ¡No puede oír mis aullidos!

Sin vacilar, Mephi se puso a cuatro patas y echó a correr por el campo metiéndose en la refriega. «*¡Por fin, algo que hacer!*»

Serpenteó entre los combatientes, esquivó por los pelos los golpes de tentáculos, pinzas y puñales y su velocidad aumentó gracias a los poderes espirituales. Resbaló lo justo para evitar estrellarse contra un sabueso ooralath, pero no pudo evitar sus mandíbulas. Los dientes le sujetaron la cola y dio un grito cuando avanzó hacia delante; los colmillos de la bestia le arrancaron un trozo de la cola. «*Sí ese es el mejor bocado que pueden obtener de mí, lo estoy haciendo bien*».

Saltó por encima de un montón de esmirriados caídos y aterrizó detrás de Tvarivich, que giró sobre sus talones y le miró antes de volver a darse media vuelta y concentrarse en el jefe de los Danzantes de la Espiral Negra, que sin duda había visto a la reina y estaba trabajando para trasladar a su guardia personal en dirección a ella, buscando pelea.

–¡Tvarivich! –gritó Mephi–. ¡El margrave ordena que te retires! Tvarivich le miró con enfado.

–¡No! ¡Mataré a Yurkin! Una vez que él caiga, sus fuerzas se

harán astillas.

–¡El margrave tiene otros planes! –dijo Mephi, al tiempo que estiraba la mano para agarrar a Tvarivich del hombro. Ella se dio media vuelta y le golpeó con su maza. Mephi se tambaleó y cayó, con la mandíbula temblando. Tvarivich se quedó mirándole y respiró pesadamente; la furia se reflejaba en sus ojos. Levantó la maza y vaciló, mientras intentaba controlar su rabia. Echó hacia atrás la cabeza y aulló, la llamada a la retirada.

Los Colmillos Plateados echaron a correr, formaron alrededor de ella y de Mephi y luego se abrieron paso hacia atrás, esquivando los golpes de los Danzantes de la Espiral Negra y los fomori que les perseguían. Mephi iba cojeando al lado de Tvarivich, que echaba chispas mientras miraba hacia atrás, a Yurkin, que se reía de ella a lo lejos.

Mephi se cogió la mandíbula; había evitado que se la dislocara por los pelos. Sin embargo, sabía que con todo lo fuerte que había sido el golpe, ella había contenido casi toda su fuerza. Tenía suerte de estar vivo.

Mientras desaparecían dentro de la línea de defensa Garou, las fuerzas del Wyrn se detuvieron antes de llegar a atacar a la línea entera. Tvarivich cogió a Mephi por el hombro.

–Lo siento, heraldo –dijo, frunciendo el ceño–. Mi necesidad de vengarme me nubló los sentidos.

–Eh –contestó Mephi, haciendo una mueca de dolor cuando movió la mandíbula–. Todos conocemos el precio de la rabia. No es necesario darme explicaciones.

Tvarivich le miró con una sonrisa torcida.

–Eres un alma valiente, Más-Rápido-que-la-Muerte. Vuelve con el margrave y averigua sus próximas órdenes.

Mephi asintió y se fue cojeando hacia el centro, entre la manada de Konietzko. Examinó las filas, intentando averiguar lo que había ocurrido mientras se había ido a buscar a Tvarivich. Gimió consternado cuando vio el ala izquierda. Se había replegado y apretado para defenderse después de aguantar una carga contra la fila y estaba debilitada tras el ataque del Trueno del Wyrn.

Al margrave parecía no importarle. Ordenó que toda la formación

se retirase lentamente. Cuando los Danzantes de la Espiral Negra se dieron cuenta de esto, gritaron de entusiasmo y siguieron echando sus fuerzas hacia delante, enviando una carga desordenada y accidentada contra los Garou. Golpearon al Cuervo de Tormenta y las alas se separaron para dejarles entrar. Fomori, esmirriados y psicomaquias cruzaron exultantes la línea de defensa y se dispersaron entre las posiciones desperdigadas de los Garou.

El margrave aulló e hizo saltar la trampa. Los Theurge levantaron sus fetiches, huevos negros de cuervo y los estrellaron contra el suelo. Empezó a salir un humo que se tragó a los atacantes. Mephi escuchó una cacofonía de alaridos y gritos y vio que los bordes del humo brillaban con las formas de las alas y los picos. Habían liberado a los verdaderos cuervos de tormenta.

Las fuerzas del Wyrn intentaron retirarse y echaron a correr en todas direcciones. Las nubes negras de los cuervos humeantes se pegaron a sus cabezas; les picotearon en los ojos y les arrancaron el cuero cabelludo con sus efímeras garras afiladas. Los Ahroun avanzaron, apretaron sus posiciones una vez más para impedir que las criaturas escapasen y comenzaron a despedazarlas a puñados.

Un gruñido retumbó por el campo. Mephi volvió la vista atrás a tiempo de ver cómo el margrave cargaba hacia delante y sus Señores de las Sombras destrozaban a los Danzantes de la Espiral Negra que se habían acercado demasiado, demasiado confiados en la victoria.

Los Señores de las Sombras acuchillaron a los hombres-lobo deformes, que caían como arbolitos ante un machete. Los Danzantes, perseguidos por una fuerza más poderosa y disciplinada que ellos, recurrieron a su táctica favorita. Uno a uno, los desquiciados lobos gruñeron y gritaron; el poder crudo de la rabia había consumido todo vestigio de su cordura. Los guerreros se volvieron locos, su rabia venció toda razón y se convirtieron en monstruos estúpidos y brutales.

Contra cualquier otro enemigo, habría sido horrible. Pero los Señores de las Sombras, maestros de la manipulación y de las reglas solapadas, habían aprendido hacía mucho tiempo el truco de utilizar aquella furia loca en su provecho.

El margrave se detuvo e hizo un gesto a sus guardias, que invocaron su conocimiento de las tormentas y dirigieron la loca furia de

los Danzantes de la Espiral Negra contra sus propios compañeros de tribu. Perdidos en el frenesí, los Danzantes no tenían ni idea de que ahora se estaban despedazando los unos a los otros. Cada uno se regocijaba en la cruda emoción sensorial de la matanza, creyendo que estaban desmembrando al enemigo, cuando en realidad estaban destripando a sus hermanos y hermanas.

Los Señores de las Sombras se retiraron y esperaron a que sus enemigos se diezmaran unos a otros. El margrave volvió a aullar y soltó a las fuerzas de Tvarivich. Los Colmillos Plateados salieron corriendo como balas, bordearon la enmarañada banda de Danzantes atrapados en su propia furia y entraron en la siguiente fila de pesadillas y fomori.

El margrave aulló de nuevo y la formación del Cuervo de Tormenta se separó y se convirtió en la Tormenta Violenta. Las manadas se separaron y salieron disparadas por el campo, atacando al enemigo en pequeñas unidades, desperdigadas y contra las que era imposible concentrarse con una fuerza significativa. Todas las líneas de batalla habían desaparecido; ahora era un gran tumulto.

Mephi se mantuvo al lado de los Señores de las Sombras, dentro del alcance del oído del margrave. Charvas Yurkin, el general del ejército del Wyrn, se alejó de las fuerzas de Tvarivich y se dirigió hacia el margrave. Sus guardias de élite estaban cuerdos; no recurrían a la rabia, porque sabían que aquel movimiento conducía con demasiada frecuencia al suicidio. Sin duda Yurkin había entendido quién era el verdadero jefe de las fuerzas gaianas y dirigió a sus guardias para interceptar a Konietzko.

El margrave sonrió y Mephi supo que había estado esperando aquello. Había manipulado con pericia al enemigo para que llegara aquel momento, aquella lucha personal. Las dos fuerzas se movieron lentamente por el campo de batalla, acercándose la una a la otra. Los Danzantes locos estaban casi todos muertos, solo unos pocos seguían luchando. El margrave los ignoró. Cualquiera de las otras tribus gaianas terminaría con lo que quedaba.

Mephi observó el campo de batalla. Tvarivich estaba muy lejos, peleando todavía contra el enemigo, inconsciente del golpe del margrave. No le haría ninguna gracia que le quitaran la venganza.

Ahora la lluvia caía ligeramente, era más un chirimiri, aunque en ciertas zonas del campo todavía caían unos fuertes chubascos. El ojo de la tormenta parecía seguir al margrave.

Yurkin se detuvo a cincuenta metros y reunió a sus guardias a su alrededor. Se rió alegremente y sacó un gran trozo de pizarra de una cartuchera. Mephi miró de soslayo y se dio cuenta de que no era pizarra, sino algún tipo de escama de una criatura enorme. Yurkin echó la mano hacia atrás y luego arrojó la escama. Giró por el aire como un gran *frisbee* y chocó contra el pecho de uno de los guardias del margrave. Explotó en cuanto le tocó, no con el estallido de una bomba convencional, sino algo muchísimo peor.

Un agujero en la realidad se abrió allí mismo y se hizo enorme en pocos segundos. Arrastró todos los elementos del paisaje hacia él con una fuerza increíble, como una ventana de avión que explota a gran altitud. Garou, barro, cadáveres e incluso la misma tormenta fueron succionados en su interior.

Mephi clavó su bastón en el suelo y se agarró con fuerza, mientras sentía cómo el empuje de la gravedad intentaba arrastrarle hacia el agujero. En unos segundos, el empuje se detuvo y una forma gigantesca y con espinas apareció en el sitio donde había estado el agujero; un insecto enorme salía del nido.

Mephi gimió y se echó hacia atrás, mientras buscaba desesperadamente al margrave por los alrededores.

El gusano del nexo dio un paso adelante, con la cabeza blindada girando en su largo cuello. El aire relució a su alrededor y se transformó en una nube venenosa.

El margrave aulló de rabia y gritó a todas las tropas que se retirasen y reagrupasen.

La risa de Yurkin retumbó por todo el campo de batalla y ordenó a sus tropas que cargaran. Sus propios guardias avanzaron en tropel, corriendo hacia el margrave, que se batía en retirada.

El gusano del nexo, que aparentemente estaba ciego y respondía solo al sonido, extendió rápidamente sus pinzas gigantes hacia delante y traspasó a dos de los Danzantes de la Espiral Negra que pasaban corriendo a su lado. Cuando hizo aquel gesto, el aire se deformó a su alrededor y mandó oleadas que arrastraron al resto de

los Danzantes de la Espiral Negra. A medida que les golpeaba cada oleada, chillaban y se transformaban; sus cuerpos de carne y hueso se convirtieron en tierra, el polvo de otra realidad.

Yurkin aulló de rabia y se retiró antes de que las oleadas de realidad deformada pudieran tocarle.

Mephi se unió a los Señores de las Sombras y miró fijamente al gusano del nexo. Era el más grande que Mephi había visto en la vida, el más grande del que había oído hablar en los mitos. La extensión de su poder de deformar la realidad era tremenda; nada podía acercarse a él sin sucumbir.

El margrave gruñó a sus guardias y ellos se apartaron, mientras él, junto a los Garou, avanzó y se dirigió hacia el gusano del nexo con el klaive desenfundado.

—¿Está grillado? —gritó Mephi—. ¡Detenedle!

Los Señores de las Sombras ignoraron a Mephi y le arrastraron con ellos en caso de que cometiera la estupidez de seguir al margrave.

Mientras Konietzko se acercaba a las oleadas exteriores del poder de la cosa, sacó un medallón de debajo de la coraza y lo arrancó de un tirón de la cadena. Lo besó y gritó a los cielos. Mephi entendió la palabra "abuelo", pero nada más.

Las nubes de tormenta se concentraron sobre el margrave y se juntaron en una única masa espesa. Descendió del cielo y rodeó a Konietzko, ocultándole de la vista tras una nube cargada de relámpagos. La masa de tormenta avanzó, cruzó las oleadas de improbabilidad y se dirigió hacia el gusano del nexo.

La bestia sintió su llegada y dio un paso adelante, golpeando con las pinzas, buscando a su presa. La tormenta saltó hacia el animal y se lo tragó. Sonó un terrible grito. Bajo su tono extremadamente agudo, Mephi pudo oír un aullido profundo.

Mephi observó la nube buscando alguna señal del margrave, pero solo vio rayos y negrura. Un dolor agudo en su hombro derecho le devolvió a la realidad de lo que le rodeaba. Levantó su bastón a tiempo de bloquear el segundo ataque de las garras del fomor. Giró rápidamente el bastón y golpeó a la criatura en el cuello, derribándola. Luego bajó las mandíbulas y le destrozó el cráneo.

Los Señores de las Sombras que tenía alrededor lucharon contra la nueva oleada de fomori, golpeando y dando dentelladas en todas direcciones. Muchos de los Señores ya habían caído.

Mephi echó una ojeada por el campo de batalla y el corazón le dio un vuelco. Una estruendosa hilera de refuerzos se desparramaba por el campo y golpeaba a las manadas de Garou derribándolas o haciendo que se retiraran.

El suelo tembló y Mephi volvió a mirar hacia la nube. Ahora estaba hecha jirones y le faltaban algunos trozos. El margrave estaba colgando del cuello del gusano del nexo y su klaive estaba enterrado en el pecho de la bestia. Su pierna derecha había desaparecido, clavada en la pinza de la criatura.

Konietzko estiró la mano hacia las mandíbulas de la cosa y le sacó la lengua de un tirón. La cosa chilló de dolor y le golpeó; le abrió una horrible herida en la espalda. El margrave le enterró el brazo en la boca y la cosa se agitó, intentando quitarse al Garou de encima desesperadamente. Konietzko metió el brazo lo más hondo que pudo y utilizó el otro brazo para impedir que las mandíbulas se cerraran del todo. Aulló, reuniendo fuerza y dio un tirón con la mano; sacó un pedazo de cerebro con la zarpa.

El gusano del nexo implosionó. La ola de choque del aire ensordeció a Mephi y a la mayoría de los que estaban en el campo de batalla. El gusano había desaparecido, su manifestación se había retirado. El cuerpo del margrave yacía en el campo de batalla, inmóvil.

Mephi echó a correr y llegó al lado del margrave en segundos, antes incluso de que los propios guardias de Konietzko hubieran recorrido la mitad de la distancia. Se agachó y vio que el pecho de Konietzko subía y bajaba débilmente. Los ojos del margrave parpadearon.

–Para mi se ha terminado –dijo–. Mis heridas nunca podrán curarse.

–¡No! –respondió Mephi–. Los sanadores ya están de camino. Konietzko meneó la cabeza.

–Nada puede curar lo que esa cosa me ha hecho.

Mephi contuvo la respiración cuando vio la herida que Konietzko señalaba. Había un agujero enorme en el sitio donde deberían haber

estado sus tripas. Ya era algo milagroso que hubiera seguido vivo hasta ese momento.

Tvarivich se cayó con un ruido sordo al lado de Konietzko, jadeando por su larga carrera por el campo. Miró horrorizada la herida. Konietzko sonrió.

–Debes dirigir en mi lugar. Termina esto.

Sus ojos se cerraron y dejó de respirar.

Tvarivich se tapó los ojos con el brazo, sollozando. Un aullido de congoja estalló alrededor de ellos cuando los Señores de las Sombras lloraron por la pérdida de su señor.

Tvarivich se levantó y miró el campo, hacia las fuerzas que se acercaban. Sobrepasaban a los Garou con mucho. Gruñó una orden a sus Colmillos Plateados, que eran muchos menos que antes. Se apresuraron a colocarse alrededor de ella y de Mephi, preparados para rechazar cualquier ataque.

Tvarivich cogió a Mephi por el hombro y tiró de él hacia arriba, mirándole a los ojos.

–Debes marcharte –le dijo–. Ve a buscar a Albrecht. Dile lo que ha ocurrido aquí. Él es la última línea de defensa.

Mephi se soltó de su apretón y la miró furiosamente.

–¡Diablos, no! ¡Esto no se ha acabado todavía! ¡No puedo cantar una victoria que no he presenciado!

Tvarivich dio un paso adelante y le zarandeó.

–¡Imbécil! ¡Aquí no hay ninguna victoria! ¡Todos vamos a morir! Pero moriremos luchando y nos llevaremos al último de ellos con nosotros. Sin embargo, tú no estarás aquí. Necesito a un heraldo que avise a Albrecht, que le diga lo que ha ocurrido y tú eres el único capaz.

Mephi, asombrado por la furia glacial de ella, dio un paso atrás y meneó la cabeza.

–*No puedo* marcharme. Ninguno de nosotros puede. Las reglas de este lugar... no permitirá que ninguno de nosotros se marche hasta que hayamos ganado o perdido.

Tvarivich asintió con impaciencia.

–No, no puedes marcharte por un puente o camino de luna. Por eso es por lo que debes seguir al margrave. –Avanzó

amenazadoramente hacia Mephi.

–¿Vas a matarme? –preguntó, negándose a dar un paso atrás y manteniéndose firme–. ¡Soy un Caminante Silencioso, diablos! ¡Ninguno de los de mi especie regresa para contar la historia!

–¿Matarte? –dijo Tvarivich, estupefacta. Se detuvo, se arrodilló y sacó un frasquito de la cartuchera–. No podrás avisar a Albrecht si estás muerto. Necesito que sigas a los muertos.

Mephi meneó la cabeza y extendió los brazos.

–¿De qué diablos estás hablando?

–La puerta que conduce a los caminos de los muertos –dijo Tvarivich mientras destapaba el frasco. Una tenue luz salió de su interior y relució–. Todavía está abierta. Los espíritus de nuestros muertos la atraviesan. No puedo verla, tampoco puedo verlos a ellos, pero lo noto. Y tú –dijo, mirando a Mephi a los ojos– tienes una conexión con esa puerta, aunque no la puedas sentir.

Mephi se inclinó al lado de Tvarivich.

–¿Qué es eso?

–Agua del Estanque de las Penas, las lágrimas de nuestros ancestros. Acércate más. –Mephi se inclinó hacia delante y Tvarivich le enjuagó la frente con el líquido brillante. Mephi cerró los ojos y ella le frotó también los párpados. Mientras lo hacía, murmuraba una invocación en tono bajo–. *"Separa la niebla, barquero, deja el río al descubierto. En nombre de Charon, que así sea"*.

Mephi abrió los ojos y parpadeó. Se quedó boquiabierto de sorpresa cuando vio el campo. Unas figuras indefinidas estaban de pie al lado de los cuerpos de los caídos y decían a las sombras de los Garou muertos que se levantasen y cruzasen los portales de niebla oscura. Mephi reconoció aquellas figuras inmediatamente. Se giraron para mirarle con curiosidad.

–Sois... sois reales –dijo él, mientras se levantaba y cogía su bastón.

La figura más cercana se aproximó a él, abandonando el cuerpo del margrave. Llevaba la forma de batalla Crinos, con un hocico largo y delgado y las orejas largas y levantadas. Un tocado egipcio, brazaletes de oro y un bastón de pastor, curvado en la parte superior, eran sus únicos avíos.

–¿Cómo... cómo habéis llegado aquí? –susurró Mephi.

–Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte –dijo el Caminante Silencioso– eres mi vástago. Mis órganos parieron a tu familia hace mucho tiempo, en una tierra lejos de la tuya.

Mephi bajó la mirada hacia Tvarivich, que le miraba a su vez con una expresión interrogativa en el rostro. Se dio cuenta de que ella no podía ver al otro Caminante Silencioso; solo él podía.

–¿Cómo puede ser? –preguntó Mephi–. Mis ancestros están desaparecidos.

–¿Desaparecidos? –dijo el Caminante Silencioso, ladeando la cabeza–. No. Invisibles sí, desaparecidos nunca. Nuestro deber está con los muertos, por eso somos invisibles para los vivos. Hasta ahora.

–¿Por qué ahora? ¿Por qué yo? –Mephi agarró su bastón con más fuerza.

–El decreto de los ancestros ha abierto la puerta. Esto solo ha ocurrido tres veces anteriormente; la cuarta será la última. La puerta no se podrá cerrar hasta que uno de entre los vivos haya hecho su elección. El poder de la Sacerdotisa de Marfil, los secretos robados a los muertos, te ha abierto los ojos hacia nosotros. Eso está prohibido. Y aún así... noto que podrías servir al propósito de los ancestros.

–¿Cómo? ¿Quién es ese "uno de entre los vivos"?

–Ven –dijo el Caminante Silencioso–. Los muertos se marchan y debemos guiarles. –El Caminante volvió lentamente hacia el portal cubierto de niebla que estaba encima del cuerpo del margrave y esperó a Mephi.

Mephi volvió a mirar a Tvarivich y agarró el bastón con más fuerza cuando vio que ella estaba blandiendo su maza hacia un Danzante de la Espiral Negra. El ejército del Wyrm había conseguido abrirse paso y él no los había oído. Sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral cuando vio que un Danzante de la Espiral Negra le *atravesaba* desde atrás, totalmente inconsciente a la presencia de Mephi. Mephi era intangible.

–Ya has dado el primer paso –dijo el Caminante–. Ahora termina el viaje.

Mephi caminó hacia el portal, con los ojos inundados de lágrimas cuando vio que los Colmillos Plateados caían bajo el empuje de las

fuerzas del Wyrm. Tvarivich se había abierto camino a puñetazos y ahora intercambiaba golpes con Yurkin. Mephi se detuvo, esperando a ver el resultado. El Caminante estiró la mano desde el portal y le metió de un empujón en la oscuridad total.

–¡Espera, chico! –gritó Loba–. Debemos pararnos a descansar.
–Se arrodilló en el camino de luna y se desenganchó la mochila.

Martin, unos pocos metros por delante, agitó los puños.

–¿Otra vez? ¡Pero si no estoy cansado!

–Pero yo sí –gruñó Loba. Martin dejó caer la cabeza tímidamente y volvió para sentarse a su lado–. No está lejos. No te preocupes, estaremos allí pronto. Pero si nos vuelven a atacar, necesito disponer de toda mi fuerza.

Martin frunció el ceño y miró la herida que Loba tenía en el brazo izquierdo. Las marcas de las zarpas no se habían curado todavía y de vez en cuando se volvían a abrir de nuevo, haciendo que Loba perdiera más sangre.

–Lo siento, tía Loba –dijo Martin–. No fui lo suficientemente rápido.

–Tú no. Yo. –Loba suspiró, e hizo una mueca de dolor cuando se examinó la herida otra vez–. Dejé que la pesadilla se acercase demasiado.

–Sí, pero eso fue porque yo metí la cabeza donde no debía.

–Martin hizo un puchero, con la barbilla apoyada en ambas manos.

–Basta ya de recriminaciones. Lo hecho, hecho está.

Tendremos que correr más que ellos la próxima vez, como hemos hecho con los demás. –Loba buscó en su mochila, sacó la cantimplora y tomó un pequeño sorbo. Se la ofreció a Martin, que meneó la cabeza y siguió poniendo cara larga.

Loba miró a su alrededor, buscando señales de cualquier otro

depredador. En la primera etapa del viaje, la Umbra había estado de bote en bote, atestada tanto de espíritus aliados como de pesadillas enemigas, que aparentemente vagabundeaban sin orden ni concierto. Unos pocos habían decidido atacarles. A la mayoría los había derrotado fácilmente, pero uno le había clavado las uñas, literalmente. Desde entonces, Loba había huido de futuros encuentros. No podía arriesgarse a que hiriesen a Martin.

El chico se las había arreglado increíblemente bien hasta el momento, con una fuerza y una destreza que Loba no tenía a su edad. Sin embargo, había comprobado que su rabia seguía siendo un problema. Ya había perdido el control de ella dos veces y se había puesto a correr detrás de las pesadillas, provocando que Loba tuviese que perseguirle y agarrarle hasta que se calmase. Aquello no había sido fácil; Martin corría como un tiro.

El camino de luna se curvaba delante de ellos y atravesaba un terreno monótono. Allí estaban lejos de cualquier reino conocido, excepto (al menos así lo esperaba Loba) del que andaban buscando: el Reino Etéreo donde habitaban los espíritus de las estrellas. Había estado allí dos veces anteriormente, una con Antonine Lágrima y la otra sola. Los caminos habían cambiado bastante, aquello no era ninguna sorpresa, pero estaba resultando un viaje mucho más largo de lo que recordaba.

–Si el camino de entrada no está al otro lado de la siguiente curva –dijo– tendremos que dar media vuelta y buscar una ruta distinta.

Martin suspiró.

–Pensaba que conocías el camino.

–El camino a veces cambia. –Loba se levantó y se puso la mochila al hombro–. De acuerdo. Vamos.

Martin se levantó de un salto y bajó brincando por el camino; era una reserva ilimitada de energía. Loba no sabía de dónde la sacaba.

Cuando dieron la vuelta a la curva, las estrellas empezaron a aparecer en el cielo, débiles y lejanas y se veían a través de una neblina. Loba dejó escapar un suspiro de alivio.

–Ya estamos cerca. Sigue a Vegarda.

–¿A quién? –preguntó Martin, rascándose la frente.

–Vegarda, Incarna de la Estrella del Norte –respondió Loba, señalando un punto brillante en la oscuridad–. Es la más brillante del cielo. Aunque no brilla demasiado ahora mismo...

Loba no había visto nunca una bruma como aquella. Examinó el cielo e intentó contar las estrellas. Eran muy pocas. Se detuvo cuando observó un gran brillo de color rojo cerca del horizonte. La Estrella Roja. Estaba más cerca de lo que nunca la había visto.

El camino de luna se elevaba gradualmente, subía hasta el cielo y pasaba a través de las nubes que olían a lluvia. Conducía hacia una torre alta y plateada.

–¿Qué es eso? –preguntó Martin señalando hacia la torre.

–Nuestro destino. El planetario espiritual del clan de las Estrellas. –Loba dejó escapar un suspiro de alivio. «*Ya casi estamos*».

Mientras atravesaban la capa de nubes, Loba bajó la mirada hacía el reino. Jadeó y se detuvo, agarrando a Martin.

–¿Qué ocurre? –preguntó Martin, preocupado.

–No puede ser... –susurró Loba. Fragmentos rotos de puentes de luna sobresalían hacia el cielo, algunos inclinados precariamente, a punto de derrumbarse. Se suponía que los puentes de luna duraban lo que duraba un viaje. Estos se habían convertido en unas cáscaras calcificadas, rotas y desmigajadas a los pies del reino. Era algo inaudito–. Corre –dijo, tirando de Martin hacia delante.

Subieron a toda prisa por el camino de luna hasta la puerta principal de la torre. Estaba completamente abierta.

Loba se detuvo y escuchó, mientras le hacía un gesto a Martin para que se quedara callado. No oyó nada en el interior. Se arrastró hacia delante y echó un vistazo por la puerta. Ninguna señal de movimiento. Entró.

El vestíbulo de la planta baja estaba vacío. Una escalera de caracol de hierro forjado conducía hacia arriba y se detenía en cada piso de la torre. El de arriba del todo, el observatorio, se podía ver desde abajo. Las estrellas parpadeaban con más luminosidad a través de su enorme lente abovedada.

–Vamos –le dijo a Martin y empezó a subir por las escaleras. Se detuvo en cada piso, escuchando, pero ningún sonido le dio la bienvenida. Cuando llegaron arriba, saltó encima del estrado y

observó los alrededores de la torre, el paisaje estrellado, que se veía más grande desde allí, desde la parte superior de la torre.

Un grupo de gente bajaba andando por un camino de luna a lo lejos. Loba miró con más atención y habló a los muros del planetario.

–Más allá –dijo. El espíritu de la lente respondió y aumentó la imagen, haciendo que el grupo quedara en primer plano.

Un hombre que llevaba hábito dirigía al grupo de cinco personas y todos llevaban túnicas holgadas o hábitos. Hablaban entre ellos; Loba no pudo leerles los labios. Soltó una palabrota.

–Se están marchando –dijo–. Abandonan el lugar.

–¿Por qué? ¿Me tienen miedo?

En cuanto Martin habló, una de las mujeres de aquel lejano grupo se detuvo y levantó las orejas, que se transformaron en las orejas peludas de un lobo. Se volvió hacia la torre y se quedó escuchando.

–¡Llámales! –dijo Loba.

–¡Eh! –gritó Martin–. ¡Estamos aquí! ¡Por favor, no os marchéis!

La mujer habló con los ojos cerrados. Los otros se detuvieron y también se volvieron para mirar a la torre. El jefe dio un paso adelante, como si pudiera ver a Loba y a Martin y les hizo un gesto para que se reunieran con ellos en el camino.

–Vamos –dijo Loba–. ¡Esperarán por nosotros!

Echaron a correr por el tramo de escaleras hasta el otro extremo de la torre y vieron el principio del camino de luna. En cuanto pusieron un pie sobre él, pareció arrastrarles más cerca del grupo. En unas pocas zancadas habían llegado.

–Loba Carcassone –dijo el líder, haciendo una educada reverencia.

–Altaír –contestó Loba, haciendo otra reverencia–. ¿Adónde os vais?

–Al único sitio al que podemos ir. Es para lo que nos hemos preparado todo este tiempo.

–No entiendo –dijo Loba–. Necesito vuestra ayuda. Martin necesita vuestra ayuda. Debe pasar su Ritual de Paso. Debe averiguar quién es. ¿Dónde está Sirio Estrellaoscura?

La mujer ciega dio un paso hacia delante y se estiró hacia

Martin. Él le cogió la mano y ella sonrió.

–Has hecho maravillas con él, Loba. Ya no tengo las visiones. Tal vez fueran erróneas, después de todo...

–No todas, Hermana-Luna –dijo Loba, sonriendo–. Cumpliré las profecías buenas.

–Tal vez –dijo la mujer, al tiempo que revolvía el pelo del chico. Él se apartó, molesto, pero no dijo nada.

–Altaír –dijo otra mujer, dando un paso adelante y tocando el codo del anciano– no deberíamos entretenernos. Se acerca la hora.

Altaír asintió.

–Respeto tu misión, Carcassone, pero no podemos ayudarte. Las estrellas nos llaman. Las profecías pronunciadas hace mucho tiempo se revelan ahora.

–Los otros Garou intentarán matar a Martin –dijo Loba, gruñendo. Martin la miró, preocupado–. Debe conocer su destino.

–No estamos seguros de ello –contestó Altaír, con una expresión de pesar en la cara–. Desde que el chico nació de padres Garou, su falta de deformidades ha provocado muchas profecías. Se piensa que es tanto el Destructor como el Mesías. Nadie puede decir cuál es la opción correcta, aunque tal vez el señor de Urano lo sepa. Ruatma afirmaba poseer profecías especiales sobre el chico. Una vez habló de él como la reina de la Sombra, aunque Martin es un chico. Los presagios pertenecen más a los sueños, donde somos verdaderamente metamórficos, donde incluso nuestros sexos pueden cambiar. Pero ahora Ruatma está confundido. Le afectan unos asuntos más importantes.

–¿Qué está pasando? –preguntó Loba–. Los puentes de luna. La desolación. ¿Dónde está todo el mundo?

–Los espíritus ya se han marchado, se han unido a sus familias –contestó Hermana-Luna–. La Estrella Roja se está haciendo más brillante. Su hora está cerca, su poder listo para ser liberado.

–Incluso la muerte se marcha y llama a los vivos –dijo Altaír–. Mi clan debe unirse a los Incarna Planetaria para luchar contra este ojo funesto. No podéis formar parte de esta batalla.

–¿Por qué no? –preguntó Loba, avanzando con las palmas de las manos levantadas, suplicando–. Quizá sea esa la razón por la que

los vislumbres del destino de Martin se ven aquí y en ninguna otra parte. Tal vez forme parte de esta lucha.

Altaír meneó la cabeza.

–Él no puede viajar por los caminos de estrella. Su esencia no le dejaría llegar a esos reinos misteriosos. Nosotros nos hemos pasado décadas perfeccionando la nuestra para poder llegar a los caminos exteriores. Su destino está en la tierra.

Un hombre negro dio un paso adelante.

–Evan Curandero-del-Pasado ha reunido un ejército en el Norte. Luchan contra una Garra del Wyrn.

Altaír frunció el ceño.

–Canopo, no podemos revelar esas cosas.

Canopo le lanzó una mirada feroz al anciano.

–Ya es demasiado tarde para preocuparse por la decencia para con los espíritus, Altaír. –Volvió a dirigirse hacia Loba–. Creo que deberías llevar al chico allí.

Loba meneó la cabeza.

–Ya sé todo eso, pero es demasiado peligroso para Martin.

–¿Peligroso? –dijo Canopo con los ojos abiertos como platos–. ¿Traes al chico hasta aquí, *so/a* y no llamas a eso peligroso? ¡Por supuesto que la lucha es peligrosa! Nunca es fácil para un Garou, Loba. ¿No quieres conocer el destino del chico? El destino de todos los Garou se desvela en las refriegas.

–No –dijo Loba, meneando la cabeza–. Se volverán contra él, le culparán de sus problemas. La Garra le utilizará.

–¡Quiero ir! –dijo Martin–. ¡Sí Evan está allí, el rey Albrecht estará allí también!

–Ni siquiera él puede salvarte de una Garra –gruñó Loba.

–Quiero ir –insistió Martin, en tono bajo y gruñendo, como si se estuviera preparando para un desafío.

Hermana-Luna avanzó y puso su mano en el hombro del muchacho. Él pareció sorprendido y la miró y luego dejó caer la cabeza.

–Harás lo que creas más conveniente, Loba. Y tú, Martin, la obedecerás. Te ha traído más lejos de lo que crees. Ahora debes avanzar un poquito más con ella.

Martin asintió, con cara larga.

–Díselo –dijo Canopo, mirando a Altaír.

El anciano hizo una mueca, pero asintió.

–Carcassone. Me he guardado mis consejos sobre diversos asuntos durante mucho tiempo; es la voluntad de los espíritus. Pero te revelaré esto: Sirio Estrellaoscura se marchó hace muchas semanas, buscando desenmarañar un hilo del destino tejido alrededor del muchacho. No ha regresado. Si puedes encontrar a Estrellaoscura, podrías hallar la respuesta al destino de Martin.

Loba asintió, apretando los puños.

–¿Cómo le encuentro? ¿Por dónde empiezo?

Altaír se detuvo y miró a Canopo, reticente a revelar algo más. Como el anciano siguió callado, Canopo habló.

–Hay un lugar al que podría haber ido. Antes de unirse a nuestra tribu, nació entre los Uktena de Nuevo México, en un clan que ha sufrido muchas tragedias. Es posible que haya ido a consultar... a un viejo compañero de clan.

Altaír frunció el ceño y meneó la cabeza.

–No digas nada más. Ese camino solo conduce al mal.

Loba gruñó.

–Dímelo. No me importa a dónde conduzca. *Debo* llevar a Martin hasta Sirio.

Canopo cerró los ojos, pareció rezar y luego habló.

–Temo que haya ido a consultar a Ojo-Blanco-ikthya, el profeta del Wyrn.

Loba silbó. Altaír bajó la cabeza, avergonzado.

–No vayas, Loba. Temo que hayamos perdido a Estrellaoscura.

Loba se agitó frustrada, con los ojos cerrados con fuerza y maldijo su suerte. Cuando volvió a abrir los ojos para mirar a los Contemplaestrellas, eran espejos de una fría resolución.

–Nos vamos a Nuevo México. Si Sirio está metido en problemas, le ayudaremos. Si le hemos perdido, le mataremos.

Canopo asintió y la miró con aflicción.

–Entonces sigue este camino cuando se desvíe a la izquierda. Es el camino que cogió Sirio cuando le vimos por última vez.

Loba asintió y pasó su brazo alrededor de Martin. Él permanecía

inmóvil, con la frente arrugada por la preocupación.

–Gracias. Siento mi impaciencia. He esperado tanto tiempo...

Hermana-Luna dio un paso adelante y abrazó a Loba.

–Lo sabemos. No creas que los tótems no conocen tus sacrificios. –Soltó a Loba y se dio media vuelta para bajar por el camino.

Altaír asintió y la siguió, como hicieron los demás. Bajaron por el camino y cogieron el desvío a la derecha cuando el camino se desdobló, subiendo hacia la inmensidad del espacio.

Loba cogió la mano de Martin con fuerza.

–Vamos. Nosotros cogemos el desvío de la izquierda.

Martin asintió, todavía en silencio y siguió a Loba por el camino de luna sin quejarse.

* * *

La gigantesca hoguera arrojaba sombras frenéticas por la colina. Los Garou Uktena bailaban alrededor del fuego, llamando a los espíritus, reuniendo un ejército al otro lado de la Celosía. La guardiana del portal, una anciana Navajo, cantaba una antigua canción en la lengua Garou. Hablaba de un camino que recorría la Umbra hacia el Norte, hasta donde vivía el Hermano Pequeño. Era una oración que pedía el permiso de los espíritus que vigilaban el camino, para que dejaran que el Hermano Mayor lo recorriera una vez más para reunirse con el Hermano Pequeño.

Loba levantó las orejas y le hizo un gesto a Martin para que escuchara. Se escondieron detrás de un afloramiento de piedra en el desierto de Nuevo México, lo suficientemente cerca para ver y oír, pero justo en la parte de fuera de la fortaleza, donde los guardias no vigilarían. Los Uktena estaban tan concentrados en los preparativos de su grupo de guerra, que no parecían preocuparse por la defensa del túmulo. Loba sintió una punzada de miedo cuando se dio cuenta de que estaban abandonando su túmulo.

Mientras miraban, los Garou cruzaron la barrera entre los mundos y desaparecieron en pequeños grupos, hasta que solo quedó la guardiana del portal. Se quedó callada y se sentó muy quieta

durante un rato, en el desierto silencioso y luego ella también saltó al otro lado y se marchó.

Loba se levantó y entró en el túmulo vacío. Martin la siguió cautelosamente. Desde que se habían encontrado con el clan de las Estrellas, había estado callado y tranquilo, como si la preocupación de ellos hubiese dominado la rabia de Martin.

–Esto es increíble –dijo Loba, mientras miraba el campamento, iluminado por la hoguera, que seguía ardiendo–. Todo este camino y ninguna señal de Sirio.

–Lo siento, tía Loba –dijo Martin, con un deje de angustia en la voz.

Loba se volvió hacia él.

–No hay nada por lo que sentirlo. Eran unos mezquinos y unos ignorantes.

–Pero si yo no hubiese venido, habrían hablado contigo y habrían respondido tus preguntas acerca de Sirio, en lugar de atacarnos. –Martin le pegó una patada a una piedra y la arrojó a la hoguera–. No soy bueno.

–¡Eso no es verdad! –gruñó Loba–. La gente ha difundido mentiras sobre ti por despecho. Los Uktena prefirieron creer esas mentiras antes que los hechos de sus juicios o mi propia promesa de honradez. Además, interrumpimos algún tipo de ritual de enterramiento. Debemos de haber roto un tabú espiritual de alguna clase.

Martin no dijo nada. Se sentó y miró fijamente la hoguera, con los codos clavados en las rodillas y la barbilla en la palma de las manos.

Habían acampado solos en el desierto durante dos días y habían esquivado a las patrullas Uktena que los habían buscado. Solo el hecho de que los Uktena estaban distraídos por los preparativos de su marcha les había permitido evitar a los cazadores en su tierra natal. Los extraños rituales de enterramiento que habían llevado a cabo para el jefe muerto, ritos que Loba y Martin habían interrumpido mientras el cuerpo del viejo Garou se consumía en aquellas llamas de extraños colores, parecían ser la última obligación que los Uktena le debían al túmulo.

Loba detectó un débil olor en la ligera brisa, casi oculto por el olor a quemado de la hoguera. Caminó hacia la caverna cercana que marcaba la entrada al centro del túmulo. Una figura yacía en la cueva, inmóvil. Parecía ser un lobo.

Loba avanzó lentamente, olisqueando y mirando la figura. Olía a sangre y enfermedad, pero no a la putrefacción de la muerte. El animal seguía vivo. Loba gruñó un desafío y vio que la figura se movía como si se despertase de un sueño. El lobo gimoteó y se arrastró hacia delante, dejando al descubierto unas enormes heridas por todo su cuerpo.

Loba contuvo un sollozo y saltó a su lado, al tiempo que le agarraba para evitar que sus horrendas heridas se abriesen al moverse.

–¡Sirio!

Sirio Estrellaoscura tosió sangre al intentar hablar.

–Loba... Oj... Ojo-Blanco... él lo *sabía*.

–¡Ojo-Blanco es el mal! –dijo Loba, sollozando–. ¿Por que, Sirio? ¿Por qué acudiste a él?

Sirio meneó la cabeza débilmente.

–No. Ojo-Blanco Uktena. Siempre Uktena. Murió con honor. Mató al Trueno del Wyrm. –Tosió sangre–. Intenté luchar. Demasiadas heridas. Les prohibí que me esperasen. Sabía que vendrías. Ojo-Blanco conocía la sombra...

Los ojos de Sirio se dirigieron al claro y se detuvieron cuando vieron a Martin. Loba volvió a mirar al chico y frunció el ceño. Martin estaba completamente inmóvil, como si estuviera paralizado por el miedo y miraba a Sirio con una expresión extraña. Loba volvió a bajar la mirada hacia Sirio.

–¿Qué pasó?

–*Ella* está en él –gruñó Sirio.

Loba frunció el ceño, no muy segura de si había entendido lo que había dicho él.

–¿Quién?

Sirio ladró cuando una zarpa le golpeó en la garganta. La sangre de sus arterias se esparció sobre Loba; ella apenas se dio cuenta. Ya estaba en su forma de batalla, dándose media vuelta para destripar a

quien había atacado a Sirio. Se quedó de piedra antes de dar el golpe, horrorizada.

Martin estaba justo delante de ella, jadeando en su forma de batalla; la sangre de Sirio le goteaba de la zarpa.

Sirio gruñó algo en tono bajo y débil.

–La reina de la Sombra...

Loba miró fijamente a Martin. Su cara estaba atormentada por las emociones en conflicto; la preocupación y la rabia luchaban por el dominio. Ganó la rabia. Martin dio un paso atrás, sonriendo, al tiempo que enseñaba los dientes y levantaba las zarpas.

Loba se encorvó, gruñendo.

–¿Quién eres?

Martin se rió, pero no era su voz. Sonaba más femenina, más vieja.

–Soy la cosa contra la que siempre has luchado.

–¡Eres una pesadilla! –gritó Loba, mientras avanzaba. Martin dio un paso atrás, apartándose de ella–. ¡Sal del cuerpo del muchacho o te despedazaré!

–Él y yo somos uno. Sus padres estaban malditos, eran marionetas de la Séptima Generación, tu peor enemigo. Su cuerpo es la culminación de generaciones de traidores. Es mi anfitrión.

El cuerpo de Loba empezó a desvanecerse a medida que entraba en la Umbra, desde donde podría atacar al espíritu posesivo. Martin gruñó y apartó la Celosía como si fuera una cortina y llegó al mundo espiritual justo cuando Loba saltaba.

Ella le miró fijamente, sorprendida. Martin no había demostrado nunca antes un control espiritual así. Le observó, buscando señales del espíritu que le había poseído, pero no vio ninguna. Volvió a gruñir.

–No me encontrarás. Estoy enrollada en lo más hondo. Como dije antes, el chico y yo somos uno. Ya estaba entrelazada con él antes de que saliera del útero. Yo soy la razón de su pureza. Esculpí su cuerpo hasta la perfección, ocultando el agujero de su alma donde duermo.

–¡Martin! –gritó Loba–. ¡Escúchame! ¡Tienes que plantarle cara! ¡Échala!

Martin se rió, con el cacareo de una anciana.

–No puede oírte. Cuando yo estoy despierta, él duerme. Cuando él está despierto yo vigilo. Tú abriste tu pecho y le dejaste entrar y le salvaste de aquellos Garou que sospechaban la verdad sobre mí. Irónico, ¿no?

–Le mataré si tengo que hacerlo –dijo Loba, mientras se acercaba lentamente a Martin, encorvada–. Para llegar hasta ti.

Martin frunció el ceño y gruñó.

–El chico tiene un don que yo no le di. Un legado de sus genes Garou. ¡Serán tu muerte! –Martin aulló y dio un salto hacia delante; sus garras rajaron el brazo izquierdo de Loba y lo cortaron del todo. Su velocidad dejó a Loba asombrada.

Loba gritó de rabia. Su furia pura por la repentina herida le golpeó en su resolución, e intentó tomar el control. Se apretó el puño y dio un salto atrás, enseñando los dientes y utilizando el dolor para controlar la rabia.

Sin duda, Martin estaba completamente fuera de control, consumido por su propia rabia. Loba no podía permitirse sucumbir.

Martin la husmeó y volvió a cargar, moviéndose más rápido de lo que ella creía posible. Se apartó del camino por los pelos y le golpeó cuando pasó a su lado.

Él giró y cayó sobre Loba; con las zarpas traseras le arrancó los muslos y le clavó las delanteras en los hombros.

Loba gritó de dolor y cerró los ojos, concentrándose en sus conocimientos de halcón. Abrió los ojos y habló con voz profunda.

–Quédate quieto.

Martin la soltó de inmediato y se quedó con la boca abierta; la miró cautelosamente, pero no se movió más.

Loba se alejó cojeando, dejando un rastro de sangre. Necesitaba un Theurge, alguien experto en controlar a los espíritus. Si la reina de la Sombra había dicho la verdad, podría no ser posible sacarla fuera de Martin. Podrían tener que morir los dos para salvar el espíritu de Martin.

Miró de soslayo a un repentino brillo rojo. La Estrella Roja se abrió paso a través de las nubes de la Penumbra y pintó el desierto de rojo. Cuando su luz llegó a Martin, se deshizo del hechizo de Loba y volvió a saltar hacia delante; una de sus garras le abrió la garganta de

un solo tajo.

Loba se tambaleó y cayó, respirando pesadamente mientras se le iban las fuerzas. Aulló de dolor.

Martin vaciló y parpadeó. La vio mientras se agarraba la garganta, intentando detener la pérdida de sangre. Sus ojos se suavizaron y se arrodilló.

–¡Tía Loba! –gritó Martin con su propia voz–. ¿Qué ha pasado? ¡No te mueras!

Loba miró con sorpresa al chico mientras se derrumbaba, incapaz de seguir sentada. La sangre le salía a borbotones y se mezclaba con la tierra de la Umbrá.

Martin echó a correr y la meció, balanceándose.

–¡No! ¡Sirio! ¡Tú le has hecho esto!

Loba meneó la cabeza, intentando desmentir aquella acusación, intentado hablar. Solo le salió aire. Sus ojos pestañearon y se cerraron. Su cuerpo quedó inerte.

–¡Nooo! –gritó Martin, al tiempo que se levantaba de un salto y corría por el claro, intentando detectar algún olor del enemigo que la había matado. Solo identificó el olor de Loba y el de él mismo. Sirio era sutil, capaz de ocultar su olor.

Husmeó en círculos cada vez más amplios. Frustrado, cruzó la Celosía y husmeó en el mundo físico; esta vez detectó la pista de Sirio, que le condujo hacia la caverna. El lobo yacía muerto.

Martin se sentó, confuso. Si Sirio estaba muerto, ¿quién le había matado? ¿El mismo ser que había asesinado a Loba?

Rompió a llorar, con unos sollozos que retumbaron por la cueva y por el desierto. No había nadie que pudiera escucharlos.

Martin dio unos golpecitos a la tierra de la tumba con una pala que había encontrado en la caverna. Inclino la cabeza y rezó por el espíritu de tía Loba. Arrojó la pala y se alejó, hacia el fuego.

Cambió a la forma de lobo y cruzó al otro lado. Allí, estirándose hacia el Norte, estaba el camino de luna que la mujer Navajo había mencionado en su canción. Todavía no se había desvanecido. Echó a correr, dirigiéndose hacia el Norte para unirse al ejército del rey Albrecht.

Antonine Lágrima caminaba a cuatro patas sin hacer ruido, al lado del camino de color verde brillante y no sobre él. No podía arriesgarse a que Zhyzhak viese su silueta. La Danzante de la Espiral Negra estaba muy por delante de él; desde su encuentro con el guarda del Octavo Círculo se había hecho más cauta y cuidadosa. Antonine tuvo que quedarse muy por detrás de ella, aunque eso supusiera arriesgarse a perderla de vista algunas veces.

La niebla que se hinchaba a su alrededor y que pasaba entre él y Zhyzhak, podía haberle hecho perder la pista, haciendo que tuviera que coger uno de los muchos caminos falsos que se separaban de la senda principal. Pero Antonine conocía el saber especial de su tribu, que les habían enseñado los espíritus del viento. Le permitía ver a través de sustancias e ilusiones próximas, para percibir algo como lo que realmente era. Brumas, niebla e incluso la oscuridad no eran ningún obstáculo para su vista.

Había vigilado cuando Zhyzhak se paraba de vez en cuando, para recuperar el aliento y descansar. La marcha estaba haciendo mella en ella. Pocos eran los que habían llegado hasta allí y se decía que solo dos habían pasado la prueba del siguiente círculo, aunque Antonine creía que en realidad la habían fallado.

Zhyzhak miraba de vez en cuando a su alrededor y chillaba al vacío. A Antonine le llevó un rato darse cuenta de que estaba interactuando con formas y sonidos que él no podía ver, cosas que en realidad no estaban allí. Las tretas del Laberinto estaban empezando a funcionar en ella.

Antonine supo, con una sensación de miedo, que ahora estaba más allá de los límites del espacio y el tiempo. Él y Zhyzhak recorrían un reino de un poder antiguo y primordial, uno que carecía de cualquier forma o sustancia literal; allí, todo era una pura metáfora. Zhyzhak veía formas y escuchaba sonidos porque se esperaba verlos y oírlos. No podía imaginarse un lugar sin esas sustancias, un lugar de

una abstracción pura.

Incluso Antonine, instruido durante décadas en la formación mística de su tribu, tenía problemas a la hora de interpretar la realidad de aquel lugar. Cambiaba al azar, o al menos parecía ser al azar. Se preguntó qué aspecto tendría el Wyrm cuando –si– se encontrase de verdad con él. ¿Sería capaz de percibirlo como era, una fuerza de la naturaleza tan poderosa que era casi inimaginable? ¿Qué aspecto tendría el mismo concepto de entropía, de todas maneras?

Antonine frunció el ceño mientras seguía caminando sin hacer ruido, manteniendo a Zhyzhak a la vista. El Wyrm estaría cubierto de imágenes, por supuesto, pero no porque llevase esa sustancia, sino porque los seres mortales y limitados como él y como Zhyzhak no podían percibirlo de ninguna otra manera. Su propia mente le dibujaba con una forma y una sustancia, porque intentaba desesperadamente abarcar un poder que estaba más allá de la comprensión.

Se preguntó si Zhyzhak vería el mismo Wyrm que él. Ambos eran Garou, seres de sustancia y espíritu, nacidos de Gaia. ¿Este lazo racial haría que compartieran la misma visión cuando se encontrasen al Wyrm? Sería algo interesante de ver.

Antonine se detuvo y se tiró al suelo. El sonoro grito de Zhyzhak retumbó por la niebla. Miró a través de las nubes cambiantes y la vio restallando el látigo. Algo estaba en su camino y ella parecía preparada para atacarlo.

* * *

–¡Apártate de mi camino! –gritó Zhyzhak.

La hidra que tenía delante no se movió. Sus nueve cabezas de serpiente flotaban en el aire y se encorvaban sinuosamente las unas sobre las otras, mientras examinaban a Zhyzhak desde todos los ángulos. Estaba sentada en cuclillas sobre sus piernas largas y musculosas, blindadas con escamas doradas. Sus alas se desplegaron perezosamente, se estiraron y luego volvieron a replegarse.

Zhyzhak levantó el látigo.

–Somos el Guardián del Noveno Círculo –dijeron las nueve

cabezas; su siseo silbó por el paisaje vacío.

Zhyzhak ajustó su golpe antes de que cayese del todo y chasqueó el látigo en el costado; casi rozó a la cabeza de serpiente que estaba más a la izquierda, pero erró por tres centímetros escasos. Dio un paso adelante y observó a la criatura.

–¿Y?

–Este es el Círculo del Engaño –dijo la hidra–. Debes traicionar al verdadero servidor del Wyrm.

–¿Y no soy yo? –gritó Zhyzhak–. ¡Ja! ¡Señálale! ¡Morirá!

Todas las cabezas de serpiente se giraron para mirar a un portal que mostraba el paisaje maldito y rojo de Malfeas. En su centro, sobre un trono situado en una torre alta, estaba sentado un Danzante de la Espiral Negra grande y musculoso, con su pelaje cubierto de pictogramas blasfemos de la cabeza a los pies. Sus ojos se dirigían de un lado a otro, vigilando todo lo que ocurría en los ducados de debajo.

–El general de Malfeas –dijo la hidra, con las cabezas mirando al portal–. El único ser que pasó nuestra prueba y sigue con vida.

–¿Él? –preguntó Zhyzhak–. ¿Le mato y luego gobernaré Malfeas?

–Exacto –respondió la hidra, con los ojos mirando al general. Él olisqueó el aire con suspicacia y se giró en su silla, buscando algo. Parecía notar que le estaban observando–. Te teme. Sabe que al final alguien le usurpará el puesto. Es débil. Si le golpeas ahora, puedes vencerle.

Zhyzhak aulló y restalló su látigo. En lugar de pasar por el portal, golpeó los cuellos de las cabezas de serpiente y cortó seis de ellas. La sangre manó de los seis muñones.

La hidra se tambaleó y las tres cabezas que quedaban se giraron para mirar pasmadas a Zhyzhak.

La Danzante de la Espiral Negra dio un paso adelante, riéndose a carcajadas. Enroscó el látigo alrededor de los cuellos que se movían frenéticamente y dio un fuerte tirón, juntándolas en un solo puñado, atrapadas por los filamentos con pinchos del látigo.

–¡Círculo del Engaño, idiota! –gritó Zhyzhak–. ¡Eso significa que mueres *tú!* –Volvió a darle otro tirón al látigo, como quien arranca el motor de un cortacésped o el de una lancha y las tres cabezas

cayeron.

El cuerpo de la hidra golpeó el suelo y se disolvió. Su sangre se desparramó en un charco grande. Allí donde la sangre tocó el camino, el brillante fuego diabólico se oscureció y desapareció, extinguiéndose. La niebla se disolvió y se llevó al portal que daba a Malfeas con ella.

Zhyzhak estaba parada en una llanura oscura y vacía; todas las señales del Laberinto habían desaparecido. Solo un único elemento aparecía delante de ella: la tapa mugrienta de una cloaca, en el suelo, donde había estado el cuerpo de la hidra.

Zhyzhak dio un paso adelante y se agachó, al tiempo que deslizaba los dedos por los diminutos agujeros. Levantó la tapa de hierro de un tirón y la arrojó a un lado. El ruido metálico retumbó por el vacío. Una vacilante luz naranja se escapó del agujero, dando a entender que en alguna parte de abajo ardía el fuego.

Zhyzhak bajó los peldaños y se metió en el agujero de la alcantarilla.

* * *

Antonine dejó escapar el aliento. Había estado conteniendo la respiración durante casi cinco minutos, intentando desesperadamente no llamar la atención. En cuanto el Laberinto se cerró y desapareció la niebla, temió que Zhyzhak pudiera verle, incluso tan agachado como estaba. Pero ella no se había molestado en darse media vuelta y mirar detrás de ella.

Se levantó lentamente, con cuidado, al tiempo que miraba cómo la sombra de Zhyzhak desaparecía y el torrente de luz salía del agujero de la alcantarilla.

Avanzó, decepcionado. Había esperado que la prueba fuese más sutil, más convincente. La mayoría de los que habían llegado hasta allí habían caído, a pesar de todo. El desafío era matar a una manifestación o a un gran siervo del Wyrn. La victoria significaba tomar el puesto del muerto, con todo el poder y los privilegios que iban con él.

Pero aquella era la trampa. El poder mundano. Se perdía fácilmente y se ganaba fácilmente. El vencedor, que había peleado

duramente para llegar hasta aquella última prueba, sucumbiría con facilidad a su señuelo, sin darse cuenta del verdadero poder que descansaba detrás. O esa era la teoría. Antonine sabía que ningún jefe Garou de verdad habría caído en la estratagema de la hidra. Tal vez el Wyrm estaba tan desesperado porque le llegase alguna ayuda que sus pesadillas ya no podían formular un desafío convincente.

Zhyzhak había vuelto el engaño contra el guardián correctamente y así había conseguido cruzar a la guarida del Wyrm. ¿Pero se daba cuenta de que el desafío aún no había terminado? El único engaño de verdad digno del Noveno Círculo era traicionar al mismísimo Wyrm.

Antonine tenía que llegar al Wyrm antes que ella. Zhyzhak había roto las reglas al utilizar la Estrella Roja para orientarse en su camino. Había llegado con un poco de su cordura (su propia voluntad y meta) intacta. Si hubiera sucumbido a la rabia, podría haber liberado perfectamente al Wyrm y haber devuelto el equilibrio. Esa era la profunda ironía del verdadero propósito del Laberinto de la Espiral Negra: no corromper, sino liberar, volver sistemáticamente loco a cada aspirante de manera que solo el instinto prevaleciera cuando se encontrase con el Wyrm, el instinto de la rabia y la destrucción.

Zhyzhak no intentaría liberar al Wyrm. Intentaría destruirlo, porque lo confundiría con otra prueba. Actuaría basándose no en el instinto, sino en la deliberada crueldad y en el deseo de poder. Su manifestación liberada estaría compuesta por el odio y la codicia de Zhyzhak. Ella controlaría su marcha de destrucción; bajo su voluntad loca, no serviría al Equilibrio, sino a la Corrupción.

Antonine llegó al agujero abierto de la alcantarilla y miró dentro. Los peldaños conducían a un largo túnel por el que fluía una corriente de agua e inmundicias. Antonine cambió a la forma de batalla y bajó por la escalera.

Si pudiese llegar antes que ella hasta el Wyrm, podría liberarlo y así le permitiría retomar su papel natural de Equilibrio entre el Orden y el Caos. Era la meta que su tribu siempre había perseguido. Según el conocimiento de los Contemplaestrellas, el Wyrm no era un monstruo sino una víctima, atrapado en el capullo de retorcida lógica de la Tejedora, la personificación del mismo concepto del Ego egoísta y

limitado. Como todo lo demás en este nivel de la realidad, las formas eran simplemente metáforas puestas de manifiesto. Las telarañas eran símbolos de los procesos complicados y atrapados de la conciencia del Ego, que habían estrangulado el orden natural e instintivo hacía mucho tiempo. Si el instinto, la identidad del universo, se podía liberar de los dictados asfixiantes de un súper-ego que se había vuelto loco, regresaría el Equilibrio y de las cenizas del viejo mundo resurgiría uno nuevo.

Aquello era, por supuesto, una herejía para el resto de las tribus gaianas. El propio Antonine sintió una punzada de duda cuando bajaba a la cloaca. ¿Y si su tribu estaba equivocada? ¿Y si en realidad el Wyrm era una bestia horrible cuya liberación significaba la sentencia de muerte de Gaia? Meneó la cabeza. Incluso las otras tribus reconocían que el Wyrm había sido una vez una fuerza del Equilibrio y que su papel se había corrompido. Lo que una vez fue, podía volver a serlo. Tenía que creer en ello. La otra opción que quedaba era una batalla constante e interminable, la vida contra la muerte. Tenía que haber una manera de superar esas oposiciones.

Cuando llegó al último peldaño, Antonine saltó lo que quedaba de distancia hasta el suelo del túnel. Se extendía en dos direcciones y terminaba en unas intersecciones en forma de "T". La viscosa corriente de agua que le llegaba a la altura de las rodillas estaba caliente y pegajosa.

Olisqueó el aire, buscando la pista de Zhyzhak. El olor de la mierda enmascaraba cualquier otro. Buscó a su alrededor alguna pisada, pero el agua cubría cualquier señal de ellas. Podía haberse ido por la izquierda o la derecha y desde allí podía haber tirado por una de las cuatro direcciones posibles.

Antonine se concentró, para que sus ojos atravesaran el espejismo que tenía alrededor. Sabía que era falso, una imagen conjurada por el Laberinto. Quería observar el verdadero Laberinto que estaba debajo. Las paredes de la cloaca se desvanecieron y fueron reemplazadas por espirales de giros y nudos hechos de seda de araña, antiguos y podridos.

Miró cuidadosamente y vio una sola línea plateada que corría entre los hilos y que seguía una trayectoria complicada adelante y

atrás y alrededor de los otros hilos. La legendaria Espiral de Plata que conducía al corazón del capullo de la Tejedora, que los espíritus gaianos introdujeron en el tapiz mientras la Tejedora tricotaba frenéticamente su telaraña. La Gran Araña no notó aquel único hilo y lo tejió como si fuera cualquier otro. Ahora conduciría a Antonine directamente hasta la antigua presa de la Araña, el insecto que tenía cautivo en su trampa: el Wyrm.

Zhyzhak, que no veía aquel hilo y estaba perdida en el espejismo del túnel de la cloaca, podía dar una serie de giros equivocados y retrasarse, proporcionándole a Antonine su única oportunidad. Dio las gracias a Gaia por su bondad y se dirigió a la izquierda y luego a la derecha, siguiendo el débil brillo plateado escondido en el tapiz amarillo pálido que lo rodeaba.

* * *

Zhyzhak rugió de frustración y golpeó el puño contra la pared de piedra empapada de cieno. No había contado con aquello. Su fetiche ya no le valía; allí no se veía la Estrella Roja. No tenía ni la menor idea de adónde ir. Los pasadizos llevaban a más pasadizos que conducían a más pasadizos todavía. Ya dudaba incluso de que pudiera encontrar el camino de vuelta a la alcantarilla.

Se detuvo y se estrujó los sesos. La gimnasia mental no era su fuerte. Se había alzado con el poder gracias a la fuerza y la brutalidad constantes. Confiaba en sus esclavos para que comprendieran los detalles. Ahora sí que podría haber utilizado a Pizarrarañada-ikthya; él sería capaz de desenmarañar aquel laberinto.

Un sonido metálico, lejano y débil, llegó hasta sus oídos. Inclino la cabeza en aquella dirección y escuchó. Nada.

Echó a correr y salió disparada por el pasadizo en dirección a la fuente del ruido. No sabía qué era lo que había producido aquel sonido, pero era la única pista que tenía. Se detuvo en otra intersección y se quedó a la escucha, esperando que el sonido metálico se volviera a repetir.

Allí; a la izquierda, otro ruido, esta vez más cerca. Saltó por el túnel, giró cuando el pasadizo torcía a la derecha y se detuvo donde el

túnel terminaba en un desnivel de treinta metros.

La boca del túnel se abría a una habitación amplia donde se encontraban múltiples pasadizos, que se dirigían en direcciones que parecían anormales; la perspectiva estaba equivocada. Durante un brevísimo momento, dio la impresión de que la estancia estaba cubierta por telas de araña. Zhyzhak cerró los ojos y sacudió la cabeza para aclararse. Empezó a dolerle la cabeza. Abrió otra vez los ojos, lentamente y bajó la vista a la habitación cavernosa.

Cientos de sumideros vaciaban un líquido lodoso en el centro. Se encharcaba en el suelo antes de desaparecer por un desagüe invisible.

Otro ruido metálico volvió a sonar, esta vez más claro y justo debajo de ella. Sus ojos se dirigieron a la fuente del sonido; una puerta imponente, oxidada y cubierta de cieno, con seis cerrojos enormes que la mantenían cerrada. Parecía diseñada para dejar entrar a un gigante. Una figura se movía allí abajo y peleaba con todas sus fuerzas para abrir uno de los cerrojos. Tres de ellos estaban ya abiertos.

Zhyzhak miró de soslayo a la figura y finalmente le reconoció. Le miró boquiabierto, con incredulidad. Un Garou gaiano. Un maldito, apestoso y puñetero Garou gaiano, *allí*, en su Laberinto. Gruñó y su consternación retumbó por la sala y llegó a los oídos del Garou.

El Garou levantó la cabeza. Miró directamente a Zhyzhak, con el ceño fruncido y luego redobló sus esfuerzos para mover el cuarto cerrojo.

Zhyzhak gritó y saltó desde la boca del túnel, cayendo hacia el Garou. Él se echó hacia un lado fácilmente. Zhyzhak se inclinó hacia la puerta, rebotó contra ella y cayó al fango, atontada. Nunca había chocado contra algo tan duro en su vida. La puerta parecía estar hecha no de metal oxidado, sino de la dureza misma.

Agitó la cabeza, gruñó, se levantó y avanzó hacia el Garou.

Él la miró por encima del hombro y pestañeó. Zhyzhak sabía que había invocado algún despreciable don espiritual, un poder que los espíritus habían enseñado a los de su especie. Zhyzhak echó a correr y agarró al Garou por el cuello; tiró de él, intentando estrangularle.

Solo que lo único que agarró fue aire.

Sus zarpas vacías no apretaban nada. Levantó la vista y vio al Garou que seguía intentando apartar el cuarto cerrojo. Se abrió de golpe con un retumbante sonido metálico.

Zhyzhak gritó y volvió a saltar hacia el Garou. Él esquivó su apretón una vez más; sus garras volvieron a golpear el aire. El Garou escaló los cerrojos abiertos para llegar a los que estaban más arriba.

Ahora le tenía. Encaramado como estaba allá arriba no tenía espacio para maniobrar. Escaló cuidadosamente por detrás de él y le agarró por un tobillo, dando un tirón. Otra vez, agarró un espacio vacío. El Garou ya no estaba donde ella pensaba.

Zhyzhak golpeó la puerta con furia, pero cayó hacia atrás. Los puños le palpitaban de dolor. Otra vez la dureza de la puerta. ¿Qué demonios contendría? ¿Cuál sería la fuerza que guardaba?

Zhyzhak se quedó de piedra cuando se le iluminó la bombilla. El Wyrn. Su señor y maestro esperaba detrás de aquella puerta. Simplemente tenía que abrirla y...

Aquello no tenía sentido. Si el Garou estaba intentando abrir la puerta, entonces no podía ser bueno para ella o para el Wyrn. ¿Tendría algún arma que ella no podía ver? ¿Algún fetiche con el que destruir al Wyrn?

No podía permitirle que continuase, pero no podía atraparlo para detenerle. Tal vez las palabras le retrasarían.

–¡Garou! –gritó, todavía agarrada a la puerta, por debajo de la figura–. ¿Qué diablos estás haciendo?

Él no respondió. ¡Se atrevía a ignorarla!

–¡Escúchame, escoria!

Él se detuvo y bajó la vista hacia ella, con una expresión ceñuda en su rostro lobuno.

–¿Por qué? –gritó Zhyzhak–. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué abres la puerta?

Él la miró en silencio y parecía sopesar si debía hablar o no. Tomó una decisión.

–Te he seguido hasta aquí, Zhyzhak. Tus huellas eran evidentes.

–¡Imposible! ¡Ningún Garou puede recorrer el Laberinto sin quedar manchado!

–Tú destruiste el Laberinto a tu paso –dijo él, al tiempo que meneaba la cabeza, sorprendido porque ella no lo supiera–. No tenía ningún poder sobre mí.

Zhyzhak gruñó, enfadada consigo misma por su falta de conciencia.

–¿Desde cuándo?

–Te alcancé más o menos en el Quinto Círculo. Te he seguido desde entonces.

–¿Por qué? ¿Es que crees que puedes destruir al Wyrms?

–Zhyzhak no pudo evitar soltar una carcajada cuando dijo aquello.

–Liberarlo. –El Garou se apartó de ella, volvió a escalar otra vez y llegó al quinto cerrojo.

Zhyzhak le miró fijamente, confundida. ¿Por qué iba a intentar liberarlo? ¿Qué tipo de trampa era aquella? Se estrujó su violento cerebro pero no encontró ninguna respuesta. Había vencido al Noveno Círculo, ¿no? Al matar al guardián, se había ganado el derecho a humillarse ante el Wyrms y suplicar sus favores.

¿O no? Después de todo era el Círculo del Engaño. Tal vez era ella la engañada. Tal vez el gaiano era simplemente otra jugarreta del lugar, diseñada para confundirla. Si buscaba liberar a la cosa que estaba detrás de la puerta, entonces seguramente su objetivo era destruir a aquella cosa.

¡Sí! La cosa que estaba detrás de la puerta era la respuesta. Aquella era la verdadera manifestación de la prueba del círculo, no el guardián. Si la mataba, ganaría.

Miró entre los barrotes, a través de la profunda penumbra, buscando un vislumbre de la criatura. Allí, en la mierda, encadenada a la pared más alejada, había una serpiente enroscada. Parecía dormir, aunque ciertas partes de su cuerpo se sacudían y revolvían como si estuviera teniendo una pesadilla. La cosa estaba delgada y débil, obviamente al borde de la inanición. Las cadenas la agarraban con fuerza y le irritaban las escamas. Estaba tumbada sobre el lecho de su propia piel muerta, mudada durante muchos años.

Zhyzhak sonrió maliciosamente, abrió la boca y subió y bajó el estómago, cebando el fuelle que el tótem Dragón Verde le había dado cuando le había prometido lealtad por primera vez. Escupió una

llamarada de fuego verde. Cruzó toda la longitud de la celda y le dio a la serpiente, que se despertó al instante, gritando y retorciéndose; las cadenas sonaron cuando intentó escapar del fuego abrasador.

Algo pesado chocó contra Zhyzhak, tirándola de la puerta. Cayó a plomo en el agua y se estrelló contra el suelo; su sumergido hocico tragó un poco del lodo.

El Garou se montó a horcajadas sobre ella y con las zarpas le despellejó la piel. Solo su fetiche de cuero la salvaba, al equiparla con poderes espirituales. Mientras arrancaba el último trozo de cuero y lo echaba a un lado, listo para clavarle la mano en el pecho, Zhyzhak rodó a un lado y se lo quitó de encima.

Ahora lo entendía: mientras él no la atacase, ella no podría tocarle. Pero él había roto su propio hechizo al golpearla.

Se levantó del agua de un salto y salió a la superficie a tiempo de ver al Garou volver a escalar hacia el cerrojo. Ella saltó de nuevo y le golpeó antes de que pudiera recorrer la mitad del camino. Le agarró por el cuello y apretó, utilizando toda su fuerza para romperle la tráquea. Él se quedó amordazado, débil. En lugar de luchar para deshacerse de su apretón, sus ojos recorrieron el cuerpo de Zhyzhak, en busca de algo. Ella se rió por lo ridículo que resultaba aquello.

El Garou estiró un solo dedo y lo apretó contra su costilla. Ella tuvo un espasmo, le soltó y se agitó hacia atrás, con los miembros fuera de control. El dolor la sobrepasó por un momento y estuvo a punto de perder el conocimiento, pero su rabia se alzó para responder a la amenaza. Ella gruñó y se resistió a la necesidad, al darse cuenta de que aquel Garou no era uno corriente.

Levantó la vista y vio al Garou justo cuando el quinto cerrojo se abrió con un sonido metálico.

Ella escupió en la palma de su mano, reunió su poder y transformó el escupitajo en una brillante bola de fuego diabólico. Se la arrojó al Garou y le dio justo entre los omóplatos. Él aulló con unos dolores atroces y se cayó, sumergiéndose en el agua.

Antes de que él se pudiera recuperar, volvió a toser y envió una gota de fuego en su dirección. Le quemó el pelaje y él rodó en el fango, intentando extinguir el fuego.

Zhyzhak se desenroscó el látigo de la cintura y lo restalló contra

él; sus espinas se le clavaron profundamente. Él era débil; astuto, tal vez, pero no podía contra su fuerza. Sorprendentemente, él esquivó el siguiente golpe, pero al hacerlo se acercó demasiado. Ella le golpeó con las zarpas y le arrancó un trozo del muslo.

El Garou se alejó cojeando y respirando pesadamente, encogido por los dolores que tenía por todo el cuerpo. La miró y empezó a hablar. Antes de que él pudiera decir una sola palabra, Zhyzhak chasqueó otra vez el látigo. Le abrió la frente y él se derrumbó. Su respiración trabajosa retumbó por toda la habitación, pero había dejado de moverse y tenía los ojos cerrados.

Ella caminó hacia donde él estaba y se preparó para terminar con él con una zarpa levantada, cuando el violento estruendo de unas cadenas agitándose salió de la celda y la distrajo. Se giró para mirar dentro de la celda y vio que la serpiente se estaba deshaciendo de sus ataduras. Aulló de enfado y corrió hacia la puerta.

Gruñó, invocando un poder sencillo que se les enseñaba a los cachorros de los Danzantes de la Espiral Negra. Asomó la cabeza por la puerta y siguió empujando, estrujando su cuerpo por la pequeña abertura. Sus huesos se fundieron para permitirle salir y volvieron a formarse en cuanto se liberó del encierro al otro lado de la puerta. Introdujo todo su cuerpo en la estancia y se dirigió hacia la serpiente.

El animal se retorció, bailando para esquivarla. Ella echó una zarpa hacia delante y le agarró la cabeza. Sin vacilar un segundo, se la arrancó de un mordisco y la masticó hasta hacerla pedacitos, que luego se tragó.

Sabía a rayos. Escupió una escama y se sacó otra de entre los dientes.

Caminó de vuelta a la puerta y se apretujó otra vez a través de la abertura.

El Garou caído abrió los ojos débilmente, mirándola con cautela.

–¡Chúpate esa, hijoputa! –ladró Zhyzhak–. ¡He matado a tu amigo!

–Has devorado al Devorador –dijo él, mientras se levantaba débilmente sobre sus piernas, tambaleándose–. Ahora siempre estarás hambrienta. Ni siquiera el universo entero te satisfará.

Zhyzhak ladeó la cabeza.

–¿Quién cojones eres...?

Se quedó amordazada cuando algo cruzó desde su estómago hasta su garganta y luchó por abrirse paso hasta su boca. Sus mandíbulas se abrieron a la fuerza y la enorme cabeza de una serpiente salió a rastras mientras ella la vomitaba incontrolablemente.

Siguió saliendo. Metros y metros de serpiente, que crecía según tocaba el agua, se enroscaba y rodeaba la habitación. Y siguió saliendo a chorro del interior de Zhyzhak, haciéndose más grande todavía y echando alas y cientos de brazos.

Miró hacia Zhyzhak, con una chispa de malicia en los ojos.

Una cola se deslizó finalmente de su boca y terminó de vomitar a la bestia. De la cola salió una gran aleta, que recorrió la longitud del dragón y se agitó por encima de su cabeza.

Luego se inclinó ante Zhyzhak, esperando sus órdenes.

Zhyzhak lo miró fijamente, asombrada. Luego se rió, con unas carcajadas enormes. Ahora lo entendía. Había ganado. Era más poderosa que el general malfeano o los Duques de Malfeas. Su recompensa era un poder incomparable en la historia. Ella dirigía a la manifestación suprema del Wyrm, el antiguo dragón de la destrucción.

–¡Llévame de vuelta a Malfeas! –gritó Zhyzhak.

El dragón desplegó sus alas y el techo se apartó violentamente. Por encima, las ruinas del Templo Oscuro se cayeron despedazadas a un lado y la torre se deshizo en pedazos cuando golpeó el suelo. Desde el cráter abierto, Zhyzhak vio de soslayo el cielo tormentoso de Malfeas.

Durante un momento, el dragón desapareció. Un gigantesco vórtice arremolinado de energía quedó suspendido en su lugar. Toda fuerza destructiva imaginable, fuego, rayos, temblores de tierra y fuertes heladas, se juntaron en aquel único punto. Tiró de la visión de Zhyzhak hacia dentro, absorbiendo su vista con su impresionante gravedad. Luego explotó hacia fuera y se desperdigó por el horizonte y más allá.

Con el rabillo del ojo percibió un movimiento. Se dio media vuelta y vio que el Garou estaba subiendo por la pared; ya casi había llegado a la parte de arriba, apresurándose para escapar. Estuvo a punto de dejarle marchar. Si podía llegar a Malfeas, que advirtiera a sus

hermanos contra ella, que les hablase de su nuevo poder. Pero luego recordó la humillación por la que la había hecho pasar.

–¡Devóralo! –gruñó al Wyrn.

El hocico del dragón salió disparado hacia delante y se tragó al Garou de un solo mordisco. Zhyzhak empezó a desternillarse de risa, pero la risa se convirtió en gruñido cuando vio la cara del Garou justo antes de desaparecer en las fauces del dragón. Ella gruñó, confusa. El rostro que había mostrado el Garou no era de miedo, no había nada del terror que te suelta el estómago, por el que le quería ver pasar. El insulto final de aquel bastardo hacia ella fue sonreír y susurrar una palabra que ella apenas pudo oír. ¿*Quimera*? Uno de los malditos tótems de los gaianos. El tonto había invocado a su tótem en el último momento. Lamentable. Ella misma se comería a esa Quimera.

–¡Tráeme a mi ejército! –gritó.

El dragón desplegó sus alas otra vez y salió disparado hacia el ciclo. Se quedó inmóvil justo por debajo de las nubes, para que todo aquel que estuviese en Malfeas pudiera verle. Abrió sus enormes mandíbulas y bramó.

TERCERA PARTE:
«LOS ÚLTIMOS DÍAS»

[*«Estos son los últimos días.
Que Gaia tenga compasión de nosotros.»*
~LA PROFECÍA del fénix, "La séptima señal"]

_____ 18 _____
Flecha de pesadilla

–Tienes que creerme –dijo Evan, mientras caminaba adelante y atrás, delante de un montón de nieve a unos pocos metros del centro

del campamento—. La vi. Una niebla gigantesca que se tragaba toda la zona, que lo impregnaba todo. La Garra está aquí. Ahora.

Aurak estaba sentado con la espalda apoyada en el montón de nieve. Asintió lentamente con la cabeza, digiriendo lo que Evan había dicho. Se apretaba una venda sobre una herida que tenía en el estómago. Uno de los comandos de Pentex le había disparado con una bala de plata. Su vida no corría peligro, pero Evan podía ver que le dolía. Aurak había insistido en que sus compañeros chamanes atendiesen primero las heridas de los demás antes de permitir que utilizaran sus poderes místicos sobre él. La energía espiritual era limitada y creyó necesario que primero curasen a los guerreros, a pesar de la insistencia de Zarpa Pintada en lo contrario. El Jefe de Guerra sentía que Aurak era más importante, pero había sido incapaz de convencerle.

Si lo malo pasaba a ser peor y comenzaba otro ataque, Aurak podría invocar a su voluntad para ignorar el dolor, un poder que los Wendigo conocían. Pero sabía que aquello agotaría sus reservas mentales, así que decidió sencillamente sufrir el dolor en aquel momento.

—La visión de Pájaro Atroz es extraña —dijo Aurak, al tiempo que hacía una mueca al cambiar su peso de un lado al otro—. He oído leyendas sobre unos pocos héroes que recorrieron la Senda de la Vía Láctea, el camino que nuestros ancestros tomaron para llegar a Gaia tras sus muertes, pero son antiguas y dicen muy poco sobre ese camino.

—Nunca antes había visto un fantasma Garou —dijo Evan—. Es bien escalofriante. He oído hablar de fantasmas humanos, claro; se supone que están malditos, no como nuestros ancestros. Nuestros ancestros vuelven a nosotros como espíritus, como parte del ciclo natural, *después* de haber ocupado su sitio en los reinos ancestrales. Pájaro Atroz y los otros... —Evan meneó la cabeza, estremeciéndose—. Sus espíritus todavía no se habían marchado. Esperaron para mostrarme la visión.

—Aún no formaban parte del reino de los ancestros —dijo Aurak, asintiendo— pero cumplían las órdenes de los ancestros. Ellos te escogieron hace mucho tiempo, tal vez incluso antes de que nacieras,

para una misión especial. Creo que Astilla-de-Corazón es tu misión. Es tu némesis, aquello que te impide juntar a nuestras tribus.

–¿Entonces por qué nadie más me escucha? –dijo Evan, levantando las manos con frustración–. ¡Eres el único que me cree acerca de lo que vi!

Aurak asintió y echó una mirada hacia el resto del campamento. Zarpa Pintada caminaba al lado del fuego, con el ceño fruncido, mientras hablaba con sus guerreros. De vez en cuando dirigía una mirada furiosa hacia Evan, pero luego se daba media vuelta y se concentraba resueltamente en algún otro asunto: un informe sobre la vigilancia del perímetro o una petición de algún soldado herido.

–Es la Garra –dijo Aurak, suspirando–. Les distrae y no les permite escuchar tus palabras.

–¿Por qué yo la veo? –preguntó Evan–. Cuento con que *tú* la veas; tú eres un jefe. Pero yo no soy tan fuerte todavía. Y ni siquiera soy un Theurge.

Aurak frunció el ceño.

–Pero si yo no puedo verla. Solo la conozco por lo que me has contado y por el extraño comportamiento de los demás.

Evan se detuvo y miró a Aurak.

–Pero... yo pensaba que podías notar su presencia.

Aurak sacudió la cabeza.

–¿Notarla? No. Leo las pistas en el comportamiento de nuestra gente. Sospechaba que estaba aquí, o al menos en algún lugar cercano. Tu visión solo confirma mis sospechas.

–¿Pues entonces por qué soy el único que la puede ver? ¿Es por los ancestros? ¿Me dieron algún poder?

Aurak se encogió de hombros.

–No lo sé. Tu destino es enfrentarte a ella. Eso es lo que sé. Tú y Astilla-de-Corazón estáis conectados de alguna forma.

Grita-al-Anochecer lo supo en cuanto oyó tu nombre. Tal vez los ancestros han estado trabajando muchos siglos para producir tu espíritu de manera que existiese un paladín aquí y ahora para luchar contra ella.

Evan meneó la cabeza.

–¿Entonces por qué no me avisaron antes? ¿Por que

espetármelo de buenas a primeras?

–A veces, hablar de una cosa es darle a esa cosa poder sobre ti, o alertarla. Si Astilla-de-Corazón supiera que estás cerca, ¿habría venido de esta manera? Tal vez se habría ido hacia el este o el oeste y causado estragos entre aquellos que no pueden verla y por tanto no pueden luchar contra ella. El secreto es una forma de poder, tanto para nosotros como para el Wyrn.

Evan cerró los ojos y enterró la cabeza en las manos.

–No sé qué hacer.

Aurak se inclinó hacia delante.

–Piensa en lo que has experimentado en el pasado: tu manada descubrió a los siervos del Wyrn Profanador. ¿Cuál es la lección que enseña el Profanador? Que las heridas que no se cuidan, no se curan y se acaban infectando. Infectó los espíritus de muchos Garou.

Evan conocía las tres apariencias del Wyrn: la brutal Bestia de la Guerra, el siempre hambriento Devorador de Almas y el sigiloso y sumamente corruptor Profanador.

–Loba Carcassone descubrió a los secuaces del Wyrn Profanador –dijo Evan–. Los devotos de la Séptima Generación. Loba es compañera de tribu de Albrecht. Nadie excepto él la creyó. Cuando se convirtió en rey, hizo que todos los demás vieran la verdad llevándoles al campo y haciéndoles luchar contra ellos.

–Bien. Hay que enfrentarse a ella, como Astilla-de-Corazón. ¿Pero dónde se esconde?

Evan frunció el ceño.

–Es que no se esconde. Está por toda la Penumbra. Pero solo yo puedo verla.

Aurak meneó la cabeza.

–No me refería a eso. ¿Dónde se ha escondido todos estos años? Tú dijiste que los guardianes de las pesadillas solo capturaron su corazón. Eso significa que el resto estaba suelto. ¿Por qué nadie lo descubrió?

Evan lo pensó durante un minuto.

–Se llama Astilla-de-Corazón porque se esconde en nuestros corazones. No literalmente, claro. Imagino que eso significa que se encubre con nuestras emociones.

–¿Y cuál es la más fuerte de esas emociones?

Evan apretó la mandíbula.

–La rabia. Se oculta detrás de nuestra rabia. Por eso es por lo que no podemos verla. Siempre que sus acciones pueden quedar al descubierto, las malinterpretamos como rabia, una furia sin objetivo.

–Nuestra rabia es su camuflaje. La rabia es nuestra pena por las heridas de Gaia, pero también es el medio con el que bloqueamos esa pena. Impide que miremos dentro. Toda nuestra furia se proyecta hacia fuera. No nos damos cuenta de lo que está escondido dentro. Así es como el Wyrm Profanador obtiene su poder. Astilla-de-Corazón hace lo mismo.

Evan se sentó, cansado.

–Así que está utilizando nuestra rabia contra nosotros. Probablemente incluso la empeora. Obviamente, ceder a la rabia no es posible; es probable que tenga poder sobre los Garou que están perdidos en el frenesí.

–Debemos pensar en la pesadilla como algo que tiene dos partes –dijo Aurak, echándose hacia atrás con los ojos fijos en el cielo nocturno–. La propia pesadilla, una de las cinco Garras del Wyrm que fue capturada por los guardianes de las pesadillas; eso es su corazón. Luego está su poder, capaz de ir más allá de sí mismo, arrastrándose en los corazones de los Garou y aumentando su furia. No posee a un Garou como lo hace una pesadilla corriente; utiliza su poder desde lejos para liberar su rabia y ayudarlo a provocar su propia destrucción.

–Si puede hacer eso cuando está cautiva, ¿qué puede hacer ahora, que está libre?

–Puede hacer que nos destruyamos a nosotros mismos –contestó Aurak, al tiempo que volvía a mirar a Evan–. Ha utilizado su poder para hacer que las tribus sigan enfadadas unas con otras, para impedir la reconciliación. Tu tarea es conseguir esa reunión entre hermanos y hermanas. Tú eres su némesis. Ambos tenéis que enfrentaros.

–¿Cómo? –gritó Evan, abriendo los brazos–. ¡Es una niebla incorpórea!

–No –dijo Aurak agitando un dedo hacia Evan–. Se cubre de niebla. En algún lugar de su interior se esconde su corazón, la cosa

que los guardianes de las pesadillas capturaron. Debes encontrarlo y golpearlo.

Evan se levantó.

–Entonces tengo que regresar a la Umbra. Allí es donde puedo verlo. –Se llevó una mano por encima del hombro y levantó su arco–. ¿Mis flechas lo detendrán? Solo tres de ellas son flechas de pesadilla.

Aurak lo pensó un momento, suspirando.

–Creo que todas tus flechas lo herirán. Eres el Curandero-del-Pasado; él es la herida. En tus manos, las flechas son cuchillos con los que extirpar su veneno. –Aurak gruñó, se inclinó hacia delante y cogió su bastón. Luego se levantó, agitándose inestablemente durante un momento antes de recuperar el equilibrio apoyándose en el bastón–. Voy contigo.

Evan negó con la cabeza.

–Te necesitan aquí. Además, tú no puedes verlo.

Aurak arqueó las cejas.

–¿Y? Eso no me impidió comprender más cosas sobre la Garra que tú.

Evan dejó caer la cabeza.

–Sí. Realmente no hay comparación.

–No –dijo Aurak con una sonrisa–. Eso no era lo que quería decir. Solo quiero que le des a un anciano algo de crédito de vez en cuando. Puede que no sea capaz de ver al corazón, pero puedo imaginarme sus jugarretas. He visto mucho mundo, ya sabes. Los Garou no llegan a mi edad sin algo de astucia.

Evan sonrió.

–Tengo que decir que me alivia oírlo. No quería hacer esto solo.

–¿Hacer qué solo? –preguntó Zarpa Pintada, al tiempo que aparecía detrás de Evan. Se había movido tan sigilosamente que Evan no lo había sentido. Aurak no parecía sorprendido.

Evan se giró para mirarle.

–Tengo que entrar en la Umbra y luchar contra la Garra. Aurak ha decidido acompañarme.

Zarpa Pintada frunció el ceño. Abrió la boca y luego la cerró, como si estuviese intentando pensar en algo que decir. Meneó la cabeza y cruzó los brazos.

–No sé de qué estás hablando. Los exploradores no han informado de nada.

Evan suspiró. Era la misma respuesta que había recibido antes. Era como si el cerebro de Zarpa Pintada se desconectase siempre que mencionaba a la Garra.

Aurak dio un paso adelante.

–Evan y yo vamos a explorar la Umbra. Si no hemos regresado antes del amanecer, venid a buscar nuestros huesos.

Los ojos de Zarpa Pintada se abrieron como platos.

–¿Huesos? No seas malévolo, abuelo. Nuestros guerreros os protegerán si algo se os acerca. Si tenéis que entrar, eso es decisión vuestra. Pero nosotros tenemos que levantar el campamento y marcharnos al amanecer, o si no la Garra se alejará demasiado.

Aurak encogió los hombros.

Evan no se molestó en corregir a Zarpa Pintada recordándole que la Garra ya estaba allí. Le hizo una pregunta.

–¿Ha llegado algún mensaje o señal de Mari y la Manada del Río de Plata?

Zarpa Pintada apartó la vista y escudriñó el horizonte.

–Ninguna todavía. Estoy seguro de que están bien. No podemos arriesgarnos a enviar guerreros para seguirles la pista.

Evan dejó caer la cabeza.

–Lo sé. Lo que pasa... –Evan levantó la vista hacia Zarpa Pintada–. Bueno, sé que estáis haciendo todo lo que podéis. Gracias.

–Vaciló un momento y luego volvió a hablar–. Si ella regresa, decidle a dónde nos hemos ido.

Zarpa Pintada asintió, frunciendo el ceño de nuevo, como si sospechase que su viajecito era más de lo que Aurak había revelado. Sin duda no recordaba la explicación que Evan le había dado sobre la Garra.

Aurak agitó la mano hacia Zarpa Pintada con impaciencia y empezó a alejarse, apoyándose en su bastón. Evan se fue con él y ambos se apartaron de la luz de la hoguera del campamento.

–Agárrate a mí –dijo Aurak–. Es la hora.

Evan se cogió a la manga de Aurak y, antes de que pudiese pestañear, su siguiente paso aterrizó en la Umbra, en el paisaje

espiritual de la nieve impoluta. Aurak era un Theurge poderoso; su habilidad para abrir la Celosía superaba incluso a la de Mari.

Ahora la niebla verde lo cubría todo y estaba suspendida por todo el campamento. Evan cargó una flecha.

–Está por todas partes –dijo–. Llega a la altura de las rodillas. Apenas puedo ver a través de ella.

Aurak miró a su alrededor y meneó la cabeza.

–No veo nada más que nieve. Y aún así... noto que algo no anda bien aquí.

Evan observó el suelo, intentando ver a través de aquellas olas de niebla verde.

–En mi visión, algo se movía entre los pies de los Garou malditos. Debía de ser el corazón.

–Ten cuidado –dijo Aurak–. La Garra ha demostrado ser astuta. Podría... –Aurak aulló de dolor y se agarró la pierna.

Evan vio que una cosa roja y carnosa se alejaba a toda prisa de Aurak, oculta bajo la capa de niebla. Cogió el arco y disparó a la cosa antes de que pudiera desaparecer. Su flecha erró el blanco por los pelos y se clavó en el suelo con un ruido sordo. La niebla se apartó de la flecha y dejó una abertura vacía y arremolinada a su alrededor. Luego la flecha se desvaneció, como si la arrancasen del mundo espiritual. Evan frunció el ceño.

Aurak gimió y cayó hacia atrás. Evan arrojó su arco y lo cogió antes de que tocara el suelo. Luego ayudó al anciano Theurge a sentarse. Aurak tenía los ojos cerrados con fuerza y su mano agarraba el bastón firmemente, con los músculos doloridos.

–Me ha mordido –dijo entre dientes–. En la pierna.

Evan examinó la herida. Era un desgarrón feo, evidentemente producido por unas mandíbulas de dientes afilados. La morada herida estaba infectada por el veneno. Evan gimió, sacó su navaja y sajó la herida. Se inclinó y la succionó, sacando el veneno con la boca y escupiéndolo a un lado. Le quemó la lengua.

La respiración de Aurak se hizo más trabajosa. Sus ojos cerrados se sacudieron, doloridos por la fiebre. Evan abrió la cartuchera de Aurak y sacó una compresa. La puso en la frente del hombre y rezó al espíritu de la curación que estaba vinculado a ella. El

espíritu despertó y esparció su energía sobre Aurak.

Los ojos de Aurak pestañearon brevemente y luego se cerraron. Su respiración se hizo más constante, pero cayó inconsciente.

Evan miró a su alrededor. Quería llevar a Aurak de vuelta al mundo material, donde la Garra no pudiera volver a morderle, pero le daba miedo marcharse. Devolver a un Aurak herido podría hacer que Zarpa Pintada intentase impedir que Evan volviera a la Umbral.

Buscó en la bolsa de Aurak. El viejo chamán debía de tener algún fetiche que pudiera protegerlo. Sacó un cuerno de venado y miró cuidadosamente los pictogramas escritos en él. Había hecho el esfuerzo de aprenderse los pictogramas que los Garou utilizaban al poner por escrito sus conocimientos orales. Por suerte, estos eran bastante normales. El nombre del espíritu vinculado estaba inscrito; eso era suficiente información para un media-luna como Evan.

Convocó su poder y llamó al espíritu, pidiéndole que cumpliera su deber. La niebla que rodeaba a Aurak se separó cuando apareció una figura. Cuatro pezuñas cavaron en la nieve y un bufido de respiración congelada anunció la llegada del espíritu del venado.

Evan sonrió.

–Vigíle. Mantén limpio el suelo a su alrededor.

El espíritu volvió a resoplar e inclinó la cabeza para frotar su cornamenta formando un círculo alrededor del cuerpo de Aurak. Nuevamente, la niebla se separó, no apartándose como antes, sino echándose a un lado lentamente, como si estuviera más enfadada que repelida. Dejó una zona abierta donde yacía el cuerpo de Aurak. El venado rodeó el sitio, clavando sus cascos con fuerza en la nieve para marcar su territorio.

Evan cogió su arco, se levantó y cargó una nueva flecha. Se puso en marcha, se movió a través de la niebla y rodeó la zona en busca del corazón carnosos. Cuando se acercó al centro del lugar donde debía de estar el campamento en el mundo material, vio un destello fugaz de movimiento. Soltó la flecha al instante. Cayó en la nieve con un ruido sordo y la niebla que se apartó dejó al descubierto una criatura que se desvanecía rápidamente.

Parecía un corazón rojo y palpitante, arrancado del cuerpo de un animal enorme, que arrastraba los ventrículos colgando detrás de sí. A

lo largo de su centro, Evan vislumbró unos pinchos amarillentos: filas de dientes. Parecía moverse por el suelo gracias a una impresionante fuerza de voluntad y se revolvía por la nieve sin dejar huellas. Su camino era errático, como si fuera cojeando. Como si hubiera sido herido.

Evan sacó otra flecha del carcaj y se dio cuenta de que la última flecha había desaparecido, exactamente igual que la primera. Intentó entender lo que significaba aquello. El repentino sonido del aullido de un Garou lo sacó de sus ensoñaciones.

Cuchillo de Sílex estaba a unos pocos pasos de Evan, gesticulando como un salvaje en su forma de batalla; tenía los dientes apretados, la cabeza le daba vueltas y olisqueaba el aire. Evan podía asegurar, por la manera en que se movía, que estaba fuera de control; se había vuelto loco, consumido por la rabia. Una de las flechas de Evan le sobresalía del hombro.

Cuchillo de Sílex captó el olor de Evan. Aulló y cargó hacia delante. Evan echó a correr en círculos, intentando eludir al guerrero que arremetía contra él. Cuchillo de Sílex se detuvo y volvió a olisquear el aire, intentando localizar otra vez a su presa.

La rabia del guerrero Garou le nublabla la razón. Evan pudo eludirle deslizándose inadvertidamente y volviendo sobre sus pasos. Los sentidos de Cuchillo de Sílex parecían agudos, pero sin duda estaba confundido por las maniobras de Evan. Evan se alejó a rastras, por el suelo y en silencio. Cuchillo de Sílex aulló y echó a correr por la tundra, en dirección opuesta al campamento.

Mientras lo veía marchar, Evan volvió a avistar el movimiento del corazón. Dejó escapar otra flecha. Esta consiguió rozar al corazón, produciendo un pequeño chorro de sangre antes de incrustarse en el suelo. Cuando la niebla se apartó, la flecha desapareció.

Evan esperó, temiendo lo que podría ocurrir después. Otro aullido estalló en las cercanías. Uno de los Fianna de la Lanza del Jabalí avanzó dando traspiés, aullando y gruñendo. Con una mano se agarraba la flecha de Evan, que sobresalía de su muslo. Él también había perdido la razón a causa de la rabia y rastreaba cualquier olor o sonido de su atacante.

Evan se alejó a rastras y se mantuvo lo más alejado posible de

los sentidos del Fianna. Se dio cuenta de que cada vez que lanzaba una flecha por la niebla hacia Astilla-de-Corazón, de alguna manera golpeaba a un Garou que estaba en el mundo material. La herida les ponía los nervios de punta, inflamaba su rabia y los llevaba instintivamente hasta el mundo espiritual, para buscar a su enemigo. ¿Cómo podía golpear el corazón de la Garra sin antes golpear a todos los Garou del campamento?

Estallaron más aullidos y aparecieron cinco Garou Wendigo, que cruzaron la Celosía. Evan frunció el ceño. No había disparado ninguna flecha más. Estos Garou no estaban heridos, pero sí frenéticos, perdidos en la rabia como los demás. Evan frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando allí?

Los Garou se desplegaron, buscando a su presa con el olfato. Evan reculó, apartándose más del centro de la niebla. Vio un movimiento por debajo de los pies de los recién llegados; el corazón se escondía entre el grupo. Apuntó cuidadosamente y disparó otra flecha. En el último momento, uno de los Garou se movió y se interpuso delante de la flecha. Se le clavó en el torso, provocando un aullido de rabia. El Garou saltó hacia Evan, siguiendo la trayectoria del vuelo de la flecha incluso en su estado enloquecido.

Evan corrió hacia su derecha, pero resbaló en la nieve. El ruido de su caída, incluso amortiguado por la nieve, alertó los oídos de los enfurecidos Garou. El Wendigo aterrizó en su espalda y le clavó las zarpas.

Evan luchó por quitarse de encima al Garou; su mochila y el carcaj le protegieron de la mayor parte del daño a costa de algunas de sus flechas, que se quebraron bajo los poderosos golpes. Gritó, convocando sus dones espirituales. Un repentino viento golpeó al enloquecido guerrero Wendigo, derribándolo y haciéndole aullar de dolor. Evan se levantó de un salto y echó a correr, por la tundra, lejos de la niebla.

Los otros Garou enfurecidos lo oyeron y buscaron el blanco, cargando directamente contra él.

Rebuscó en su carcaj una flecha que estuviera intacta y la enganchó a la cuerda mientras corría. Se giró y la disparó contra el Garou que iba en cabeza; la flecha se le clavó en el cuello. El Garou

cayó hacia atrás, revolcándose y se sacó la flecha de un tirón. No lo detendría durante mucho tiempo. La mayoría de las flechas de Evan eran normales, no estaban diseñadas para herir a hombres-lobo.

Evan volvió sobre sus pasos mientras intentaba decidir a dónde ir y esquivó por los pelos un zarpazo. Cuchillo de Sílex había vuelto y estaba a escasos centímetros de Evan. Debía de haber oído sus pisadas.

Evan cambió a la forma de lobo terrible y chocó contra él, derribándolo. Sin perder el paso, siguió corriendo. Necesitaba sus cuatro patas para dejar atrás a los demás, que se habían puesto a cuatro patas en sus formas de batalla, menos ágiles que la suya.

Una silueta apareció más adelante, moviéndose en ángulo para interceptarle. El Fianna.

Evan cambió de dirección y corrió en perpendicular al campamento. En cualquier cosa que hiciera, tenía que asegurarse de que ninguno de los Garou se acercaba a Aurak. El espíritu del venado solo podía mantener alejados a los Garou enfurecidos durante un corto periodo de tiempo. Algunos de los Garou siguieron corriendo en línea recta, al no percibir su cambio de dirección, pero dos parecieron darse cuenta y giraron hacia él.

Un nuevo Garou apareció delante de él cruzando la Celosía entre aullidos frenéticos. Percibió la presencia precipitada de Evan al momento, se lanzó sobre él y lo derribó. Evan rodó por el suelo y se quedó encima del Garou antes de que este pudiera ponerle encima todo su peso. Las mandíbulas rechinaron y las zarpas lo golpearon con fuerza, abriéndole unas heridas en las patas traseras. Evan clavó su mandíbula en la garganta del Garou y tiró, derramando la sangre por la nieve. Se dio cuenta de que estaba mordiendo a Piernaslargas, uno de los de la Camada de Fenris.

Pareció que el chaval dejaba de pelear así que Evan le soltó y se alejó a saltos para evitar la persecución de los otros Garou, que habían oído los gruñidos y las dentelladas. Se sintió fatal cuando dos de los Wendigo se lanzaron sobre Piernaslargas al tomarle por Evan en su estado de rabia, pero no podía hacer nada para evitarlo.

Corrió.

Cuchillo de Sílex apareció a su lado, también en su forma de

lobo terrible. Sus mandíbulas se clavaron en la pata derecha delantera de Evan. Evan se fue al suelo, aullando de dolor, mientras Cuchillo de Sílex lo soltaba para colocarse mejor y morderle en el cuello. Evan se retorció, intentando liberarse, pero ahora tenía al Garou encima y sus mandíbulas descendieron.

Un nuevo aullido estalló en las cercanías, profundo y enfurecido y se propagó por la tundra. Cuchillo de Sílex se detuvo, confundido durante un momento incluso en su estado frenético.

Un lobo blanco se lanzó contra él y lo derribó, apartándolo de Evan. Otros cuatro lobos blancos pasaron corriendo a su lado y chocaron contra los Wendigo y el Fianna. Un sexto, un Garou de pelaje blanco que portaba un martillo de gran tamaño, se desplazó para bloquear el paso de los Garou enfurecidos que trataban de acercarse a Evan.

Evan se levantó y miró a su alrededor, perplejo. Otros tres Garou de pelaje blanco se movieron para rodearlo, protegiéndole por todas partes.

Estalló un nuevo aullido, sonoro y victorioso, que les produjo escalofríos hasta a los Garou frenéticos, que se quedaron gimoteando, sin saber a dónde ir.

Evan casi lloró de alivio al reconocerlo. Se apartó de los Garou que le habían rodeado para protegerlo y cambió a su forma humana mientras corría. Echó los brazos alrededor del pecho del rey Albrecht.

–Eh, muchacho –dijo Albrecht, sonriendo mientras rodeaba con un brazo a Evan y con el otro levantaba su enorme klaive–. ¿No te dije que no salieras a meterte con más tíos de los que puedas manejar?

Evan soltó a Albrecht y lo miró, con los ojos abiertos como

platos.

–¿Cómo me has encontrado?

–¿Estás de broma? –contestó Albrecht–. ¿Con todo el follón que estos tíos están armando? –Albrecht señaló con su klaive a los Garou frenéticos. Sus Colmillos Plateados les habían perseguido para alejarles y ahora estaban puestos en fila, preparados para rechazarles si volvían a cargar. Los Garou furiosos corrían en círculos, confusos.

–¡No me refería a eso! –dijo Evan–. ¡Estabas en Rusia!

–Me llevó un rato regresar –dijo Albrecht encogiéndose de hombros–. Pero lo conseguimos. –El rey miró hacia los hombres-lobo frenéticos, que aullaban y caminaban en un círculo, husmeando el aire–. No sé qué está pasando aquí, pero esos chicos ya deberían haber salido del trance.

–Es la Astilla-de-Corazón –dijo Evan, al tiempo que miraba a los enfurecidos Garou con una expresión preocupada–. Está a nuestro alrededor. Tengo que encontrar su corazón y matarlo. –Evan examinó la zona, en busca de señales del corazón reptante.

Albrecht frunció el ceño y miró a Evan inquisitivamente.

–Yo no veo nada. ¿Dices que está a nuestro alrededor ahora?

Evan asintió, gimiendo.

–Solo yo puedo verlo. Aurak lo sentía, pero... ¡Oh, dios mío!

¡Aurak!

Giró sobre sus talones, en busca del cuerpo del anciano chamán. Todavía estaba donde le había dejado. El espíritu del venado pateaba el suelo y marchaba en un círculo alrededor del cuerpo de Aurak, amenazando a cualquier cosa que osase siquiera mirar en su dirección.

Evan echó a correr. Albrecht lo siguió con tres Colmillos Plateados detrás, muy cerca, uno de los cuales era Derick Dienteduro.

–La Garra lo mordió –dijo Evan, mientras se inclinaba sobre Aurak. El venado se apartó de él, pero bufó y bramó cuando Albrecht se acercó. Albrecht se detuvo a unos pocos metros de distancia, respetuoso con el deber del espíritu.

–Creo que le saqué el veneno –dijo Evan–. Pero no estoy seguro.

Dienteduro le habló al venado en una lengua que Evan no

entendía. El animal agachó la cabeza y se apartó para dejar pasar al Theurge Colmillo Plateado, que se arrodilló al lado de Evan y examinó a Aurak. Colocó las manos sobre el cuerpo del anciano y utilizó un poder espiritual para curar la herida.

–Todavía le queda veneno –dijo Dienteduro–. No puedo sacárselo. Esperemos que su espíritu pueda luchar contra él.

Un aullido estalló en las cercanías, al que se unieron todos los Garou frenéticos a la vez. Cargaron de repente, dirigiéndose al origen de las voces que escuchaban.

Los Colmillos Plateados saltaron hacia delante y se enfrentaron a la carga. Cayeron en una maraña rodante de patas y zarpas, una confusión de mordiscos y ladridos y la sangre se derramó por la nieve.

–¡Tengo que encontrar a esta cosa ahora mismo! –gritó Evan, al tiempo que se levantaba de un salto y cargaba una nueva flecha.

Albrecht puso la mano sobre el hombro de Evan y le detuvo.

–¿Dónde está Mari?

Evan gimió.

–Salió corriendo detrás de un fomor. No había vuelto todavía cuando Aurak y yo cruzamos. –Tragó saliva, esperando que no hubiera sido víctima de ninguna de sus flechas en su ataque contra Astilla-de-Corazón. ¿Y si había vuelto al campamento solo para encontrarse con un puñado de Garou enloquecidos que buscaban sangre? Meneó la cabeza, obligándose a no pensar en eso–. Tengo que cazar al corazón, Albrecht. Es nuestra única oportunidad. Creo que está herido. Algo lo hirió antes de que yo lo encontrase. De lo contrario, no creo que fuese capaz de golpearle.

Albrecht lo miró un momento, en silencio. Luego asintió y le soltó el hombro.

–¡No permitáis que nadie se acerque a Evan! –le gritó a sus guerreros.

Evan echó a correr hacia los Garou que peleaban, examinando el suelo en busca del corazón. Sospechaba que utilizaría la confusión para esconderse e intentar golpear a los Garou de cerca. Sintió la emoción del triunfo cuando lo vio; estaba arrastrándose bajo los pies de un Colmillo Plateado. Levantó su arco y disparó. La flecha lo empaló justo en el medio y lo clavó al suelo. Un terrible sonido

chirriante golpeó los oídos de Evan. Incluso Albrecht y los demás lo oyeron; Evan pudo ver cómo se tapaban los oídos para bloquear el sonido.

Echó a correr hacia su presa, mientras se pasaba el arco por encima del hombro y sacaba su Daga de Colmillo. El corazón luchaba por liberarse de la flecha y su sangre oscura caía a borbotones sobre la nieve. Evan pudo ver dos filas de dientes amarillentos y mellados, que estaban morados a causa del veneno que goteaba de ellos.

Apuntó cuidadosamente y hundió el cuchillo justo en las fauces abiertas de la cosa. Volvió a chirriar y casi hizo que Evan se retorciese de dolor. Su cuerpo carnoso se convulsionó y se derrumbó, inmóvil.

Evan dejó escapar un profundo suspiro de alivio, se sentó y se volvió para mirar a los demás. Frunció el ceño. Los Colmillos Plateados seguían luchando contra los Garou enfurecidos. Tres Wendigo habían caído y un Colmillo Plateado estaba tan malherido que otro tenía que ocupar su lugar mientras Dienteduro lo curaba.

La niebla verde seguía suspendida bajo ellos, a la altura de sus rodillas.

Evan meneó la cabeza incrédulo. Aquello no tenía sentido. El corazón estaba muerto. La niebla debería haber desaparecido. Se giró para volver a mirar al corazón, empalado en su flecha y su cuchillo. No se movía. Cogió la empuñadura de la daga y la retorció, cortando el corazón en pedazos. La sangre salió a borbotones del órgano muerto, pero nada más se movió.

Evan volvió a girar sobre sus talones, casi desesperado. Albrecht se había metido en la refriega y estaba balanceando su klaive a la izquierda y la derecha; al Fianna le cortó un brazo y destripó a un Wendigo.

Evan gritó.

—¡No! ¡No pueden evitarlo!

Albrecht le lanzó una mirada furiosa.

—¡No tengo elección! —gritó—. ¡No voy a perder a ninguno de los míos por hacerles mimos! ¡Esto ya ha ido demasiado lejos!

En unos segundos, los frenéticos Garou estaban en el suelo. Evan no podía saber si estaban muertos o si alguno todavía vivía y estaba inconsciente a causa de las heridas.

Albrecht clavó la espada en la nieve, enterró la sangre y se acercó a Evan. Le puso una mano en el hombro.

–Detesto hacer eso. Sabes que lo detesto. Pero ahora tengo a dos hombres heridos de gravedad. Nos ha costado mucho regresar a este lado del mundo. No podía permitir que esos tíos nos derribasen solo porque están bajo el control del Wyrm.

Evan asintió y dejó caer la cabeza.

–No lo entiendo, Albrecht. El guardián de la pesadilla... dijo que tenía que golpear al corazón. Aurak estaba de acuerdo. Pero nada ha cambiado.

Albrecht frunció el ceño.

–Mira, muchacho. Has hecho lo que has podido. Odio decir esto, pero... ¿estás seguro de que no es algún tipo de espejismo? Quiero decir, tú eres el único que lo ve.

Evan miró a Albrecht.

–¡Estoy seguro, maldición! Los ancestros me lo enseñaron.

Albrecht asintió.

–Está bien, lo acepto. Si estás seguro, estoy contigo. Pero tienes que tomar una decisión: ¿qué vas a hacer ahora?

Evan volvió a dejar caer la cabeza.

–No lo sé. Si Aurak estuviese despierto...

Albrecht tiró de Evan y le hizo levantarse.

–Tú eres quien debe tomar esta decisión. Él no va a levantarse durante algún tiempo. Tengo refuerzos que están de camino. Necesitamos un plan de batalla antes de que lleguen aquí.

–¿Refuerzos? –preguntó Evan–. ¿De dónde?

–De todas partes –dijo Albrecht, sonriendo–. Regresamos a Tierra del Norte y nos dijeron que tu grupo de guerra estaba aquí. Reuní un grupo de avanzadilla y salté al clan del Lobo Invernal; allí nos dijeron a dónde os habíais ido. Dejé órdenes para que las tropas de todas partes se reuniesen y me siguieran. Deberían estar al llegar.

Evan miró a su compañero de manada, con los ojos abiertos como platos.

–Pero yo no pude hacer que las otras tribus se movieran. Todos tenían sus propios problemas.

–Y todavía los tienen. Pero lancé una llamada a las armas que

convenció a algunos de ellos. No a todos, pero sí a los suficientes. Mira –dijo Albrecht, mirando a Evan a la cara–. No sé lo que está ocurriendo con tu campamento en el mundo material. Estos tíos podrían ser simplemente la vanguardia de unos guerreros más dementes.

Evan meneó la cabeza.

–¿Y por qué no han venido otros todavía? No, ha sido culpa mía. Cada vez que disparaba una flecha a esta cosa, le daba a un Garou en el mundo material. No me preguntes cómo; no tengo ni idea.

Albrecht frunció el ceño.

–Tal vez hayas encontrado algo. –Bajó la vista hacia el cuchillo y la flecha de Evan, clavados en el suelo–. Tal vez tienes el corazón... o tal vez solo tienes algo que se parece al corazón.

Los ojos de Evan se volvieron a abrir completamente y se quedó boquiabierto.

–¿Una treta? Eso significa que su corazón podría seguir por aquí suelto. ¡Maldición! Utilizó a esta cosa para engañarme. –Evan le dio una patada a los restos del corazón muerto–. ¡Es tan condenadamente evidente! ¿Y por qué su corazón se parece a uno de verdad?

Albrecht se encogió de hombros.

–No lo sé. Yo no puedo ver lo que tú ves. Pero tienes que imaginarte dónde puede estar escondido.

Evan asintió y miró a su alrededor, observando el paisaje.

Albrecht caminó hacia sus soldados.

–Estaré por allí, chico –dijo–. Tengo que examinar a mi unidad.

Evan miró hacia los cuerpos de los Garou caídos. Se preguntó si se ocultaba en ellos. Quizás era por eso por lo que su rabia había durado tanto. Estaban poseídos. Pero si ese era el caso, ¿por qué no podía ver al espíritu allí en la Umbral?

Repasó lo que el guardián de la pesadilla y los ancestros habían dicho, junto con la conversación que había mantenido con Aurak. Astilla-de-Corazón había poseído a la regicida Garou hacía mucho tiempo. Recordó las palabras de Pájaro Atroz: *«Ha estado en libertad desde el regicidio. Los Uktena solo capturaron su corazón. Sus raíces siempre han tocado a los descendientes de quienes participaron en*

ese asesinato. Eres el Curandero-del-Pasado. Debes rectificar las cosas. Debes expiar los errores de tus ancestros».

Evan sintió un vuelco en el estómago y un escalofrío que le recorrió la columna vertebral al darse cuenta de lo que le habían dicho los ancestros y que él no había querido ver. Astilla-de-Corazón tocaba a los descendientes de la asesina. Evan tenía que rectificar sus errores. Él era el descendiente de la asesina. Podía ver a la Astilla-de-Corazón porque estaba en su sangre. Él no era su némesis; era su progenie.

Miró hacia Albrecht y sintió una tremenda soledad al darse cuenta de lo que tenía que hacer. Vio que su compañero de manada estaba dando palmaditas en la espalda a los guerreros, elogiando sus habilidades en la batalla y subiéndoles la moral. Sonrió débilmente. Echaría de menos a Albrecht.

Sacó la daga del suelo y respiró profundamente. Luego la clavó en el corazón de Astilla-de-Corazón, atravesando su propio pecho.

–¡Señor! –gritó Eric Honnunger, señalando hacia Evan Curandero-del-Pasado, que se acababa de clavar un cuchillo en el corazón y se había derrumbado sobre la nieve.

Albrecht se precipitó hacia su compañero de manada y de la garganta le salió un sofocado gruñido de consternación. Se inclinó sobre Evan y miró la herida.

–¡Sanador! –gritó.

Dienteduro echó a correr hacia Evan y le puso las manos sobre el pecho. El muchacho ya estaba pálido y se estaba enfriando; su respiración se debilitaba. Extrajo con cuidado el cuchillo, que se había clavado profundamente, perforando la válvula aórtica, e invocó su poder espiritual para curar la herida.

La carne se cerró, pero Evan no recuperó la conciencia. Su respiración se hizo más débil todavía.

Albrecht aulló de rabia.

* * *

Evan abrió los ojos. La niebla había desaparecido. El paisaje solo mostraba nieve, marcada aquí y allá por las huellas y las

impresiones dejadas por los cuerpos de los combatientes, pero no había nadie más cerca.

Se levantó, sorprendido de que no le doliera el pecho. Bajó la mirada y vio que la herida había desaparecido.

Un ladrido de saludo lo sacó de sus pensamientos y levantó la vista; vio a una loba de pelaje gris que estaba sentada en las cercanías, mirándolo. No la reconoció.

Ella avanzó, mientras cambiaba a su forma de mujer-lobo y Evan se dio cuenta de quién era.

–Gracias –dijo ella, adoptando forma humana. Su piel era de color aceituna y su pelo, largo y negro– por haber subsanado por fin mi error.

Evan asintió lentamente.

–La regicida. ¿Cómo te llamas?

Ella meneó la cabeza.

–No importa. Mi nombre debe quedar en el olvido. Has curado la herida de nuestra familia. –Se dio media vuelta y se alejó, señalando hacia la nieve–. Vamos. Es la hora de volver con los ancestros.

Evan asintió.

–¿Entonces todo ha terminado? ¿La Astilla-de-Corazón ha muerto?

–Sí –asintió ella, haciendo señas a Evan–. Murió gracias a tu sacrificio.

Ahora podía ver a cuatro lobos, que se dirigían hacia él por la dirección a la que señalaba la mujer. Pájaro Atroz, Habladora Rápida, Zarpa-de-Hierro y la Hija de Gaia cuyo nombre aún no conocía. Se detuvieron, como si estuvieran esperándolo.

Evan suspiró y dio un paso adelante, siguiendo a su ancestro. Sintió un tirón en el hombro, que le detuvo.

–Todavía no ha llegado tu hora –le dijo una voz familiar.

Evan se giró y vio a Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte, apoyado en su bastón. A su lado estaba un Caminante Silencioso alto, que llevaba todas las insignias reales egipcias.

–¿Mephi? –dijo Evan–. ¿También estás muerto? Creía que se suponía que eras más rápido que ella –añadió, con una sonrisa.

Mephi también sonrió.

–Muy gracioso, Evan. No, no estoy muerto. Y tampoco tú deberías estarlo.

Evan frunció el ceño.

–No te entiendo. Me apuñalé a mí mismo con un cuchillo enorme. Desde luego que debería estar muerto.

–Sí –dijo Mephi–. En cualquier otra circunstancia, se brindaría por ti. Pero aquí Shem-ha-Tau dice que no es eso lo que tiene que ocurrir. –Mephi señaló al Caminante Silencioso que tenía al lado–. Parece ser que el favor que les has hecho a los ancestros te da carta blanca para librarte de la muerte.

Evan se volvió para mirar a los lobos que estaban esperando por él. Habían desaparecido.

Volvió a girarse hacia Mephi.

–Pero si no estás muerto, ¿por qué estás aquí?

Mephi sonrió, guiñándole un ojo a Shem-ha-Tau.

–Magia de los Caminantes Silenciosos. Al final he encontrado la respuesta a la gran pregunta.

Evan frunció el ceño.

–¿Y cuál es?

Mephi sacudió la cabeza.

–Todo el mundo la averiguará al final. No puedo decir nada más que eso. La muerte tiene que guardarse algunos secretos. De lo contrario, no podría cumplir su papel en la renovación.

–Esto no tiene ningún sentido. Vuelve a empezar.

Mephi tiró del codo de Evan y dio un paso atrás.

–Vamos. Basta ya de cháchara. Tenemos que regresar. Tengo noticias para Albrecht. –Al decir esto, la sonrisa desapareció de su rostro.

Evan asintió, confuso.

–De acuerdo. Pero al final me lo explicarás, ¿no?

Mephi no respondió. Le hizo un gesto a Shem-ha-Tau, que levantó una mano en señal de despedida, pero no dijo nada.

Mephi dibujó un círculo en el aire con su bastón. Se abrió un puente de luna y entró, llevándose a Evan con él.

Evan tosió y escupió sangre. Abrió cautelosamente los ojos, que parecían mucho más lentos que unos momentos antes. Cuando enfocaron, vio que Albrecht le miraba fijamente con los ojos abiertos como platos y la boca abierta. El rey aulló de alegría y zarandeó a Evan por el hombro.

–¡Así se hace, muchacho! –gritó Albrecht–. ¡Le venciste!

Evan se incorporó, mientras se palpaba el pecho con la mano. Una cicatriz recorría su pectoral izquierdo, por lo demás curado.

Dienteduro miró a Evan, asombrado.

–Pensaba de verdad que nos habías abandonado.

Evan sonrió débilmente.

–Y lo hice. –Miró a su alrededor, buscando a Mephi–. ¿Adónde ha ido?

Albrecht miró a su alrededor.

–¿Quién?

–Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte –dijo Evan–. Estaba conmigo.

Albrecht frunció el ceño y miró a Dienteduro, que se encogió de hombros. Volvió a mirar a Evan.

–Mira, Evan. Has estado a punto de morir. Has estado aquí todo el tiempo. Debe de haber sido algún tipo de sueño o ilusión.

Evan meneó la cabeza e intentó levantarse. Sus piernas estaban débiles, así que Albrecht dio un paso adelante y dejó que se apoyara en su hombro.

–Estaba muerto. Fui al lugar al que van los muertos en su camino hacia los reinos ancestrales. Aurak lo llamó Senda de la Vía Láctea, pero yo no vi ninguna estrella. Mephi estaba allí. Me guió de vuelta aquí.

Albrecht parecía intranquilo.

–No sabía que estuviera muerto. Eso es malo. Era un Garou condenadamente bueno.

–No, no lo has comprendido –dijo Evan–. No estaba muerto. Está vivo. Era algún tipo de magia de los Caminantes Silenciosos. Había otro tipo allí con él... –Evan se detuvo, con una expresión de asombro en la cara–. Me acabo de dar cuenta. El otro Caminante

estaba muerto. Era un espíritu. ¡El espíritu ancestral de un Caminante Silencioso!

Albrecht volvió a mirar a Dienteduro, con una expresión preocupada.

–Los Caminantes no tienen espíritus ancestrales, Evan. Se perdieron.

Evan sonrió, dándole una palmada en la espalda al tiempo que se apoyaba en él, caminando con cuidado, mientras recuperaba el equilibrio. Estaba un poco mareado.

–Ya no. Creo que Mephi se lo imaginaba. Esa es la respuesta de la que hablaba. El secreto de los ancestros de su tribu.

Albrecht sonrió débilmente.

–Mira, quizás deberías volver a tumbarte. Estás desvariando. Evan se rió.

–No. ¡Ahora lo entiendo! Mephi está en el mundo físico. Saltó a través de un puente de luna, mientras que mi espíritu regresó a mi cuerpo, aquí en la Umbra. Tenemos que cruzar.

Albrecht asintió.

–De acuerdo. Necesitamos ver qué pasa en el campamento. Hagámoslo.

Gruñó una orden a sus soldados y todos se reunieron a su alrededor. Dienteduro levantó el cuerpo inconsciente de Aurak y fue a colocarse en el centro del grupo. Todos se estiraron para tocarlo y él asintió, separando la Celosía para que pasaran.

Estaban en un campo cubierto de cuerpos y sangre. La nieve y el viento helado cortaban el aire, obligándoles a entornar los ojos.

Unas siluetas se movieron hacia ellos.

Una figura dio un paso adelante. Albrecht no podía distinguir su rostro a través de aquella nieve que caía rápidamente, pero gruñó una advertencia para que se mantuviera alejada.

–Bien, bien –dijo Mari Cabrah, sonriendo con ironía. Se acercó, ignorando la advertencia de Albrecht–. Así que el rey Albrecht por fin hace acto de presencia.

Albrecht soltó una risita, contento de ver a Mari sana y salva.

–Sí, aquí estoy, Mari. El tráfico estaba fatal. ¿Qué ha pasado en este sitio?

–¡Mari! –gritó Evan. Echó a correr hacia ella y la abrazó. Mari lo apretó con fuerza. Sus ropas invernales estaban cubiertas de sangre y en algunas partes estaban hechas jirones. Solo unas pocas de las manchas parecían ser de su propia sangre; una herida en el muslo tenía mala pinta y todavía relucía alrededor de la profunda marca de unas zarpas, pero no parecía molestarla.

Un grupo de figuras se movió hacia ellos a través de la nieve, rodeando cuidadosamente los cuerpos. Mari les hizo un gesto con la cabeza mientras se acercaban. Albrecht pudo ver ahora los rostros de algunos de los miembros de la manada del Río de Plata, todos menos Carlita y Ojo-de-Tormenta. Entre ellos había unos Garou a quienes no conocía; sin duda algunos eran Wendigo y otros eran unos jóvenes Garou de diversas tribus.

–Todo el mundo se volvió completamente loco –dijo Mari–. La manada del Río de Plata y yo llegamos a tiempo de verlos desmadrados. Algunos de ellos habían resultado heridos por unas flechas que llegaban de no se sabe dónde. Flechas que reconocí.

–Mari le dio unas palmaditas a Evan en la espalda y le soltó–. Cuando empezaron a desaparecer en la Umbra, supe que estaba pasando algo más importante que un simple grupo de enfurecidos. Miré en la Umbra y vi a Evan disparar como loco sus flechas, apuntando a la nada.

–A la nada no –dijo Evan, aturdido–. A la Astilla-de-Corazón. Mari sonrió.

–Ya me imaginaba que estaba pasando algo que yo no entendía. Todo lo que sabía era que mi compañero de manada estaba en apuros. Empecé a cruzar, pero me di cuenta de que una horda de Wendigo de mirada salvaje estaba a punto de hacer lo mismo. No podía detener a aquellos chicos, pero podía detener a los demás. La

manada del Río de Plata y yo atacábamos y huíamos; cada vez que alguien intentaba cruzar, le golpeábamos. Se cabrearon tanto que enseguida se olvidaron de todo menos de nosotros.

Evan miró a la manada, con una tensión creciente en la voz.

–¿Dónde están Gran Hermana y Ojo-de-Tormenta?

–Están vivas –contestó John Hijo-del-Viento-Norte. Tenía una marca de una mordedura grande en el costado y numerosas marcas de zarpas en los brazos–. Pero por los pelos. Todos nos llevamos nuestras heridas mientras intentábamos evitar que cruzasen.

–Lo hicisteis condenadamente bien, chicos –dijo Albrecht–. ¿Pero por qué el frenesí no os afectó también a vosotros? Todos los demás que estaban en el campamento sucumbieron.

Mari dejó caer la cabeza. La manada del Río de Plata hizo lo mismo.

–Estábamos unguados contra él –dijo Mari, con la voz rota, como si estuviera conteniendo la pena–. Yo... os hablaré de ello más tarde. Primero debemos atender a los supervivientes. La mayoría de estos chicos solo están heridos.

Albrecht asintió, mirando a Mari con expresión confusa. Nunca antes la había visto tan deshecha. Silbó a su grupo. Dienteduro y un grupo de guerreros cruzaron el campo y atendieron a los heridos.

–¿Todo el mundo ha recuperado el control? –dijo Albrecht, mirando a los extraños Garou que estaban cerca de la manada del Río de Plata, cada uno de los cuales parecía estresado.

Mari asintió.

–Todos la recuperaron de repente. Miré otra vez en la Umbra y te vi inclinado sobre Evan –miró a Evan y le dio un puñetazo en el brazo–. Me diste un buen susto. Pero volvió a ponerse de pie mientras miraba.

Evan sonrió y miró alrededor.

–¿Has visto a Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte?

Mari pareció sorprendida.

–¿Aquí? No. ¿Vino con Albrecht?

–No –contestó Evan, mientras se alejaba y miraba hacia la nieve–. Vino a través de las Sendas de los Muertos. Me trajo de vuelta.

Mari miró a Albrecht. Este se encogió de hombros y volvió a mirar a Evan.

–¡Allí está! –gritó Evan, señalando hacia la tundra, a una figura que estaba inclinada sobre uno de los cuerpos. Parecía estar dándole la extremaunción al Garou caído.

Evan echó a correr. Albrecht lo siguió de cerca, con expresión curiosa y Mari se unió a ellos.

Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte se levantó y los vio acercarse. Le hizo un gesto con la cabeza a Evan, un saludo silencioso, y luego le hizo una reverencia a Albrecht.

–Así que es cierto –dijo Albrecht–. ¡De verdad estás aquí!

Evan le dirigió una mirada furiosa.

Mari le dio un codazo en el brazo.

–Yo tampoco te creí –le dijo, con una mueca.

–Pues soy yo de verdad –dijo Mephi–. Me alegra veros a todos. Con vosotros todavía en pie, tenemos una oportunidad.

Albrecht ladeó la cabeza con curiosidad.

–Algo me dice que traes malas noticias. De acuerdo, escuchémoslas.

Mephi se aclaró la garganta y meditó un momento, mientras decidía cómo empezar.

–El ejército del margrave y la reina Tvarivich ya no existe. Murieron luchando en la Llanura del Apocalipsis.

Albrecht apretó los dientes y los puños y cerró los ojos. Escuchó los gritos sofocados de los Garou reunidos allí, junto con los gruñidos y aullidos de los más jóvenes. Abrió otra vez los ojos y le lanzó una mirada penetrante a Mephi.

–¿Estás seguro de eso?

Mephi asintió.

–Estaba allí. Presenció la muerte gloriosa del margrave. Asesinó a un gusano del nexo sin ayuda de nadie. Y no era un gusano del nexo cualquiera; este era el más grande del que he oído hablar. Tvarivich... No la vi morir. Pero el enemigo era más numeroso. No pudo durar mucho. Aunque estoy seguro de que mató al general del ejército del Wyrn.

Albrecht entrecerró los ojos.

–¿Y entonces por qué tú sigues vivo?

Mephi apartó la vista y miró hacia la tundra.

–Créeme, no es fácil. Murió mucha gente y yo simplemente me marché de allí... Tvarivich me pidió que me fuera y te encontrase, para contarte lo que había pasado. Para asegurarme de que preparabas la última línea de defensa.

Albrecht miró a otro lado.

–Hiciste bien. Necesitaba saberlo. Aunque duele como el demonio.

–Eso no es todo –añadió Mephi, volviendo a mirar al rey a los ojos–. Tvarivich utilizó los secretos de su Sacerdocio de Marfil para abrir un portal en los Caminos de los Muertos. Mis ancestros estaban allí. Caminé con ellos. Así fue como encontré a Evan; ellos me llevaron hasta él.

Albrecht miró a Evan, con una expresión culpable en el rostro.

–¿Ancestros de los Caminantes Silenciosos?

–Guían a los muertos hasta los reinos de los ancestros. Los caminos están amenazados por todo tipo de criaturas, pero mis ancestros conocen los atajos y las sendas secretas, las maneras de llevar a los espíritus recién llegados hasta los reinos apropiados. No puedo contártelo todo; ni siquiera yo lo sé todo. En realidad solo capté un atisbo, pero aprendí varias cosas en mi viaje. –Se detuvo, frunció el ceño y miró a cada uno de ellos–. Las puertas de Malfeas se han abierto y han arrojado hasta el último secuaz del Wyrm. Les acompaña una cosa grande y asquerosa, que lo destruye todo a su paso. Y quiero decir todo.

Mari frunció el ceño.

–¿De qué tipo de ser se trata? ¿Un nuevo Maeljin?

Albrecht gruñó.

–Zhyzhak. Esto es cosa de Zhyzhak. –Se golpeó la palma de la mano con el puño, cabreado–. ¡Esa zorra! Estaba bailando la Espiral Negra. Luchamos brevemente antes de que se acobardase y volviese de un salto al Laberinto. Encontramos una nota... de Antonine Lágrima.

–¿Antonine? –dijo Evan–. ¿Dónde está?

–No lo sé –respondió Albrecht–. Pero creo que no está en muy

buen estado. Estaba siguiendo a Zhyzhak, porque esperaba evitar que se hiciese con el poder. Si Malfeas se está vaciando... debe de haber fracasado.

–Las criaturas del Wyrm se dirigen hacia el mundo material –dijo Mephi–. Se dirigen hacia aquí.

Albrecht gruñó.

–Dijo que volvería, con los ejércitos de Malfeas detrás. La muy zorra me está buscando. Es esa puñetera profecía. De hecho es probable que ella se la crea.

Evan miró a Albrecht, incómodo.

–¿Y si es verdad? ¿Y si su destino es "asesinar al último Rey de Gaia"?

–¡Oh, por todos los santos! ¿Tú también? ¡Es solo un puñado de propaganda de los Danzantes de la Espiral Negra! ¡Casi la tenía! Unos pocos asaltos más y ahora Zhyzhak sería cosa del pasado. Ella lo sabía, así que se rajó. Tuvo que marcharse a conseguir aliados para enfrentarse a mí. Bien, vamos a estar listos para ella. ¡Que lo intente!

Mari sonrió.

–¡Ese es el espíritu, Albrecht!

Mephi miró al campo.

–No es el sitio ideal para una última resistencia.

Albrecht asintió.

–Sí. Tenemos que marcharnos y encontrar un lugar donde prepararnos para la batalla. Aquí nos pueden venir por todas partes. Necesitamos una caverna o algo.

–Dijiste que había refuerzos en camino –dijo Evan–. ¿Cuánto tardarán?

Albrecht miró a su alrededor. Era imposible saber la hora en aquella nevada oscura.

–No lo sé. Creo que tenemos que marcharnos; nos seguirán la pista. Necesitamos a uno de los Wendigo que conozca esta zona.

–Tenemos que atender a los heridos que están en la Umbra, también –dijo Evan–. Algunos de ellos podrían estar vivos todavía.

Albrecht suspiró.

–De acuerdo. Encontrad a algunos videntes-de-espíritus entre los vivos y cruzad hasta allí para atenderlos. Con Mari a la cabeza.

Mari asintió.

–Vamos. –Se volvió hacia la manada del Río de Plata–. Julia, podríamos utilizarte a ti. –Miró al grupo de otros Garou que les seguían–. ¿Cojitranco? ¿Te llamabas así?

El Roehuesos desgredado y descuidado asintió.

–Eres un Theurge, ¿verdad? Ven con nosotros. –Mari se alejó y reunió a su grupo, llevándose a Evan con ella.

Albrecht miró a Mephi.

–¿Alguna sugerencia?

Mephi se encogió de hombros.

–No soy un guerrero luna-llena, pero conozco un montón de historias sobre las últimas resistencias. Creo que esta podría ser la última de las últimas.

–Podría ser. O no. No está en nuestras manos decidirlo. Nuestro trabajo es luchar hasta el último aliento... y más allá si es necesario.

Mephi asintió.

–Eres el más adecuado para dirigir esto y lo sabes. El margrave y la reina Tvarivich... eran increíbles. Pero yo estoy contento de añadir otro capítulo en la gloriosa saga del rey Albrecht.

–La adulación no te llevara a ningún sitio –dijo Albrecht, sonriendo–. Ya sabes, puedes volver a esos Caminos de los Muertos. No tienes porqué luchar aquí.

Mephi frunció el ceño y apretó las mandíbulas.

–Sí, sí que tengo. Los caminos no ofrecen ninguna escapatoria. No puedo recorrerlos otra vez, no sin permiso. No hasta que esté muerto.

–Eso puede ocurrir muy pronto –dijo Albrecht, con un suspiro. Regresó al centro del campamento. Mephi se inclinó sobre otro cadáver y comenzó a mascullar.

Albrecht examinó la situación. Casi una cuarta parte del grupo de guerra inicial estaba muerta, la mayoría de ellos asesinados por otros Garou enfurecidos. El doble de esa cifra estaban heridos y de estos, casi la mitad estaba lo suficientemente grave para requerir curación espiritual. El resto del grupo de guerra original se las había arreglado bien y había salido relativamente ileso. Eran principalmente los chicos que habían llegado con Evan y Mari procedentes de los Finger Lakes,

junto con unos pocos Wendigo.

–Rey Albrecht –dijo una voz cerca de él.

Albrecht se giró y vio a un hombre nativo americano, alto y de espaldas anchas. Tenía una cicatriz reciente y dentada que le cruzaba la garganta, pero se la habían curado.

–Soy Zarpa Pintada –dijo–. Jefe de Guerra de los Wendigo.

Albrecht le tendió la mano.

–Me alegra que salieras bien. Vamos a necesitarte.

Zarpa Pintada miró hacia los Garou desperdigados, la mayoría de los cuales (los vivos, al menos) se estaban despertando.

–Y a mí me alegra que estés aquí. –Dio un paso adelante y cogió la mano de Albrecht–. El poder de la Garra me venció. No podía controlarme.

–No hay nada de lo que avergonzarse –dijo Albrecht–. Si yo hubiese pasado aquí tanto tiempo como tú, también habría sucumbido. Creo que la Garra estaba tan ocupada intentando defenderse de Evan y enfureceros a vosotros, que no tuvo suficiente poder que malgastar conmigo.

Zarpa Pintada asintió y miró fijamente la Corona de Plata que Albrecht llevaba en la frente.

–Tal vez. Estoy buscando a Curandero-del-Pasado, pero no lo encuentro.

–Está en la Umbral, atendiendo a los heridos que quedan allí.

Zarpa Pintada señaló el campo, haciendo un gesto hacia un grupo de Wendigo que estaban reunidos alrededor del cuerpo de Aurak.

–Aurak se ha despertado. Pregunta por Evan. Creo que quiere verte a ti también.

–Por una vez tenemos una buena noticia –dijo Albrecht, mientras se dirigía hacia el viejo chamán. Zarpa Pintada lo siguió.

Aurak se incorporó cuando vio que Albrecht se acercaba. Dos Wendigo se inclinaron para dejar que se apoyara en ellos. Todavía estaba muy débil.

–Rey Albrecht –dijo–. Estoy muy contento de verte.

–El sentimiento es mutuo –contestó Albrecht mientras se ponía de rodillas para estar más cerca de la altura de los ojos del anciano–.

Estaba preocupado por ti. Aunque parece que te has recuperado.

–El veneno ha desaparecido. El poder de Astilla-de-Corazón está muerto. Lo vi todo desde mi trance. No podía hacer nada, pero vi su forma. Era como Evan había dicho, una niebla. Una niebla que se arrastraba dentro de todos nosotros.

–Bueno, al menos ahora ya no está. Una amenaza del Wyrmenos, aunque hay mil más que están por llegar.

Aurak asintió.

–Me han hablado del ejército de Malfeas y la batalla perdida. Pero la derrota de Astilla-de-Corazón es un triunfo más importante de lo que crees. Nuestra rabia ahora nos pertenece. El Wyrmenos no puede usarla contra nosotros.

Albrecht meneó la cabeza.

–No entiendo. ¿Qué significa eso exactamente?

–Mira dentro de tu corazón, a tu rabia. Cuando oíste las noticias sobre la caída del margrave y la Reina, piensa en tu reacción. ¿Fue diferente a como hubiera sido antes de la destrucción de Astilla-de-Corazón?

Albrecht lo pensó un minuto.

–Bueno, estaba furioso, pero ahora que lo mencionas, no estaba tan cabreado como podría haberlo estado antes. Quiero decir, no era un cabreo para ponerme a pelear. Era más como una furia fría y dura.

Aurak asintió.

–Ahora, nuestra rabia es más nuestra. Más fácil de controlar. No menos poderosa, no menos cebada por las noticias malas. Pero menos salvaje, menos descontrolada.

Albrecht asintió.

–Sí, creo que parece cierto. Es duro decirlo, pero esperaré a una batalla de verdad antes de asegurarlo. Esa será la prueba.

Aurak se encogió de hombros.

–Cuando regrese Curandero-del-Pasado, ¿le dirás que venga a verme?

Albrecht sonrió.

–En cuanto se entere de que estás despierto, nadie será capaz de mantenerlo alejado. –Se levantó–. Descansa un poco. Vamos a necesitar tu intuición. La cacería del grupo de guerra aún no ha

terminado.

Aurak asintió y se relajó. Los Wendigo lo ayudaron a acomodarse otra vez en el suelo.

Albrecht se fue hacia donde estaba Eric Honnunger con otros Colmillos Plateados, mirando a Dienteduro mientras este examinaba a los heridos.

–¿Cuál es nuestra situación? –preguntó Albrecht.

–Tenemos muchos heridos –dijo Eric, apoyando su martillo sobre el hombro–. Dienteduro ya no puede curar a más y ha utilizado todos sus talen. Una vez que lleguen los refuerzos, deberíamos poder curarlos a todos.

–Bien. Necesito a todo el que podamos tener. –Advirtió que cerca del centro del campamento había aparecido un grupo, como salido de la nada–. Mari y Evan han vuelto y traen algunos heridos consigo.

Se alejó para reunirse con ellos. De los ocho Garou con los que se habían peleado, solo cuatro seguían con vida y cada uno de ellos estaba de pie, débilmente, al lado de uno de los chamanes. El Fianna estaba entre ellos y le faltaba el brazo izquierdo; los otros tres eran Wendigo. Albrecht se sentía mal por haber matado a uno de los Wendigo, pero las bajas eran ley de vida entre los Garou.

Una india estaba al lado de Evan, con las mejillas inundadas de lágrimas. Se apartó cuando Albrecht se le acercó, e intentó ocultar sus lágrimas tapándose con un brazo.

–Esa es Tormenta Silenciosa –dijo Evan–. Era buena amiga de Cuchillo de Sílex. Él no sobrevivió.

Albrecht asintió.

–Al menos algunos de ellos están vivos. Por cierto, Aurak está despierto. Quiere...

Evan ya estaba corriendo hacia el anciano. Albrecht se encogió de hombros y miró a Mari.

–¿Has visto el respeto que tiene aquí un rey?

Mari frunció el ceño sarcásticamente.

–Menos humos, Albrecht. –Se detuvo y miró más allá del campamento–. He pensado en un sitio al que deberíamos ir.

–¿Sí? ¿Algún sitio defendible?

–No lo sé. Nunca he estado allí.

Albrecht ladeó la cabeza, escéptico, mientras esperaba a que diera más detalles.

–Reúne a todo el mundo. Tengo algo que decir.

Cada miembro del grupo de guerra estaba sentado alrededor de la hoguera recién encendida. Muchos solo podían estar sentados, porque estaban demasiado heridos para estar de pie. Mari estaba al lado del fuego y les miró a todos, para asegurarse de que estaban todos presentes y le prestaban atención.

Respiró y empezó a hablar.

–La manada del Río de Plata y yo perseguimos al jefe ferectoi de los comandos de Pentex, de vuelta a una refinería de petróleo. Justo cuando llegamos, el sitio explotó. Algo los golpeó antes que nosotros y les dio duro. Todo el mundo estaba muerto. Terminé con el fomor y exploramos el sitio, buscando a quien había podido eliminar por sí mismo una base entera, llena de fomori y pesadillas. –Se detuvo y miró al fuego–. La encontramos. Estaba herida y moribunda. Había utilizado sus últimas fuerzas para herir a la Garra. –Volvió a mirar al grupo–. La llamaban La Más Anciana de los Osos, la última cambiaformas que seguía viva. Está muerta.

El grupo estalló en un grito colectivo, interrumpido por gruñidos y gimoteos. Aurak enterró la cara en las manos y sus hombros se agitaron.

–Antes de morir –continuó Mari– me reveló su último deseo. –Sacó el amuleto, el diente, de debajo de su camisa–. Este es su diente. Dijo que señalaría el camino hacia el que debíamos ir.

Agarró la cadena y soltó el diente. Quedó colgando en el aire, dando vueltas, y a continuación empezó a flotar hacia arriba hasta quedar perpendicular a la fuerza de la gravedad. La punta del diente señalaba hacia el noroeste.

–Debemos ir hacia el noroeste –dijo Mari.

Albrecht se levantó.

–Nos vamos mañana por la mañana. Ya he asignado los turnos de guardia. Todos los demás, descansad un poco. Puede que sea un largo camino.

Evan miró a Zarpa Pintada. El orgulloso guerrero miraba

fijamente el fuego, con rostro inexpresivo. No había reaccionado al hecho de que Albrecht se hiciese cargo del grupo. Nadie más lo había cuestionado.

* * *

Al amanecer levantaron el campamento y se marcharon, cruzando la tundra. La nieve había borrado las huellas de la batalla del día anterior y había cubierto los cuerpos de los caídos. No había tiempo para cavar tumbas en aquel barro duro y frío, o para recoger piedras y hacer una sepultura. Los cuerpos alimentarían a los cuervos, algo que ningún lobo envidiaba.

Caminaron durante tres días y dejaron un camino marcado por los talen, fetiches de corta duración creados por los chamanes. Los espíritus talen avisarían y guiarían a los refuerzos por el camino, que la nieve borraría enseguida.

Se detenían cada hora para comprobar el diente y asegurarse de que todavía seguían en la dirección correcta. Había pocos mojones en la tundra abierta y ni siquiera los Wendigo estaban familiarizados con aquel territorio, puesto que estaba más al norte de la zona por la que su clan solía vagar.

En la tarde del tercer día, llegaron a un pinar, espeso y virgen, al que el desarrollo humano no había llegado. Los Wendigo se maravillaron al encontrar aquella anomalía tan al norte y muchos se preguntaron por qué no se contaba ninguna historia sobre aquel sitio y por qué ningún cazador lo había descubierto antes. El diente apuntaba hacia el bosque, así que formaron una fila y se abrieron paso entre los árboles. Tuvieron que aflojar el paso, pero muchos estaban contentos de volver a ver árboles.

Aquella noche, cuando la luna llena subió al cielo, llegaron a la cara de un precipicio, una pared alta de piedra, que alcanzaba al menos cien metros de altura. El diente apuntaba al otro lado. Se abrieron paso hacia la derecha y llegaron a un pasadizo estrecho entre las paredes de piedra. Siguiendo sus curvas tortuosas, entraron en un valle, desprovisto de árboles y cubierto de nieve. Unas rocas enormes descansaban en unas formaciones abruptas, que se parecían a los

megalitos de Stonehenge o cualquier otro lugar sagrado europeo.

Cuando todos estuvieron en el valle, Albrecht ordenó una parada. Mari estaba en el centro; el diente apuntaba hacia abajo.

–Creo que hemos llegado –dijo Mari.

Albrecht envió a los exploradores a todas las esquinas, para que buscasen otros pasillos.

–Esto es una joya, Mari. Perfectamente defendible. Paredes altas y una sola entrada... y además estrecha, solo pasan tres hombres a la vez. Desde aquí nos podemos defender contra un montón de problemas.

Aurak caminó alrededor de las rocas, apartando algo de nieve aquí y allá. Llamó a Evan.

–Mira –dijo Aurak, señalando a una piedra grande, más alta que él–. Pictogramas.

Evan observó la roca. Vio unas marcas débiles, ligeramente descoloridas.

–No los entiendo –dijo, con el ceño fruncido–. Son antiguos.

–No creo que sean ni humanos ni Garou. Creo que son Gurahl. Evan asintió.

–Como La Más Anciana de los Osos. Esto debe de ser lo que queda de un túmulo Gurahl.

Aurak miró a su alrededor.

–Siento un poder. Puede que no esté inactivo.

Reunió a un grupo de Theurge y comenzaron a recorrer la zona en busca de pistas, una senda de piedra o cualquier otra señal de la manera en la que pudieran utilizar el túmulo. Aurak y unos pocos chamanes pasaron al otro lado, pero no regresaron de inmediato. Reaparecieron un rato después, entrando en el mundo material a través de la entrada principal.

Aurak se acercó a Albrecht y a Mari.

–Este sitio es raro. Está protegido por un gran poder. La Celosía que sale del valle es débil; ni siquiera un cachorro desentrenado tendría problemas para cruzarla. Pero ni siquiera yo puedo apartarla para volver. Tuve que salir del valle antes de poder volver a cruzar la Celosía. Ningún espíritu o pesadilla puede entrar en este sitio sin pasar por la entrada de este mundo.

–Cada vez más tengo la sensación de que este sitio parece diseñado para nosotros –dijo Albrecht–. Es como algo fantástico.

–Aquí hay espíritus –dijo Aurak–. En las piedras y en las semillas de la hierba enterrada bajo la nieve. Están profundamente dormidos; demasiado dormidos para que podamos despertarlos sin una larga ceremonia. Es posible que el poder de este lugar les haga permanecer inactivos.

Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte se acercó a ellos, mordiéndose el labio pensativamente.

–He estado examinando este sitio igual que vosotros. Creo que he oído hablar de él antes, pero no sé si tengo razón o no. Está realmente oscuro, es más leyenda que hecho. Los Garou siempre han afirmado que el túmulo Colmillo Plateado de los Urales fue el primero.

–Puedo dar fe de ello –dijo Albrecht–. Acabo de volver de allí. Huele a primordial. Allí hay un árbol que es más viejo que Dios.

Mephi sonrió.

–Podría ser cierto. Pero... Los Gurahl tenían túmulos antes que los Garou. Es algo que a los Garou no nos gusta admitir, porque nos roba nuestras creencias, pero la prueba está ahí fuera. –Abrió los brazos y señaló hacia el valle–. Creo que este es el primer túmulo. Este es el primer lugar que los Gurahl consagraron a los espíritus.

Albrecht miró a su alrededor. Aurak pareció considerar la idea y asintió; al parecer la aceptaba.

Mephi continuó.

–Este primer túmulo legendario tiene un nombre entre los Gurahl. Se llama el Útero de Gaia. Se dice que aquí fue donde Sus primeros hijos se gestaron, antes de nacer en el mundo. Los Gurahl los cuidaron durante el Amanecer.

Mari suspiró y cerró los ojos.

–Desearía poder preguntarle a la Anciana. Pero al menos nos ha traído hasta aquí. Puede que averigüemos su verdadera naturaleza enseguida, cuando empieza la batalla.

Albrecht dio un grito y ordenó a sus exploradores que se marchasen del valle y fuesen en busca de los refuerzos.

–De acuerdo –dijo–. Preparémonos para oponer nuestra resistencia.

Las estrellas ardieron y cayeron del cielo, abriendo agujeros en llamas en el tejido de la Creación.

Altaír presenció en silencio sus muertes mientras sus compañeros de clan lloraban. El Contemplaestrellas estaba en un camino de luna rodeado por sus compañeros de clan, que miraban con horror la destrucción del universo.

–¡Esto no puede estar pasando! –gritó Canopo, levantando los puños.

–Comienza el Apocalipsis –susurró Hermana-Luna– anunciado desde hace tanto tiempo. *"El día de hoy puede ser el último para aquellos que viven"*.

Altaír observó el espacio, las enormes distancias. Desde la posición aventajada del clan en el camino de luna, podían ver los rincones más alejados del Reino Etéreo. Asomándose a lo lejos, haciéndose cada vez más grande, la Estrella Roja se acercaba, precedida por una destrucción total.

La gran entidad roja ya había despedazado las tierras solariegas de Mero, el planeta Plutón, apartándolo de su órbita y destrozándolo en mil pedazos al pasar como una bala a través de las barreras exteriores de la Umbra Cercana.

Altaír miró la estrella que caía y una forma enorme, arremolinada y derretida que rodeaba el agujero negro de su centro, tragándose todos los escombros. La estrella se arrastraba siempre hacia delante, apuntando a los planetas y devorando sus espíritus Incarna y siervos. Vio cómo se agitaba Neptuno y caía de su órbita, esparciendo agua por los cielos.

Una gran criatura se levantó desde este planeta, medio humana, medio pulpo, tridente en mano. Apuñaló a las fauces negras, pero no pudo retirar su tridente. Peleó con él durante un momento, congelada

en un tira y afloja; luego tropezó y cayó dentro de las fauces, desapareciendo de la vista.

–¡Shantar! –gritó Hermana-Luna.

–¡El dragón se la ha comido! –chilló Canopo.

Altaír frunció el ceño.

–¿Dragón? –Miró a sus compañeros de clan–. No hay ningún dragón. Solo una boca que devora sin parar. Un agujero negro.

Canopo y Hermana-Luna le miraron como sí estuviera loco. Los demás también le miraron de manera extraña.

–¿No lo ves? –dijo Canopo–. Es un dragón enorme, su cola se estira hasta los rincones más alejados, más allá del alcance de nuestra vista.

Altaír asintió. Ahora lo entendía.

–Vosotros miráis con los ojos de la ilusión. Vuestra visión está nublada por la dependencia de las formas. Olvidad lo que sabéis y mirad claramente. Ved a la entidad como lo que realmente es: una fuerza cósmica de la Destrucción.

Asintieron lentamente, sin apenas comprender. Eran Contemplaestrellas poderosos, pero aún no habían aprendido a ver más allá de los espejismos con los que sus mentes los engañaban. Cuando se enfrentaban a lo inimaginable, sus mentes trataban de darle forma, aunque fuera la manifestación misma de lo informe.

–¿Qué significa esto? –dijo Canopo.

–El Wyrn está suelto –contestó Altaír–. Hace lo que hace. Destruye.

–No –interrumpió Hermana-Luna–. El Wyrn, una vez liberado de su prisión, es una fuerza del equilibrio. Se supone que destruye solo aquellas cosas que están fuera del equilibrio: la Tejedora que ahoga el universo.

Altaír les miró con una sonrisa torcida.

–En un universo perfecto, eso sería cierto. Pero en un universo perfecto, no habría desequilibrio. El Wyrn no es realmente libre. Lo han soltado de la jaula, pero ahora está atado a la voluntad de sus propios hijos corruptos. ¿Veis ahora el dilema de creer en una ilusión en lugar de en la verdad? El Wyrn ha sucumbido a sus propias mentiras, a una historia que contó a aquellos que esperaba que lo

liberasen. Ahora, como muchos seres, está atrapado por su propia historia.

–¿Cómo puedes ser tan frío? –le gritó Canopo–. Esa cosa está destruyendo todo lo que conocemos y amamos, a los mismísimos planetas, ¡maldición! ¡Y tú te sientas a filosofar sobre ello!

Altaír levantó una ceja.

–¿Y qué quieres que haga? ¿Luchar contra ella? ¿Para qué? Esa cosa actúa desde la ignorancia. La cura es la verdad. ¿Cómo se la administrarías?

–¡No lo sé! Todo lo que sé es que es una equivocación quedarse aquí sentado y... pensar en ello. ¡Somos Garou! Nuestro trabajo es defender a Gaia. Luchar por ella hasta el último aliento.

–Luchar no siempre se hace con los puños.

El agujero negro –el dragón– siguió avanzando y se acercó a la órbita de Urano. Un enorme velo salió del mundo, como una capa que se estiraba por el cielo. Ruatma iba a la guerra.

Su forma envolvió a la del dragón y la apretó. El universo pareció congelarse un segundo y cada planeta se detuvo en su órbita mientras esperaba a ver el resultado. Luego el velo explotó y el dragón embistió hacia delante, tragándose a Urano de un solo sorbo. Los restos del velo se desvanecieron como columnas de humo.

–Enseguida derrotará a Lu-Bat y Zarok –dijo Altaír–. Luego llegará a la Red del Patrón entre el sistema solar interior y exterior, entre la Umbra Profunda y la Cercana. ¿La Tejedora podrá atraparlo otra vez?

Dos formas emergieron de sendos planetas, Saturno y Júpiter. Una era una lechuza blanca como la nieve, la otra un guerrero humano enorme que llevaba la corona de un rey y una espada de oro. Ambas se enfrentaron al dragón simultáneamente. Él respondió dividiéndose, y le creció otra cabeza y dos brazos más. Dos mandíbulas diferentes mordieron a los Incarna Planetarios, mientras seis zarpas los golpeaban.

El Incarna real duró más de lo que habían durado los demás, pero desfalleció enseguida. Fueron devorados por completo, cada uno por una cabeza distinta. El dragón voló en círculo por el cielo y siguió adelante, dirigiéndose hacia el cinturón de asteroides.

–¡Mirad! –gritó Hermana-Luna, mientras señalaba a la oscuridad que había debajo del dragón–. ¡Llega Rorg!

Un lobo gigante saltó de entre las piedras del cinturón de asteroides, dejando una estela detrás de sí debido a su cola que ardía en llamas. Cargó contra el dragón, que cambió de dirección para enfrentarse a él. Su colisión provocó un destello en la noche y cegó temporalmente al clan de las Estrellas. Cuando la visión de los Garou se aclaró, vieron que la mandíbula del lobo estaba mordiendo uno de los cuellos del dragón. Los dos entes se revolvieron, luchando uno contra otro.

Altaír vio que una piedra, veloz y en llamas, se abría paso a golpes hacia el agujero negro. En lugar de ser tragada por él, golpeó los bordes del agujero y consiguió reducir su perímetro. Altaír soltó un grito sofocado.

–La furia de Rorg es mayor de lo que había imaginado.

Luego el dragón giró y se quitó al lobo de la garganta. Lo golpeó con la cola y partió al lobo en dos. Un aullido retumbó por toda la inmensidad. Sacando fuerza de flaqueza por última vez, el lobo echó los cuartos delanteros hacia delante y sus mandíbulas arrancaron una de las cabezas del dragón.

El lobo se desvaneció y su forma se desintegró, pero el dragón rugió de dolor, retorciéndose, y le manó sangre de la herida.

Altaír observó el agujero negro, intentando ver dentro de su profundidad informe. Había visto el brillo de algo, un destello, como la luz de una estrella blanca. Luego desapareció. Cuando el agujero en el espacio avanzó, creyó volver a verlo. Esta vez, sin embargo, parecía tener forma, una serpiente larga y sinuosa dentro del corazón del Wyrn. Una serpiente con la cabeza y la melena de un león. Luego desapareció, tragada por la negrura.

Altaír miró a sus compañeros. Estaban observando el cielo con expresión consternada.

–¿Habéis visto algo dentro del Wyrn?

Canopo le miró, con las cejas arqueadas.

–No. Le vi retorcerse de dolor, pero luego se recuperó y siguió avanzando.

–Es extraño –dijo Altaír.

El dragón se acercó a una inmensa telaraña, hilada a lo largo de la bóveda del cielo, que separaba la Umbrá Cercana de la Profunda. Unos seres diminutos se movían por las redes; eran Arañas del Patrón que se preparaban para la carga del dragón reforzando la red contra él.

El dragón golpeó los hilos con todas sus fuerzas. La red se dobló hacia dentro pero se negó a romperse. Las arañas tejieron con furia nuevos hilos, intentando atrapar al dragón antes de que se pudiese retirar. No se retiró. En vez de ello, siguió impulsándose hacia delante, estirando cada vez más la red. Las arañas interrumpieron su tarea y trataron frenéticamente de reforzar la red, pero los hilos empezaron a romperse, uno a uno. El dragón avanzó, lenta e inexorablemente.

Luego la red explotó, esparciendo arañas en todas direcciones. El dragón salió despedido como un cohete y entró en la Umbrá Cercana. Un trueno enorme y demoledor le acompañó.

Altaír dejó caer la cabeza con pesar.

* * *

En la ciudad de Nueva York, Kleon Winston, jefe del túmulo de los Caminantes del Cristal de la ciudad, frunció el ceño y se quedó mirando fijamente la pantalla de su ordenador. Se había quedado en blanco. Miró hacia Diodo.

–¿Qué cojones...? –dijo–. Me acabo de quedar sin corriente.

Diodo frunció el ceño, mirando a la pantalla de su propio ordenador.

–Yo también. Esto es raro. No pensaba que la Red del Patrón pudiese sufrir un colapso del sistema...

Las ventanas de su oficina, situada en la planta cincuenta, estallaron y enviaron cristales en todas direcciones. Kleon y Diodo se tiraron al suelo, y gruñeron al sentir que los fragmentos se les clavaban en la piel. Ambos cambiaron a la forma de batalla y se levantaron listos para la acción. Nada se movió.

Kleon se arrastró hasta la ventana y miró afuera. Abajo había habido un accidente de tráfico en cadena; varios coches habían chocado unos con otros.

Diodo levantó un trozo de cristal.

–Mierda. Algo ha matado a todas las Arañas del Patrón que teníamos en el túmulo.

–Eso es imposible –dijo Kleon–. Son demasiadas. Quizás hayan acabado con sus guardianes fetiche.

Diodo negó con la cabeza.

–De ninguna manera. Algo las ha matado. Mira afuera.

Kleon volvió a mirar por la ventana mientras crecía el ruido de las bocinas. Bajó la vista hacia el desastre del tráfico. Todas las luces y los semáforos se habían apagado. Los carteles de neón que había encima de los edificios por toda la calle no tenían corriente.

–Algo está jodiendo toda la red –dijo él–. Primero los Danzantes de la Espiral Negra y las pesadillas del lodo en las cloacas; ahora esto. ¿Qué está pasando?

Diodo meneó la cabeza.

–Tengo un mal presentimiento con todo esto, jefe.

El teléfono móvil de Kleon sonó. Contestó.

–Sí. ¿Sí? Mierda. De acuerdo, da la alarma. Abandonamos el barco. –Colgó el teléfono y miró a Diodo–. Todo el mundo se ha largado. Parece como si Nueva York hubiera sufrido una avería en masa.

Diodo le miró fijamente, con la boca abierta.

–¿Avería? ¿Adónde vamos?

–Vamos a aceptar la oferta del rey Albrecht, como teníamos que haber hecho antes. Nos unimos al grupo de guerra. Vamos, tenemos unos cincuenta tramos de escalera para llegar hasta abajo.

–¡Mierda! Es verdad. Los ascensores no funcionarán. ¿Cómo vamos a llegar a Central Park con todo ese tráfico?

–El atajo subterráneo –dijo Kleon, mientras abría la puerta y le hacía un gesto a Diodo para que pasara ella primero.

–Odio las cloacas –dijo Diodo al tiempo que cruzaba la puerta.

* * *

–¡He dicho que metas el culo por esa puerta! –dijo Madre Larissa, agitando su bastón amenazadoramente hacia Fengy.

Fengy lloriqueó y se encogió, levantando las patas. Estaba al borde de un puente de luna abierto. El último Roehuesos ya había cruzado, seguido de los Caminantes del Cristal de Kleon Winston.

–Madre –dijo Fengy–. No voy a dejarla aquí sola.

–¡Y una mierda que no! –Madre lo golpeó con el bastón en los hombros–. Puedo cuidarme solita. ¡Lo he estado haciendo desde mucho antes de que nacieras! ¡Y ahora vete! La ciudad es demasiado peligrosa incluso para los de nuestra especie. Albrecht te necesita.

Fengy gimió otra vez y vaciló. Larissa echó hacia atrás el bastón y lo golpeó con todas sus fuerzas. Él cerró los ojos y se metió precipitadamente en el puente de luna. La puerta se cerró tras él, dejando a Larissa sola en el parque. Incluso los humanos habían huido; todo el mundo estaba intentando volver a casa. Los servicios municipales no funcionaban y no había electricidad ni radio.

Larissa suspiró y se sentó. En los tiempos modernos la gente no sabía cómo vivir sin esas cosas. Era triste.

Oyó el canto de un pájaro, sonrió y levantó la vista hacia las hojas.

–Me alegra que todavía quede alguien aquí conmigo. No sé cómo va a acabar esto, pero definitivamente va a acabar. Sería bonito poder ayudar, pero una vieja como yo no puede contar con ese tipo de cosas. Al menos lo veré desde aquí, ¡desde mi propia casa!

El pájaro volvió a cantar.

–¿Qué? ¿Qué por qué mandé a todo el mundo lejos de casa? Oh, no deberían resistir aquí. Todos los demás están en el norte, con el rey Albrecht. Si hay alguna oportunidad de sobrevivir a esto, es con él. Tú y yo... bueno, nadie va a prestar atención a una gente de poca monta como nosotros. Esperaremos aquí. Veremos qué pasa.

Madre Larissa se echó hacia atrás y se apoyó contra un árbol. Nunca antes había visto Central Park tan silencioso. A lo lejos, incluso el ruido de las bocinas de los coches se había detenido. Allí fuera había follón, pero donde ella estaba, la paz era total. Suspiró y tarareó una vieja melodía de los años treinta.

En el túmulo de los Finger Lakes, Alani Astarte veía cómo se marchaba la última manada y desaparecía en el puente de luna. Cuando la luz plateada se apagó, meneó la cabeza y suspiró.

Río-de-Perla le puso una mano en el hombro.

–Solo quedamos nosotras, Alani.

–Solo nosotras –repitió ella. Desvió la mirada hacia el bosque y el lago cubierto de niebla–. No puedo dejarlo. Demasiada belleza. Alguien tiene que verlo hasta que termine. La belleza tiene que significar algo en todo esto. De lo contrario, ¿para qué sirve?

Río-de-Perla sonrió.

–Yo no soy una guerrera. No valdría de mucho en el norte. Siento que mi corazón pertenece a este sitio.

–Y yo soy demasiado vieja para luchar –dijo Alani–. Así que aquí estamos. Tenemos todo el lago para nosotras solas.

Las dos mujeres se sentaron a la orilla del lago y esperaron en silencio.

* * *

Altaír se quedó mirando mientras el agujero negro absorbía a Nerigal y su planeta, Marte. Sabía que, con los reflejos espirituales de los planetas destruidos, los cataclismos aparecerían enseguida en el mundo material. El ojo de Júpiter probablemente vomitaría materia volcánica, quitándose de encima las órbitas de sus satélites. Desde ese momento, todo iría cuesta abajo.

El Wyrm se dirigió a toda prisa hacia la tierra, apuntando a la Luna. Altaír se estremeció. Con la Luna devorada, todos los poderes se irían con ella y eso incluía el camino de luna en el que estaban el y sus compañeros de clan.

Se volvió a mirar a sus compañeros.

–Ya hemos mirado demasiado tiempo. Me temo que nuestra muerte caerá sobre nosotros pronto.

Hermana-Luna se secó una lágrima.

–Os quiero a todos muchísimo.

Canopo aulló y los otros se unieron a él. Un canto fúnebre de despedida. Antes de acabarlo, Canopo lo rompió, mientras miraba

fijamente el espacio, con los ojos abiertos como platos y la boca abierta. Los demás siguieron la dirección de su mirada.

La Luna había desaparecido, pero no devorada. El dragón trazó un círculo en el aire, buscando su presa plateada, bramando de enfado. No había ninguna señal de la esfera blanca.

Altaír sonrió, contento.

–Nos ha dado un poco de tiempo. Ahora debemos marcharnos.

El resplandor bajo sus pies se atenuó. El camino de luna se estaba averiando.

Altaír empezó a caminar y condujo a su grupo de vuelta a la torre.

–Vamos. Puede que nos quede tiempo para abrir un último puente de luna antes de que todos fallen.

–No lo entiendo –dijo Canopo, mientras caminaba detrás de Altaír pero seguía mirando el cielo, en busca de la Luna–. ¿Adónde ha ido Luna?

–Se ha despojado de su piel –contestó Altaír–. Se ha transformado en la luna invisible, la "no-luna".

Canopo parpadeó, perplejo.

–¿Puede hacer eso? ¿Pasar de llena a nueva sin menguar antes?

–Solo a costa de mucho poder y de sus siervos –dijo Altaír–. Muchas Lunas se habrán disipado ya. Debemos darnos prisa.

Hermana-Luna sonrió.

–En el mundo material, una luna nueva significa que Gaia bloquea la luz del sol. Pero aquí, en la Umbra, se convierte en intangible e invisible, laGuardiana de los Secretos. ¡Y ni siquiera el Wyrm puede encontrarla!

Se rió.

–¿Adónde vamos, Altaír? –preguntó Canopo–. ¿Qué sitio queda al que podamos ir?

–Vamos a unirnos al ejército del rey Albrecht –dijo Altaír–. Ahora, Canopo, es el momento en el que la lucha se hace con los puños.

Planes de batalla

Un aullido retumbó por el valle. Albrecht ladeó la cabeza y escuchó.

–Los exploradores están informando –dijo a Mari y a Evan. Estaban sentados alrededor de una pequeña hoguera bajo una roca que sobresalía en la mañana fresca y oscura–. Vienen un montón de Garou.

Más aullidos bajaron desde los picos de los muros del valle, donde estaban posicionados los exploradores, vigilando en todas direcciones.

–Han llegado los refuerzos –dijo Albrecht con una sonrisa. Se levantó y se ató el klaive a la espalda–. Suena a que hay muchísimos más de los que me esperaba.

Mari y Evan se levantaron. Mari se subió la cremallera de su abrigo de invierno.

–¿Vienen del clan del Lobo Invernal?

Albrecht asintió.

–Es el puente de luna más cercano.

Albrecht salió al valle. Los Garou estaban colocados alrededor de pequeñas hogueras por toda la zona. Mari y Evan lo seguían de cerca.

Los guardias del rey estaban reunidos al lado del pasillo que salía del valle. Eric Honnunger acudió a reunirse con Albrecht.

–Señor –dijo–. No le aconsejo que salga del valle. Cualquier enemigo podría aprovechar ese momento para atacar.

Albrecht frunció el ceño.

–¿Los exploradores han visto alguna actividad aquí o en la Umbral?

Eric negó con la cabeza.

–No, señor. Pero eso no significa que sea completamente seguro. Le recomiendo que mande a un pequeño grupo para recibir a los refuerzos. El grupo podrá averiguar si son de los nuestros.

–¿Crees que podría ser una trampa? –preguntó Albrecht escépticamente–. ¿El enemigo disfrazado de un ejército de nuestra propia gente? Eso es ir un poco lejos.

–Así está la situación entera, Albrecht –dijo Mari–. Estoy de acuerdo con tu lugarteniente. No deberías salir del valle. Una vez que nos aseguremos de que todo está bien, haremos pasar a los refuerzos.

Albrecht miró a Mari con una ceja levantada.

–¿Con ese "nosotros" debo entender que tú tienes la intención de salir? ¿Tú puedes y yo no? No soy un inválido, Mari.

–Madura, Albrecht –respondió ella–. Aquí eres el jefe. Delega. No puedes encargarte tú solo de todas las tareas.

Albrecht se mordió el labio.

–De acuerdo, de acuerdo. Sal ahí y asegúrate de que esos chicos están autorizados. Dejé a Thomas Abbot al mando; él debería dirigir al grupo. Eric, ve con ella y llévate a diez guerreros. Coge a algunos lunas-nuevas, medias-lunas y lunas-crecientes, también. Si hay trampa, la arrancarán de raíz.

Eric asintió y fue a escoger a sus hombres. Mari sonrió y le siguió. Evan siguió a Mari, pero Albrecht estiró la mano y lo cogió por el cuello.

–Ah, no –dijo Albrecht–. Tú no. Todavía estás recuperándote del agujero que te abriste en el pecho. Hoy te quedas pegado a mí, chaval.

Evan lo miró, contrariado, pero no se opuso. Se encogió de hombros y cruzó los brazos, a la espera de que Albrecht le dijese lo que tenía que hacer. Albrecht sonrió y caminó hacia el centro del valle, donde habían erigido una especie de centro de mando. Consistía en un trozo de suelo que habían limpiado a fondo y donde habían podido dibujar unos diagramas en la arena. Habían hecho un esbozo del valle, junto con varios puntos de referencia tácticos.

Evan lo miró pero no entendió todas las señales.

–Eh, ¿qué significa eso? –Señaló unos pictogramas dibujados cerca de los megalitos.

Albrecht miró el mapa.

–Theurge. Están escondidos detrás de las rocas. Pueden utilizar

sus poderes y curar a los heridos. No quiero que se metan en la refriega a menos que no consigamos mantener las filas. Si el enemigo consigue llegar hasta esta parte del valle, se va a producir un gran tumulto.

–¿Entonces cuál es el plan de batalla?

Albrecht se sentó en una piedra grande que habían limpiado y cubierto con una piel.

–Informaré a todo el mundo en cuanto llegue Abbot. No tiene sentido volver a repetirme. –Hizo un gesto hacia un espacio que estaba a su lado–. Este es tu sitio para la conferencia.

Evan puso los ojos en blanco.

–Eso no es políticamente correcto, Albrecht. Muchos compañeros míos de tribu están justificadamente sensibilizados contra el mal uso de su lengua y su cultura. –De todas maneras se sentó, sonriendo, contento de estar al lado del rey durante una reunión importante.

Albrecht levantó las manos, como diciendo «*Oh, señor, ¿por qué a mí?*».

–De acuerdo, a ver qué te parece esto: lo llamaremos una visión general de nuestros procedimientos estratégico-tácticos durante el esperado conflicto.

Evan sonrió y meneó la cabeza.

–Demasiado abstracto.

Albrecht sonrió.

–¿Informe de guerra?

Evan asintió.

–Sucinto y descriptivo.

–Si conseguimos salir vivos de esto, te nombraré mi nuevo portavoz de gobierno.

Evan suspiró, sonriendo, y volvió a bajar la vista hacia el cochambroso mapa, mientras esperaba el mensaje de Mari.

* * *

En la llanura, el viento había amainado. El día estaba nublado, pero no nevaba. Mari y los guardias Colmillos Plateados estaban al

borde del bosque, justo en la línea de árboles, viendo cómo se aproximaba el gran ejército.

–¿Tienes una estimación de su tamaño? –le preguntó Mari a Eric.

–Ciento cincuenta. Quizás doscientos –dijo él–. Esperábamos a cincuenta.

Mari asintió con aprobación.

–Algo debe de haber cambiado para traerlos a todos. Algo más que Albrecht.

Eric frunció el ceño y miró enfadado a Mari. Ella lo miró con indiferencia.

–Sé realista. Ellos nos rechazaron antes, con buenas razones. Puedo entender que metan a unos pocos guerreros más porque Albrecht lo pida, pero no tantos. Esto se parece más a un ejército de refugiados que de soldados.

A medida que el ejército se fue aproximando, quedó claro que muchos de los Garou cojeaban o se apoyaban en otros para que los ayudaran. Alrededor de un cuarto del total ya venían heridos.

Mari dio un paso adelante. Le habló a Eric mientras seguía vigilando al ejército.

–Deja a la mitad de los guardias aquí, escondidos entre los árboles. –Se giró para mirar a Tormenta Silenciosa, la Wendigo luna-nueva que los había acompañado desde el campamento y a Cojitranco, el Theurge Roehuesos–. Vosotros dos os venís con nosotros. Quiero una vigilancia constante. Si captáis aunque solo sea un tufillo a Wyrn o algo extraño, nos avisáis a Eric y a mí. –Los dos jóvenes Garou asintieron y se pusieron justo detrás de ella.

Salió del bosque con Eric, cinco guerreros Colmillos Plateados, Tormenta Silenciosa y Cojitranco.

A la cabeza del ejército, un lobo se detuvo y regresó corriendo a la formación. Esta se abrió y una manada de hombres y una mujer avanzaron; iban vestidos con pieles de invierno blancas. El jefe se puso la mano en la frente, por encima de los ojos y los entornó para bloquear el brillo de la nieve, que todavía relucía incluso bajo el cielo encapotado. Echó la cabeza hacia atrás y aulló un saludo a Mari.

Ella reconoció el aullido, dio otro de respuesta y aceleró el paso

para reunirse con el hombre.

–Me suena a Abbot y desde aquí parece él. Chicos, ¿oléis algo raro?

–No –contestó Cojitranco–. Solo huelo a nieve y a Garou.

–Todo parece normal –dijo Tormenta Silenciosa–. Cojitranco, ¿cómo está la Umbra?

El lobo entornó los ojos y se quedó mirando a las nubes, como si estuviera soñando despierto.

–Vacía. Nada más que espíritus del viento.

Tormenta Silenciosa asintió. Conocía a los espíritus del viento. Los Wendigo ya habían hablado con ellos. Los espíritus les habían prometido llevarles noticias de cualquier suceso extraño.

–¡Mari Cabrah! –gritó Thomas Abbot, al tiempo que agitaba la mano por encima de su cabeza.

–¡Abbot! –gritó a su vez Mari, también agitando la mano.

–Definitivamente, es Abbot –dijo Eric–. Si esto es una trampa, es la mejor que he visto en mi vida.

Mari recorrió corriendo el resto de la distancia y cogió la mano del anciano senescal. Abbot sonrió, encantado de verla y le dio una palmadita a Eric en la espalda.

–Me alegro de volver a encontrarme con unos amigos –dijo Abbot–. No estoy acostumbrado a caminatas tan arduas.

–Me alegro mucho de verte –dijo Mari, mientras miraba al ejército–. Parece que hayas estado jugando a ser Noé.

Abbot sonrió, pero obviamente era una sonrisa forzada.

–Tenemos representantes de todas las tribus. Muchos de ellos... no tuvieron elección. Hemos perdido un montón de túmulos, Mari. El nordeste es una tierra baldía. Muchos de los supervivientes se unieron a nosotros porque no tenían otro sitio al que ir.

Mari hizo un gesto hacia el bosque.

–Ya sospechaba que estaba pasando algo malo. Aquí tampoco ha sido un paseo por el campo. Vamos, metámoslos en el valle.

–¿El valle? –dijo Abbot. Miró hacia el bosque–. No puedo verlo desde aquí.

–Está bien escondido –contestó Mari, dirigiéndole hacia los árboles–. Estos pinos son más altos de lo que parecen desde lejos.

Ocultan el cañón. Es un antiguo túmulo Gurahl.

Abbot enarcó las cejas.

–Fascinante. ¿Y el rey? ¿Cómo está?

–Albrecht está bien –dijo Mari–. Llegó justo a tiempo de ayudarnos a salir de un apuro. Incluso los Wendigo están aliviados de tenerlo al mando. Y eso ya es decir mucho.

Abbot asintió y le hizo un gesto al ejército, que lo siguió, mirando ávidamente a los árboles como quien llega a un oasis después de vagar por el desierto.

* * *

Cuando el sol se puso por el borde de las paredes del valle, los jefes Garou se congregaron en la arena del centro de mando y se sentaron formando un círculo alrededor del mapa dibujado en el barro.

Albrecht, se sentó en una roca cercana, con un palo largo en la mano. Señaló al dibujo del pasillo del valle.

–Este es el único camino de verdad que entra en el valle.

Algunas criaturas podrían escalar las paredes, pero son escarpadas y no tienen muchos asideros. Solo por si acaso, estamos colocando lunas-nuevas y cachorros a lo largo del perímetro de la parte superior del precipicio; disponen de un montón de piedras para que las arrojen a cualquier cosa que escale por allí.

–Por supuesto, las criaturas voladoras pueden entrar directamente. Por eso es por lo que tenemos arqueros aquí, aquí y aquí –Albrecht señaló tres puntos en el mapa, uno en la retaguardia, otro en el medio y otro a lo largo del borde superior del precipicio, por encima del pasillo–. Tendrán tantas flechas de pesadilla y otros talen como puedan hacer hasta que llegue la hora.

Albrecht señaló a Aurak, que se sentó a su lado.

–Aurak me ha dicho que hay muchos espíritus que están huyendo hacia el sur, porque sus hogares han sido destruidos. Están deseando ayudar en la venganza y resulta fácil pactar con ellos para que nos sirvan. Desde esta noche, necesito que todos los Theurge del nuevo ejército vayan con Aurak a encargarse de esto. Además, decid a todo el que conozca y maneje el arte de los fetiches que se reúna

con Aurak. Tienen que abandonar el valle para hacerlo, así que tenemos un regimiento de guardias preparados para escoltarles a la hora de entrar y salir.

Albrecht se inclinó hacia delante y dibujó tres rayas que bloqueaban el lugar donde el pasillo entraba en el valle.

–Por lo que respecta a nuestras defensas centrales, nuestra musculatura, hay cinco filas de nuestros mejores guerreros justo aquí, a donde el enemigo se tiene que dirigir para entrar en el valle.

Un guerrero de la Camada de Fenris dio un paso adelante. Albrecht le hizo un gesto con la cabeza, indicándole que podía hablar.

–¿Y no deberíamos intentar detenerles antes de que entren en el paso?

–Sí –dijo Albrecht–. Para eso también tenemos planes. Hablaré de ello en un minuto. –Dibujó más líneas en varios puntos cercanos a la boca del valle–. El resto de nuestros guerreros, los de apoyo, estarán colocados aquí y aquí, preparados para entrar y rellenar las posiciones de los heridos y caídos.

»Fuera del valle, escondidas entre los árboles, hay unas trampas; la mayoría son fetiches, pero también hay algunas trampas ingeniosas con cables para tropezar y árboles que se caen. Puede que acaben con unos pocos enemigos, pero como mucho es una táctica para retrasarles. Lo que conseguiremos es hacer que vayan más despacio mientras les lanzamos una lluvia de flechas. Una vez que pasen, claro, golpearán las filas frontales que ya he descrito.

»Aquí atrás están los otros puestos. Manadas de corredores Garou transportarán a los heridos para que los curen. Una vez que estén recuperados, se irán con los apoyos y esperarán su oportunidad para volver a unirse a la defensa.

»La segunda línea de apoyo está aquí para defender a los chamanes y a los medias-lunas que coordinarán nuestras defensas espirituales. Tenemos suerte. No hay ningún frente Umbral que vigilar, gracias a la naturaleza del valle. Pero eso también significa que no podemos enviar fuerzas Umbrales para un ataque relámpago; no podrían volver a entrar.

»El apoyo secundario también está preparado en caso de que los enemigos encuentren la manera de evitar el pasillo. Tendrán que

mantenerlos a raya mientras la defensa principal recurre a nuestros planes alternativos. Los comentaré después con los generales, que se los explicarán a sus manadas. Básicamente, hay varias formaciones diferentes para responder a los ataques que lleguen de cualquier parte del valle. Por ejemplo, si entran a través de la pared del cañón de aquí, vamos a la formación número cinco.

Un Señor de las Sombras dio un paso adelante y esperó a que Albrecht le diera la palabra. El rey asintió. Él señaló al suelo del valle.

–¿Y si tienen un Trueno del Wyrn? Puede llegar desde cualquier parte del subsuelo.

Albrecht miró a Zarpa Pintada, que se levantó para dirigirse al grupo.

–Mi manada tiene experiencia contra los Truenos del Wyrn. Pentex intentó incubar una camada cerca de nuestros bosques hace unos pocos años. Los cimientos que hay bajo el valle son muy duros, más que la mayoría. Los Truenos del Wyrn pueden cruzarlos, pero les llevará tiempo. Los oiremos y sentiremos las vibraciones mucho antes de que lleguen. Si ese es el caso, Albrecht llamará a la formación número diez, en la que el apoyo secundario se prepara para correr hacia el punto de incursión. Todos los jefes medias-lunas se unirán a ellos y convocarán a los espíritus de la tierra para que los ayuden en la defensa.

Zarpa Pintada volvió a sentarse.

Albrecht bajó el palo y se levantó.

–Ese es el resumen básico. Los detalles se desarrollarán con cada manada, de manera que conozcan su papel y sus acciones alternativas. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada. Todos miraban el mapa, familiarizándose con él. Al final, Garras-de-Plata, el jefe de los Hijos de Gaia del Túmulo de los Finger Lakes, se levantó. Albrecht le hizo un gesto con la cabeza.

–¿Qué tipo de enemigos nos esperamos? Nueva York fue atacada por Danzantes de la Espiral Negra, pesadillas y fomori. He oído historias preocupantes sobre la batalla de la Llanura del Apocalipsis, donde se dice que cayeron el margrave Konietzko y la reina Tvarivich. La increíble variedad de enemigos que había allí... si nos enfrentamos a la misma composición, será una prueba dolorosa.

Albrecht paseó la vista por las caras que le miraban.

–No hay razón para dulcificar todo esto. La batalla en la llanura fue mal. Pero fue decisiva y a nuestro favor. Allí murieron un montón de criaturas, gracias a la dirección del margrave y Tvarivich. Estas cosas nunca llegaron al mundo material. Las criaturas contraías que hemos estado luchando en nuestros túmulos hasta el momento son solo maldades de cosecha propia. Y ya se ha demostrado que son suficientemente malas. Ahora, sin embargo, nos están lanzando todo lo que tienen. Este ejército viene de Malfeas, lo que significa que está lleno de las peores cosas imaginables. Cosas que ni siquiera pueden existir normalmente en el mundo material. Sospecho que han encontrado cierto poder para superar esa limitación.

»No sé si somos su único objetivo. Seguramente habrá otros focos de resistencia Garou por el mundo. Las fuerzas del Wyrn tendrán que encargarse de ellos también. Si dividen sus fuerzas, nuestras posibilidades mejoran. Sin embargo... creo que Zhyzhak, la jefa del túmulo de los Danzantes de la Espiral Negra de Nuevo México, hizo algo sin precedentes. De alguna manera liberó el poder del Laberinto de la Espiral Negra y lo utilizó para sacar a los ejércitos de Malfeas. Juró que volvería a darme una patada en el culo. Creo que esta es su jugada.

Los de la Camada de Fenris gruñeron y hablaron sin esperar a que les dieran permiso.

–¡Entonces la destriparemos y estrangularemos al Wyrn con sus intestinos! ¡Que venga! ¡Salve, Albrecht, verdadero enemigo del Wyrn!

Otros lanzaron gritos de aseveración y aullidos de gloria. Albrecht no respondió. Miró a las caras de los jefes, la mayoría de los cuales no se alegraban, aunque asintieron sabiamente. Ninguno de ellos se quejó o pareció estar en desacuerdo con lo que se había dicho. Aquello era una pequeña victoria en sí misma, puesto que no tenía precedentes en su experiencia con ellos.

–De acuerdo –dijo Albrecht, al tiempo que levantaba las manos para que todos se callasen. La euforia desapareció–. Como he dicho, la reunión ha terminado. Ahora van los detalles. Aquí Abbot –señaló a Thomas Abbot, el que se había encargado de conducir a los

refuerzos – ha sido informado de todos los pormenores. Ayudará a que la información llegue a los generales, quienes a su vez informarán a sus manadas. Quiero que todo el mundo esté completamente preparado para el amanecer. Todas las estimaciones que nos llegan de los espíritus parecen apuntar a que se producirá un ataque en algún momento de mañana por la noche. Aquí hemos terminado. Ahora difundid el mensaje.

Albrecht se alejó, seguido por Evan y Mari. Los Garou reunidos se levantaron y se marcharon arrastrando los pies; cada uno se dirigió a la manada que tenía asignada. Los guerreros se quedaron atrás para recibir las órdenes detalladas de Thomas Abbot y Eric Honnunger.

Albrecht se apoyó contra la pared del precipicio, bajo el alero que sobresalía por encima de su campamento. Se frotó la frente y hundió los hombros.

–Algo te inquieta –dijo Evan–. Suéltalo. A los demás se lo puedes ocultar, pero a nosotros no.

Albrecht les miró cansadamente.

–Esta vez he fracasado pero bien. Es culpa mía que estemos en este follón.

Mari frunció el ceño.

–¿De qué diablos estás hablando?

Albrecht cruzó los brazos, todavía apoyado contra el risco.

–Tvarivich me pidió que me uniera a ella y al margrave. Estaba reuniendo un ejército. Quería que yo lo dirigiera con ellos. Me negué, porque estaba demasiado preocupado por volver a casa.

–Eso a mí no me suena egoísta –dijo Evan–. Tú no tenías ni idea de lo que estaba pasando aquí. Nadie podría haber predicho que las cosas se pondrían así de mal.

–La Llanura del Apocalipsis –siguió Albrecht, mirando fijamente al valle–. Por el amor de Gaia, si hubiera sabido que iba a pasar eso... si hubiera estado allí, quizás habría podido cambiar las tornas. Ya oísteis el informe de Mephi. Si Tvarivich mató al general de los Danzantes de la Espiral Negra, el ejército debió de quedar desordenado. Podría haberme aprovechado de esa ventaja. Si hubiésemos ganado allí, todo esto habría terminado.

–¿Qué te hace pensar eso? –dijo Mari, incrédula.

–Ya habéis oído las leyendas sobre ese sitio. Se suponía que la última batalla se libraría allí. ¿Y si esa era la batalla final? Perdimos. Eso significa que simplemente somos parte de la operación de limpieza del Wyrm. Si hubiésemos ganado allí, quizás Zhyzhak habría fracasado, o no sería tan poderosa.

–Te equivocas –dijo Mari con un gruñido–. Esta es la chorrada más egocéntrica que he oído nunca. Habrías muerto allí con el resto. Tu deber te condujo hasta aquí, Albrecht. Hay una razón para ello. Astilla-de-Corazón, la Osa Anciana, este valle... no es una coincidencia. La última batalla está destinada a librarse aquí. Siempre lo ha estado, aquí en la tierra, no en algún reino lejano de la Umbral donde no habita ningún espíritu cuerdo.

Albrecht la miró.

–No niego que hay algún tipo de providencia en este lugar, Mari. Pero se parece mucho más a un último refugio que a un campo de batalla.

–Deja de rezongar –dijo Mari, caminando–. Tienes un ejército entero de Garou que han abandonado sus túmulos para luchar aquí contigo. Sal ahí fuera y vuelve a dar la cara.

–Tiene razón –dijo Evan–. Todos sentimos el peso de esto, y tú más que nadie. Pero es para lo que has estado trabajando desde que naciste. Eres el rey. Llevas la Corona de Plata. Cuando ven esa banda en tu cabeza, saben que su lugar está aquí, luchando por algo más importante que sus propios hogares.

Albrecht dio un paso adelante y sonrió.

–El comité del amor fuerte. Gracias. –Se estiró completamente–. Tenéis razón. No tiene sentido vivir en el pasado, reviviendo las decisiones equivocadas. Tengo que salir ahí fuera y revisar las tropas.

–Voy contigo –dijo Mari–. Quiero hacerme una idea de a quién tenemos con nosotros.

Evan bostezó.

–Yo me voy a la cama.

Ambos lo miraron, meneando la cabeza.

Él se encogió de hombros.

–¿Qué pasa? Tú mismo dijiste que todavía me estoy recuperando. Cuando llegue el amanecer, tendré que ayudar a hacer fetiches. No tengo una reserva inagotable de energía.

Albrecht asintió.

–De acuerdo, tienes excusa. Nos vemos por la mañana.

Se dio media vuelta y se fue hacia la hoguera más cercana, seguido de Mari.

Los Garou reunidos allí se levantaron al ver que se acercaba el rey.

* * *

Hacia media noche, Albrecht y Mari habían llegado a la boca del valle, donde estaban congregadas las tropas más fuertes.

–Es extraño –dijo Albrecht–. Me esperaba que estuvieran sombríos y ceñudos. Pero la mayoría están emocionados.

–El momento que llevan tanto tiempo esperando ha llegado por fin –dijo Mari–. Han dedicado sus vidas a prepararse para el Apocalipsis. Ahora que está aquí, su espera ha terminado. Es la hora de la acción. No importa si vencen o son derrotados, morirán como Garou, aullando como uno solo a Gaia y a la Luna.

Albrecht asintió.

–Yo me siento un poco así también. No importa lo que ocurra, estamos en la zona cero. El momento de la verdad. No más victorias falsas ni derrotas lentas. Esto decidirá las cosas.

–Incluso si morimos, nuestras vidas no habrán sido en vano.

–No. Esta es la guerra final. –Albrecht miró a su alrededor, asegurándose de que nadie más podría oírles–. Aunque no me gustan los susurros que sigo oyendo. La mierda de la profecía del "último rey de Gaia". Algunos de estos chicos están convencidos de que ya estoy acabado.

–¿Y quién puede culparlos? –Mari se encogió de hombros–. Nuestras vidas están llenas de presagios. Muchos de ellos son erróneos, pero se cumplen los suficientes.

–Pero no crees en este, ¿verdad? Quiero decir, salió de la boca de un Garou loco. No es exactamente el más fiable de los oráculos.

–¿Acaso importa? –Mari miró a Albrecht a los ojos—. Si morimos luchando, todavía habremos ganado.

–¡Sí, pero me niego a aceptar la idea de que Zhyzhak, precisamente Zhyzhak entre todas las criaturas, pueda superarme! Es simplemente... degradante. Quiero decir, ¿por qué no puedo luchar contra un gusano del nexa como el margrave? ¡Así es como tendría que ser!

Mari le miró fijamente, exasperada.

–Nunca dejas de sorprenderme, Albrecht. Puedes convertir un discurso solemne sobre nuestro destino en una irritante competición con una Danzante de la Espiral Negra.

–Eh –dijo Albrecht, frunciendo el ceño–, si fuera de ti de quien estuvieran hablando, ¿lo soportarías? ¿Ibas a dejar que la leyenda de Zhyzhak te ganase?

Mari resopló, alejándose.

–¡Ja! Habría que verlo. Podría patear a esa zorra desde aquí hasta Rusia.

Albrecht gruñó de frustración.

–Ah ya lo pillo. ¡Mis lloriqueos son solo un problema porque piensas que en realidad puede ganarme! Vuelve a pensarlo, Cabrah. Casi la tenía...

Mari se dio media vuelta y le lanzó una mirada fulminante.

–Albrecht. Ya es suficiente.

Albrecht refunfuñó por lo bajo, poniendo los ojos en blanco. Mari y él habían llegado a la hoguera más lejana, la que vigilaba el pasillo. Estaba formada principalmente por Colmillos Plateados, pero entre ellos también había Fenris y Garras Rojas, los que más deseaban que empezara la pelea.

Un guerrero Colmillo Plateado acababa de cambiar a la forma de batalla y ladraba a otro Garou, que parecía un joven cachorro. El cachorro se negaba a echarse atrás.

–¿Qué está pasando aquí? –dijo Albrecht—. No quiero ningún desafío. ¿Me habéis oído?

El Colmillo Plateado se retiró, por respeto a Albrecht. El cachorro miró a Albrecht con reverencia. Se aproximó cautelosamente al rey.

–¿Rey Albrecht? –dijo, en tono bajo y nervioso.

–¿Quién eres? –le preguntó Albrecht, mirándolo con escepticismo. El cachorro no tenía cicatrices de guerra–. ¿Y qué estás haciendo aquí en las filas delanteras?

El cachorro tragó saliva y apartó la vista, demasiado nervioso para mirar a Albrecht a los ojos.

–Me llamo Martin, señor. Me... me crió tía Loba.

Albrecht levantó una ceja.

–¿Loba? ¿Loba Carcassone?

–Sí –dijo Martin, frunciendo el ceño–. Ella... la mataron. Vine aquí. ¡Quiero luchar con usted! –Volvió a mirar a Albrecht a los ojos.

–Así que eres el cachorro del que me habló Abbot –dijo Albrecht–. Siento oír lo de Loba. Era una de las mejores. Aunque no entiendo por qué no te inició oficialmente en la tribu. Le dijiste a Abbot que ella te había adoptado, que te había rescatado de la Séptima Generación. ¿A qué tribu pertenecían tus padres?

Martin volvió a bajar la mirada, arrastrando los pies.

–No lo sé. No me lo dijo. Dijo que cuando tuviese la edad necesaria, después de mi Ritual de Paso, me traería hasta usted.

Albrecht asintió.

–Seguro que mantenía sus secretos, un hábito que desarrolló bajo el reinado de Morningkill. No creo que nadie, ni siquiera yo, nos ganásemos su confianza lo suficiente para conocer todos sus secretos.

–Tenía buenas razones –dijo Mari, mirando al muchacho con una expresión preocupada–. Todo el mundo le volvió la espalda durante años, negándose a creer lo que sabía acerca del Wyrn Profanador y sus conspiraciones. Salvó a muchos niños, aunque a la mayoría de ellos los entregó a las otras tribus para que los criasen. Martin, ¿crió a algún otro cachorro aparte de a ti?

Martin negó con la cabeza. Tampoco miraba a Mari a los ojos.

–Eres bienvenido en el ejército, Martin –dijo Albrecht. Martin sonrió–. Pero tienes que volver a meterte donde te puso Abbot, con los chamanes.

La sonrisa de Martin se desvaneció. Dejó caer la cabeza.

–Pero soy un Ahroun, nacido bajo la luna llena. ¡Puedo luchar!

–Y lo harás. Créeme. Cada uno de nosotros se manchará las

zarpas de sangre. Pero solo los mejores, los más experimentados, tienen sitio aquí. Mira a esos tíos –dijo Albrecht, señalando a varios guerreros–. ¿Ves las cicatrices? Esas no te las haces afeitándote. Todos estos tíos han pasado por un infierno y han regresado; las muescas de sus klaives lo demuestran. Tendrás tu oportunidad, pero estos tíos se han ganado el derecho a estar aquí. Tú no.

Martin asintió y volvió a agachar la cabeza.

–Sí, señor.

Se marchó arrastrando los pies, mohíno, sin mirar atrás y se dirigió a las rocas megalíticas donde se reunían los Theurge.

* * *

Más tarde, cuando las primeras pinceladas del amanecer aparecieron sobre el horizonte, los aullidos de los centinelas retumbaron por el valle. Eric Honnunger despertó a Albrecht.

–Nuestros exploradores de la Umbra están informando de algo –dijo–. Dicen que es importante.

Albrecht asintió y se levantó.

–De acuerdo, llévame hasta ellos. –Bajó la vista a Mari y Evan, que dormían profundamente. Cogió su klaive sin hacer ruido y siguió a Eric fuera del pasadizo.

Los exploradores estaban reunidos justo en la parte interior de la entrada principal. John Hijo-del-Viento-Norte estaba con ellos.

–Bueno, ¿qué es lo que pasa? –dijo Albrecht–. ¿Buenas o malas noticias?

John Hijo-del-Viento-Norte parecía enfadado.

–Mi padre ha venido a mí. Yo estaba recorriendo el perímetro de la Umbra, buscando señales de la aproximación de nuestro enemigo. El cielo estaba oscuro. No se había visto la luna en toda la noche, pese a que debería estar llena. Un viento fuerte vino a toda prisa hacia mí y una voz me habló... la voz de mi padre, el espíritu del viento. Dice que las estrellas han muerto.

Albrecht frunció el ceño.

–¿Y eso qué significa? No lo pillo. Vi las estrellas antes y estaban como siempre.

–Pero ninguno de nosotros podía verlas desde la Umbral. Escudriñé los cielos, pero no vi ninguna luz, ninguna estrella. Solo oscuridad.

Albrecht levantó la vista hacia el cielo, pero el débil indicio del amanecer tapaba la luz de las estrellas, si es que había alguna.

Un Garou se abrió paso por las posiciones de los defensores y entró corriendo desde el exterior del valle.

–¡Señor! ¡Se acerca una manada, de cinco personas!

–¿Quiénes son? –preguntó Albrecht.

–Desde lejos no lo podemos saber.

John Hijo-del-Viento-Norte se estremeció y su pelo pareció moverse en una brisa inexistente.

–Son... el clan de las Estrellas. Del Reino Etéreo.

–Esto no puede ser una coincidencia –dijo Albrecht–. Esos tíos nunca salen de sus puestos en las alturas. ¿Era tu padre el que te lo acaba de susurrar? ¿Cómo ha entrado en el valle y superado a los guardias?

–Está fuera, gritándome –dijo John–. Cualquiera que esté en la Penumbra puede oírle.

–Pero tú no estás en la Penumbra –dijo Albrecht, mirando con una expresión rara pero aprobadora a John Hijo-del-Viento-Norte.

–Soy su hijo.

–De acuerdo –dijo Albrecht, mientras se volvía hacia sus guerreros–. Quiero que busquéis en ellos la mancha del Wyrms y quiero que un media-luna se asegure de que no están mintiendo. Si pasan el examen, dejadlos entrar.

El explorador volvió a salir corriendo para transmitir el mensaje. Regresó poco después.

–No tienen ninguna mancha del Wyrms y Corredor Oscuro dice que no mienten.

Eric Honnunger bajó por el pasillo, escoltando al clan de las Estrellas. Albrecht reconoció a Altaír. El anciano caminaba con un bastón, más por afectación o porque era un fetiche que porque necesitase apoyarse en algo para caminar, puesto que estaba en perfecta forma física. El jefe de los Contemplaestrellas seguramente podría ganar a varios de los guerreros reunidos allí. Hizo una

reverencia ante Albrecht, igual que sus seguidores.

–Saludos, rey Albrecht –dijo Altaír–. Hemos venido a ayudar en la última batalla.

–Seguro que nos seréis útiles –dijo Albrecht, mientras le ofrecía la mano al anciano. Altaír la tomó gustosamente–. La última batalla, ¿eh? ¿Está escrito en las estrellas?

–Las estrellas han caído –dijo Altaír, soltando la mano del rey–. El cielo se está despedazando. Incluso la luna se ha ocultado. El Wyrm avanza.

Albrecht frunció el ceño.

–¿Han caído? ¿Para siempre? ¿Y qué quieres decir con "el Wyrm avanza"? ¿El mismísimo Wyrm?

Altaír asintió.

–La fuerza bruta de la destrucción, una de las tres fuerzas principales, ha sido liberada. En lugar de restaurar el equilibrio, lo destroza todo a su paso y no deja nada para la renovación. Marcha a las órdenes de sus hijos. La retorcida veneración de estos corrompe su misión.

Albrecht no dijo nada durante un rato, mientras miraba fijamente el cielo.

–Has dicho que la luna se ha ocultado. Te refieres a Luna, ¿no? Si es así, ¿por qué la vi antes?

–Su reflejo material todavía brilla. Solo su sombra espiritual se ha escondido. El Wyrm quería devorarla, pero ella se desprendió de su piel y no dejó nada que se pudiera coger.

Albrecht sonrió.

–La buena y vieja Luna. Mientras la luna brille en este mundo, tendremos una oportunidad.

* * *

En la tarde siguiente, mientras el sol se hundía, los Garou tomaron posiciones y se quedaron a la espera. En la parte exterior del valle, el viento cruzaba por los árboles, creando un estruendo grave cuando las ramas se balanceaban, pero el interior del valle estaba en calma; las paredes bloqueaban lo peor de las cuchillas del viento.

Dos chamanes Wendigo estaban escondidos entre los árboles de la Umbra, buscando cualquier señal de la aproximación de los espíritus. Los espíritus del viento flotaban a su alrededor, incluido el padre de John Hijo-del-Viento-Norte, y llevaban chismorreos procedentes de reinos lejanos, historias de lugares desgarrados y destrozados de los que los espíritus huían.

Del otro lado de la tundra nevada, llegó un espíritu solitario, que volaba con las alas rotas. El cuervo cayó en picado hacia el suelo bajo un árbol y graznó un mensaje desesperado. Los chamanes se miraron el uno al otro y luego cruzaron la Celosía y entraron en el mundo material. Corrieron por el pasadizo, aullando.

Cuando sus aullidos llegaron a los exploradores que estaban en los picos, diferentes gargantas los repitieron, gritando hacia el valle. El campamento de abajo se agitó. Todos los Garou escucharon los aullidos y se miraron unos a otros, con las mandíbulas apretadas y las armas prestas.

El enemigo se acercaba.

El dragón pasó con gran estruendo a través del cielo de la Umbra, negro como la pez. Los caminos y los reinos destrozados que estaban debajo estaban sumidos en una completa oscuridad; la Luna ocultaba su luz plateada. El dragón se posó en el suelo con un ruido sordo y cogió con las garras el barro efímero de la Penumbra, el reflejo espiritual del mundo material. Abrió la boca y dio una dentellada al aire, arrancando un puñado de los hilos invisibles que componían el tejido de la Celosía.

Asomó el hocico por el agujero y succionó, arrastrando la Celosía hacia sus fauces. Como una hoja de papel hecha una pelota, la Celosía se despegó y resbaló por el estómago interminable del

dragón.

Un terrible sonido desgarrador retumbó por la Penumbra y por el mundo material cuando la pared existente entre ambas realidades se derrumbó. El suelo empezó a agitarse cuando los dos mundos convergieron; sustancia y espíritu colisionaron como placas tectónicas.

Los espíritus se materializaron por todo el planeta; sus efimerias se transformaron en carne y sangre, sus formas sutiles se convirtieron en una sustancia densa a causa de la inmensa gravedad del mundo físico. Los reinos de las Tierras Vírgenes Espirituales se manifestaron en los bosques, los campos, los ríos y las ciudades. Unos antiguos robles espirituales salieron del asfalto y crecieron hasta superar a los rascacielos. Los ríos se recondujeron cuando sus espíritus sensibles ganaron empuje. Las ciudades, desprovistas de las Arañas del Patrón, sus protectoras espirituales, se derrumbaron. La gente se desmandó por las calles, perseguida por bestias mitológicas que se habían hecho reales.

Las fuerzas de la Naturaleza se desbocaron, liberadas de las restricciones de las redes de la Tejedora y de la pared de la Celosía. Empezaron a librar antiguas venganzas contra los humanos, cazándolos y matándolos. Reinaba el caos.

Luego el dragón terminó su comida, dio un paso adelante y clavó los pies en el suelo. Se deslizó hacia delante y entró completamente en el mundo material, en la enorme llanura fuera del valle donde resistía el rey Albrecht. La tundra tembló. La nieve explotó y se convirtió en vapor.

Arrastrada hasta allí por una necesidad que ni siquiera la criatura misma entendía, levantó la cabeza y vomitó una bola de inmundicias negras y aceitosas. La cosa se desenmarañó mientras rodaba y esparció pesadillas y monstruos. Las criaturas se levantaron, goteando la baba del Wyrn, en busca de presas.

El último ser en levantarse de la porquería lanzó un exultante grito de victoria. Su enorme forma de batalla era más grande y más ancha que antes y tenía el pelaje enmarañado por los jugos gástricos del Wyrn. Levantó la mano, desenroscó un látigo con espinas y lo restalló con un chasquido terrible que separó el aire como un trueno.

Los secuaces de Zhyzhak, el ejército de Malfeas, se giraron para

mirarla, esperando órdenes.

Zhyzhak se paseó al lado de los Incarna Maeljin, seres horriblemente deformados cuyos ojos la miraban, teñidos de odio y miedo. Una vez habían gobernado Malfeas; ahora estaban postrados a sus pies.

Caminó a su lado, mientras miraba fijamente el bosque que tenía delante y gruñó.

–¿Qué está pasando? –gritó–. ¿Por qué nos detenemos aquí? ¿Dónde está Albrecht?

Un Maeljin que gimoteaba y gemía, agachado al lado de su pierna, habló.

–El Wyrm no puede penetrar en la Celosía que rodea el valle.

Zhyzhak lo golpeó con la mano y lo mandó dando volteretas hasta las piedras estalladas, que ahora carecían de nieve.

–DuBois, ¡bastardo! ¡A mí no me mientas!

Otra Maeljin se acercó, aunque se mantuvo fuera del alcance de los brazos de Zhyzhak.

–Por una vez, DuBois dice la verdad, Zhyzhak.

Ella entornó los ojos.

–¡Aliara! ¡Como esto sea una trampa...!

Un nuevo Maeljin, el bajito y gordinflón Doge Klypse, dio un paso adelante.

–¡No es ninguna trampa! El Wyrm se ha detenido en seco.

Zhyzhak miró a Klypse. Luego miró fijamente al dragón, que estaba sentado inmóvil, con los ojos cerrados. Podía sentir una energía hirviente y frenética en su interior, pero se sentía atrapado, confinado por alguna fuerza desconocida.

Zhyzhak gritó y restalló su látigo. La cola con espinas cortó al instante las cabezas de tres pesadillas. Zhyzhak sonrió cuando vio el aspecto cómico de sus caras mientras morían. Se dio media vuelta y miró al valle, gruñendo.

–¡Albrecht! ¡Esto no me detendrá!

Avanzó, mientras chasqueaba el látigo en el aire.

–¡Vamos! ¡Cargaremos nosotros solos!

Un Maeljin alto y delgado se negó a moverse. Le dio un grito a Zhyzhak.

–¡No podemos entrar! La Celosía se ha desgarrado en todas partes menos aquí, por eso es por lo que el Wyrm no puede avanzar. No tenemos poder para atravesarla. Solo aquellos espíritus y criaturas que ya poseen cuerpos materiales pueden pasar.

Zhyzhak gritó y giró sobre sus talones, dirigiéndose como una bala hacia el Maeljin. Aterrizó en su pecho y le derribó sobre el suelo duro. Su mandíbula se quedó a escasos centímetros de la nariz del hombre.

–¡Thurifuge! ¡Bastardo! ¡Harás lo que yo te diga!

Thurifuge, con los ojos entornados, no pareció inmutarse por la proximidad del hocico de Zhyzhak.

–No tengo otra alternativa, gracias a tu usurpación. Por ahora eres la favorita del maestro, Zhyzhak. Pero ni siquiera tú puedes deshacer el poder de este valle desde fuera.

Zhyzhak gruñó y echó hacia atrás las zarpas.

–¡Nosotros deshicimos la red de la Tejedora! ¡No debería quedar ninguna Celosía!

Doge Klypse volvió a dar un paso adelante.

–¡Evidentemente, hay algo que está reforzando esta pared! Tal vez sea... –se estremeció de asco– la mismísima Madre Tierra.

Zhyzhak se quedó inmóvil, pensando. Miró hacia el valle. Luego su gruñido se convirtió lentamente en una sonrisa torcida. Ladró una serie de carcajadas terribles y se apartó de Lord Thurifuge.

–¡Entonces lo destrozaré desde dentro! ¡Una vez que haya caído, entráis vosotros!

Gritó a las criaturas que estaban congregadas allí y marchó adelante, hacia el valle. Muchas pesadillas, monstruos y Danzantes de la Espiral Negra la siguieron, pero fueron más los que se quedaron detrás, viéndola marchar. Se volvieron para mirar a los Maeljin.

Los antiguos Señores de Malfeas se reunieron y vieron como se abría paso Zhyzhak hacia el bosque.

–Casi deseo que fracase –dijo Thurifuge, burlándose de la figura de Zhyzhak, que se alejaba rápidamente.

–Entonces eres idiota –espetó Aliara–. La victoria está casi en nuestras manos, pero depende de ella.

–No creo en tu teoría –dijo DuBois, mientras seguía frotándose

la mandíbula magullada—. Si ella fracasa, nosotros gobernaremos de nuevo.

Aliara miró a sus compañeros conspiradores.

—Vuestro deseo ferviente os ciega.

Volvió a mirar a Zhyzhak y a su ejército. Incluso reducido en tamaño, todavía estaba formado por casi quinientas criaturas. No sabía cuántos Garou estarían apiñados en aquel valle singular, pero dudaba de que tuvieran tantos defensores. Sonrió. El objeto de su propio deseo estaría pronto al alcance de la mano: el inmundo ano del Wyrn cagaría el universo entero convertido en excrementos podridos.

* * *

—¡Mantened las posiciones, maldita sea! —gritó Albrecht. Apuntó con su klaive a los arqueros Garou que intentaban bajar por las paredes del valle, abandonando sus puestos. Se quedaron helados de miedo al oír sus aullidos, temerosos de seguir bajando pero también de volver.

—¡No me importa lo que estéis viendo! —dijo Albrecht; envainó el klaive y agarró un asidero en la cara del precipicio. Se impulsó hacia arriba, buscó más asideros y escaló la pared escarpada. Los desertores volvieron a subir por la pared a medida que él trepaba más y más.

Albrecht apretó los dientes y siguió impulsándose. No era una escalada fácil, aunque era mejor desde dentro del valle que desde fuera, donde la pared era incluso más empinada y más escarpada. Finalmente llegó al borde y se arrastró hacia arriba. Los arqueros Garou, los que no habían intentado abandonar sus puestos, lo cogieron por los brazos y lo ayudaron a levantarse.

Se quedó en el camino pedregoso que recorría el borde superior y miró hacia la tundra, a la escena que había propagado el miedo entre las posiciones. Sintió que su estómago daba un vuelco.

Una serpiente enorme estaba sentada en la llanura, enroscada sobre sí misma como una montaña. Solo mirarla retorció las tripas y mandaba una señal instintiva al cerebro, gritándole que huyera. Gruñó para ocultar el estremecimiento y convirtió el creciente frenesí en

resolución. Aurak tenía razón; ahora era más fácil que antes controlar la rabia. Todavía tenía que luchar contra una aterrada necesidad de huir, pero no sentía la misma furia incontrolable que solía utilizar para contrarrestar el miedo.

Unas figuras diminutas se acercaban en masa, una horda de criaturas que corrían hacia el valle, sin dejar de mirar. A la cabeza iba una Garou enorme. Zhyzhak.

Apartó la vista del dragón y miró a los arqueros a los ojos. Ellos le devolvieron la mirada, buscando alguna señal de confianza, alguna excusa para no arrojar sus armas y huir.

Albrecht gruñó, dio un paso adelante y colocó la mano sobre el arco de uno de los arqueros; luego lo levantó y lo apuntó hacia el ejército que se acercaba. Habló en un tono inflexible.

–¿Ves a aquellos bastardos de ahí fuera? Dispárales.

El arquero parpadeó y asintió, mientras se deshacía de su miedo irracional. Gruñó y apuntó con su arco a Zhyzhak. Lo levantó un poco más para ajustarlo bien a la distancia adecuada y soltó la cuerda. La flecha voló por el cielo, arqueándose en lo alto y volvió a descender, dirigiéndose como un rayo hacia los Garou que estaban a lo lejos. Se clavó en el suelo con un ruido sordo, a escasos centímetros de los pies de Zhyzhak y provocó que esta tuviera que cambiar de dirección.

Zhyzhak levantó la mirada hacia el risco y aulló, mientras restallaba su látigo violentamente, antes de reanudar su carrera.

–¿Ves? –dijo Albrecht–. Es así de fácil. La próxima vez, dale.

Los arqueros gritaron y levantaron sus arcos, mientras arrojaban flechas contra el enorme ejército. Las saetas alcanzaron a bastantes enemigos y los derribaron. Los que caminaban detrás de los caídos no se molestaron en echarse a un lado; siguieron avanzando a toda prisa, pisoteando y matando a aquellos a los que las flechas ya habían herido.

Los arqueros gritaron de júbilo y cargaron nuevas flechas. Abrieron los arcos y soltaron las cuerdas a la vez. La lluvia de flechas de pesadilla se clavó en más carne, hiriendo y matando a muchísimas criaturas.

Zhyzhak se metió entre los árboles para protegerse de las flechas.

–Seguid disparando al ejército –dijo Albrecht–. Eliminated a cuantos podáis. –Dio un paso hacia el borde y bajó la vista hacia el pasillo–. Tú –dijo, al tiempo que agarraba a un arquero por el brazo– coge a diez tíos y vigila el pasadizo. En cuanto podáis ver al enemigo, disparad. No quiero que llegue una sola criatura a las filas del frente sin una sola flecha clavada.

Albrecht echó a correr de vuelta al sitio por el que había subido y empezó a descender, sujetándose apresuradamente de los asideros y buscando sitios donde poder poner los pies.

Una voz a su espalda le asustó.

–Permítame que le baje –dijo Zarpa Pintada. Estaba flotando en el aire, sobre un vórtice de viento congelado, utilizando un extraño poder de los Wendigo.

Albrecht sonrió y dejó que el Ahroun le pasara los brazos alrededor de los hombros y lo despegase de la pared. Descendió rápidamente y Zarpa Pintada le soltó justo por encima del suelo. Aterrizó sobre ambos pies y le hizo un gesto al Wendigo.

Zarpa Pintada volvió a subir y se dirigió hacia los arqueros. Albrecht sabía que volvería para ayudar a las filas del frente en cuanto llegase el enemigo.

Albrecht se fue hacia el centro de mando, el sitio donde estaban posicionados los Theurge. Mari y Evan le estaban esperando.

–¡Mari! –gritó–. Se acercan. Tenemos que salir al frente.

Mari asintió, puso una mano sobre el hombro de Evan y apretó con fuerza.

Evan tenía una expresión frustrada y dolida en el rostro.

–Déjame que vaya con vosotros hasta allí, Albrecht.

Albrecht negó con la cabeza.

–Te quedas aquí, con Aurak. Los chamanes necesitan una línea de defensa.

–Tiene razón –dijo Mari, soltándole el hombro–. Desde aquí puedes hacer mucho más.

Evan apretó los dientes.

–Pero no estaré con vosotros.

Albrecht le cogió del brazo y luego le soltó.

–Sí estarás. Solo que no físicamente.

–No es lo mismo –dijo Evan.

–Eh, alguien tiene que cubrirnos las espaldas. Para eso está tu arco.

Evan asintió y le dio un puñetazo en el brazo.

–Si tú lo dices... –miró a Mari y sonrió, pero era obvio que sus ojos estaban tristes.

–Esto no es el final, Evan –dijo a Mari–. Saldremos de esta.

Albrecht dio un paso atrás y con un gesto de la cabeza le indicó a Mari que tenían que irse. Ella volvió a mirar a Evan a los ojos una última vez, luego se dio media vuelta y salió trotando con Albrecht hacia las filas delanteras.

Mientras corrían, una forma Crinos esbelta y encorvada se unió a ellos.

–Mephi –dijo Albrecht– ¿listo para jugar a ser heraldo de nuevo?

–Por supuesto –contesto Mephi–. Simplemente dime el mensaje y señala a quién se lo tengo que llevar y allí estaré.

–Tu velocidad nos va a venir que ni pintada –dijo Albrecht–. Estoy encantado de que estés con nosotros.

Se acercaron a la última fila de guerreros apiñados al lado del pasadizo. Los guerreros se apartaron a un lado para dejar pasar al rey y a su séquito. El sitio de Albrecht estaba en la cuarta fila, desde donde podría dar las órdenes y coordinar la lucha, pero también lo suficientemente cerca para poder meterse en la refriega si era necesario. Mari tomó una posición atacante a su lado, mientras que Mephi se quedó detrás, preparado para llevar las órdenes a cualquier lugar del campamento cuando Albrecht se lo mandara.

Un gruñido estalló en la fila delantera, seguido de un aullido de desafío. Un fragor chirriante respondió desde el interior del pasadizo y la primera línea de criaturas del Wyrm llegó hasta la primera fila de defensores gaianos.

Albrecht aulló una llamada a las armas y los Garou se abalanzaron sobre las criaturas malformadas. La primera oleada cayó en pocos momentos, destrozada por las zarpas expertas de la fila delantera de los Garou, cuyos miembros eran todos guerreros de alto rango. Estalló un aullido de triunfo, seguido de la euforia de aquellos

que estaban dentro del valle.

La segunda oleada machacó el pasillo; los cuerpos de las criaturas estaban llenos de flechas que les disparaban desde arriba y gruñían y gritaban pidiendo sangre.

* * *

Evan vigilaba la batalla desde lejos, con el arco preparado con una flecha cargada por si acaso necesitaba usarla. Aurak estaba de pie a su lado, golpeando ligeramente un tambor. El fetiche tenía vinculado un importante espíritu de la guerra, procedente del reino del Campo de Batalla, listo para manifestarse en cuanto Aurak diese la serie de golpes adecuada.

A su espalda, Martin caminaba adelante y atrás, abriendo y cerrando las zarpas, impaciente por pelear. La mayoría de los chamanes miraba atentamente la batalla o se preparaba para soltar los espíritus vinculados a los fetiches o talen. Algunos vigilaban la parte superior de los muros o la retaguardia del valle, buscando cualquier señal de que pudiesen aparecer problemas por otra parte.

Martin cambió a la forma de lobo terrible y salió disparado, tan rápido que ningún Theurge pudo reaccionar a tiempo. Pasó como una bala al lado de Evan y corrió hacia las líneas del frente.

—¡No! —gritó Evan—. ¡Vuelve aquí! ¡No estás preparado!

Martin, o no le oyó, o se negó a escucharlo. Se metió corriendo en la quinta fila, que estaba atestada y se perdió de vista dentro de la refriega.

Zhyzhak entró corriendo en el pasadizo; las flechas le resbalaban por la piel. El residuo aceitoso del estómago del Wyrms le proporcionaba una superficie prácticamente sin rozamiento. Las flechas no encontraban agarre.

Se abalanzó sobre las filas traseras de su ejército, mientras apartaba a empujones a los esmirriados y los cerdos-calavera para llegar a la zona delantera. En cuanto el ejército se dio cuenta de que estaba allí, dejó escapar un grito exultante y se apartó para dejarla pasar.

Zhyzhak arremetió hacia delante y cargó contra la línea de

Garou. Con la mandíbula agarró a un Fenris por el cuello. Apretó fuerte y meneó la cabeza, agitando al Garou atrapado hacia la izquierda y la derecha, derribando a sus compatriotas. Luego lo soltó, le clavó las zarpas en el estómago y le arrancó un puñado de tripas. El Fenris se colapsó; el aire le salió silbando a través de los agujeros de su garganta.

Zhyzhak le pasó por encima y golpeó a más Garou mientras pasaba a su lado y buscaba señales de Albrecht.

Los Garou avanzaron, en una pequeña carga instigada por algo que tenían detrás. Las posiciones se abrieron lo suficiente para dejar paso a un Garou de pelaje blanco. El rey Albrecht cayó inmediatamente sobre Zhyzhak y la derribó.

Ella gruñó y arañó su piel metálica, de plata, al tiempo que gritaba de dolor por el contacto, que la quemaba. Escupió un fuego verde espumoso sobre Albrecht, cabreada porque él hubiese utilizado la misma treta que la última vez que se habían enfrentado. Enganchó el látigo alrededor del cuello de Albrecht y apretó.

Las zarpas de Albrecht arrancaron trozos del delgado pus que protegía la carne de Zhyzhak. Antes de que pudiera atravesarle la piel, la garganta se le cerró, apretada por el látigo. Con un fuerte impulso, dio un salto hacia atrás, casi arrancándole a Zhyzhak el látigo de las manos y dio un golpe con el klaive. La hoja, afilada de forma sobrenatural por un espíritu de la tierra que Aurak le había vinculado, cortó limpiamente el látigo en dos trozos. Albrecht cayó hacia atrás al desaparecer la tensión de manera repentina. Con un tirón se arrancó el látigo de la garganta y lo arrojó al suelo.

Zhyzhak aulló de rabia y agarró el otro trozo del látigo roto, mirando fijamente lo que quedaba de su amado fetiche. Entrecerró los ojos y abrió la boca completamente; un grito ensordecedor explotó desde su garganta.

Se levantó de un salto y cargó hacia delante contra Albrecht. Lo empujó contra la pared del cañón y le cortó la respiración. Al mismo tiempo, le clavó las uñas en el pecho y le desgarró la armadura plateada como si fuera de papel, haciendo que salieran gotas de sangre.

De repente, se tambaleó, con las rodillas débiles y sus golpes se

desviaron al chocar contra el rey. Se echó hacia atrás, confusa y bajó la vista hacia su estómago. Tenía el klaive de Albrecht clavado en las entrañas y le salía por la espalda. Sintió una repentina oleada de miedo, agarró la empuñadura del klaive y tiró hacia fuera con las pocas fuerzas que le quedaban. La hoja salió deslizándose y le pinchó la columna vertebral. Sintió un espasmo cuando los nervios se le encendieron de dolor y el klaive se le cayó al suelo con un ruido metálico.

Albrecht se levantó lentamente, obviamente dolorido, con las venas inflamadas a causa del veneno de Zhyzhak. Gruñó y se balanceó inestablemente. Zhyzhak se tambaleó hacia atrás, mientras se apretaba el estómago. El klaive de Albrecht yacía en el suelo. Casi instintivamente, haciendo caso omiso del dolor que corría por sus venas, Albrecht cogió el klaive y lo levantó.

Una horda de guerreros Garou saltaron entre él y Zhyzhak. Las criaturas cayeron sobre ellos y se metieron entre los Garou y su reina. Unas manos levantaron a Albrecht y se lo llevaron por el pasadizo. Una multitud de criaturas tiraron de Zhyzhak y se la llevaron a rastras por el camino.

* * *

Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte corrió hacia Evan y Aurak.

—¡El rey necesita que lo curen!

Aurak cambió a la forma de lobo y echó a correr detrás de Mephi. Evan gruñó y les siguió. Si su trabajo era proteger a Aurak, podría hacerlo al lado de Albrecht.

El anciano echó a los guerreros a un lado y se inclinó sobre el rey. Albrecht tenía escalofríos a causa de la fiebre, producida por su lucha contra la toxina que corría por su torrente sanguíneo. Aurak cambió a la forma humana, se sacó un puñado de hojas del bolsillo y las colocó sobre el pecho desgarrado y sangriento de Albrecht. Murmuró unas pocas palabras y las hojas se marchitaron, secándose de inmediato.

Albrecht abrió los ojos. Aurak y Evan se inclinaron sobre él, con una expresión preocupada en la cara. La fiebre había desaparecido y

el dolor de sus miembros se había disipado también.

Aurak asintió, aliviado.

–El Veneno Reptante era fuerte, pero los espíritus de Pangaia lo son más aún.

Albrecht se incorporó y miró al pasadizo. Los guerreros se apiñaban alrededor de la entrada y seguían luchando contra la incursión. El enemigo no había conseguido entrar. Los Garou corrían adelante y atrás en sus formas de lobo terrible, arrastrando a los heridos lejos de las filas del frente y llevándoselos a los sanadores que estaban en el valle.

–¿Dónde está Zhyzhak? –preguntó Albrecht, mientras se levantaba.

–La arrastraron de vuelta al bosque –dijo Mephi–. Presumiblemente, para curarla.

–¿Han hecho saltar alguna de las trampas?

–La mayoría de ellas –contestó Mephi–. Por lo que sabemos, los árboles que se caen eliminaron a unos pocos enemigos. Pero eso no les hizo perder demasiado tiempo.

Albrecht asintió, examinando su klaive. La sangre había endurecido la magnífica aleación de plata y acero.

–Al menos tengo un trozo de ella.

* * *

Zhyzhak gruñó mientras los gusanos se arrastraban por sus entrañas y excretaban una sustancia espesa que cauterizó su carne desgarrada. Se frotó la abultada cicatriz que le recorría el estómago, en el sitio donde había entrado el klaive. Le picaba horrores.

Escupió en el suelo y apartó a los solícitos sanadores a patadas. Miró a su alrededor e hizo un gesto a cuatro manadas de Danzantes de la Espiral Negra.

–¡Vosotros! ¿Alguno de vosotros tiene patagia?

Nueve asintieron; gruñeron y gritaron, al tiempo que abrían los brazos y dejaban al descubierto unas aletas de piel que les conectaban las axilas a los torsos.

–¡Seguidme! –Zhyzhak les condujo a un gran grupo de árboles

cerca de la cara del precipicio. Los árboles se elevaban hacia arriba y casi llegaban a la cima del precipicio. Se estiró, cogió una rama y se impulsó—. ¡Escalad!

Los Danzantes se desplegaron por entre los árboles y empezaron a subir por ellos, riendo y gritando mientras subían más y más alto.

Un sonoro chasquido retumbó por el aire. Uno de los troncos se sacudió, crujió y cayó hacia el suelo. El Danzante que lo estaba escalando pegó un salto y desplegó sus aletas de piel. Cogió una corriente de aire y se deslizó hacia el suelo en círculos, mientras maldecía y enseñaba los dientes a los demás, que se reían de él.

—¡Escalad! —gritó Zhyzhak y las risas desaparecieron. Los Danzantes apretaron el paso y corrieron hacia las copas de los árboles.

Una vez que todos estuvieron colocados, Zhyzhak señaló hacia el vacío que quedaba hasta la cima del precipicio, desde donde los arqueros seguían lanzándoles flechas. Gruñó y se lanzó al aire y con su piel de patagia cogió una corriente de aire que la llevó hacia arriba. Los otros Danzantes fueron dando bandazos por el cielo, con ella, mientras cambiaban de dirección para coger las corrientes de aire.

Les llovieron más flechas. Dos Danzantes gorgotearon sonoramente y cayeron, con unas flechas clavadas profundamente en el pecho. Tres Danzantes más aullaron cuando las saetas les atravesaron los miembros, pero siguieron subiendo y cogiendo nuevos vientos.

Dos flechas rebotaron en la piel de Zhyzhak. Jadeó y jadeó, respiró profundamente y arrojó una gota de fuego verde a la hilera de arqueros. Estos dieron un salto atrás, gritando de dolor y soltaron los arcos mientras intentaban frenéticamente apagar su piel cubierta de llamas.

Zhyzhak aterrizó en el borde y cargó contra ellos; a tres los tiró por el precipicio de un solo golpe. Los Danzantes aterrizaron en diferentes lugares del borde y golpearon a los defensores, que arrojaron los arcos para responder al ataque con las zarpas.

Zhyzhak no perdió el tiempo con ellos. Lanzó un grito en una lengua que parecía la de los murciélagos y dio un salto adelante,

empujando a un lado a más defensores, hasta llegar al otro extremo del borde. Bajó la vista hacia el valle y vio a su presa.

Con los brazos completamente abiertos, se lanzó por el borde y cayó a toda velocidad hacia el suelo del valle, seguida por otros cuatro Danzantes de la Espiral Negra.

Apuntó directamente hacia la cabeza del rey Albrecht. El rey se giró y, al ver que se acercaba, intentó echarse a un lado, pero ella cambió el rumbo de vuelo para interceptarle. Un viento repentino sopló debajo de ella, levantándola y lanzándola hacia atrás, fuera de control. El viento helado la golpeó, le congeló los pulmones y la estrelló contra la pared de piedra.

Se deslizó hasta el suelo y se golpeó con fuerza; quedó un poco atontada. Vio a un joven Wendigo de pie al lado de Albrecht, dirigiendo el viento que le había desgarrado la piel. El maldito compañero de manada de Albrecht.

Seis guerreros gaianos cayeron sobre ella aullando y le agarraron las muñecas y las piernas, apretándola contra el suelo. Ella cerró los ojos y escupió una maldición en una lengua que dañaba los oídos humanos. Su piel reventó y dejó al descubierto un nuevo pelaje gris y lleno de verrugas. Su cuerpo se deformó y sufrió unos espasmos mientras crecía en proporciones enormes y alcanzaba un tamaño tres veces superior al normal.

La combinación de fuerza y peso de los guerreros no podía competir en pie de igualdad contra el poder que a ella le prestaba el Wyrn. Los arrojó a un lado con facilidad, mientras reía a carcajadas a través de su garganta desfigurada. Su cuerpo vibró, los músculos crecieron y se redujeron, se contrajeron y se expandieron. Sus uñas se convirtieron en guadañas en miniatura, que goteaban veneno. Soltó una profunda carcajada, mientras pensaba en aquella ironía. Ese poder se lo había enseñado la duquesa Aliara cuando había obtenido el quinto rango. Ahora, gobernaba sobre esa Señora Maeljin.

Caminó hacia delante, mirando fijamente a los guerreros. Su valentía desfalleció y vacilaron.

El rey Albrecht se acercó a grandes zancadas, dirigiéndose directamente hacia ella, al tiempo que balanceaba su maldito klaive. No sería tan estúpida como para dejar que esta vez la golpearan.

Sintió que un peso le caía sobre los hombros y algo trató de arrancarle las orejas. Antes de que pudiera reaccionar, le cortaron la oreja izquierda mientras una zarpa se le clavaba en las encías y le tiraba violentamente de la cabeza hacia atrás con una fuerza increíble. Zhyzhak se tiró hacia atrás contra el muro con toda sus fuerzas. El atacante que tenía a la espalda gruñó y se soltó.

Zhyzhak se dio media vuelta y le pegó un tajo al Garou que la había atacado. Este aulló agónicamente cuando la zarpa le despellejó el bíceps del brazo izquierdo. Vaciló, sorprendida. El atacante era un simple cachorro. ¿Cómo había conseguido hacerle tanto daño?

El cachorro la miró fijamente, con los ojos llenos de rabia. Se levantó de un salto y le clavó la mandíbula alrededor del cuello tan rápido que Zhyzhak solo pudo tambalearse hacia atrás por la sorpresa. Le agarró con las zarpas, pero no pudo librarse de su apretón. Sintió que los dientes le penetraban en los músculos y vio que su propia sangre caía sobre el pelaje del Garou.

Metió el dedo pulgar en el ojo del muchacho y con su afilada uña reventó la carne gelatinosa como si fuese una pompa de jabón. Las mandíbulas se abrieron y el muchacho, gritando, levantó las manos para protegerse el ojo. Lo apartó de un golpe, saboreando el crujido de sus huesos cuando se estrelló contra la pared.

Se dio media vuelta buscando a Albrecht y vio a su otra compañera de manada, la cerda de los Furias Negras, con las manos completamente abiertas, que apuntaban hacia ella. Diez avispas salieron como balas de sus manos y cruzaron el aire en parábolas. Se dirigieron directamente hacia los ojos de Zhyzhak. Aulló y se tambaleó, mientras se arrancaba las uñas voladoras de la cara. Sus ojos eran esferas mutiladas que le colgaban de las cuencas. Estaba completamente ciega.

Husmeó el olor de Albrecht y gruñó. Juntó las piernas bajo su cuerpo y saltó en el aire, desplegando las alas. Se alejó de él y voló erráticamente por el valle. Chocó contra otra pared con un ruido sordo y olisqueó, buscando a sus enemigos con el olfato. Su olor estaba lejos. Había cruzado el valle entero de un solo salto.

Bajó al suelo y gimió, apretándose el cráneo.

* * *

Albrecht soltó una palabrota cuando Zhyzhak se apartó de un salto del golpe que le iba a atizar con el klaive. Ella salió volando por el valle a toda velocidad y se estrelló contra la pared más lejana. Bajó la vista hacia Martin, el cachorro que Loba había adoptado. El chico se retorció de dolor, apretándose el ojo. Albrecht no había visto nunca a un Garou moverse tan rápido y había visto a los mejores de los mejores. Sin duda las habilidades del muchacho estaban muy por encima de las de los demás, jefes incluidos.

Se agachó y le tendió la mano al chico.

–No pasa nada, chaval. Perder un ojo no es nada. ¡Vamos, levántate!

Martin abrió su ojo sano y miró fijamente a Albrecht, con el ceño fruncido. Se relajó, como si el dolor hubiera desaparecido. Su mandíbula se abrió en una sonrisa torcida y empezó a reírse.

Albrecht miró al chico con sorpresa cuando escuchó la voz femenina, cascada y áspera, que retumbó a través de su garganta. Con la misma rapidez que había demostrado antes, cogió la mano de Albrecht y dio un tirón, haciendo que se le acercara. Antes de que Albrecht pudiese reaccionar, la otra mano de Martin le arrancó la Corona de Plata de la cabeza de un tirón.

Martin rodó hacia un lado, agarrando la corona con ambas manos, mientras reía con aquella voz horripilante. Albrecht lo miró fijamente, pasmado. Nadie había tocado nunca la corona sin gritar de dolor ya que la plata quemaba la piel. Incluso aquellos que se habían atrevido a tocarla no habían podido hacer que se moviera de su cabeza. Solo él podía ponérsela y quitársela.

Martin se detuvo, miró fijamente a Albrecht con los ojos abiertos como platos y se puso la corona en la cabeza.

Su frente burbujeó y se estiró hacia fuera. La piel se separó en una línea horizontal que le cruzaba la frente y dejó al descubierto una esfera roja con una pupila parecida a las de los gatos. El ojo empezó a brillar, irradiando una débil luz roja en forma de arco por delante de él.

Martin volvió a reírse con aquella extraña voz femenina y luego gritó en la lengua espiritual. Las palabras salieron y retumbaron en un

tono más alto de lo que podría haber sonado su voz normal. Buscó los oídos de cada Garou e insinuó un mensaje:

–¡Huid!

Los guerreros que defendían la entrada al valle aullaron de miedo y se echaron atrás, desperdigándose por el valle. Las fuerzas del Wyrn gritaron de júbilo y se abrieron paso; los persiguieron y cayeron sobre sus espaldas, mientras los acuchillaban y golpeaban con las zarpas y los dientes.

Albrecht gritó una orden para que sus Garou se detuvieran y lucharan, pero no parecieron escucharle. Reconoció el poder que los empujaba, porque era inmune a él. La Corona de Plata.

Echó a correr hacia Martin, al tiempo que levantaba el klaive.

Martin dio un salto atrás y volvió a gritar.

–¡Defendedme!

Mari Cabrah cayó sobre él y lo derribó. Sus zarpas traseras le golpearon las piernas y le abrieron heridas. Gruñó y le golpeó la barbilla con la empuñadura de su klaive. Mari se tambaleó y cayó a un lado, apretándose la barbilla.

Luego Evan saltó sobre él y lo golpeó con los puños. Albrecht lo cogió por la cintura, lo levantó y lo arrojó a un lado. Luego rodó a tiempo de evitar a tres Wendigo que se abalanzaban sobre el sitio donde estaba.

Albrecht gruñó y se alejó de su propio ejército.

* * *

Altaír avanzó dando traspiés por el pasadizo de entrada. Se agarró el brazo izquierdo; ya no podía moverlo. Había peleado en la segunda fila, utilizando sus avanzadas habilidades de lucha para mantener a raya a las fuerzas del Wyrn. Luego sus compañeros habían huido, al escuchar una voz que había retumbado por todo el valle.

Miró a Martin y gruñó al ver el tercer ojo, de un color rojo brillante, justo por debajo de la banda de plata que recorría la frente del muchacho. La profecía se había hecho realidad. El presagio que más temía Loba acerca del chico. Y los ejércitos de la destrucción

avanzaron, liderados por un niño que nunca debió existir y que lleva la señal del ojo del devorador sobre su frente.

Sin duda Martin había utilizado los poderes de mando de la Corona de Plata, reforzados por aquel hipnótico ojo rojo, para orquestar la terrible fuga de las fuerzas Garou.

Entonces oyó la voz femenina, extraña y gorjeante, que salía de la garganta del muchacho. No era la voz de Martin. Frunció el ceño. Conocía aquella voz. Ya la había oído antes. Ruatma, el Incarna de Urano, había pronunciado una profecía sobre Martin, pero le había llamado "La reina de la Sombra". Altaír siempre se había preguntado por aquella discrepancia de género; ahora lo entendía. Martin estaba poseído por un espíritu, uno tan sutil y poderoso que se les había pasado inadvertido hasta a los mejores videntes. Se maldijo a sí mismo en voz baja por haber permitido que Loba mantuviese al chico alejado de los demás Garou durante tanto tiempo. Ellos podrían haberlo advertido antes de aquel desastroso momento.

Vio al rey Albrecht, acorralado contra un muro por sus propios guerreros. Estos lo golpeaban y evitaban que se acercase a Martin. ¿Por qué a mí no me afecta?, se preguntó. ¿Tanto he progresado en el tema de los espejismos?

Meneó la cabeza y se precipitó hacia delante, cargando contra el muchacho. Martin, que estaba mirando al rey Albrecht, no se percató del gran Garou que corría directamente hacia él. Altaír agarró la cabeza del chico con ambas manos y apretó fuerte para evitar que Martin dirigiera el ojo contra él. Las palmas de sus manos se quemaron allí donde tocaron la Corona de Plata y gruñó de dolor. Inclino la mandíbula contra el oído del chico y susurró una única palabra, reforzada con todo su poder: «*Libérate*».

Soltó a Martin y dio salto hacia atrás, pero el muchacho era sorprendentemente rápido. Se dio media vuelta y se lanzó contra Altaír, al tiempo que le clavaba las zarpas en el pecho. Los huesos crujieron y el Contemplaestrellas cayó, sorprendido por la velocidad de Martin. Su vista se desvaneció mientras su corazón derramaba la sangre sobre el suelo, pero vio que Martin meneaba la cabeza y cerraba el ojo con fuerza. El párpado del tercer ojo descendió, e interrumpió la luz carmesí.

* * *

Martin abrió los ojos y gimió con su propia voz. Vio cómo se cerraban los ojos de Altaír y bajó la vista hacia sus manos, salpicadas con la sangre del Contemplaestrellas.

–No –dijo, meneando la cabeza–. No. Otra vez no.

Aulló y se apretó el tercer ojo que tenía en la frente, arañándolo.

Una fuerza trabajaba en contra de sus músculos, apartando las manos del ojo. La voz de una anciana le habló desde dentro de su cabeza: sucumbe.

Martin gimió de rabia y se apretó la Corona de Plata. Gritó con todas sus fuerzas y con su propia voz.

–¡Sal!

Un violento dolor le cruzó la cabeza, como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en la frente. Una forma salió disparada del tercer ojo y cayó al suelo.

El espíritu revelado parecía un trozo de sombra brillante y húmeda que de alguna manera había salido a rastras de una caverna oscura y mohosa. Se retorció y miró a Martin con furia. No tenía ojos, pero aún así él sabía que lo estaba mirando. Se dio cuenta de que su orden, reforzada por la Corona de Plata, había obligado a aquella cosa a salir de su alma.

Gruñó, se agachó y avanzó hacia el espíritu, que se echó hacia atrás. Ahora podía notar su miedo. Dio un salto adelante, lo golpeó y consiguió agarrarlo por el extremo inferior, mientras la cosa se apartaba a un lado. Le arrancó un trozo de oscuridad negra y el resto se desplegó. Unas columnas de humo oscuro se disiparon con un grito débil y lejano. El grito de una anciana.

Martin miró hacia el campo de batalla y gritó. Había Garou luchando contra las criaturas por todo el valle, tropezando y golpeándose unos a otros. El rey Albrecht luchaba contra sus propios guerreros. Se retorció bajo el ataque y empezó a desfallecer, con el pelaje rojo por su propia sangre.

* * *

Albrecht cayó al suelo, con la sangre manando de una docena de heridas. Cinco Garou yacían muertos delante de él. Dos de ellos eran algunos de sus mejores guerreros. Había tenido que matarlos con sus propias manos. Otros guerreros avanzaron, rabiando por su sangre.

Un lobo terrible de pelaje negro se precipitó contra ellos y los derribó como un dominó. Un Garou gris apartó a otro guerrero de una patada y agitó un frasco de agua abierto sobre Albrecht. El agua cayó sobre sus heridas y estas se cerraron inmediatamente, sellando los cortes.

–¿Evan? –dijo Albrecht; las palabras se le atascaban en la garganta reseca.

–Sí –contestó Evan, mientras gruñía a un Garou que estaba agachado en las cercanías y amenazaba con acercarse a Albrecht–. Somos Mari y yo. –El lobo terrible negro cambió a la forma de batalla y golpeó a los Garou que estaban en el suelo, obligándoles a retirarse–. Ahora estamos bien. Hemos recuperado el juicio.

Albrecht pestañeó, recuperando el aliento.

–¿Por qué vosotros y no ellos?

–La luz roja –dijo Evan–. Nos controlaba. No sé lo que nos hizo, pero en cuanto desapareció, recuperamos el control otra vez. Creo que estos chicos todavía están bajo la influencia de la corona.

Albrecht gruñó.

–No sé cómo ese chico se hizo con ella, pero tengo que recuperarla.

* * *

Martin se palpó la frente. El ojo seguía allí. Lo abrió con cuidado. La luz roja volvió a salir hacia fuera. Respiró profundamente y gritó, invocando tanto al poder del ojo como al de la Corona de Plata.

–Fuerzas del Wyrn: ¡retiraos!

Todas las criaturas del Wyrn que estaban en el valle reaccionaron como si hubieran sufrido una descarga eléctrica. Luego echaron a correr por el pasadizo y se retiraron, tal como les habían

ordenado. Muchos se quejaron y gimieron mientras sus miembros actuaban contra sus deseos y los apartaban de la lucha.

* * *

Zhyzhak corrió; los sentidos del olfato y del oído eran los únicos que le permitían formarse una idea sobre los seres que corrían confundidos a su alrededor. Tenía la necesidad de huir, de retirarse del valle. A juzgar por los sonidos, parecía que su ejército estaba haciendo justo aquello. Aulló de rabia y se estrelló contra un muro.

Mientras caía hacia atrás, su mano buscó el fetiche de la lente que todavía colgaba de su cuello, la lente que había utilizado para buscar la Estrella Roja en el Laberinto. Gruñó, se la sacó de un tirón y se la colocó en el ojo como si fuera un monóculo.

Miró a su alrededor y se rió alegremente. No veía personas o cosas, sino sus poderes sobrenaturales, que brillaban como pequeñas luces. Sus fetiches relucían en su ceguera, negra como la pez y le permitían disfrutar de algo parecido a la vista.

La necesidad de marcharse del valle desapareció. Se echó hacia delante, en busca del único fetiche que importaba. Allí brillaba, al otro lado del valle, flotando en el aire, en la cabeza que lo portaba.

Gruñó, se puso a cuatro patas y cargó hacia delante. Esta vez no la rechazaría.

Zhyzhak chocó contra el cuerpo del Garou que llevaba el fetiche brillante. Gruñó y le clavó las mandíbulas, hundiéndoselas con fuerza en lo que parecía ser el hombro. Con las zarpas le agarró los brazos y se los apretó contra los costados, mientras le clavaba las patas traseras y le desgarraba las piernas y las tripas.

Un grito de dolor y sorpresa la recibió y apretó con más fuerza, exultante. El cuerpo se derrumbó y dejó de moverse. Con la boca notó que la sangre seguía circulando por las venas y volvió a golpearle con las uñas, arrancándole la carne hasta que estuvo segura de que estaba muerto.

Soltó el cuerpo y aulló de alegría, al tiempo que colocaba una pata sobre el pecho de su presa.

Entonces se detuvo y olisqueó, confusa. Bajó la vista. La maldita

Corona de Plata todavía brillaba alrededor de la cabeza, ahora sin vida. Pero el olor estaba mal. No era el de Albrecht. Era aquel cachorro que la había atacado antes.

Gritó de furia y pegó un salto, buscando con su lente alguna señal de Albrecht. Todo lo que podía ver eran fetiches brillantes y espíritus activos. Se lanzó hacia la izquierda, hacia un grupo de ellos y aulló mientras sus mandíbulas mordían la carne.

* * *

Albrecht dio un paso adelante y se tambaleó. Estaba más débil de lo que pensaba. Había perdido demasiada sangre. Tenía que moverse.

Vio el cuerpo de Martin mientras Zhyzhak se apartaba de él. Había terminado con el muchacho en cuestión de segundos. El chaval no había tenido la más mínima oportunidad.

Mari aulló de dolor cuando un Garou le clavó los dientes en el costado. Dio media vuelta y se lo quitó de encima; giró otra vez y ahora fue ella la que le hundió los dientes en la garganta. El Garou se retorció y dejó de moverse. Todas las amenazas inmediatas habían desaparecido. Ningún Garou se movía por las cercanías. El valle estaba lleno de Garou heridos y muertos. Al otro lado, un solo grupo de chamanes y guerreros rezagados luchaban por defenderse contra Zhyzhak.

Mari cojeó y se derrumbó, inconsciente. Evan corrió a su lado y le acarició el cuello. Tenía las mejillas inundadas de lágrimas. Él mismo se había llevado unas cuantas heridas; Albrecht se había sorprendido de que hubiese aguantado de pie tanto tiempo. Evan había utilizado su último fetiche de curación en él, pero Albrecht no estaba seguro de que fuera suficiente.

Se arrastró hacia delante, incapaz de mantenerse en pie. Utilizó las manos para empujarse y se movió lentamente hacia el cuerpo de Martin.

Apretó los dientes, intentando ignorar los gritos de sus guerreros mientras caían bajo el ataque a ciegas de Zhyzhak. La Danzante de la Espiral Negra era más poderosa que nunca.

Llegó al cuerpo de Martin y cogió la corona. Se la puso en la cabeza y cerró los ojos, al tiempo que invocaba el poder que contenía. *¡Halcón! ¡Por el poder del Sol y la Luna que forjó esta corona, dame la fuerza para destruir a esa zorra! ¡Aunque sea lo último que haga!*

La corona estalló en luz, un brillo ardiente, dorado y plateado. Albrecht sintió que una fuerza nueva inundaba sus miembros. Vio una bruma efímera de alas y plumas a su alrededor. Se puso de pie, levantó el klaive y se fue hacia Zhyzhak.

Llegó a su lado, pero ella no reaccionó. Estaba demasiado ocupada mordiendo a un chamán Colmillo Plateado para oír u oler nada. Sus ojos eran agujeros rojos de carne cruda. Cuando Albrecht echó el klaive hacia atrás, ella se percató del movimiento gracias a su monóculo. Rodó hacia un lado y esquivó lo peor del golpe, que de todas maneras le abrió el estómago, derramando sus tripas por el suelo.

Aulló y se lanzó contra Albrecht, pero él la esquivó con facilidad y la fuerza de la corona aumentó su velocidad. Mientras ella pasaba como una bala a su lado, levantó otra vez el klaive y le cortó el torso por la mitad.

Zhyzhak contuvo un suspiro de sorpresa y cayó; sus patas delanteras se agitaron en el aire, mientras sus cuartos traseros se separaban de la otra mitad del cuerpo. Un aullido moribundo le salió de la garganta y se alejó vibrando hasta que todo quedó en silencio.

Albrecht dio un paso atrás y su energía decayó. La Corona de Plata estalló y sus fragmentos metálicos volaron por todas partes. El aura dorada y plateada desapareció y Albrecht se derrumbó.

* * *

El dragón se dobló, retorció la cola por la llanura y derribó a las pesadillas que se desplazaban por el aire y por el suelo.

Los Incarna Maeljin lo miraron fijamente, con las frentes arrugadas de preocupación.

–Primero una retirada y ahora esto –dijo Doge Klypse–. ¿Habrá fracasado Zhyzhak?

Aliara soltó una palabrota y sacó su delgada espada.

–¿Lo veis? El Wyrn se prepara para su última comida. Yo tenía razón.

El dragón abrió las fauces y empezó a tragar colosales ráfagas de aire. Las pesadillas cruzaron como un rayo el cielo y entraron en su gástrico. El ejército en retirada, que pululaba por la parte exterior del bosque a la espera de nuevas órdenes, se dispersó y huyó. Su fuerza era inútil contra aquel poder inexorable. Las criaturas cayeron y salieron volando hacia atrás, succionadas dentro de la boca del Wyrn.

–¡No! –gritó DuBois; perdió el paso mientras la fuerza del Gran Devorador empezaba a arrastrarle hacia él–. ¡No lo entiendo!

Aliara se clavó la espada en su propio estómago y se derrumbó sobre el suelo.

–Él... se come... a los corruptos. –Su cuerpo, que ya no podía seguir resistiendo el empuje, salió volando por los aires y bajó por la garganta del dragón.

Los restantes Maeljin gritaron e intentaron resistir, pero sus poderes no eran nada contra el ente al que habían adorado durante milenios. Uno a uno, bajaron por su gástrico y cayeron a su horno de completa destrucción.

Una vez que devoró a los ejércitos y se comió a la última de las pesadillas, el dragón echó la cola hacia delante y se mordió la punta. Sorbió y succionó el apéndice escamoso, tirando de él hacia el interior de su garganta, como una serpiente devorando a un ratón.

A medida que se comía su propia cola, se fue encogiendo, haciéndose más pequeño, hasta que solo quedó un punto diminuto, infinitesimal. El punto explotó hacia fuera y se convirtió en una estrella blanca que brillaba contra el cielo vacío. Después se desvaneció.

* * *

Altaír, con la respiración lenta y laboriosa, intentó sonreír. Había estado perdiendo y recuperando la conciencia, intentando reunir fuerzas para vivir. Había presenciado la victoria de Martin sobre la pesadilla que llevaba dentro y supo que ambas profecías se habían hecho realidad. El Metis Perfecto había sido la perdición y la salvación del mundo. Qué pena que Zhyzhak lo hubiese matado antes de que

hubiese podido hacer valer sus poderes contra el Wyrm.

Vio cómo se comía lentamente a sí mismo el agujero negro que había al otro lado del pasadizo del valle. Cuando aquella singularidad estalló en un pinchazo de luz pura, se maravilló ante aquella estrella. El símbolo de su tribu era una estrella. Cuando presenció el combate del Wyrm contra Rorg, había sospechado que se estaba tramando algo más de lo que sugerían las apariencias. Había visto al tótem de su tribu, Quimera, en lo más profundo del agujero negro.

Puede que hubiera comido algo que no estaba de acuerdo con él, algo que peleaba desde dentro para invertir su dirección y devolverle a su ciclo natural.

Meditó esto durante un momento y luego dejó de respirar.

* * *

Albrecht se tambaleó y se derrumbó junto a Evan y Mari. Sus dos compañeros de manada yacían inmóviles.

Se dio la vuelta sobre su espalda y dejó escapar un profundo suspiro. En el valle no se movía nada. Todo el mundo estaba muerto o moribundo. No quedaba ningún sanador que pudiera curarlos.

Albrecht suspiró y vio que una estrella blanca aparecía brevemente en el cielo antes de parpadear y desaparecer, dejando solo un vacío negro.

Observó los cuerpos, en busca de Mephi Más-Rápido-que-la-Muerte; esperaba que el Galliard hubiese sobrevivido. Alguien tenía que contar la historia. Pero no había señal de su cuerpo por ninguna parte.

Cerró los ojos, más que cansado. No quería nada más que descansar. Poco después, dejó de moverse.

Se hizo el silencio en el campo de batalla. Los cuerpos de los Garou yacían desperdigados por el suelo del valle. Empezaron a caer copos de nieve lentamente, procedentes de la oscuridad.

* * *

Una figura se agitó cerca de Albrecht. Mari Cabrah abrió los ojos

y sintió un dolor terrible en las costillas y el pecho. Miró a Evan y a Albrecht y contuvo un sollozo. Vio que la nieve caía lentamente sobre ellos.

Desvió la mirada hacia el valle y vio que la nieve se apilaba alrededor de los megalitos, cargada de los espíritus durmientes a los que nadie había sido capaz de despertar. Se preguntó si les quedaría algún mundo en el que se pudieran despertar.

Cerró los ojos, sintiendo que su cuerpo se entumecía, pero luego volvió a abrirlos de golpe con un gruñido. Se acordó. Su tarea no había concluido todavía.

Con la mano rebuscó en su bolsillo y sacó la nuez que había desenmarañado del pelo de la Más Anciana. «Lo demás no importa», había dicho la Anciana. Mari la miró y examinó su superficie sin juntas, dura. Con la otra mano, utilizó las uñas para cavar en el barro endurecido, e hizo una mueca de dolor por la fuerza que necesitaba para abrir un agujero lo suficientemente grande para aquel pequeño objeto.

Colocó la nuez en el agujero y lo tapó con el barro que había retirado. Esperó y se quedó mirando. Pasó el tiempo, unos momentos imposibles de contar. No ocurrió nada.

Cerró los ojos, cansada y entumecida y se olvidó de aquello por lo que estaba esperando.

La nieve cayó y la cubrió con su manto, envolviéndola a ella y a sus compañeros de manada bajo una sola mortaja blanca. Un viento frío silbó por el valle y amontonó la nieve en pequeños círculos mientras caía.

Un solitario brote de color verde emergió de la tierra, al lado de la mano de Mari.

{FIN}

